HISTORIA NATURAL DEL CANIBALISMO

Un sorprendente recorrido por la antropofagia desde la antigüedad hasta nuestros días

MANUEL MOROS PEÑA



Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: Historia natural del canibalismo
Subtítulo: Un sorprendente recorrido por la antropofagia desde la antigüedad hasta nuestros días
Autor: © Manuel Moros Peña

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Carlos Peydró
Diseño del interior de la colección: JLTV
Maquetación: Claudia Rueda Ceppi

ISBN-13: 978-84-9763-557-8

Índice

Hay que empezar por un análisis exacto de todo lo que los hombres llaman crimen, comenzar por convencerse de que lo que así caracterizan no es más que la infracción de sus leyes y sus costumbres nacionales, de que lo que se llama crimen en Francia deja de serlo a cien leguas de aquí; de que no hay ninguna acción que sea realmente considerada como crimen en toda la tierra y de que, por consiguiente, nada en el fondo merece razonablemente el nombre de crimen, que todo es cuestión de opinión y geografía.

DONATIEN-ALPHONSE-FRANÇOIS, MARQUÉS DE SADE.
Justine o los infortunios de la virtud (1787).

La inclinación antinatural a comer carne humana se da entre ellos de la forma más deshumanizada. Los indígenas de las islas Fidji consumen carne humana no por venganza, ni por necesidad, sino por puro placer.

REVERENDO DAVID CARGILL (1838).

Cuando se calmó un poco continuamos observando el barco hasta que finalmente lo perdimos de vista, pues el tiempo empezó a ponerse brumoso y al mismo tiempo se alzaba una ligera brisa. Tan pronto como desapareció del todo, Parker se volvió hacia mí con una expresión en su semblante que me produjo escalofríos. Había en él un aire de resolución que yo no había advertido hasta ahora, y antes de que despegase los labios el corazón me reveló lo que iba a decirme. Propuso, en pocas palabras, que uno de nosotros debía morir para salvar la vida de los otros.

EDGAR ALLAN POE.
Las aventuras de Arthur Gordon Pym (1838).

Prólogo

—Cuéntame otra vez esa historia de los niños del barril —rogó la pequeña a su abuela.

Apenas tenía 6 o 7 años, pero señalaba con firmeza hacia una antigua talla de madera que descansaba sobre una vetusta estantería.

—¿Otra vez? Ya te la he contado muchas veces.

—Es que me gusta...

—Bueno, siéntate a mi lado.

La niña obedeció y se acomodó junto a la anciana.

—¿Ves esa talla de ahí?

—Sí.

—Pues representa a San Nicolás de Bari. Fue un santo que vivió hace muchos, muchos años, en el siglo IV. Se convirtió en obispo de Mira, que es una ciudad que está en Licia, en la lejana Turquía, y años después sus restos fueron trasladados a Bari, que está en Italia. Por eso se le conoce como San Nicolás de Bari en lugar de San Nicolás de Mira.

—¿Y los tres niños que están dentro del barril?

—Esos niños estaban muertos y él los hizo regresar a la vida. Iban a ser convertidos en filetes.

—¿Y cómo es posible si estaban muertos?

—Porque un hombre malvado los asesinó, los descuartizó, los metió en un barril con sal y puso la carne a la venta. Pero San Nicolás de Bari, que pasaba por allí, preguntó: “¿Y esa carne? ¿De qué animal procede?”. Y el malhechor contestó: “De un venado que he matado esta mañana”. El santo desconfió e insistió: “¿Seguro? ¡Qué extraño! Por aquí no hay venados”.

—¿Y qué pasó después?

—Que el santo se acercó al barril, lo tocó y los niños resucitaron.

—¡Pero eso no puede ser!

—Pues lo fue. Y como te gusta tanto esta historia, algún día esa talla será para ti.

Esta es una de esas narraciones que nos hablan, aunque de soslayo, de la antropofagia. Recuerdo que cuando el doctor Manuel Moros me comentó que estaba finalizando un ensayo sobre esto, le expliqué que era un tema muy complicado para un libro y que quizá tardaría en hallar editor. Afortunadamente me equivoqué, porque lo encontró enseguida.

El motivo principal de mi augurio fallido es que la gente prefiere cerrar los ojos ante noticias como la del “poeta caníbal” —así bautizó la prensa mexicana a José Luis Calva Zepeda, sospechoso de la muerte de ocho mujeres—. Cuando fue detenido, Zepeda tenía colgada de la pared de su apartamento una foto de Anthony Hopkins con bozal en su caracterización cinematográfica de Aníbal Lecter.

La policía irrumpió en su domicilio de Ciudad de México y encontró el cuerpo mutilado de su novia que había desaparecido poco antes. Varias partes de la víctima estaban esparcidas por

diferentes lugares de la casa: el congelador, una olla que bullía al fuego, una caja de cereales… Este aprendiz de literato llevaba escritas más de cien páginas de una novela sobre canibalismo y se suicidó en la cárcel en diciembre de 2007 antes de llegar a ser juzgado.

Como bien explica Manuel Moros en la última parte de su obra, a pesar de la repulsa que provoca la antropofagia, tabú en nuestra sociedad, triunfan películas como *La matanza de Texas*, *Ravenous* o *Grimm Love Story*, todas ellas, por cierto, inspiradas en hechos reales. Se me ocurre que quizá sí deseemos conocer estos datos, pero tal vez queramos hacerlo bajo el marco de la "ficción" —cómodamente sentados en una butaca y con una bolsa de palomitas en la mano— para no tener que plantearnos cuestiones incómodas.

El ensayo de Manuel Moros viene a llenar el vacío que existía en nuestro país sobre este peliagudo tema y es uno de los más documentados que he leído. A pesar de su temática, no puedo ni quiero dejar de recomendárselo.

Por cierto, casi se me olvidaba decirles que atesoro con gran cariño esa pequeña talla de San Nicolás que ahora ocupa un lugar de honor en mi estantería. ¿Sabían que la vida de este obispo dio origen a la figura de Santa Claus? Pues sí, pero esa ya es otra historia.

Clara Tahoces. Redactora-Jefe *Más Allá*
www.claratahoces.com
Madrid, 7 de enero de 2008.

Introducción

El canibalismo es la práctica de comer individuos de la propia especie. Generalmente, se usa el término para designar el acto en el que seres humanos devoran a otros seres humanos, aunque lo correcto sería llamarlo *antropofagia,* pues tal conducta ha sido observada también en el mundo animal. El nombre deriva del griego *ánthropos,* "hombre", y de *fagein,* "comer". El término "caníbal" se popularizó a partir del descubrimiento de América, ya que Colón oyó de los primeros indígenas que encontró que los pueblos *caribes* eran comedores de carne humana, y de la corrupción de esta voz nació la palabra "caníbal". Por ello, los comedores de carne humana de las antiguas civilizaciones suelen denominarse *antropófagos,* mientras que los más cercanos en el tiempo reciben el nombre de *caníbales*.

La palabra "canibalismo" lleva aparejada una idea de crueldad que repugna a cualquier sensibilidad. Golpea nuestra imaginación como un tambor de la selva, evocando pesadillas de horror primigenio, de espantoso salvajismo, de miembros mutilados y de sangrientos altares presididos por horribles ídolos paganos. Se considera el último tabú, el definitivo, una práctica atroz que atenta

contra las leyes de Dios y de la Naturaleza y que solo en circunstancias muy concretas puede ser permitida por cualquier sociedad que se precie de ser civilizada. Los prejuicios inculcados en el inconsciente colectivo durante siglos hacen que habitualmente asociemos las prácticas caníbales a una determinada área geográfica, e incluso a una raza en concreto. Ello se debe a que, considerado un rasgo distintivo o atributo del *salvajismo,* el canibalismo fue usado como justificación moral de la colonización y como un pretexto para la codicia imperialista. Los pueblos naturales eran degeneraciones de la humanidad, servidores del diablo, con costumbres indecentes y crueles como la sodomía, la poligamia y el mismo canibalismo, por lo que su exterminio estaba tan justificado como la destrucción de los animales dañinos. Los caníbales comían carne humana por simple glotonería y metían en la olla a todos los simpáticos exploradores y pacíficos misioneros que caían en sus manos, incluso a sus propios padres, esposas e hijos.

Millones de nativos llamados *caníbales* (con motivos o sin ellos), fueron aniquilados o reducidos a la esclavitud, y sus riquezas, expoliadas en nombre de una supuesta civilización. Sin embargo, la observación atenta de los diferentes pueblos de la Tierra permite hoy asegurar que ninguna raza, pueblo o grupo geográfico importante de la Humanidad ha estado exento de practicar el canibalismo en el pasado. Gracias al perfeccionamiento de los métodos de análisis osteológicos, la investigación paleontológica ha aportado pruebas que confirman la existencia de un canibalismo prehistórico. Los huesos partidos y roídos hablan claramente allí donde no hay documentos históricos.

De nuestro pasado caníbal han sobrevivido miedos y conceptos que ningún desarrollo cultural ha conseguido extirpar por completo. Podemos seguir su rastro a través de relatos mitológicos, fábulas, novelas, películas, canciones y cuentos para niños. Desde *Hansel y Gretel* a la saga de *Hannibal el Caníbal,* desde Homero hasta Edgar Allan Poe, desde el marqués de Sade hasta *Holocausto caníbal,*

desde Shakespeare a Marilyn Manson. El mito del vampiro no es sino una variante del canibalismo, donde lo que se absorbe es el fluido vital vehiculizado en la sangre. Y lo mismo podría decirse de las películas de zombis hambrientos de carne humana. Nuestro mismo lenguaje está repleto de expresiones caníbales. Decimos de alguien que "está muy buena" (o muy bueno), o que "está para comérselo"; llamamos a la persona amada "bomboncito" o "pichoncita mía" o le decimos "eres muy dulce". En lenguaje vulgar utilizamos las expresiones "comerse algo" o "comerse un rosco" que significan tanto ligar como consumar el coito, y "comer(le a alguien) el coño" (o el culo, o la polla o las tetas). Y si pasamos del afecto al odio, expresiones como "¡Soltadme, que me lo como!", o "¡Te como el hígado!" (o el corazón, o los sesos) no implican materialmente lo que dicen, pero denotan una agresividad extrema. Expresiones de admiración como "Se lo comió con patatas" significan la victoria de uno de dos contrincantes, bien sea en combates dialécticos o físicos de cualquier tipo. También para hacer ver a alguien que no deseamos que nos imponga sus ideas, le decimos "¡No me comas el tarro!".

Incluso la religión cristiana, que con tanta saña intentó erradicar el "vicio" de la antropofagia de los paganos, está basada en un concepto caníbal: la ingestión de pan y vino transubstanciados en el cuerpo y la sangre de Cristo tras la consagración. Por ello, los primitivos cristianos fueron acusados de realizar prácticas caníbales en diferentes momentos de su historia, acusación que ellos mismos aplicaron posteriormente a otros grupos marginales o contrarios a sus creencias como forma de colocarlos en los límites de la sociedad y la Humanidad.

A lo largo de la Historia, se han intentado dar explicaciones tanto al hecho de que los seres humanos se hayan devorado entre sí desde el principio de los tiempos como a que dejaran de hacerlo. Hay interpretaciones materialistas, psicológicas y culturales, y cada una de ellas rechaza las conclusiones que las demás ofrecen. También hay quien niega que el canibalismo se haya

practicado nunca de forma generalizada en ninguna comunidad humana, afirmando que todo fue un pretexto para la codicia imperialista; que todas las acusaciones de canibalismo provenían siempre del poder que quería arrebatarles sus bienes a los nativos o de historiadores interesados en desprestigiarlos. Esta fue la tesis defendida por el antropólogo William Arens en su polémico libro *The man-eating myth* (1979), donde consideraba la bibliografía caníbal sesgada y de segunda mano, afirmando que no existía ninguna evidencia etnográfica o histórica que apoyara el hecho de que el canibalismo hubiera sido una costumbre socialmente aprobada en alguna parte del mundo.

Sin embargo, las evidencias aportadas por antropólogos, paleontólogos, genetistas y bioquímicos son demasiado numerosas. Ya no se plantea dudar de la existencia del canibalismo, sino determinar cuál fue su verdadera magnitud y cuáles fueron los motivos de esta conducta.

Numerosos pueblos abandonaron esta práctica desde el amanecer de su historia, mientras que otros la mantuvieron, glorificándola y consagrándola. Se ha señalado el aislamiento de las comunidades caníbales como una de las causas principales de la persistencia de la antropofagia. Tras los exploradores llegaron los colonizadores y los misioneros. Sin embargo, no fueron siempre las presiones de los conquistadores o el celo de los religiosos lo que ocasionó la extinción de esta práctica; hay pueblos que por sí mismos, sin injerencias extranjeras, acabaron con sus costumbres caníbales. Desconocemos quiénes fueron el primer y el último caníbal.

El canibalismo no es un fenómeno unitario, sino que varía tanto en lo que se refiere a su contenido cultural como a su significado. Dependiendo del tiempo y de la sociedad, puede quedar definido como un acto monstruoso y antinatural que atenta contra la comunidad o como un sagrado deber moral en interés del bienestar de todos. Por ello se habla de diferentes tipos de caniba-

lismo, desde el canibalismo de supervivencia al canibalismo patológico. Todos serán abordados en este libro.

Así que, si es su deseo, acompáñeme en este *tour* alrededor del Mundo Caníbal. Viajaremos desde las nevadas cumbres de los Andes a las paradisíacas islas de los Mares del Sur, desde las impenetrables junglas africanas al Tenochtitlán de los aztecas, desde el salvaje Oeste a los campos de concentración nazis…

Y no se preocupe. Le garantizo que después de nuestro viaje le dejaré, sano y salvo, en el portal de su casa, a tiempo de ver en su televisor de plasma la última carrera de Fórmula 1. Podrá olvidar el horror vivido, o pensar que todo esto nunca existió. La mayoría lo hace. Tal vez se encuentre en el portal con ese viejecito solitario tan amable que le abrirá la puerta del ascensor. Cuando suban hablarán de lo raro que está el tiempo. Pero no se confíe. Tal vez, en ese momento, el viejecito esté pensando lo placentero que le resultaría comer su carne acompañada de un buen vino…

¡Que aproveche!





CANIBALISMO DE SUPERVIVENCIA

La única ocasión en que puede eludirse el estricto tabú moral que se ha ido construyendo en Occidente en torno a la práctica del canibalismo es cuando este constituye el último recurso para sobrevivir a condiciones extremas; cuando las únicas opciones son comer la carne de otro ser humano o morir de hambre. Se dice que cuando el estómago habla, la moral calla. Los imperativos categóricos y las reglas de la moral ceden ante la necesidad alimentaria y el instinto vital. La inanición es un enemigo muy cruel.

El escenario y los actores cambian. Puede tratarse de un grupo de seres humanos aislado en una región remota e inhóspita, una ciudad sitiada privada de toda posibilidad de abastecimiento o unos náufragos perdidos a la deriva en la inmensidad del océano. Pero el drama representado siempre es el mismo: el hombre contra los elementos, el hambre y la sed, nada que comer salvo carne humana, nada que beber salvo sangre humana… y el deseo de seguir viviendo. El canibalismo practicado como último recurso en situaciones límite. Ya Crisipo y Zenón, maestros de la secta estoica, opinaban que no había inconveniente alguno en servirse de

los despojos de seres humanos para cualquier cosa que fuera útil, ni tampoco en servirse de ellos como alimento, si era necesario.

El cuerpo resiste la falta de alimentos deshaciendo sus propios tejidos y usándolos como fuentes de calorías, *comiéndose* a sí mismo. Como resultado, los órganos internos y los músculos se lesionan progresivamente y la grasa corporal desaparece. Los signos más obvios de la inanición son el desgaste de las áreas donde el cuerpo almacena la grasa en condiciones normales, la reducción del volumen muscular y la constatación de huesos protuberantes. La piel se vuelve delgada, seca, poco elástica, pálida y fría. El cabello se hace frágil y se cae con facilidad. Todos los sistemas del organismo se ven afectados (el cerebro, el corazón y los pulmones son los últimos en claudicar) y la muerte se produce a las ocho o doce semanas. Sin embargo, el agua es más importante que la comida: diez días sin beber agua llevan indefectiblemente a la muerte.

Un ejemplo clásico de canibalismo de supervivencia son los naufragios. Las medidas brutales y desesperadas que los seres humanos han adoptado para salvar sus vidas no son infrecuentes en la historia marítima. Cuando no existían la radio, los GPS, los móviles ni los equipos de rescate y un barco naufragaba, la única posibilidad de que los ocupantes de los botes salvavidas lograran sobrevivir era que otro barco se cruzara con ellos, y esto no siempre ocurría. Los escasos víveres que hubieran podido salvarse iban agotándose poco a poco. Los náufragos se encomendaban entonces a Dios, a los vientos, a los imprevistos del viaje… Pero pronto la necesidad se convertía en ley. Entonces algunos ocupantes eran arrojados al mar para disminuir el número de bocas hambrientas o se devoraba a quienes iban falleciendo de inanición. En otras ocasiones se recurría a la terrible *Costumbre del Mar*, según la cual debía decidirse a suertes quién debía ser sacrificado para que los demás pudieran seguir viviendo.

El primer caso notificado de unos náufragos que, acuciados por el hambre, debieron recurrir a la espantosa *Costumbre del Mar* ocurrió entre 1629 y 1640 (fue publicado en 1641). En aquella ocasión, siete ingleses partieron de la isla holandesa hoy conocida por St. Kitts, en el Caribe, para una travesía que debía durar una única noche. Una tormenta los dejó a la deriva durante 17 días. Sin comida ni agua, se echó a suertes quién debía ser sacrificado y quién sería su ejecutor. El destino quiso que sacara la pajita más corta quien había sugerido la idea. La víctima asumió su papel con total serenidad; su sangre fue bebida y su carne comida por sus compañeros. Cuando finalmente consiguieron llegar a la isla de St. Martin fueron acusados de homicidio, pero el juez los absolvió, ya que consideró que el motivo de su crimen había sido "una inevitable necesidad".

El ejemplo más conocido de náufragos caníbales es el de la balsa de *La Medusa,* pues fue inmortalizado por el pintor Théodore Géricault en su célebre lienzo expuesto en el Louvre.

Una vez vencido Napoleón, Inglaterra restituyó a Francia algunas de las colonias estratégicas que le había arrebatado, entre ellas la de Saint-Louis, en Senegal. Con el fin de restaurar tan pronto como fuera posible su presencia en la colonia, Francia envió a toda prisa un contingente civil, científico y militar formado por cuatro navíos: el bergantín *L´Argus,* las corbetas *L´Echo* y *La Loire* y la fragata *La Medusa*. Los barcos zarparon el 17 de junio de 1816 bajo las órdenes del marqués Huges Duroy de Chaumareys, un aristócrata incompetente que llevaba 20 años sin pisar la cubierta de un barco y al que se encargó capitanear *La Medusa*.

En su afán por llegar antes que nadie, el capitán perdió el rumbo y encalló el barco en el banco de arena de Arguin, frente a la costa oeste de África mientras los otros tres barcos que habían dejado atrás seguían la ruta de rodeo, esperando encontrar a *La Medusa* en Saint-Louis. La costa se hallaba a unas 50 millas, a

poco más de un día de travesía, pero el número de tripulantes del barco era de 395, mientras que la capacidad de los botes salvavidas solo era de 250. Por lo tanto, se decidió aligerar al barco de su carga y esperar la subida de la marea para arrastrarlo a aguas más profundas mediante cabrestantes unidos a los botes. En un intento de no perder las mercancías y los cañones, el coronel Désiré Schmaltz (futuro gobernador de la colonia), propuso construir con la madera del propio barco una plataforma flotante de almacenamiento. La alternativa era que, si a pesar de todo, no se lograba arrastrar *La Medusa* fuera del banco, los pasajeros excedentes embarcarían en dicha plataforma, que sería arrastrada por los botes hasta la costa. La balsa se construyó precipitadamente, y a consecuencia de la torpeza con que se clavaron las tablas, presentaba grandes huecos sin cubrir a través de los cuales se veía el agua del mar. Se bautizó como *La Machine*.

Sin embargo, un temporal causó graves daños a *La Medusa* y la fragata tuvo que ser abandonada. Los pasajeros de clase más acomodada llegaron a pagar hasta 5.000 francos por asegurarse un pasaje en los botes mientras *La Machine* era cargada con el equipo básico de supervivencia para quienes embarcaran en ella: barriles de agua dulce y de vino, sacos de harina, galletas, cecina, mantas, equipos de vela… Las mujeres, los niños, el personal civil y unos pocos soldados y tripulantes elegidos por sorteo embarcaron en los botes, mientras que 147 soldados armados y marineros lo hicieron en la balsa después de que, para evitar la posibilidad de un motín, se comprobara que ninguno de los marineros llevaba armas. 17 hombres decidieron quedarse en *La Medusa*. Cuando apenas había 80 hombres a bordo, la balsa empezó a hundirse, por lo que un considerable número de toneles y gran parte de los sacos de galletas fueron arrojados al mar. Solo quedaron cinco barriles de vino, una pequeña barrica de agua dulce, una caja con 30 botellas y un saco de bizcocho con cecina. A pesar de aligerar la carga, cuando todos los hombres fueron

embarcados, la balsa volvió a hundirse casi un metro bajo el agua. El nivel del mar llegaba hasta la cintura de aquellos infortunados que, totalmente hacinados, suplicaban al almirante que no les abandonara allí. Sin embargo, el tren de remolque se puso enseguida en marcha. La cantinera, al ver a su marido en estas pésimas condiciones, se arrojó al mar desde su bote para reunirse con él a bordo de la balsa. Era el 5 de julio de 1816. Una fecha para el Horror.

Pronto se vio que el plan estaba condenado al fracaso. La gigantesca masa de *La Machine* se impuso sobre el resto de las embarcaciones y comenzó a arrastrarlas mar adentro. Los ocupantes de los botes cortaron las amarras de enganche y dejaron a la balsa a la deriva, sin remos ni instrumental de navegación y con una única vela como medio de impulsión, mientras los gritos de 147 condenados resonaban en medio del océano…

Durante la primera noche, 18 hombres murieron ahogados horriblemente, con sus piernas atrapadas en los cepos que constituían los huecos entre las tablas, ocultos bajo el agua. Otros ocho se suicidaron, cortándose las venas o arrojándose al mar para poner fin a su sufrimiento. Al día siguiente, algunos marineros se amotinaron y se entregaron a una frenética orgía de vino. Por la noche, en medio de un horrible temporal, se abalanzaron sobre los oficiales armados con cuchillos que habían ocultado entre sus ropas para hacerse con las escasas provisiones. La lucha terminó sin un vencedor claro, y cada uno de los bandos se retiró a un extremo opuesto de la balsa. 65 hombres murieron o desaparecieron esa fatídica noche, y casi la totalidad presentaban heridas de arma blanca. Solo 52 tripulantes de la balsa seguían vivos dos días después.

El 7 de julio, con las provisiones agotadas, los marineros comenzaron a cortar tajos de carne de los cadáveres para comérselos. Su propósito era recuperar las fuerzas para hacerse con *La Machine*. Sabían que, aun en el improbable caso de que se salva-

ran, su destino era la horca, pues era el castigo por amotinarse. Troceaban la carne en grandes tiras y las dejaban secar al sol en cualquier parte de la balsa. La insoportable sed hizo que se bebieran su propia orina. Pronto, los soldados también debieron recurrir a comer la carne de los muertos para no quedar en inferioridad física frente a sus oponentes.

Después de la tercera noche, *La Machine* parecía salida del mismísimo infierno. Los 27 supervivientes, horriblemente mutilados o enloquecidos por el hambre, la sed y el sol compartían la plataforma con montones de cadáveres que se pudrían al sol. Los más débiles (entre ellos la cantinera), fueron asesinados sin piedad, reservándose cuatro como *provisiones*.

Mientras tanto, la noche del 9 de julio, los botes habían encontrado a la corbeta *L´Echo* fondeada en la rada de Senegal. Cuando supo lo ocurrido, su capitán decidió enviar al *Argus* en misión de rescate.

Milagrosamente, el *Argus* encontró los restos de la balsa cuando ya había abandonado su búsqueda y tenía como único propósito encontrar *La Medusa*. Era el 17 de julio, 13 días después de que la fragata fuese abandonada.

Aun a una legua de distancia, la brisa marina llevó hasta los marineros del bergantín un insoportable hedor. Cuando se acercaron más pudieron contemplar un cuadro espantoso, que parecía surgido de la más horrenda de las pesadillas. La totalidad de la balsa, teñida por una capa de sangre seca, apestaba a carne putrefacta y pedazos de carne de los cadáveres ensartados en astillas servían de comida para los pájaros carroñeros. Más que seres humanos, los 15 supervivientes parecían cadáveres desollados. Cuando el último fue subido a bordo, el capitán del *Argus* ordenó quemar el escenario de aquel horror. A pesar de los cuidados que se les prodigaron en Saint-Louis, cinco sucumbieron en poco tiempo, de manera que de los 147 que se embarcaron en el fatal viaje, solo diez sobrevivieron para revelar al mundo en sus horro-

rosos relatos la cantidad de sufrimientos y penurias que puede acumular un ser humano en tan solo 13 días.

El 26 de agosto el *Argus* encontró los restos de *La Medusa*. De los 17 hombres que decidieron permanecer a bordo solo encontraron a tres con vida.

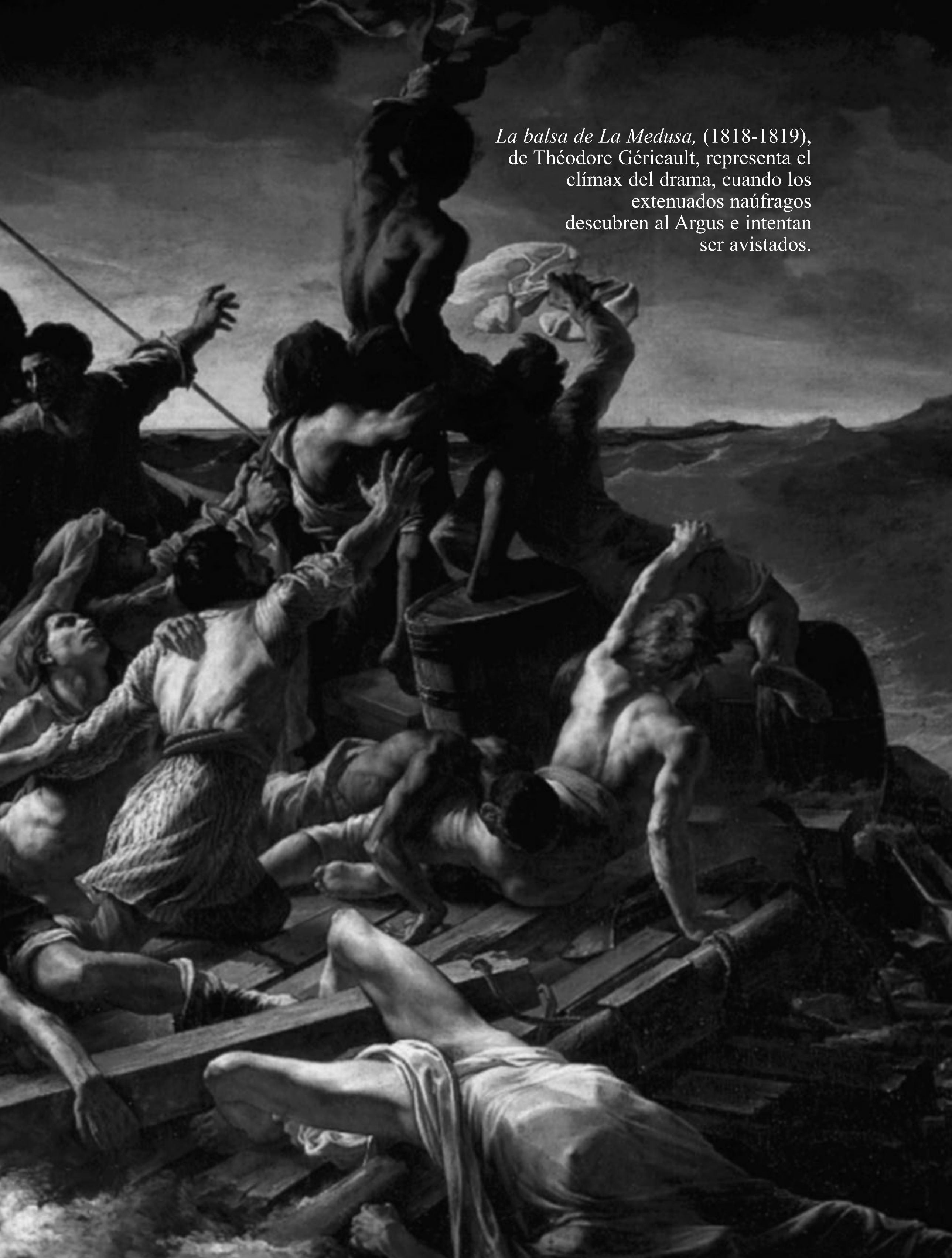
Uno de los supervivientes de la balsa, el cirujano Henri Savigny, dio cuenta a las autoridades. Su detallado informe fue filtrado a la prensa y el escándalo estalló en Francia. A pesar de que las autoridades intentaron ocultarlo, Chaumareys fue finalmente juzgado en Port de Rochefort. El 3 de marzo de 1817 fue considerado culpable de encallar el barco y de abandonarlo dejando tripulantes a bordo. Sin embargo, fue absuelto del cargo de abandonar *La Machine,* ya que se consideró que había intentado de forma reiterada reanudar el arrastre pese a que algunos botes ya habían cortado las amarras y se alejaban de la zona. Fue inhabilitado para prestar cualquier servicio en buques franceses y condenado a permanecer tres años en prisión.

El *Peggy* partió de las Azores el 24 de octubre de 1765 con destino a Nueva York llevando en su bodega un cargamento de vino y coñac. Su tripulación estaba formada por el capitán, ocho hombres y un esclavo negro.

El 29 de octubre se desató un violento temporal que azotó al barco durante semanas y lo dejó a la deriva. Los alimentos y el agua fueron racionados. Después, la tripulación se bebió todo el vino y el coñac, se comieron los animales que llevaban a bordo (dos palomas y el gato del capitán), percebes arrancados del casco del barco, tabaco, el aceite de las lámparas, velas y todo el cuero que pudieron encontrar (incluido el de sus zapatos). Y al final, ya no hubo nada más que comer...

El 13 de enero los marineros se presentaron en el camarote del capitán y le comunicaron que habían decidido que uno de ellos debía ser sacrificado para alimentar al resto. El capitán se mostró de acuerdo. Casi inmediatamente, los hombres volvieron y





La balsa de La Medusa, (1818-1819), de Théodore Géricault, representa el clímax del drama, cuando los extenuados náufragos descubren al Argus e intentan ser avistados.

le informaron de que el desdichado era el esclavo. Fue ejecutado de un tiro en la cabeza.

El hecho de que el capitán no asistiera al sorteo hace pensar que, probablemente, nunca tuvo lugar, y que el negro estaba condenado de antemano. Revisando los casos en que los supervivientes de un naufragio dijeron haber tenido que recurrir al macabro sorteo, no deja de resultar curioso que la mala suerte pareciera cebarse tanto en negros u otras minorías étnicas como en grumetes, lo que hace dudar de la legalidad del sorteo e incluso pensar que este nunca tuvo lugar. Evidentemente, en estos casos, solo existía una versión del suceso.

Uno de los marineros se comió su hígado crudo, algunas partes fueron cocinadas y el resto puesto en conserva. La cabeza y los dedos fueron arrojados por la borda. Desechar la cabeza, las manos y los pies formaba parte de la *Costumbre del Mar*. Probablemente, su intención era no consumir las partes más humanas de la víctima.

El marinero que se comió el hígado enloqueció y murió. Sus compañeros, pensando que podían contagiarse si se alimentaban con su carne, lo arrojaron por la borda. Estuvieron alimentándose con la carne del esclavo hasta el 26 de enero. El día 29 se decidió un nuevo sorteo. En esta ocasión, le tocó a David Flatt, el marinero más apreciado por toda la tripulación, lo que causó un gran *shock*. Flatt pidió tiempo para prepararse para morir, y todos estuvieron de acuerdo en retrasar la ejecución hasta la mañana siguiente.

Durante la noche, presa de espantosos pensamientos, Flatt primero se quedó sordo, y después se volvió loco. Por la mañana, mientras los marineros preparaban un fuego donde asar su carne, vieron un barco que se dirigía hacia ellos. Fueron rescatados y llevados a Dartmouth el 2 de marzo. Dos de los tripulantes del *Peggy* murieron durante la travesía, así que solo sobrevivieron el capitán y tres marineros, entre ellos el desdichado Flatt, que nunca más recuperó el juicio.

Los 20 marineros del ballenero *Essex,* capitaneado por George Polland, también tuvieron que recurrir a la *Costumbre del Mar* después de permanecer varios meses a la deriva en los botes de salvamento en una espantosa singladura a lo largo de 4.500 millas. El 20 de noviembre de 1820, el *Essex* fue atacado por un cachalote de más de 27 metros de largo y unas 60 toneladas de peso y se fue a pique, a mitad de camino entre las islas Hawai y las Galápagos, mientras los botes estaban cazando lejos de él. Se dice que el cetáceo atacó al barco intencionadamente, y que este hecho inspiró a Herman Melville su *Moby Dick o la ballena blanca* (1851).

Antes de que se hundiera, los marineros pudieron rescatar del barco pan, agua fresca, clavos para los botes, un mosquete, una pistola, pólvora y algunas velas. Sin embargo, no pudieron recuperar las cartas ni los instrumentos de navegación. El 22 de noviembre partieron en tres botes, cometiendo el trágico error de intentar alcanzar el continente en lugar de dejarse llevar por los vientos alisios hasta las Islas Marquesas, ya que temían ser devorados por los caníbales que, según se creía, habitaban la región. Poco imaginaban que ese, igualmente, sería el fatídico destino de algunos de ellos…

Durante las primeras semanas comieron el pan, se mojaron los labios con agua de mar, se bebieron su propia orina y, ocasionalmente, comieron algunos peces voladores que cayeron en los botes. El 20 de diciembre llegaron a la isla Henderson, que estaba deshabitada. Después de acabar con sus escasos recursos alimenticios, el 27 de diciembre los ocupantes de los botes decidieron hacerse de nuevo a la mar, dejando atrás a tres hombres que prefirieron quedarse en la isla y fueron finalmente rescatados.

“Casualmente”, entre el 23 y el 28 de enero, cuatro tripulantes de color murieron y sus cuerpos fueron devorados. Después se echó a suertes quién debía ser sacrificado, y resultó ser Owen

Coffin, el joven grumete y primo hermano del capitán, que no tenía responsabilidades familiares.

El 23 de febrero fueron rescatados por el ballenero *Indian,* de Londres. Nadie dudó de la versión de los supervivientes ni se les reprochó nada: el sorteo había sido limpio y el resto de las muertes se había debido a causas naturales. Sin embargo, no ocurrió lo mismo en el caso del *Mignonette*.

El yate inglés zarpó de Falmouth con destino a Sidney (Australia), el 19 de mayo de 1884 con cuatro tripulantes a bordo: el capitán Tom Dudley, Edwin Stephens, Edmund Brooks y el grumete Richard Parker. El 5 de julio el *Mignonette* se hundió debido al mal tiempo cerca del cabo de Buena Esperanza. Los marineros solo pudieron rescatar unas cuantas latas de nabos y la costa de Sudamérica se encontraba a más de 2.000 millas.

Entre los marineros es un hecho conocido que, aun en la más desesperada de las situaciones, no se debe beber agua de mar. La concentración de sal en nuestras células es de 3 gramos por litro, mientras que en el agua del mar es de 30. Beber ese agua puede causar deshidratación, graves problemas renales y la muerte. Sin embargo, el día 20 de julio, el joven grumete empezó a hacerlo. Se deshidrató y entró en un estado de coma. Sus compañeros valoraron el hecho de que todos tenían familias menos Parker, así que el 24 de julio Dudley propuso que si al día siguiente no divisaban ninguna vela en el horizonte y el joven seguía vivo, lo matarían para poder beber su sangre y alimentarse con su carne. Brooks no estaba de acuerdo. Los demás, sí.

El 25 de julio el horizonte estaba tan desierto como el día anterior. Dudley rezó una oración, se fue hacia Parker con un cuchillo y le cortó la garganta.

Todos comieron de la carne de Parker hasta que cuatro días más tarde fueron rescatados por el barco alemán *Moctezuma,* que les llevó a Falmouth. A su llegada, el capitán aportó los detalles sobre la muerte del grumete, alegando que había sido necesaria

para salvar la vida del resto; que la alternativa era que murieran todos y que Parker iba a morir de todos modos.

A pesar de tener la opinión general a su favor, todos fueron juzgados en la ciudad de Exeter por asesinato. El juez encargado del caso, John Walter Huddleston, pensó que la notoriedad alcanzada por el suceso le sería muy útil para sus aspiraciones políticas. En su libro *Cannibalism and the common law* (1984), Simpson le describe como un hombre autoritario, capaz de persuadir a los jurados para que tomaran la decisión que él consideraba correcta. En este caso era que nadie debería matar a nadie aunque este acto fuera algo absolutamente imprescindible para salvar su propia vida. Evidentemente, el oportunista juez jamás se había visto en tan dramática situación.

Aunque los propios familiares de Parker defendieron a los acusados, Dudley y Stephens fueron condenados después de que Brooks testificara en su contra. La sentencia decía que no existía suficiente necesidad para el asesinato, y consideraba la acción como inconsistente con la moral de las sociedades civilizadas. El castigo era la muerte.

En el último momento, la reina Victoria les conmutó la pena por seis meses de prisión. Después de cumplir la condena, el capitán emigró a Australia, donde dirigió un negocio y murió el 19 de febrero de 1900, víctima de la peste bubónica.

El caso del *Mignonette* es el único en el que unos caníbales ocasionales con motivos más que justificados fueron condenados por las autoridades judiciales, pero las razones fueron políticas y la sentencia finalmente reconsiderada. A excepción de este caso, todo el mundo parece comprender fácilmente la necesidad de garantizar la supervivencia de un grupo a expensas de la eliminación de alguno de sus integrantes, cuya muerte se convierte en un acto de defensa propia, en un homicidio justificable. De cualquier modo, el caso del *Mignonette* sigue estudiándose y debatiéndose en las facultades de Derecho del Reino Unido y los Estados Unidos.

Ya en tierra firme, también tuvieron que recurrir al canibalismo de supervivencia los habitantes de las ciudades sitiadas. En la Antigüedad era una táctica militar muy frecuente cercar las ciudades y rendirlas por el hambre. Peteleia, Alesia, Numancia, Sagunto y Calahorra fueron escenarios de este horror, de esta táctica tan “civilizada”.

Numancia fue sitiada por Escipión durante nueve meses, desde septiembre de 134 al verano de 133 a.C. Cuando el hambre se hizo insoportable, cuando había sido devorado todo lo comestible, se descuartizó a los muertos y moribundos, después a los enfermos y por último a los débiles. Finalmente, sus habitantes prefirieron el suicidio antes que entregarse. La caída de Numancia se convirtió en una de las grandes epopeyas de la historia ibérica, inmortalizada por Cervantes en su tragedia del mismo nombre.

Lo mismo ocurrió en Calahorra, sitiada por Pompeyo y Metelo en el 72 a.C. Según la crónica de Salustio, sus habitantes prefirieron devorar a sus muertos antes que rendirse, generando la leyenda de la *fames calagurritana.*

También en Francia, en el siglo XVI, durante las guerras de religión, tanto en Sancerre como en París, una vez devorados animales, pergaminos, sebo y grasa, se desenterraron muertos y se trituraron para hacer *el pan de madame Montpensier*. Todos los que comieron de él murieron. Finalmente, incluso las madres se alimentaron con la carne de sus hijos, como recoge Voltaire en el terrible canto décimo de la *Henriada:*

> Muere, antes de sentir mis males y tu miseria:
> Devuélveme la vida, la sangre que te ha dado tu madre;
> que mi seno desdichado te sirva de sepultura,
> que por lo menos, vea París un nuevo crimen.
> Y acabando estas palabras, furiosa, pierde
> en el costado de su hijo su mano desesperada
> hunde temblando el acero parricida:

Lleva el cuerpo ensangrentado junto al hogar;
y con el brazo que guía el hambre sin piedad
prepara ávidamente esta comida pavorosa…

En 1871, cuando los alemanes sitiaron París, un carnicero vendió carne humana en su tienda de la isla de Saint Louis. El hecho no se supo hasta más tarde, cuando la carnicería había adquirido una gran reputación por la calidad de su género.

Pero no hace falta retroceder tanto en el tiempo. Los interminables 900 días de sitio que sufrió la antigua capital rusa, Leningrado, durante la Segunda Guerra Mundial, constituyen un episodio único en la Historia de la Humanidad. Cuando, en septiembre de 1941, el ejército del Tercer Reich aisló la ciudad, tres millones de seres humanos quedaron atrapados en un gigantesco cepo. Frente a ellos no se alzaba otra expectativa que el hambre y el sufrimiento. La ciudad estaba inerme frente a los alemanes.

Para finales de diciembre casi no quedaban gatos ni perros en la ciudad, ni palomas en la plaza de la catedral de Kazán. Todos habían sido comidos. Los niños crecieron sin saber lo que eran estos animales. Se dice que incluso las ratas habían desaparecido para enero. En la plaza del mercado se vendían vasos llenos de *tierra de Badayev,* excavada de los sótanos de estos almacenes incendiados por la aviación alemana, donde se habían derramado toneladas de azúcar derretido. Arrancaron el papel de las paredes y se comieron el engrudo, que supuestamente estaba hecho con tomates. Extrajeron la misma pasta de los lomos de los libros, o directamente bebieron cola. Cocieron los cinturones y los maletines de cuero para hacer gelatina, comieron hierbas, petróleo, lápiz de labios, especias, medicinas, abrigos de pieles, capas de cuero, tortas hechas con maquillaje facial, sopa de hojas de helecho y puré de ortigas…



Un famélico habitante de Leningrado sostiene
en su mano lo que, probablemente, sería su único
alimento durante varios días: un mendrugo de pan.

Los rublos carecían de valor; el pan era la moneda corriente. Desde joyas a cuerpos de mujeres o vidas de hombres; todo se vendía por un mendrugo de pan.

Pero entre los habitantes de Leningrado, pálidos como fantasmas y delgados como sombras, de vez en cuando pasaba un hombre o una mujer de piel sonrosada y mirada fría. Eran los caníbales.

Los rumores de canibalismo comenzaron a circular en otoño, y pronto las madres empezaron a prohibir a sus hijos que salieran a la calle. Se decía que eran más fáciles de atrapar, y que su carne era más tierna. También se decía que se habían creado "hermandades" de caníbales, que se reunían en exclusivos banquetes donde se servía carne humana fresca. Después de la carne de los niños, en segundo orden de preferencia iba la de las mujeres, pues aunque pasaban tanta hambre como los hombres, sus cuerpos tenían un poco más de grasa y su carne era más sabrosa.

Según algunos relatos, para noviembre ya se vendían en la plaza del mercado pastelillos de carne humana. En *Los 900 días. El sitio de Leningrado,* Harrison E. Salisbury cuenta que un ciudadano vio un montón de nieve ensangrentada donde habían sido arrojadas las cabezas de un hombre, una mujer y una niña. Muchos soldados que volvían del frente para llevar comida a sus hambrientos familiares también fueron víctimas de los caníbales, que los preferían por estar mejor alimentados. La policía creó una división especial para perseguirlos. Llegaron a detener y encarcelar a 260 de ellos, y se amenazaba a los sospechosos obstinados con encerrarlos en la *celda de los caníbales,* donde se devoraban unos a otros.

Daniel Leonidovich Andreiev vivió todo el cerco de Leningrado y plasmó en estos versos todo el horror allí vivido:

Todo lo hemos visto…
En la lengua rusa no hay palabras
para describir aquel loco invierno de guerra…
Cuando el Hermitage se estremecía con las bombas…
y se helaban las casas y reventaban las cañerías…
Cien gramos de ración…
Cadáveres en la Nevsky.
Y sabemos también lo que es canibalismo.
Todo lo hemos visto…

Un hecho que raramente se ve representado con sinceridad en los numerosos estudios sobre los campos de concentración nazis es que algunos de sus ocupantes debieron recurrir al canibalismo para sobrevivir. El hambre no existió en los campos de exterminio, como Auschwitz, Belzec, Solibor o Treblinka, auténticas fábricas de cadáveres. Como dijo el criminal Mengele: “Aquí se entra por la puerta y se sale por la chimenea”. Sí existió, en cambio, en los llamados campos de concentración, destinados en principio únicamente a albergar a los prisioneros. Sin embargo, aunque aquí no se gaseara, las condiciones en que se encontraban los reclusos hacen que resulte difícil distinguir unos de otros pues, independientemente de los métodos utilizados, ambos eran mataderos de seres humanos, verdaderas antecámaras del infierno.

Tenemos muchos detalles de estas condiciones a partir de los informes de los médicos que examinaron a los supervivientes del campo de Bergen-Belsen, a 100 kilómetros de Hamburgo, el primero en ser liberado por los aliados occidentales. Estos informes fueron recogidos en revistas médicas, como los de Collins (“Belsen Camp: A preliminary report”, publicado en el *British Medical Journal*), Lipscomb (“Medical aspects of Belsen concentration camp”, publicado en *The Lancet*) y Mollison (“Observations of cases of starvation at Belsen“, también en el

British Medical Journal). El campo se proyectó para encerrar a unos 10.000 prisioneros, pero en la segunda mitad de 1944 ya estaba superpoblado, y al desplomarse las fronteras con Polonia y ser enviados a Bergen-Belsen los cautivos de aquella zona, el número de reclusos llegó a 50.000. En este campo murió Ana Frank, la autora adolescente de un diario que dio la vuelta al mundo.

La política adoptada por los nazis en estos campos era no dar ninguna clase de atención a los prisioneros y dejar que murieran de hambre o enfermedad. En el campo de concentración, los prisioneros solo tenían un derecho: el derecho a morir.

Se estima que la media de pérdida de peso era de un 39% del peso previo a entrar al campo. Durante los meses anteriores a la llegada de los aliados, los prisioneros permanecieron completamente desatendidos, y durante una semana apenas dispusieron de agua. Eran alimentados únicamente con remolachas de las empleadas para alimentar al ganado, y 15 días antes de su liberación, solo en forma de sopa. Incluso cuando los alemanes ya se habían rendido, los SS dispararon a unos prisioneros que intentaron coger unas patatas.

En estas condiciones, solo el instinto de supervivencia prevalecía, y el único afán era encontrar algo que pudiera comerse, incluida la carne humana.

En el proceso contra los comandantes del campo, un testigo inglés que había ayudado a transportar los cadáveres describió así el horror:

> En muchas ocasiones me di cuenta de que en la parte superior del muslo de muchos cadáveres había una herida extremadamente notoria. Al principio creí que se trataba de heridas de arma de fuego, pero después de haberlas observado muchas veces pregunté a un compañero, quien me dijo que muchos prisioneros cortaban trozos de cadáveres para comer. En mi siguiente visita al depósito de cadáveres vi efectivamente cómo un



Prisioneros de Auschwitz. La imagen habla por sí misma.

prisionero sacaba un cuchillo, cortaba un pedazo de carne del muslo de un cadáver y se lo metía en la boca con evidente miedo a ser visto. Dejo a su fantasía el representarse a qué condiciones debían de estar reducidos los prisioneros para llegar a cortar trozos de carne de cadáveres ennegrecidos y comérselos.

Markowski, un prisionero de guerra polaco que sirvió como cirujano en varios campos de concentración, contaba en "Some experiences of a medical prisioner of war" en *British Medical Journal* (1945), que en un campo alemán para prisioneros rusos había visto varios cadáveres a los que se les había arrancado carne. En su autobiografía, Rudolph Hoess, el comandante al mando de Auschwitz, ahorcado en 1947 por crímenes de guerra, cuenta:

> (…) Llevados por el primitivo instinto de la auto-preservación (los prisioneros rusos), llegaron a no importarse nada los unos a los otros, y en su egoísmo ahora pensaban solo en sí mismos. Los casos de canibalismo no fueron raros en Birkenau. Yo mismo vi el cadáver de un ruso entre pilas de ladrillos, al que se había destripado y arrancado el hígado. Se matarían a golpes entre ellos por comida…
>
> Cuando se excavaron los cimientos del primer grupo de edificios (de Auschwitz), los hombres encontraron a menudo cadáveres de rusos asesinados por sus propios compañeros, comidos parcialmente y después enterrados en el barro…
>
> Ya no eran seres humanos. Se habían convertido en animales que solo buscaban comida.

Realmente, resulta repugnante que quien se atrevía a tachar de animales a unos seres humanos desesperados fuera el responsable de un campo donde se llegó a asesinar a 22.000 personas al día. A los muertos se les arrancaban los dientes de oro, su cabello era vendido a una fábrica alemana de fieltro, su grasa se comercializaba para hacer jabón y sus cenizas eran utilizadas como fertilizantes agrícolas. Los prisioneros eran dignos de compasión. Sus verdugos, hombres como Hoess, merecedores del peor de los infiernos.

Siguiendo la ley del talión, los soviéticos tampoco aplicaron demasiado estrictamente las Convenciones de Ginebra a sus prisioneros de guerra. El 31 de enero de 1942, el mariscal alemán von Paulus se rindió en Stalingrado con cerca de 30.000 soldados, los restos de un ejército de 250.000 hombres. Unos 500.000 prisioneros, entre alemanes y sus aliados italianos, húngaros y rumanos, partieron rumbo a Siberia y fueron dispersados por más de 20 campos que se encontraban desde el Círculo Ártico a los desiertos del sur. En la mayoría de los casos, los rusos les dejaron morir de hambre. Entre febrero y abril de 1943, murieron más de 400.000. En Tambov, Krinovaia, Yelkabuga, Oranki, Susdal,

Vladímir y otros campos, los prisioneros se arrojaban sobre la escasa comida (coles, hogazas de pan helado e incluso basura) y se peleaban por ella, matándose unos a otros. En Krinovaia, un grupo de italianos recuperó excrementos de las letrinas, de donde extraían trigo y mijo sin digerir, que después lavaban y comían.

William Craig cuenta en *Enemy at the gates. The Battle for Stalingrad* (1973), que pronto empezó el canibalismo. En Susdal, el doctor Cristóforo Capone encontró cabezas humanas a las que habían extraído los sesos y torsos a los que faltaban el hígado o los riñones. Felipe Bracci vio cadáveres sin brazos o piernas.

Los gustos de los caníbales se fueron refinando. De devorar apresuradamente a los muertos, pasaron a organizarse en grupos que ayudaban a morir a los moribundos, desafiando a quien tratara de detenerlos. En Krinovaia, un soldado italiano corrió en busca de la ayuda del cura Guido Turla porque los caníbales habían seguido hasta un barracón la pista de sangre dejada por su hermano, herido de un tiro por un soldado ruso. Después de pasar ante cadáveres descuartizados, sin cabezas, con los brazos y piernas descarnados, encontraron un grupo de hombres aporreando la puerta del barracón. El cura increpó a los caníbales, que se alejaron cabizbajos, renunciando a su presa. A fin de cuentas, tenían millares a su disposición.

En otro barracón de Krinovaia, un italiano recientemente fallecido atrajo inmediatamente a los caníbales. Su hermano se interpuso y los expulsó. Durante todo la noche montó guardia junto al cadáver, mientras los caníbales le pedían que les dejaran hacerse cargo de él, ofreciéndose incluso a enterrar lo que quedara tras la macabra comida. Finalmente, cuando el hermano comenzó a mostrar señales de agotamiento, los caníbales se apoderaron del cuerpo. La experiencia le volvió loco.

Fue tal el número de caníbales, que los rusos tuvieron que organizar patrullas con hombres reclutados entre los oficiales cautivos. Los rusos les entregaron palancas y les ordenaron que

matasen a todos los devoradores de hombres que encontrasen. Las patrullas se guiaban por el parpadeo delator de las pequeñas hogueras donde los caníbales preparaban su comida por la noche. El doctor Vincenzo Pugliese formó parte de una de ellas. Una noche, al doblar una esquina, sorprendió a un hombre asando algo parecido a una salchicha sujeta al extremo de un palo. Al acercarse, Pugliese no pudo evitar una náusea cuando se percató de que, en realidad, se trataba de una tráquea humana.

Las expediciones perdidas son otro ejemplo de situación extrema donde el ser humano, acuciado por el hambre, se ha encontrado obligado a comerse a sus semejantes.

El 19 de mayo de 1845, los buques *Erebus* y *Terror* salieron del Támesis hacia mar abierto con la misión de encontrar el Paso del Noroeste, una hipotética ruta marítima que comunicaría el océano Atlántico con el Pacífico a través de las islas del norte de Canadá y Alaska, casi siempre rodeadas de hielo. Como el canal de Panamá no era más que una posibilidad, la única forma de pasar de un océano a otro era costear todo el continente americano y atravesar el tempestuoso cabo de Hornos. En términos de tiempo y distancia, sería mucho más ventajoso llegar al océano Pacífico por el estrecho de Bering. Muchas expediciones lo habían intentado desde el siglo XV, pero todas habían fracasado. Sin embargo, nunca antes se había acometido esta empresa en condiciones tan favorables. Todo fue preparado meticulosamente para soportar una larga estancia entre los hielos. Los buques fueron reconstruidos como naves de vapor con hélices con dos poderosos motores de 15 toneladas adquiridos a los ferrocarriles de Londres, tenían el casco reforzado con planchas de hierro para abrirse camino entre los hielos y un sistema de calefacción alimentado por agua caliente. Se embarcaron provisiones para tres años, incluyendo las novedosas latas de carne y sopa. Los 129 tripulantes fueron seleccionados tras superar pruebas especiales y se puso al mando a un veterano de las expediciones al Ártico: el

carismático *sir* John Franklin. Todos estaban convencidos del éxito de la Expedición Franklin.

En agosto de 1845, los barcos balleneros *Prince of Wales* y *Enterprise* contactaron con la expedición en la entrada del estrecho de Lancaster. Nadie los volvió a ver.

Pasaron dos años sin noticias de la expedición, algo que tampoco era infrecuente en un tiempo en que las comunicaciones eran muy limitadas. Pero al año siguiente, en la primavera de 1848, toda Inglaterra se preguntaba qué había sido de Franklin. Se enviaron numerosas expediciones de rescate, pero los resultados fueron negativos.

En 1850, el Almirantazgo británico ofreció una recompensa de 20.000 libras a quien encontrara a la expedición, y *lady* Franklin añadió otras 3.000 de su propio bolsillo. En un momento dado, había diez barcos británicos y dos estadounidenses siguiendo los pasos de Franklin. En el verano de ese año, el capitán William Penny encontró los primeros rastros en la Isla Beechey, en el canal de Wellington: las tumbas de tres hombres que habían muerto por causas naturales en 1846 y numerosas latas de conserva vacías, pero los barcos y el resto de la tripulación seguían sin aparecer. Parecía que Franklin había decidido pasar el primer invierno en esta isla para después, en primavera, seguir su viaje. Los cadáveres encontrados pertenecían a John Torrington, suboficial del *Terror* y a John Hartnell y William Braine, ambos marineros del *Erebus*. Son los únicos que han podido ser identificados hasta la fecha.

No sería hasta 1854 cuando se conseguirían más datos sobre el destino de la expedición. John Rae no estaba buscando a Franklin, sino que estaba explorando la península de Boothia para la Compañía de la Bahía de Hudson. Allí encontró a un grupo de esquimales inuit que le dijeron que seis años antes habían visto a un grupo de blancos arrastrando un bote sobre un trineo, atacados



Según los inuit, vieron a un grupo de casi 40 hombres blancos arrastrando un bote y trineos sobre el hielo, atacados por la inanición y la congelación y que finalmente murieron por el camino.

por la inanición y la congelación y que finalmente murieron por el camino. Según Rae:

> Cerca de cuarenta hombres blancos fueron vistos viajando hacia el sur sobre el hielo, arrastrando un bote sobre un trineo. Ninguno de ellos podía hablar el lenguaje esquimal tan bien como para ser entendido, pero por señas hicieron entender a los nativos que el barco o barcos habían sido destrozados por el hielo, y que iban hacia donde ellos creían que podrían cazar algún ciervo (…) Más tarde en la misma estación, pero antes de la rotura de los hielos, descubrieron los cuerpos de treinta personas y algunas tumbas. Por el mutilado estado de muchos de los cadáveres y el contenido de las ollas, resulta evidente que nuestros bravos compatriotas se habían visto obligados a tomar la última solución, el canibalismo como un medio de prolongar la existencia.

Rae volvió a Inglaterra con varios objetos que había comprado a los inuit y que fueron identificados como pertenecientes a Franklin y a sus hombres, y aunque cobró la recompensa, se ganó numerosas críticas. Para la sociedad victoriana, la disciplina y la moral eran dos pilares fundamentales, por lo que se consideraba que los representantes de la Corona debían superar sus problemas con honor, amparándose en el férreo entrenamiento militar que les había sido inculcado. Por ello, era impensable para los británicos cualquier tipo de especulación sobre canibalismo en el caso de la Expedición Franklin. "¡Los marineros británicos jamás harían cosa semejante!", era el sentir general. Entre los detractores más destacados del informe de Rae se encontró el escritor Charles Dickens, que escribió que los hombres de Franklin nunca podrían haber recurrido a tan horrible práctica debido a "su firmeza, su fortaleza, su elevado sentido del deber, su coraje y su religión". Dickens defendía la posibilidad de que hubieran sido atacados por un grupo de esquimales, y que las mutilaciones fueran acción de animales salvajes.

Lady Franklin llamó a Rae "melenudo y desagradable", y le acusó de negligencia por no seguir buscando en la zona que los inuit le habían indicado.

Esta misma situación ya se había dado antes, con una expedición en la que, curiosamente, también se encontraba Franklin. Entre 1819 y 1822, durante una desastrosa expedición por tierra al Ártico dirigida por John Ross, murieron 11 de los 20 miembros de la partida. La mayoría lo hizo de hambre, después de que llegaran a comer trozos de grasa quemada con líquenes e incluso sus propias botas. Pero hubo al menos un asesinato y se sospechó de algún caso de canibalismo. A pesar de ello, los supervivientes fueron aclamados a su regreso como héroes nacionales y los rumores quedaron rápidamente extinguidos.

En 1857 *lady* Franklin abrió una suscripción nacional y junto con fondos propios y del Almirantazgo adquirió un pequeño barco

a vapor, el *Fox,* y lo puso al mando del capitán Francis Leopold M´Clintock. El *Fox* partió en julio para buscar los restos de la expedición en esa zona. En el verano de 1859, la partida de M´Clintock encontró en la Isla del Rey Guillermo lo que habían relatado los inuit: esqueletos que yacían boca abajo sobre la nieve y un bote atado a un trineo con más esqueletos en su interior (algunos decapitados) y repleto de montones de objetos inútiles que hacían aún más pesado transportarlo. Además, bajo un montículo de piedras, M´Clintock y sus hombres encontraron un documento que aportaba valiosos detalles sobre el trágico final de la Expedición Franklin: durante el invierno de 1846 a 1847, los barcos habían quedado atrapados en una espesa capa de hielo que no se deshizo ni con la llegada del verano; *sir* John Franklin murió el 11 de junio de 1847, y en septiembre de ese mismo año, después de que hubieran muerto 21 hombres, el resto decidió abandonar los barcos y buscar el río Back Fish a través del cual pensaban llegar a las bases de la Compañía de la Bahía de Hudson (por eso arrastraban el bote). Todos los hombres murieron, pero solo una pequeña parte de los cuerpos de los 129 tripulantes ha sido encontrada.

Hasta fechas recientes no se ha podido demostrar la existencia de canibalismo entre los miembros de la expedición. En 1981 el doctor Owen Beattie descubrió marcas de cuchillo sobre un fémur humano. En 1993 la arqueóloga Margarte Bertulli y la antropóloga Anne Keenleyside hallaron en la zona gran cantidad de utensilios y restos de, al menos, 11 seres humanos. Los estudios de los huesos mostraron marcas de cortes realizados por instrumentos de metal y no por dientes de animales. Estos cortes no se correspondían con los que se realizan para amputar miembros congelados, ya que aparecían en zonas como la pelvis y las vértebras cervicales, zonas que, evidentemente, resultaría absurdo amputar. Más bien coinciden con las articulaciones de los huesos por las que es más fácil desmembrar un cuerpo, para así poder desprender la masa muscular.

Por otra parte, en agosto de 1984, los tres cuerpos de la Isla Beechey fueron exhumados. Los cuerpos estaban perfectamente conservados, e incluso uno de ellos tenía los ojos abiertos. El análisis del contenido de plomo en sus huesos y cabellos arrojó cifras sorprendentemente elevadas. Se llegó a la conclusión de que el plomo empleado para sellar las latas de conserva había contaminado la comida. El envenenamiento por plomo produce anemia, confusión mental y finalmente la muerte. Este envenenamiento progresivo debió de influir en la condición física de los hombres, causándoles una debilidad extrema y contribuyendo a que ninguno consiguiera sobrevivir.

En 1906, el noruego Roald Amudsen, un joven marinero cautivado por los relatos del desdichado destino de la Expedición Franklin, fue el primero en cruzar el fatídico Paso del Noroeste. Lo consiguió a bordo del pequeño velero *Gjoa,* tripulado por siete hombres, después de pasar dos inviernos en la Isla del Rey Guillermo. El traicionero paso que tantas vidas se cobró demostró ser, irónicamente, impracticable para la navegación comercial. Hoy en día se vuelve a hablar de él, pues debido al calentamiento global y el deshielo, podría llegar a ser navegable en el año 2020, convirtiéndose en un reemplazo eficaz para la navegación que actualmente cruza el canal de Panamá o el canal de Suez.

Aún hoy en día, las expediciones árticas encuentran ocasionalmente algún hueso humano o algún resto de la malograda Expedición Franklin. El *Erebus* y el *Terror* nunca fueron encontrados. En 1937 un piloto notificó el avistamiento de lo que parecía ser un enorme barco dentro de un gigantesco *iceberg,* pero fue incapaz de localizarlo posteriormente.

Viajemos ahora al salvaje Oeste. A lo largo de tres siglos, desde los primeros asentamientos de los peregrinos puritanos hasta finales del siglo XIX, la historia de los Estados Unidos se desarrolla paralelamente a la gigantesca marcha hacia el Oeste. Ante los ojos de los colonos se abría un territorio incomparable donde hacer

fortuna era cuestión de tiempo. Un mundo lleno de riquezas minerales, vegetales y animales; un mundo para explotar, para dejar atrás la pobreza, para iniciar una nueva vida. No obstante, los obstáculos a la penetración eran numerosos. En primer lugar, la propia naturaleza del vasto e inexplorado continente, la *unknown greatness* de la que hablaban los primeros colonos, la ignota amplitud plagada de bastiones inexpugnables y de trampas mortales. Inmediatamente después venían los primitivos dueños de aquellos lugares, los indios, que no estaban dispuestos a dejarse arrebatar sus tierras ni su ancestral forma de vida. Pero los colonos luchaban por sí mismos, por sus familias y por su futuro, y estaban plenamente convencidos de que el desafío valía la pena.

El viaje se efectuaba en pesadas carretas cubiertas, tiradas por caballos o bueyes, los *Conestoga Wagons,* que tantas y tantas películas han protagonizado. Podía durar meses y era frecuente que antes de llegar al destino se dejaran junto al camino varias tumbas señaladas por una cruz de madera o un montículo. Las personas más débiles morían inevitablemente durante el viaje: niños, ancianos, jóvenes embarazadas… Fueron muchos los que se arrepintieron amargamente de haber emprendido el viaje.

En 1846, la ruta empezaba en Missouri. Después de seguir el río Platte, había que cruzar las Montañas Rocosas (atravesando los actuales estados de Utah, Wyoming y Idaho), para descender después siguiendo el río Columbia y dirigirse a Oregón o California.

Lansford W. Hastings era un hombre enérgico y un charlatán muy convincente. Había formado parte de una caravana dirigida por el doctor Elijah White que había partido de Independence el 16 de mayo de 1842 con destino a Oregón. Durante el viaje, White fue depuesto del mando y reemplazado por Hastings. En Fort Laramie, el famoso *mountainman* Thomas Fitzpatrick accedió a guiar al grupo hasta que, en septiembre, consiguieron llegar a Fort Vancouver. De Oregón, Hastings pasó a California, a la que soñaba convertir en república independiente bajo su autoridad. Sin em-

bargo, en California todavía no se había encontrado oro, y los colonos seguían prefiriendo Oregón. Comprendiendo que, en el mejor de los casos, solo podría reinar sobre los indios de la zona, Hastings dedicó todos sus esfuerzos a atraer colonos. Apoyándose en su supuesto conocimiento de los caminos hacia el Pacífico, publicó una famosa *Guía de emigrantes a Oregón y California* (1845), donde mostraba la facilidad y seguridad de los accesos a este territorio. Desde la encrucijada de Fort Bridger, en Wyoming (el último lugar civilizado), aconsejaba a toda caravana que usara su atajo: el Atajo Hastings, en vez de seguir la ruta clásica, situada más al norte, mucho más segura y explorada desde hacía tiempo, pero también mucho más larga. La necesidad de los conocimientos de un guía experto hizo que muchos incautos creyeran sus palabras. Entre ellos se encontraron los hermanos Donner.

El 15 de abril de 1846 se reunieron en Springfield (Illinois) tres familias numerosas dispuestas a emprender el viaje hasta Fort Sutter, en California: las de los hermanos Jacob y George Donner y la de James F. Reed, con un total de 31 miembros. A ellos se añadieron otras familias, como la de los Eddy, los Keseberg, los Wolfinger, los Breen y los Russell, pero también emigrantes solitarios como Charles Stanton o Patrick Dolan hasta contabilizar un total de 87 personas. Hastings había prometido esperarles en Fort Bridger.

Pero Hastings no estaba en el fuerte. Para no perder tiempo, los Donner decidieron avanzar a su encuentro. A la entrada del cañón Weber, que se abría sobre los montes Wasatch, encontraron una nota de Hastings sujeta a un matorral en la que les pedía que acamparan junto al río Weber y que le enviaran a un hombre para que pudiera enseñarle el camino. James Reed y Charles Stanton salieron en su busca, pero cuando le encontraron, Hastings se negó a guiarles y únicamente les dibujó un tosco mapa de la nueva ruta.

La caravana se puso de nuevo en marcha. Tardaron un mes en cruzar las montañas, en vez de los 12 días que se empleaban normalmente. Era el 27 de agosto y todavía tenían que aventurarse en el desierto del sudoeste del Gran Lago Salado y luego atravesar el desierto de Nevada. En este punto se les unió un nuevo grupo, formado por Franklin Graves, su esposa, sus ocho hijos, su yerno Jay Fosdick y un joven llamado John Snyder.

Después de innumerables penalidades y de perder a cinco miembros, consiguieron atravesar el desierto y acamparon cerca del río Truckee. Poco a poco, la inseguridad, la discordia y el calor habían ido creando un clima insoportable en la caravana. Era el 8 de septiembre. Empezaron a darse cuenta de que tenían serios problemas. Solo tenían una pequeña posibilidad de alcanzar Sierra Nevada antes de que llegara el invierno y bloqueara los caminos. Algunos empezaron a dudar de que contaran con suficientes alimentos y agua para llegar a California. La caravana había perdido un gran número de bueyes y ganado, debido a la falta de alimento y agua y a las incursiones de los indios, por lo que se decidió enviar a Charles Stanton y William McCutcheon a Fort Sutter para que consiguieran provisiones.

El 5 de octubre, Reed apuñaló a John Snyder después de que este le golpeara, y fue expulsado de la caravana, sin víveres ni armas, lo que era el equivalente a una sentencia de muerte. Poco después, Lewis Keseberg expulsó a uno de sus empleados llamado Hardkoop. Nunca más volvió a saberse de él. Seguidamente, desapareció Jacob Wolfinger. Joseph Reinhardt y Augustus Spitzer confesarían más tarde que le habían robado y asesinado. Wolfinger les había pedido ayuda para enterrar sus bienes más valiosos y regresar a por ellos más adelante, pero sus compañeros decidieron apropiarse de ellos.

El 15 de octubre se movieron por el cañón del río hasta Truckee Meadows, cerca de lo que hoy es Reno (Nevada), y alcanzaron el lago Truckee (hoy llamado lago Donner). Desde allí,

contemplaron aterrados cómo empezaba a nevar sobre Sierra Nevada, su último obstáculo. El 19 de octubre, Stanton regresó con siete mulas cargadas de provisiones y dos indios que conocían el camino. McCutcheon había caído enfermo y se había quedado en el fuerte. Para colmo de desdichas, el día 25 un guerrero paiute abrió fuego contra los bueyes, matando a 19 de ellos.

Entre el 31 de octubre y el 3 de noviembre intentaron cruzar las montañas con sus carretas, pero les resultó imposible y decidieron volver al lago y levantar un campamento. Desesperados, trataron de cruzar a pie el 12 y el 21 de noviembre, pero nuevamente fracasaron. Para entonces, las tormentas de nieve eran continuas y se enfrentaban a la terrible perspectiva de tener que pasar el invierno en las montañas, con el suelo cubierto de muchos centímetros de nieve y sin posibilidad de cazar ni conseguir ningún vegetal comestible. James Reed había conseguido llegar a Fort Sutter y, anhelando fervientemente rescatar a su familia, convenció a McCutcheon de volver a buscar la caravana. Llevaban con ellos provisiones para pasar todo el invierno, pero también encontraron los caminos bloqueados por la nieve y debieron volver al fuerte.

La tensión y la negativa a compartir hicieron que la caravana se dividiera en dos grupos. Unos levantaron un campamento junto al lago Donner, que agrupaba a 60 personas, mientras que los 21 miembros de las familias Donner lo hicieron a unos nueve kilómetros de distancia, en un paraje conocido como Alder Creek. La primera persona que murió de hambre en el campamento del lago fue un joven de 25 años llamado Baylis Williams. Después de esto, un grupo de cinco mujeres, diez hombres (incluyendo a Stanton y los dos indios) y dos muchachos intentaron cruzar las montañas usando unas improvisadas raquetas para la nieve. Más tarde se les conoció como La Esperanza Forlon. Al día siguiente, un alemán y un muchacho que no llevaban raquetas volvieron al campamento. Gracias a que mejoró el tiempo, el grupo consiguió recorrer unos ocho kilómetros al día, soportando el intenso frío y

el hambre atroz. Al sexto día el bravo Stanton, exhausto, pidió a sus compañeros que le dejaran morir y siguieran sin él. Se quedó sentado sobre la nieve, fumando su pipa…

William Eddy tomó el mando del grupo. El 24 de diciembre, el hambre les había debilitado hasta el punto de no dejarles dar un paso más. Se despertaban por la noche intentando morder los brazos o las manos de sus compañeros, gimiendo y gritando. Entonces se tomó la decisión de que la única manera de sobrevivir era recurrir al canibalismo.

Entre el 25 y el 29 de diciembre, cuatro hombres murieron. Curiosamente, sus compañeros establecieron normas para comer sus cuerpos, evitando comer la carne de familiares. El mejicano Antonio y Patrick Dolan fueron comidos por todos (ya que no tenían familia en el grupo), pero ni Mary Graves ni su hermana Sarah Fosdick ni su marido, Jay Fosdick, comieron de su padre, Franklin Graves, que antes de morir les había pedido que se alimentaran con su carne. Tampoco Sarah Foster ni su hermana Harriet Pike comieron de su hermano, Lemuel. Sin embargo, todos vieron cómo sus seres queridos eran descuartizados, y su carne, asada y devorada por sus compañeros. Después de recuperar fuerzas, el grupo descansó tres días y emprendió de nuevo la marcha. Diez seguían vivos: los dos indios, cinco mujeres y tres hombres blancos.

Después de una semana, consiguieron atravesar las montañas. Tres días más tarde, nuevamente sin comida y superado el tabú del canibalismo, William Foster propuso comerse a los indios. Sin embargo, Eddy no estaba de acuerdo. Los indios habían arriesgado sus vidas para llevarles provisiones, así que les informó de los planes de Foster, y estos huyeron del campamento. Al día siguiente murió Jay Fosdick, lo que les proporcionó nueva carne.

Más tarde encontraron a los indios, exhaustos y medio congelados tras pasar la noche al raso. Foster les disparó, lo que provocó la escisión del grupo. Por una parte, Foster, su mujer y su

hermana, Harriet Pike. Por otra, Eddy, Mary Graves, Sarah Fosdick y Amanda McCutcheon.

Ironías del destino. El grupo de Eddy fue acogido y alimentado en un poblado paiute, y finalmente consiguieron llegar al rancho Johnson, en Bear Valley. Era el 18 de enero de 1847, 33 días después de su partida. Estaban salvados, después de recorrer 112 kilómetros en las peores condiciones imaginables.

Cuando las noticias llegaron a Fort Sutter, James Reed organizó rápidamente un equipo de rescate para encontrar al resto de los componentes de La Esperanza Forlon. Reed lo consiguió, e inmediatamente comenzó a preparar un segundo equipo. En su corazón, albergaba la remota esperanza de encontrar a alguno de sus familiares con vida. La expedición, entre cuyos miembros se encontraba William Eddy, salió del fuerte el 7 de febrero, dirigida por William Tucker.

En los campamentos, las cosas no habían ido mucho mejor. Para diciembre, ya se habían comido todos los animales. Después, se comieron sus pellejos, cocidos durante horas hasta que se convirtieron en una especie de gelatina.

La expedición de Tucker llegó al campamento del lago Donner el 18 de febrero. Se dice que la primera persona a la que vieron les preguntó si eran hombres de California o ángeles del cielo. Emprendieron el viaje de vuelta llevando con ellos a tres hombres, cuatro mujeres y catorce niños, dejando atrás a un grupo de 17 supervivientes. Finalmente alcanzaron Fort Sutter el 4 de marzo, después de que tres murieran durante el camino. Uno de ellos, William Hook, lo hizo por comer demasiado.

Mientras, Reed había organizado otro equipo y se dirigía hacia los campamentos. En las montañas se encontró con el grupo que volvía, entre los que se encontraban su mujer y dos de sus hijos, a los que pudo abrazar después de cinco meses de separación, pero continuó hasta el lago para rescatar a sus otros dos hijos, que todavía permanecían allí. Reed y sus hombres llegaron

al campamento del lago el 1 de marzo. Para el 26 de febrero, sus ocupantes ya habían empezado a comerse a los muertos.

Encontraron a 28 supervivientes, entre los que se encontraban sus otros dos hijos. El 3 de marzo abandonaron el campamento llevando lo que quedaba de las familias Breen y Graves, los hijos de Reed y varios niños de otras familias, alguno de ellos de muy corta edad. Fueron atrapados por una tormenta de nieve y tuvieron que seguir adelante dejando en un improvisado campamento a 13 de ellos.

A mediados de marzo, William Foster organizó otro grupo, que rescató en primer lugar a los que Reed había tenido que dejar atrás. Tres habían muerto, y el resto había sobrevivido comiendo sus cuerpos. Este campamento se conoce hoy como El Campamento del Hambre. Después, llegaron a los campamentos del lago. Solo encontraron a diez personas vivas. Regresaron dejando allí a cinco supervivientes. George Donner estaba agonizando y su mujer, Tamzene, no quiso abandonarlo. Samuel Donner, Levinah Murphy y Lewis Keseberg estaban demasiado débiles para viajar y fueron abandonados a su suerte.

Una última expedición llegó al lago el 17 de abril. Solo Lewis Keseberg continuaba vivo. Tenía una olla llena de una sopa hecha con carne humana, y se cuenta que dijo que la carne de la señora Donner era la mejor que había probado nunca. Fue llevado al rancho Johnson el 25 abril. Eddy le acusó de haber asesinado y devorado a su hijo e intentó matarle, pero Reed le hizo abandonar esta idea, pues no había ninguna prueba de que Keseberg hubiera matado a nadie.

Keseberg se trasladó a Sacramento, donde compró un hotel y, con evidente mal gusto, abrió un restaurante. Se dice que contaba a todo aquel que quisiera escucharle que el hígado humano era lo más delicioso que había comido nunca. Finalmente se arruinó y murió en esta ciudad en 1895.

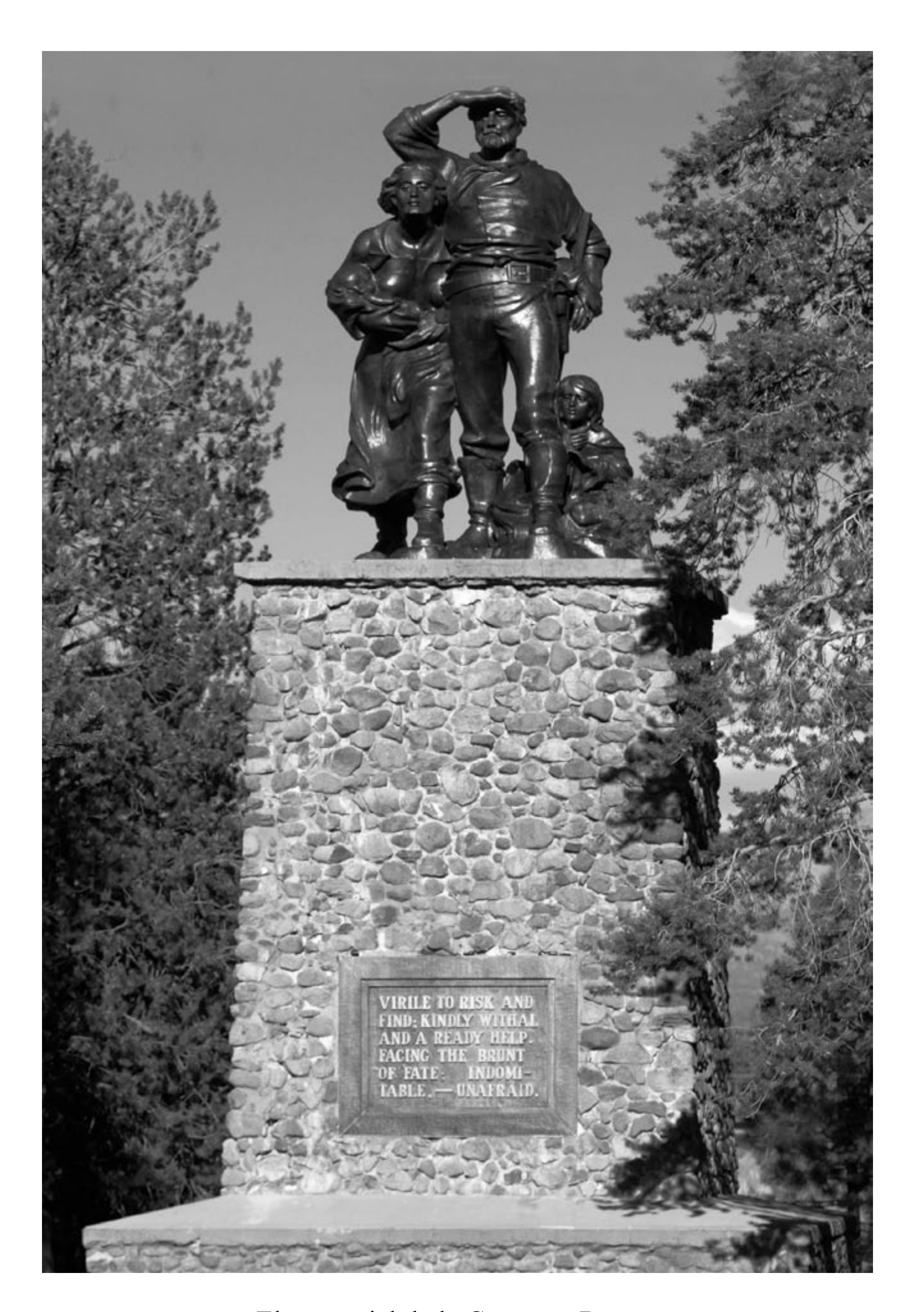
De los 81 integrantes iniciales de La Caravana Donner, solo 48 consiguieron sobrevivir. Hoy, la carretera 40 asciende desde Reno hacia el llamado *Donner Pass,* uno de los puertos de Sierra Nevada, a 2.352 metros de altitud. Un monumento recuerda esta tragedia. Una familia en bronce, sobre un zócalo de granito, mira hacia California…

También en el salvaje Oeste tuvo lugar un controvertido caso de canibalismo: el de Alferd Packer, nacido el 21 de enero de 1842 en Pennsylvania y conocido como *El Caníbal de Colorado*.

En 1873, Packer se ofreció a guiar a un grupo de 20 buscadores aficionados de plata y oro desde Bungham Canyon (Utah), hasta las montañas San Juan, en Colorado, ricas en estos metales. Entre estos hombres, todos acaudalados, se encontraban los fundadores del Partido Demócrata de su condado. Quienes le conocían sabían que la orientación no era un punto fuerte de Packer; si se le daba la oportunidad, siempre se perdía. Sin embargo, como ocurrió con la Caravana Donner, Packer les vendió una sarta de mentiras y confiaron en él. Realmente, Packer tenía mucho más interés por sus dólares que por la plata de aquellas colinas.

El grupo se quedó sin comida durante su peregrinar. Hambrientos y desesperados, llegaron en enero de 1874 al campamento ute del Jefe Ouray, en el noroeste de Colorado, cerca de Montrose. Los indios les cuidaron y alimentaron y les aconsejaron retrasar su partida hasta primavera, pues se esperaba que el invierno fuera muy duro y corrían un serio riesgo de quedar aislados por la nieve.

Sin embargo, cinco de los hombres estaban impacientes por encontrar el preciado metal. Frank Miller, Shannon Wilson Bell, James Humphreys, Israel Swan y George Noon querían llegar a las minas antes que nadie, así que el 9 de febrero decidieron seguir adelante hasta la reserva de Los Pinos, en Cochetopa Creek, cerca de Saguache y Gunnison. Nuevamente, Packer se ofreció a guiarles.



El memorial de la Caravana Donner.

55 días más tarde, Packer llegó solo a la reserva. Primero dijo que se había perdido, después que se había quedado cojo y finalmente que sus compañeros habían ido a buscar comida y no habían vuelto.

Pero algo no encajaba en la historia de Packer. Tenía demasiado buen aspecto para haber estado perdido en las montañas, sin alimentos y aislado por la nieve. En lugar de pedir comida, lo primero que pidió fue whisky. Además, parecía tener mucho dinero; bebía y jugaba continuamente. Cuando un indio encontró trozos de carne humana seca en los alrededores, todos pensaron que Packer había matado a sus compañeros, les había robado su dinero y se había alimentado con su carne. Packer fue detenido, y prestó declaración en la reserva ante el general Charles Adams. Confesó que las penurias y el hambre le habían llevado a comerse a sus compañeros, pero que solo había matado a uno de ellos y que había sido en defensa propia:

> El viejo Swan murió el primero, diez días después de abandonar el campamento, y nos lo comimos entre todos. Cuatro o cinco días después murió Humphreys, y también fue comido; tenía cerca de 113 dólares en su cartera. Encontré la cartera y cogí el dinero. Algún tiempo después, mientras estaba cortando leña, Miller murió (según me dijeron los otros, accidentalmente) y también fue comido. Mientras yo estuve varios días buscando algo que cazar, Bell disparó a Noon con la pistola de Swan. A mi regreso, nos lo comimos entre los dos. Después, Bell intentó matarme a mí. Me golpeó con su rifle, pero después golpeó un árbol y el arma se rompió. Yo le disparé y lo maté.

Packer admitió que no se sentía orgulloso de haber comido carne humana, pero tampoco avergonzado. Simplemente había hecho lo que tenía que hacer.

De ser cierta la historia de Packer, los mineros habrían ido muriendo uno a uno, y sus cuerpos habrían ido quedando abando-

nados en diferentes lugares del camino. Sin embargo, cuando se pidió a Packer que guiara un grupo a esos supuestos lugares no fue capaz de encontrar ninguno de los cadáveres. Ya hemos dicho que la orientación no era su punto fuerte… Las autoridades no creyeron su historia y fue encarcelado en Saguache.

En agosto de 1874, John A. Randolph, un dibujante del *Harper´s Weekly Magazine,* encontró los cadáveres por casualidad, a orillas del río Gunnison, a unos tres kilómetros de la actual Lake City. Estaban amontonados y con evidentes signos de mutilación. Uno estaba decapitado, a dos les habían arrancado trozos de carne, a otro el pecho y a otro el muslo. Todos tenían heridas de hacha en la cabeza, menos uno que parecía haber sido golpeado por detrás. Un miembro del grupo que salió de Utah reconoció los cadáveres. Cuando las autoridades fueron a buscar a Packer para que diera explicaciones, se llevaron la desagradable sorpresa de ver que se había escapado de la cárcel.

Packer consiguió eludir a la justicia durante nueve años, usando el nombre de John Schwartze. Pero en marzo de 1883, Frenchy Cabizon, un miembro de la partida original, reconoció su risa en un *saloon* de Fort Fetterman, Wyoming. Fue detenido otra vez y llevado ante un gran jurado, que le acusó de haber matado a sus compañeros con un hacha. Packer ofreció una nueva versión de lo sucedido.

Dijo que habían quedado bloqueados por la nieve y sin alimentos. Después de varios días sin comer, Swan le dijo que se adelantara a explorar el terreno. A su vuelta, encontró a Bell junto al fuego, asando un gran pedazo de carne que había cortado de la pierna de Miller. Su cuerpo yacía sobre la nieve con un hacha incrustada en la cabeza. Los otros tres hombres también estaban muertos. Cuando Packer se acercó, Bell cogió el hacha e intentó atacarle. Packer le disparó al estómago. Después, para asegurarse, cogió el hacha y le golpeó con ella en la cabeza varias veces. Al día siguiente intentó abandonar el lugar, pero como los caminos estaban bloqueados por

la nieve, se vio obligado a permanecer allí varias semanas, durante las que tuvo que alimentarse con la carne de los muertos. Aclaró que no condujo a las autoridades hasta los cadáveres porque no quería volver a acercarse a ese lugar, pero no pudo explicar por qué se encontraron trozos de carne humana tan cerca de la reserva.

El juicio contra Packer empezó el 6 de abril de 1883 en Lake City. Packer se defendió durante dos horas, pero el jurado no le creyó. Estaban convencidos de que Packer había matado a sus compañeros para robarles, golpeándoles con un hacha mientras dormían, no en defensa propia ni para asegurar su supervivencia. El tema del canibalismo fue evitado. Su crimen era ser un asesino. El juez Guerry le dijo: “Cierra tus ojos a las lisonjas de la esperanza, no escuches las halagadoras promesas de la vida, pero prepárate para la terrible certeza de la muerte…”.

Larry Dolan, que estaba presente en el juicio, contó a los clientes de su *saloon* de Lake City una versión diferente (pero más divertida) del veredicto:

> El juez dice: ‘Ponte de pie, tú, voraz devorador de hombres, hijo de puta’. Entonces, apuntándole con el dedo, tan fuera de sí estaba, le dice: ‘Había siete demócratas en el condado de Hinsdale, y tú te has comido a cinco de ellos. Te sentencio a ser colgado del cuello hasta que estés muerto, muerto, muerto, como una advertencia contra quienes reduzcan la población demócrata del estado. Packer, tú, caníbal republicano, te sentenciaría al infierno, pero los estatutos lo prohíben’.

Packer fue condenado a ser ahorcado el 19 de mayo de 1883. Sin embargo, sus abogados consiguieron invalidar el juicio, ya que había sido juzgado en 1883 (cuando Colorado ya era un estado) por un crimen cometido en 1873 (cuando todavía era un territorio). Packer debería haber sido juzgado por un tribunal federal, no estatal. Fue juzgado nuevamente en Gunnison en 1886 y, en esta ocasión, condenado a cumplir 40 años de cárcel.



Alferd Packer,
El Caníbal de Colorado.

Packer siguió afirmando su inocencia desde prisión. Apeló cinco veces a la Corte Suprema de Colorado, que rechazó sus peticiones el mismo número de veces.

Por fin, en 1901, le fue concedida la libertad condicional, pero no por motivos legales sino por motivos médicos. El médico de la prisión certificó que Packer padecía la enfermedad de Bright, y que seguir encarcelado podría poner en peligro su vida.

Packer acabó sus días en Deer Crek Canyon, en el condado de Jefferson, dirigiendo dos minas y contando a los niños sus aventuras. Se dice que era un anciano muy agradable. Murió el 24 de abril de 1907. Sus últimas palabras fueron: "Soy inocente".

La historia no acaba aquí. En 1989, el profesor de derecho James E. Starrs, de la George Washington University de Washington D.C., a cargo de la dirección de un equipo de antropólogos, arqueólogos y forenses, exhumó y estudió los cuerpos de las cinco víctimas. Los cuerpos mostraban marcas de haber sido descarnados, y cuatro de ellos habían sido golpeados repetidamente con algo parecido a un hacha. Uno de los huesos tenía un agujero, que podía corresponder a una bala, pero también a la acción de algún animal. Nada contradecía la versión de Packer, pero tampoco nada la daba como cierta.

El misterio sigue envolviendo el caso del Caníbal de Colorado. ¿Fue Packer un ladrón, un asesino y un caníbal o simplemente una víctima de sus circunstancias? Me temo que nunca lo sabremos.

Sea como fuere, Packer se ha convertido en un personaje de culto en los Estados Unidos. Su cabeza disecada se expone actualmente en el museo Ripley´s Believe or Not de Nueva Orleans (nadie sabe cómo llegó allí). En 1968, los estudiantes de la Universidad de Colorado de Boulder llamaron a su cafetería Alfred G. Packer Memorial Grill, con el lema "¡Trae un amigo para comer!". En 1982, la Universidad le dedicó una estatua. En 1990, la banda de *death metal* Cannibal Corpse también le dedicó su álbum de debut, *Eaten Back to Life*, y en 1993, Trey Parker, el creador de

South Park, hizo una película: *Packer: The Musical,* que después fue llevada a los escenarios. La película *Ravenous* (1999) también está basada en algunos aspectos de la historia de Packer.

Alferd Packer, todo un personaje. Descanse en paz, o… ¡púdrase en el infierno!

El caso de canibalismo de supervivencia más conocido por el gran público es, sin duda, el de los supervivientes de los Andes. Probablemente, muchos incluso piensen que ha sido el único. Tal vez usted también lo pensaba antes de leer este libro.

El 12 de octubre de 1972, un avión Fairchild F-227 de la Fuerza Aérea Uruguaya, alquilado por un equipo *amateur* de rugby llamado Old Christians, despegó de Montevideo en vuelo hacia Santiago de Chile. El año anterior, el equipo ya se había enfrentado al equipo nacional chileno, perdiendo un partido y ganando otro. Para muchos, fue la primera vez que salían de su tierra natal, y fue tal el éxito de la experiencia que decidieron repetirla al año siguiente. Las edades de los 15 miembros del equipo oscilaban entre los 18 y los 26 años. Para abaratar gastos, decidieron cubrir las 40 plazas del avión con amigos y familiares, pues de esta forma el viaje de ida y vuelta solo les costaría 40 dólares por cabeza, menos de un tercio de lo que costaba con cualquier compañía aérea.

Cuando sobrevolaban los Andes, parece ser que el copiloto equivocó sus lecturas de altitud y el ala del avión golpeó contra una montaña, se seccionó del resto del avión, pasó por encima del fuselaje y cortó la cola. El ayudante de vuelo, el navegante y tres chicos salieron despedidos violentamente. Un momento después, se partió el ala izquierda y una hoja de la hélice rasgó el fuselaje antes de caer. Sin alas ni cola, el avión se dirigió hacia una montaña, pero aterrizó sobre su vientre en un profundo valle y se deslizó por la superficie inclinada y cubierta de nieve. De los 45 ocupantes del avión, 12 habían muerto (entre ellos el piloto, el coronel Julio César Ferradas) y varios se encontraban gravemente

heridos. Nando Parrado yacía inconsciente; su madre, Eugenia, había muerto, y su hermana, Susana, deliraba y presentaba una herida en la frente de la que no dejaba de manar sangre. Roberto Canessa y Gustavo Zerbino, dos jóvenes estudiantes de medicina, les atendieron como pudieron. Enrique Platero tenía un tubo de acero clavado en el estómago. Zerbino le distrajo y le arrancó el tubo, que se llevó consigo al menos diez centímetros de intestino. A Rafael Echevarren, que tenía desgarrada la pantorrilla y el hueso al descubierto, le colocó el músculo en su sitio y le envolvió la pierna en una camisa. Arturo Nogueira también tenía una fractura abierta en la pierna. El copiloto, Dante Héctor Lagurara, estaba atrapado entre el asiento y el panel de instrumentos. A pesar de los esfuerzos de Canessa y Zerbino, no consiguieron liberarlo. Lagurara les pidió a los chicos que le entregaran un revólver que llevaba en la cartera, pero esta no se veía por ninguna parte. De todas formas, la educación católica de los chicos era incompatible con la ayuda al suicidio. Conectaron la radio siguiendo sus instrucciones, pero no funcionaba. Cuando empezó a oscurecer, los 33 supervivientes se dispusieron a pasar la primera noche dentro del avión.

El copiloto murió al día siguiente. También lo hicieron otras cuatro personas más, incluyendo a la señora Mariani, que viajaba a Santiago para asistir a la boda de su hija. Los supervivientes se encontraban en un lugar desolado y casi inaccesible, a 3.500 metros sobre el nivel del mar, con temperaturas bajo cero, rodeados de nieve por todas partes, sin ropa de abrigo y prácticamente sin alimentos. Todos los comestibles que pudieron encontrar en el departamento de pasajeros, la cabina y el equipaje fueron cinco tabletas de chocolate, cinco de *nougat,* algunos caramelos, dátiles, ciruelas secas, un paquete de galletas saladas, dos latas de mejillones, una de almendras saladas y un tarro pequeño de mermelada de melocotón, otro de manzana y otro de moras. Además, contaban con varias botellas de vino, una botella y un frasco de whisky, una de crema de menta y otra de licor de cerezas. Realmente no era

mucho para 28 personas. Aquel día, Marcelo Pérez se encargó de racionar la comida: les dio a cada uno de sus compañeros una onza de chocolate acompañada de un tubo de desodorante lleno de vino.

El agua también era un problema: era difícil fundir la cantidad necesaria, y si la comían se les helaba la boca. Fito Strauch ideó un método para obtener suficiente cantidad de agua: tomó una chapa cuadrada de aluminio que era parte de uno de los respaldos del avión, le dobló los lados hacia arriba hasta formar una bandeja combada y en el centro le hizo un pequeño agujero. La llenó de nieve y la puso al sol. Al poco rato, empezaron a caer por el agujero gotas de agua, que Fito recogió en una botella.

Su única posibilidad era que los rescataran lo más pronto posible. Aunque no sabían utilizar la radio, sí podían escucharla. Así supieron que los estaban buscando. El 15 de octubre les sobrevolaron tres aviones. Uno de ellos movió las alas lateralmente, como si quisiera darles a entender que los había visto, pero, en realidad, como el aparato era blanco y estaba medio enterrado en la nieve, resultaba muy difícil de ver desde el aire. Ese mismo día, Nando Parrado recuperó la consciencia e inmediatamente comenzó a cuidar a su hermana, que se encontraba en estado crítico. Deliraba y tenía los pies congelados. Nando le daba masajes y dormía abrazado a ella. Pero todo fue inútil, y durante la noche del octavo día, Susana murió en sus brazos.

El 22 de octubre encontraron una radio de transistores entre dos asientos del avión, pero no oyeron ninguna noticia sobre su búsqueda. Para ese día, ya se estaban agotando los escasos alimentos. La ración diaria de una onza de chocolate, un trago de vino y una cucharadita de mermelada o marisco en conserva no era suficiente para unos jóvenes de constitución atlética, que cada día se sentían más débiles y deprimidos. A pesar de todo, los más fuertes la compartían con los más débiles, y los más saludables con los enfermos. La amistad, la solidaridad y el

compañerismo fue lo que ayudó a subsistir día tras día a los supervivientes.

Por primera vez se empezó a considerar comer la carne de los compañeros muertos, que se hallaban en la nieve, fuera del avión. Roberto Canessa, de firmes convicciones religiosas, les dijo que las almas habían abandonado los cuerpos y que estaban con Dios. Sus cuerpos ya no eran más que carne, y ellos tenían la obligación moral de permanecer vivos a toda costa, tanto por ellos como por sus familiares. Gustavo Zerbino dijo que si él moría, quería que usaran su cuerpo sin vacilar.

Canessa se acercó a uno de los cuerpos, descubrió la piel y cortó la carne con un pedazo de cristal roto. La puso a descongelar en el techo del avión e invitó a sus compañeros a salir y comerla. Nadie se movió. Canessa salió, tomó un pedazo de la carne, se lo metió en la boca y lo tragó. Poco después, otro grupo de chicos siguió su ejemplo.

Al día siguiente, se enteraron por la radio de que se había suspendido su búsqueda en vista de los resultados negativos obtenidos. Ahora solo podrían salir de allí por sus propios medios. Interpretando a duras penas las cartas de navegación que encontraron en la cabina de los pilotos, supieron que las ciudades de Chile no podían estar muy lejos, hacia el oeste. El problema era que el camino estaba bloqueado por gigantescas montañas, y que el valle donde se encontraban atrapados descendía hacia el este, hacia el centro de la cordillera. Una hora después de oír la noticia, Gustavo Zerbino, Numa Turcatti y Daniel Maspons, los más fuertes, decidieron emprender la subida de la montaña. Tras pasar allí una interminable noche, mojados, exhaustos y ateridos, encontraron los cuerpos de sus compañeros que habían salido despedidos del avión, pero fueron incapaces de cruzar las montañas y debieron regresar.

Una expedición de tan solo un día había podido con los muchachos más fuertes…

Durante los siguientes días estuvieron alimentándose de la carne de los muertos, que empezaron a asar. José Pedro Algorta lo comparó a la Sagrada Comunión. Sus amigos les entregaban sus cuerpos para darles la vida física, al igual que Cristo entregó su cuerpo para darles la vida espiritual. Comieron también sus hígados, sus riñones y sus intestinos. Las capas de grasa se dejaban al sol hasta que se formaba una corteza, rica en energía, que también era comida. Solo despreciaban los pulmones, la piel y los órganos genitales.

Se organizaron en equipos que cortaban, cocinaban, derretían la nieve, limpiaban el interior del avión y cuidaban a los enfermos. Volvió a reinar el optimismo.

Sin embargo, el 29 de octubre una nueva desgracia se abatió sobre los supervivientes. Una avalancha de nieve sepultó el avión y mató a ocho de ellos. Quedaban 19. Nando Parrado expuso su firme deseo de salir de allí antes de que todos murieran.

Decidieron formar un equipo con los más fuertes. Los elegidos fueron Nando Parrado, Roberto Canessa y Antonio Vizintín. Se les aumentó la ración de carne, ocuparon los mejores sitios para dormir y fueron relevados de las tareas diarias para que se encontraran en las mejores condiciones físicas para emprender el camino hacia Chile. El día 15 salieron hacia el oeste como entrenamiento para la expedición definitiva, pero a las tres horas debieron volver debido a las condiciones climáticas. Ese mismo día falleció Arturo Nogueira. Quedaban 18 supervivientes.

El día 17, el cielo estaba azul y despejado, y los expedicionarios volvieron a intentarlo. En esta ocasión localizaron la cola del avión y numerosas maletas esparcidas a su alrededor, donde encontraron ropa, algo de comida y cigarrillos. Pasaron la noche allí y al día siguiente emprendieron de nuevo la marcha. Sin embargo, la segunda noche tuvieron que dormir a la intemperie, y las temperaturas descendieron tanto que comenzaron a congelarse. Las ropas y las mantas no eran suficientes para resguar-

darse del frío. Por la mañana decidieron volver a la cola y buscar las baterías para intentar hacer funcionar la radio del avión. Pero las baterías pesaban demasiado. Acordaron que sería más fácil desconectar la radio de la cabina y llevarla hasta la cola. Se llevaron con ellos el material aislante que forraba las grandes tuberías del sistema de calefacción del avión. Vizintín había pensado que cosiendo los trozos en forma de bolsa conseguirían un saco de dormir que resolvería el problema del frío nocturno.

Cuando regresaron al avión, se encontraron con la noticia de que Echevarren había muerto a causa de la gangrena de su pierna y de que Numa Turcatti había dejado de comer carne. Alguien había tropezado con su pierna hacía unos días y la contusión se había infectado. Cada vez se encontraba más desanimado y más débil y la infección de la pierna se iba extendiendo.

El suministro de carne empezaba a escasear. Los supervivientes debieron entonces empezar a comer las partes de los cadáveres que hasta entonces habían despreciado. Comieron manos y pies, extrajeron el tuétano de los huesos, comieron los coágulos de sangre que encontraron alrededor de los corazones y los cerebros, crudos o en forma de cocido, mezclados con hígado, intestinos, carne, grasa o riñones. Para comer este cocido caldoso emplearon como platos las bóvedas craneales.

El 24 de noviembre, Parrado, Canessa y Vizintín llevaron la radio hasta la cola del avión. Iban acompañados en esta ocasión de Roy Harley, que tenía conocimientos de electrónica. Sin embargo, todos los intentos de hacerla funcionar fueron inútiles. El día 29, los cuatro volvieron al Fairchild. Antes de partir, Harley dio rienda suelta a su frustración rompiendo a puntapiés todos los componentes del aparato.

El día 11 de diciembre, murió Numa Turcatti. Canessa decidió que no podían esperar más tiempo o todos morirían. El saco de dormir elaborado con el material aislante estaba listo. Así, al

día siguiente, a las cinco de la mañana, Canessa, Parrado y Vizintín salieron en la expedición definitiva. Se llevaron consigo la brújula del avión, y raciones de carne para 15 días. Iban equipados con varios jerséis y pantalones, cuatro pares de calcetines, un tubo de aluminio para apoyarse, anteojos de sol y almohadones del avión usados como botas. Esta vez no había vuelta atrás.

El saco de dormir fue un éxito y, sin duda, un factor clave en su historia. Después de tres días de ascensión (que los alpinistas profesionales calificaron posteriormente de auténtica proeza), llegaron a un saliente solo para descubrir, poseídos por la frustración, que más allá no estaban los valles de Chile, sino más montañas cubiertas de nieve.

Sin embargo, mirando hacia abajo, Canessa descubrió una línea despejada de nieve que parecía ser una carretera. Estaba decidido a no volver al avión, pero frente a ellos se alzaba una pared de nieve casi vertical. Empujado por la fuerza de la desesperación, siguió la ascensión en solitario, haciendo escalones para agarrarse con las manos y apoyar los pies. Si resbalaba, rodaría cientos de metros.

Finalmente, consiguió alcanzar la cumbre. A la izquierda, divisó dos montañas sin nieve. Llamó a Canessa, que subió siguiendo sus huellas. Parrado le dijo que debían ir hacia esas montañas, pero que tardarían varios días en llegar y que no tenían suficiente comida. Decidieron enviar a Vizintín de vuelta al avión. El 16 de diciembre, Parrado y Canessa comenzaron a descender.

Parrado iba por delante de Canessa y, de repente, se encontró al final del valle. No había nieve, y adondequiera que mirase veía hierba, matorrales, plantas y pájaros. Un torrente de agua nacía de la falda de las montañas y se convertía en un gran río que se perdía en dirección oeste. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Detrás sonaban los gritos de júbilo de Canessa…

Al día siguiente, octavo de su travesía a través de los Andes, siguieron caminando a lo largo del río y encontraron el primer

signo de civilización: una lata de sopa vacía. Por fin, el día 20 vieron al otro lado del río a tres hombres a caballo conduciendo unas vacas. Inmediatamente, empezaron a gritarles y a hacerles señas. Uno de los jinetes les gritó desde la otra orilla, aunque sobre el ruido del río, la única palabra que pudieron entender fue “mañana”. Luego desaparecieron.

Al día siguiente, a las seis de la mañana, los hombres volvieron. Uno de ellos les indicó que caminaran hasta un lugar donde el río se estrechaba. Desde allí, les lanzó un mensaje envuelto en una piedra, donde les preguntaba qué deseaban. Parrado, a su vez, escribió el siguiente mensaje y se lo lanzó de vuelta:

> Vengo de un avión que cayó en las montañas. Soy uruguayo. Hace diez días que estamos caminando. Tengo a un amigo herido arriba. En el avión quedan 14 personas heridas. Tenemos que salir rápido de aquí y no sabemos cómo. No tenemos comida. Estamos débiles. ¿Cuándo nos van a buscar aquí arriba? Por favor. No podemos ni caminar. ¿Dónde estamos?

El campesino le lanzó un pedazo de pan. Parrado volvió junto a Canessa y se lo enseñó. “Estamos salvados”, le dijo.

Dos o tres horas más tarde vieron a otro jinete, pero esta vez en su orilla. Se acercó a ellos y les dijo que su nombre era Armando Serna, y que el campesino había salido a caballo hacia Puente Negro para informar a los carabineros.

El 21 de diciembre, los 14 supervivientes del Fairchild vieron tres helicópteros sobrevolando las montañas. El que iba en cabeza descendió sobre ellos. Dentro de él, Nando Parrado les saludaba con la mano…

Este día los helicópteros rescataron a seis. Dejaron comida para el resto, tres andinistas y un asistente sanitario. Sobre las diez de la mañana del día siguiente, los helicópteros volvieron. Horas

después, no quedaba ya nadie alrededor de los restos del avión. Habían pasado 72 días desde el accidente.

Los supervivientes, después de recibir el alta médica, fueron alojados en el lujoso hotel Sheraton de Santiago de Chile. Fueron tratados y admirados como héroes que habían derrotado a los temibles Andes, que se extienden majestuosamente a lo largo de todo Chile. Sin embargo, la noticia de cómo habían conseguido sobrevivir, filtrada por los andinistas, fue publicada en un periódico peruano, e inmediatamente fue reproducida en los periódicos de Argentina, Chile y Brasil. Los periodistas chilenos empezaron a acosarlos, pero los muchachos negaron el canibalismo. Finalmente, en el periódico *El Mercurio,* de Santiago, salió publicada en primera página la fotografía de una pierna humana medio devorada junto al avión, tomada también por uno de los andinistas. Comenzó a sugerirse que los más fuertes habían matado a los más débiles para comerlos, y que la avalancha nunca había existido. Un periódico chileno publicó la historia bajo el titular: "Que Dios les perdone". Asqueados de las mordaces preguntas de los periodistas, los muchachos decidieron dar una rueda de prensa cuando volvieran a Montevideo.

La conferencia tuvo lugar el 28 de diciembre en el salón de actos del colegio Stella Maris, lleno de periodistas de todo el mundo, cámaras de televisión, familiares y amigos de los supervivientes y de las víctimas. Los supervivientes fueron uno a uno relatando su odisea, hasta que le llegó el turno a Pancho Delgado:

> Cuando llegó el momento en que no nos quedaron más alimentos, o cosa parecida, pensamos que si Jesús en su última cena compartió su carne y su sangre con los apóstoles, fue como la señal de que deberíamos hacer los mismo: tomar la carne y la sangre como una comunión íntima entre nosotros. Eso fue lo que nos ayudó a sobrevivir, y ahora no queremos que esto, que para nosotros fue algo íntimo, íntimo, sea mirado o tocado, o cualquier cosa como esa. En un país extranjero trata-



Un grupo de supervivientes fuera del Fairchild.

> mos de explicar la cuestión de una forma tan espiritual como nos fue posible, y ahora se lo decimos a ustedes, nuestros compatriotas, tal como sucedió…

Todos los asistentes quedaron profundamente conmovidos. Cuando se preguntó a los periodistas si deseaban formular alguna pregunta a los supervivientes, estos declinaron la invitación. A continuación, todos los presentes gritaron un espontáneo "¡Bravo!".

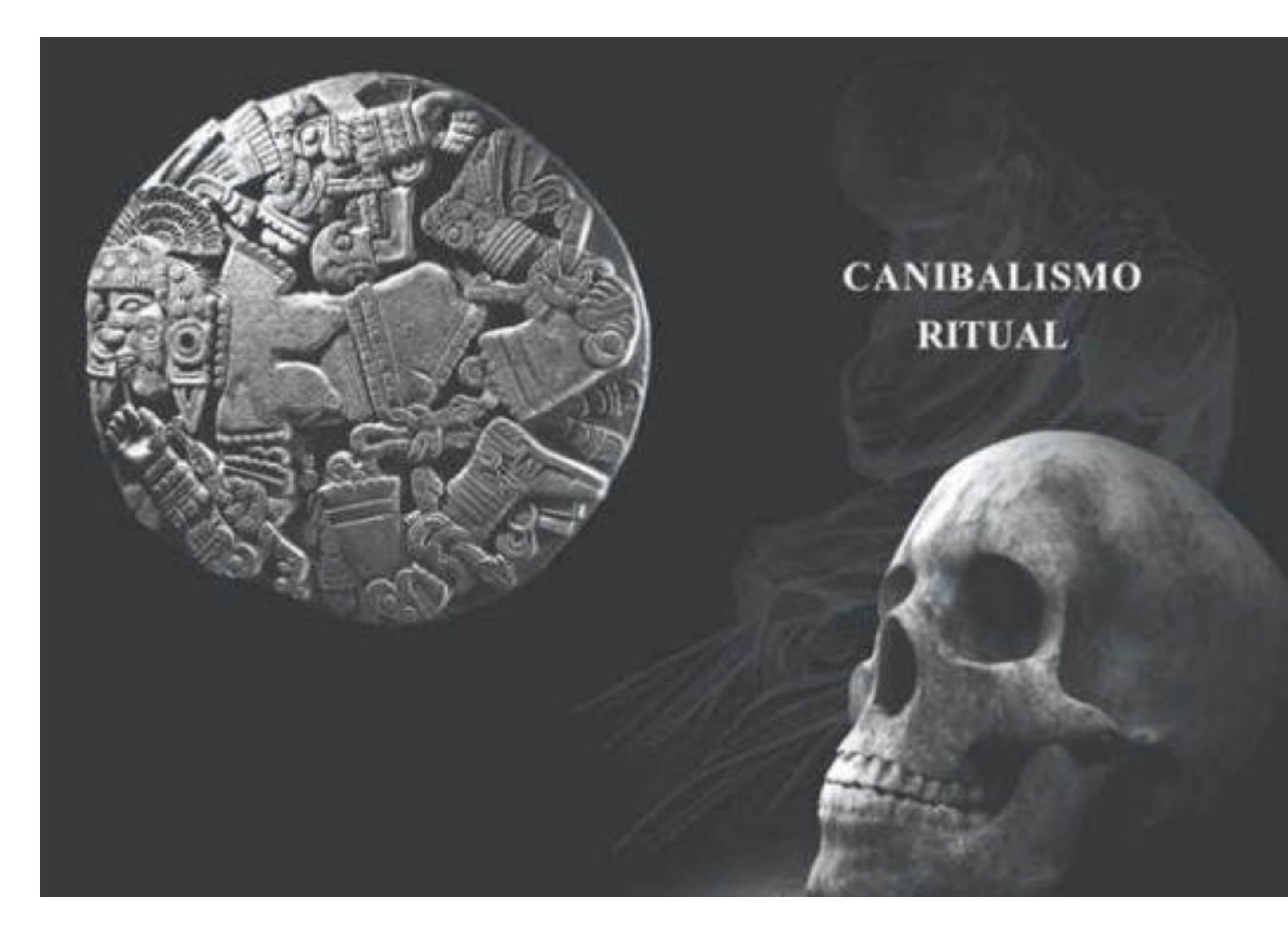
El lugar donde se estrelló el avión se conoce hoy como el Valle de las Lágrimas. Todo sigue casi intacto. Solo una pequeña cruz de hierro se levanta sobre un improvisado altar de piedras. Debajo están enterradas algunas de las víctimas.

Nando Parrado recordaba así su experiencia en su libro *Milagro en los Andes* (2006):

Cuando el cerebro percibe el inicio de la inanición, cuando se da cuenta de que el cuerpo ha empezado a descomponer sus propios tejidos para usarlos como combustible, libera adrenalina en señal de alarma de un modo tan violento e intenso como el impulso que lleva a un animal acorralado a huir del depredador que le ataca. (…) Supongo que hay ciertas líneas que la mente cruza muy lentamente. Cuando mi mente cruzó finalmente esta, lo hizo con un impulso tan primitivo que me dejó anonadado. (…) No me sentí culpable ni avergonzado. Hacía lo correcto para poder sobrevivir. Entendía la magnitud del tabú que acabábamos de romper, pero si sentía un intenso resentimiento era solo porque el destino nos había obligado a elegir entre este horror y el de una muerte segura.

Ser o no ser. Comer o morir. Esta es la cuestión…





Aunque el canibalismo alimentario (bien sea debido a necesidad o a simple glotonería) es en el que se piensa inmediatamente, en ocasiones el consumo de carne humana no ha tenido como finalidad el simple hecho de aportar nutrientes. En sociedades que han dispuesto de economías productivas y que han contado con grandes excedentes de alimentos ha seguido estando presente. Formaba parte de las ofrendas a los dioses, del culto a los muertos y de ceremoniales destinados a adquirir las propiedades vitales de la víctima o dones sobrenaturales. Según E. Volhard: «Es a la vez más fácil de entender para la mentalidad europea, puesto que estas razones atribuyen al canibalismo un proceder dirigido y ajustado a un fin (…)». En estos casos se conoce como *canibalismo ritual,* que puede dividirse en *exocanibalismo* (devorar la carne de enemigos o de personas ajenas a la comunidad) y *endocanibalismo* (devorar la carne de familiares o personas pertenecientes al grupo).

En los albores de la Humanidad, en el periodo Paleolítico (20.000-8.000 a.C.), en el primer instante en que el hombre primitivo adquirió conciencia de su propia existencia también se hizo consciente de sus propias limitaciones, de su soledad frente a la naturaleza y de su inferioridad frente al medio. Todavía

no había desarrollado la agricultura, por lo que no podía cultivar su propio alimento y dependía por completo de la caza de grandes herbívoros y de la recolección. El fracaso de una expedición suponía hambre, enfermedad y muerte. Por otra parte, la abundancia de caza dependía del crecimiento de la vegetación (alimento básico de los animales susceptibles de ser cazados), que a su vez dependía de una correcta sucesión del ciclo de las cosechas. Cuando observaban las fases de la luna, las tormentas, los eclipses o el ciclo de las cosechas, nuestros antepasados veían revelaciones de una fuerza oculta e incomprensible, aterradora y consoladora al mismo tiempo, cuyas portentosas obras se reflejaban en todos los fenómenos naturales y que a cada momento y sin que pudiera preverlo o impedirlo, intervenía en su vida ya fuera de una manera favorable o maligna. Estas fuerzas impersonales hacían soplar los vientos, alzarse al sol cada día tras el mar y las montañas para cruzar majestuosamente el cielo y ocultarse después al otro lado del horizonte, relampaguear el rayo y retumbar el trueno; ordenaban al suelo que produjera abundantes cosechas, hacían brotar los arroyos entre las piedras de los valles y habían otorgado el don de la vida a los hombres. Pero también eran responsables de la enfermedad, el hambre, la muerte, los terremotos y las erupciones volcánicas. Estas fuerzas, con el paso de los siglos, fueron llamadas dioses.

Estos primeros humanos debieron de vivir en un estado psicológico de auténtico terror. El hombre prehistórico, acechado por mil peligros imprevisibles y a merced de fuerzas que desconocía, elaboró mecanismos de reacción tendentes a canalizar sus angustias y temores, a favorecer los fenómenos que propiciaran tanto el crecimiento de la vegetación como la reproducción de los animales.

Una vez intuida esta otra realidad, la de unas fuerzas secretas que van marcando su destino, el ser humano intentó protegerse de ellas y ser capaz de interferir en sus arbitrarias decisiones. Nació así (antes que la religión y la ciencia), el más antiguo de los saberes: la magia, en la que pueden distinguirse dos características principales: un intermediario, entre estas fuerzas naturales y el hombre (*chamán* o mago), y unos ritos de mediación. El hecho ritual se conoce desde el Paleolítico medio y se encuentra en todos los pueblos y todas las culturas, y puede considerarse tan fundamental para la supervivencia del hombre primitivo como las armas y técnicas de caza que desarrollaron para matar a sus presas.

En los santuarios de las cuevas paleolíticas de Lascaux y Altamira encontramos pinturas que representan la caza. Junto con los animales y los cazadores hay hombres, seguramente chamanes, con máscaras de animales.

El chamán, con sus ceremonias rituales, era el encargado de propiciar el éxito, usando métodos como atravesar con lanzas figuras de animales modeladas en arcilla (en Montespan un león decapitado y un oso) o pintar animales atravesados por flechas (bisontes e íbices en Niaux; caballos en Lascaux). También, al modificar su apariencia disfrazándose con los atributos del animal, identificándose con sus movimientos y gritos, el chamán era capaz de incitarlos a reproducirse. Esta mentalidad primitiva no establece diferencias entre la representación del objeto (el animal a cazar) y el objeto real. Hay una

similitud entre el deseo y lo deseado. Imitar al animal, representarlo de algún modo, equivale a dominarlo. Si se dibuja un bisonte herido mortalmente por una flecha, es seguro que esta acción se prolongará hasta el animal que pasta entre los matorrales. El hombre que mostraba aptitudes para representar a los animales reproduciendo sus movimientos mediante danzas, o para pintar la escena de anticipación de la caza sobre las paredes de las cuevas fue objeto de un gran respeto e incluso de veneración.

Este principio del pensamiento mágico según el cual lo semejante produce lo semejante, o los efectos semejan a sus causas, se conoce como ley de semejanza. Es lo que hace que el acompañante de un conductor, ante la proximidad de un obstáculo, pise un freno imaginario con el objeto de ayudarle, o lo que nos impulsa a dar un puñetazo al aire para ayudar al boxeador del que somos partidarios en una velada de boxeo. De esta ley, el mago deduce que puede producir un efecto con solo imitarlo. Los ritos basados en esta ley se conocen como *magia simpatética,* que actúa sobre la naturaleza sin necesidad de la intervención de ningún agente espiritual. El concepto fue bien definido por el conde Bégouën:

Es una idea frecuentemente extendida entre los pueblos primitivos que la representación de todo ser viviente es, de alguna manera, una emanación propia de este ser, y que el hombre que tiene en su poder la imagen del ser ya tiene un cierto poder sobre él; de ahí viene que muchos salvajes sientan miedo cuando se les fotografía o se les dibuja. Se puede, pues, admitir que los hombres primitivos creían que al representar un animal, este quedaba, de alguna manera, bajo su dominio, y que, poseedores de su figura, de su doble, podían fácilmente convertirse en sus dueños.

El mago no ruega a ningún poder sobrenatural, ni se humilla frente a ningún dios terrible. El mago da por sentado que, en la naturaleza, un hecho sigue a otro necesaria e invariablemente, siempre que se atenga a las reglas de su arte y ejecute las ceremonias debidas acompañadas de los conjuros apropiados.

En el periodo Neolítico, hace unos 10.000 años, el descubrimiento de la agricultura supuso uno de los mayores avances de la Humanidad. Las primitivas comunidades neolíticas dejaron de ser cazadores nómadas y se convirtieron en agricultoras. Al no depender de los azares de la caza, el hombre domesticó animales (cabras y ovejas), a los que alimentaba con el salvado y la paja de los cereales, asegurándose de esta forma una reserva de alimentos. Los agricultores, como los cazadores, reconocían la intervención de fuerzas ocultas al ver cómo las semillas descendían a las profundidades de la tierra para producir después una forma de vida completamente diferente que alimentaba a la comunidad.

Las fuerzas ocultas que en periodos anteriores eran algo indiferenciado, fueron gradualmente personificadas, y la maternal y nutritiva tierra se convirtió en la Diosa Madre, conocida como Ianna en Mesopotamia; Isis, en

Egipto o Hera, Deméter y Afrodita, en Grecia. Sin embargo, cultivar los campos no era una actividad idílica. Era una lucha constante contra la sequía, las plagas, las tormentas, el granizo y las despiadadas fuerzas de la Naturaleza, y el hombre siguió manteniendo las operaciones ceremoniales de los cazadores para reponer el poder de la Madre Tierra e impedir que se agotara o fuera devorada por los dioses del Caos.

Las primeras semillas se lanzaban a modo de ofrenda y los primeros frutos no se recogían, con objeto de reciclar las energías sagradas. Puede hablarse entonces de una magia ceremonial, que actúa buscando el beneplácito de los dioses y el apaciguamiento de su ira. Las fuerzas impersonales del Paleolítico tomaron cuerpo en el Neolítico en poderosos e invisibles seres personales y conscientes, superiores al hombre y de conducta incierta, a los que se podía dirigir en una u otra dirección si se complacían sus apetitos. Era de los dioses de quienes dependían el suceder de las estaciones y el ciclo de las cosechas, por lo que el hombre comenzó a propiciar la buena voluntad de los dioses con oraciones y sacrificios. Los magos se convirtieron en sacerdotes, intermediarios entre los dioses y los humanos, ya que solo ellos eran conocedores de los complicados rituales necesarios para hacerles llegar las plegarias.

El temor a los posibles castigos que podían ser infligidos por dioses descontentos condujo al hombre a realizar sacrificios humanos, pues ninguna víctima podía ser más apreciada por las divinidades que sus propios hijos, hechos a su imagen y semejanza. Por ello, los sacrificios humanos fueron frecuentes en muchas culturas de la Antigüedad. En las más antiguas civilizaciones del Próximo y Lejano Oriente ya están presentes todas las formas de sacrificios humanos: el enterramiento de niños vivos para proteger y consagrar edificios, la ofrenda de prisioneros a los dioses de la guerra, el ahogamiento de doncellas para honrar a los dioses de los ríos, los sacrificios para conjurar alguna calamidad de la Naturaleza o para borrar pecados, los sacrificios humanos para proveer al rey muerto de servidores que le atendieran en el más allá y, sobre todo, las ofrendas anuales a los dioses de quienes dependían las buenas cosechas o una caza abundante.

Los escitas (que habitaron al norte del mar Negro y del Cáucaso) mataban a todos los cocineros, a los mozos de caballos, a los criados reales, a sus mejores caballos y a numerosos jóvenes para que acompañaran al difunto rey en el Más Allá. También, según Heródoto, sacrificaban regularmente a uno de cada 100 prisioneros capturados en el campo de batalla. En 1927, durante las excavaciones efectuadas en la ciudad de Ur de Caldea, a unos 200 kilómetros de la antigua Babilonia, se encontraron en las tumbas de sus reyes otros cadáveres pertenecientes a soldados y servidores, datados en 3000 a.C. Los chinos, durante la última parte del segundo milenio a.C., sacrificaban a miles de personas en cada funeral real. La práctica fue prohibida por los Tcheu (1023257 a.C.), por lo que las personas y animales auténticos fueron sustituidos por figuras de cerámica. En el 210 a.C., a la muerte del emperador Ts'in Che-Huang-Ti, 6.000 estatuas que representaban soldados y caballos fueron enterradas cerca de su sepulcro.

Moloch o Baal, adorado por diversos pueblos semitas y cananeos, exigía sangre humana. Asirios, fenicios, cartagineses y filisteos le rindieron pleitesía. Era representado como una figura humana con cabeza de becerro o carnero, sentado en un trono. En Cartago había una estatua de bronce de Moloch, de tamaño colosal, destinada a recibir el sacrificio de víctimas humanas abrasadas, preferentemente niños. La estatua estaba hueca, y dentro se encendía un fuego. Tenía brazos articulados, de una longitud desmesurada, de manera que los niños que servían de sacrificio se depositaban en las manos de la estatua, enormes y abiertas, y por medio de unas cadenas y poleas se levantaban hasta un agujero que tenía en el pecho, introduciendo de esta forma a la víctima dentro del vientre incandescente del dios. Los hombres eran degollados antes, mientras que los niños se depositaban vivos en las horribles y abrasadoras manos. Durante el sacrificio, los sacerdotes hacían sonar tambores, trompetas y timbales, de modo que los gritos y lamentos de los niños no alcanzaran los oídos de la multitud. Estando la ciudad sitiada por Agatocles en el año 310 a.C., los cartagineses, viendo a los enemigos acampados bajos los muros de la ciudad, se reprocharon haber descuidado las costumbres de sus padres en el culto de los dioses. Antiguamente ofrecían a Moloch niños de los ciudadanos más poderosos, pero más tarde empezaron a comprar y criar en secreto niños pobres para este fin. Poseídos por un gran temor supersticioso, decretaron una gran ceremonia en la que fueron arrojados al fuego 200 niños pertenecientes a las principales familias para que el dios salvara a la ciudad.



Grabado del siglo XVII.

No sorprende que el historiador romano Tito Livio acusara a Aníbal, el caudillo cartaginés, de haber hecho comer carne humana a sus soldados para incrementar su ferocidad en el combate.

En un lugar cercano a la moderna Túnez se descubrieron 6.000 urnas que contenían restos de niños carbonizados. Al parecer, el antiguo mito griego de que el dios Cronos devoró a sus propios hijos tiene su origen en el culto a Baal. Cronos se unió a su hermana, Rea, de la que tuvo muchos hijos. Pero

como Gea le había predicho que sería destronado por uno de ellos, se apresuró a devorar a estos a medida que nacían. Solo escapó el último, Zeus, a quien Rea había escondido después de engañar a Cronos entregándole una piedra envuelta en pañales. Cuando Zeus creció se rebeló contra su padre y lo derrotó. Los romanos identificaron a Cronos con Saturno.

En el Antiguo Egipto, el mismísimo faraón era instado a suicidarse para asegurar la marcha regular del cosmos, y una muchacha virgen era arrojada al Nilo para asegurar su crecida y una buena cosecha. Los sacrificios humanos no faltaron en Grecia, donde se creían instituidos por la diosa Atenea. Numerosos mitos griegos hablan no solo de sacrificios humanos, sino también de canibalismo, como es el caso del cíclope Polifemo y del Minotauro, en lo que pueden ser alegorías de antiguos hechos concretos. El fin de los sacrificios griegos podía ser muy diverso.

En ocasiones se trataba de sacrificios propiciatorios, con los que se buscaba atraer los favores de los dioses. En el monte Liceo, en Arcadia, se inmolaron seres humanos en honor a Zeus Lycaios, así como al dios Cronos en Rodas. En la isla de Leucadia (la actual Hagia Maura) se sacrificaban víctimas humanas en honor de Apolo. Se les arrojaba al mar desde el acantilado del cabo Ducato, donde se encontraba su templo. En honor a Dioniso se despedazaban y devoraban seres humanos frente a su altar, por lo que se le llamaba dios *Omestes, Omadios* y *Anthroporrhaistes*.



***Saturno devorando a uno de sus hijos*, de Francisco de Goya, 1820. Museo del Prado.**

Plutarco, en sus *Vidas paralelas,* cuenta que Temístocles, antes de la famosa batalla de Salamina contra los persas (480 a.C.), sacrificó tres cautivos a Dioniso para que la suerte le fuera propicia, siguiendo el consejo del agorero Eufrantides. Durante la guerra de Troya, Aquiles sacrificó a 12 troyanos sobre la pira funeraria de su compañero de armas, Patroclo, y Aristómenes ofreció 300 a Zeus.

En ocasiones se inmolaba una víctima humana expiatoria para librar de los males a la comunidad. Se le cargaba con las culpas y pecados de todos y después era asesinado para que se llevara consigo todas las iniquidades y apaciguara la cólera divina. En Marsella, una de las más prósperas colonias griegas, cuando una plaga asolaba la ciudad se ofrecía como víctima expiatoria a los dioses un hombre de la clase más pobre. Después de ser mantenido durante un año con dinero público, cuidado exquisitamente y alimentado con toda clase de manjares para que fuera más digno, era matado a pedradas. Los atenienses también mantenían a expensas públicas a personas pobres o desgraciadas, y en épocas de penuria, elegían a un hombre y a una mujer para ser sacrificados por lapidamiento. En las fiestas de la Targelia, celebradas cada año en Atenas y en las ciudades jónicas en honor de Apolo y Artemisa,

también se hacía correr la sangre humana. Se escogían dos víctimas, una para los hombres y otra para las mujeres, a quienes se cargaba con las culpas y pecados de todos, y después de alimentarlos con toda clase de viandas, se les azotaba y se les quemaba o lapidaba. Otros sacrificios tenían por finalidad mostrar reconocimiento a los dioses por un favor recibido o apaciguar a los espíritus malignos (Harpías, Euménides o divinidades como Tifón). Las víctimas humanas fueron reemplazadas por animales cuando los filósofos comenzaron a clamar contra tan crueles costumbres.

También se sacrificó a seres humanos en los rituales de los dioses escandinavos y germanos. El gran dios del Norte, Odín, descubrió el secreto de la sabiduría de las runas ahorcándose en el Fresno Cósmico, para resucitar convertido en dios de los muertos.

Por ello, los que eran sacrificados en su honor eran colgados. Al dios se le llegó a conocer como *Hangatyr* (dios de los ahorcados).

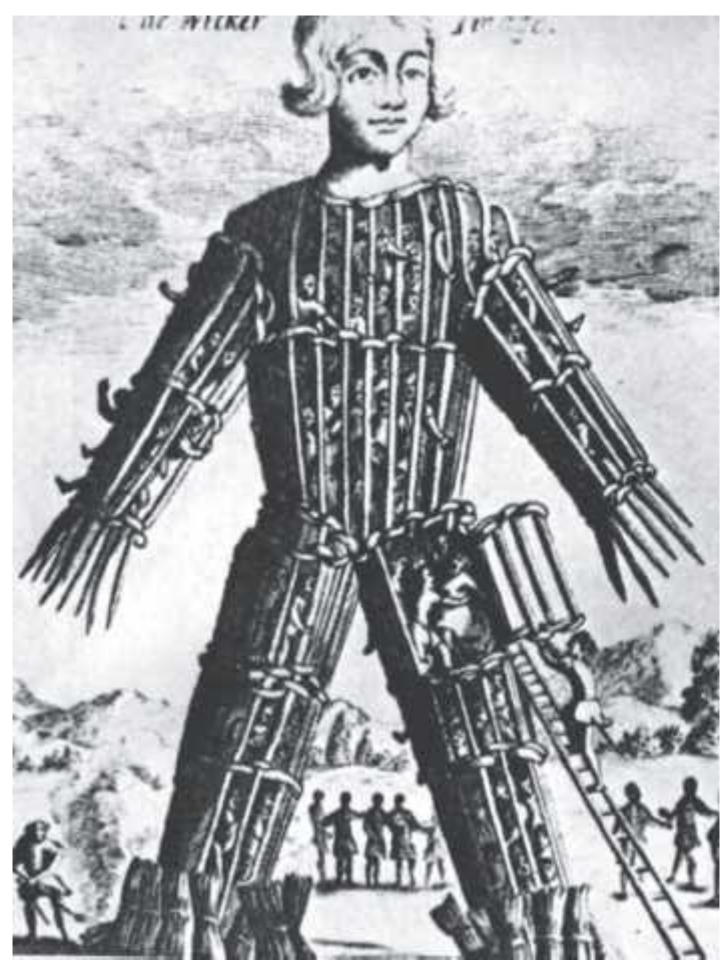
Julio César, en su *Comentario a la Guerra de las Galias* describió los sacrificios humanos de los druidas celtas:

Ciertos poblados tienen maniquíes de proporciones colosales hechos de mimbre, que se llenan con hombres vivos y luego se les prende fuego y los hombres son presa de las llamas. El suplicio de aquellos que han sido sorprendidos en delito flagrante por robo o bandolerismo o después de haber cometido algún crimen es juzgado más placentero para los dioses. Pero cuando no existen suficientes víctimas de este tipo, no temen sacrificar a inocentes.

Estas víctimas eran inmoladas en honor a Taranis, dios del cielo y del trueno. Para honrar a Tutatis, dios de la guerra, se ahogaba a seres humanos en un barril de agua. Esus exigía que se ahorcara a sus ofrendas humanas.

A pesar de considerar a los celtas como unos bárbaros, los romanos no fueron, de ninguna manera, inocentes en este sentido.

Los romanos imitaron a los etruscos y a los griegos en la práctica de ritos sangrientos de carácter mágico-religioso, hasta que fueron prohibidos por el consulado de Léntulo y Craso en el año 97 a.C.



El Hombre de Mimbre de los druidas, lleno de víctimas a punto de ser quemadas. *Britannia Antiqua Illustrated*, Aylett Sammes, 1676.

Alrededor del 226 a.C., dos galos y dos griegos fueron quemados vivos para impedir que se cumpliera una antigua profecía según la cual galos y griegos ocuparían poco después la ciudad. Durante los primeros años de la República (hacia 509 a.C.), no existía una división clara entre los sacrificios a los dioses y el castigo de los delincuentes. Un transgresor de la ley era a menudo ofrendado al dios al que había ofendido, pues se consideraba que las leyes emanaban directamente de los dioses, y que quien las infringía violaba prescripciones sagradas. Quien era hallado culpable de faltar a la palabra o cometía un delito contra la propiedad era ejecutado para restaurar el orden divino y calmar al dios ofendido. Así, un ladrón de trigo era ahorcado como ofrenda a Ceres, diosa de la agricultura; en el año 46 a.C., Julio César hizo sacrificar dos soldados en el Campo de Marte como castigo por haberse rebelado y las vírgenes vestales que hubieran roto su voto de castidad eran quemadas vivas. Sin embargo, a finales de la República, hacia el año 49 a.C., los sacrificios humanos dejaron de identificarse con la justicia penal, y personas inocentes fueron asesinadas con el único propósito de conseguir los favores de los dioses. Eran frecuentes los sacrificios humanos para honrar a los Manes (divinidades infernales que representaban a las almas de los muertos) y

a los Dii Inferi (dioses del inframundo). De hecho, los primeros combates de gladiadores se realizaron en homenaje a los espíritus de los muertos, y en el año 45 a.C. Julio César celebró el primer combate en honor de una mujer: su hija Julia. Se dice que en el año 41 a.C., en los idus de marzo, Octavio sacrificó 300 hombres en honor del deificado César. Adriano (emperador entre 117 y 138 d.C.) creyó conveniente renovar la ley anterior del Senado, dados los oídos sordos que hacía la sociedad romana respecto al tema. Sin embargo, con la expansión del Imperio, se introdujeron en Roma cultos orientales que exigían víctimas humanas. Cómodo, emperador de Roma entre 180 y 192 d.C., deshonró el culto de Mitra sacrificando seres humanos en su honor y, como cuenta Lampridio, el extravagante emperador Heliogábalo (218-22 d.C.) buscaba por toda Italia a los niños más hermosos, pertenecientes a las familias más nobles, para sacrificarlos. Heliogábalo, nacido en Emesa (Siria), era por herencia de su familia materna sumo sacerdote de Baal, conocido en su tierra como *Elah-Gabal*, dios del Sol, y adorado bajo la forma de una piedra negra (probablemente un meteorito). Tras ser nombrado emperador se llevó a Roma la piedra sagrada, la depositó en el Palatino, proclamó al sanguinario Baal de Emesa (al que renombró como *Deus Sol Invictus*) dios supremo del Imperio y comenzó a sacrificar niños para honrarlo.

Solo cuando Constantino otorgó legitimidad legal al cristianismo en el año 313 d.C. y comenzó a extenderse la creencia de que el mundo estaba regido por un dios esencialmente bueno, los sacrificios humanos dejaron de tener sentido en Roma. En el año 404 d.C. el emperador de la parte occidental del Imperio, Honorio, suprimió completamente los combates de gladiadores.

Tanto si se celebraban con motivo de grandes fiestas como en circunstancias excepcionales (epidemia, sequía o hambruna), el sacrificio humano era el ritual más importante para los mayas. Los mayas construyeron grandes pirámides y templos, donde ofrecían cruentos sacrificios a los dioses con motivo de grandes fiestas o si se consideraba que estaban enfurecidos (sequías, epi demias u otras catástrofes). Las víctimas eran desnudadas, pintadas de azul y puestas sobre una piedra hecha a propósito para que arquearan el pecho. Mientras cuatro sacerdotes le sostenían brazos y piernas, un quinto le degollaba y le arrancaba el corazón todavía palpitante. Al dar suma importancia a la lluvia y al agua en general, los mayas creían que los cenotes (pozos naturales en el manto calizo que ocupa la península de Yucatán que constituyen la única posibilidad de agua potable para las poblaciones del lugar) eran entradas a otro mundo, por lo que sacrificaban seres humanos en honor al dios Chaac arrojándolos a sus aguas al romper el alba. Si al mediodía seguían con vida, eran izados para dar a conocer las respuestas del dios. El dragado de las aguas del Cenote Sagrado de Chiché Itzá, realizado en 1967 por Román Piña Chán, recuperó los restos de 42 personas, la mayoría niños. En los relieves del Gran Juego de la Pelota de la ciudad de Tajin se describe cómo el equipo que perdía el partido perdía también las cabezas de sus jugadores. Aunque los incas inmolaban más llamas (el animal sagrado del país), también ofrecían víctimas humanas a sus dioses.

Solo la implantación del cristianismo, con el mandamiento de Yahvé de *no matarás* (que debe interpretarse como *no sacrificarás seres humanos*), recogido en las Tablas de la Ley entregadas a Moisés, consiguió acabar con

estas sangrientas prácticas mágico religiosas. En Europa, las prácticas de sacrificios rituales desaparecieron hasta quedar solo los practicantes de la llamada *Magia Roja* como los únicos que siguieron esta costumbre de una manera constante. Estos hechiceros solían ofrecer niños en holocausto a Satán o a otros demonios durante las *misas negras*. Entre 1432 y 1437, el mariscal francés Guilles de Rais, ayudado por satanistas como el italiano Francisco Prelatti, violó y dio sangrienta muerte a más de 200 niños en sus castillos de Champtocé, Machecoul y Tiffauges. Prelatti le convenció de la utilidad de sacrificar niños a un demonio llamado Barron, que para presentarse exigía como ofrenda las manos, los ojos y el corazón de un niño, y que podía ayudarle a encontrar riquezas y tesoros ocultos. El 26 de octubre de 1440 fue ahorcado y quemado en la hoguera en compañía de dos de sus cómplices, Henriet Griart y Poitou, en el prado de La Madeleine, en Nantes. Como cuenta Jean Bodin en *De la Démonomanie des sorciers* (1589), Carlos IX, hijo de Catalina de Médicis y rey de Francia (1560-1574), iba a morir a causa de un mal desconocido que lo debilitaba rápidamente. La reina madre, que le dominaba por completo y que podía perder toda su influencia bajo otro reinado, hizo oficiar en el castillo de Vincennes una misa negra. La ceremonia fue oficiada por un padre jacobino apóstata y entregado al ejercicio oculto de la Magia Negra, ya que para que la misa negra gozara de tal condición era preciso que fuera oficiada por un sacerdote que hubiera abjurado de su fe en Cristo. A medianoche, en la alcoba del rey y en presencia únicamente de Catalina de Médicis y de sus fieles, el nigromante decapitó a un niño de diez años frente a una imagen del Diablo. Después, la cabeza, completamente palpitante, fue colocada sobre una patena y llevada encima de una mesa en la que ardían dos misteriosas lámparas. Una vez conjurado el demonio, este fue preguntado por el futuro del rey. Entonces, con una voz débil, una voz extraña que no tenía nada de humana, la sangrienta cabeza pronunció dos palabras en latín: *vim patior* («soy forzado a ello»), haciendo referencia a que él también estaba sometido a un poder superior. El rey fue presa de un ataque de cólera y murió unas horas más tarde gritando: «¡Alejad esa cabeza de mí!».

Françoise Athénäis de Rochechouart de Mortemart, marquesa de Montespan (1641-1707), una de las favoritas de Luis XIV, también practicó tan macabros ritos. Para seguir gozando de los favores reales contrató varias misas negras con la reconocida bruja y envenenadora parisina Catherine Deshayes (llamada *La Voisin*) y el nigromante Guibourg, un cura renegado. En un principio, madame de Montespan organizó tres misas amatorias, en el curso de las cuales se arrancaba el corazón a dos palomas. La finalidad de tales ceremonias fue eliminar a su rival en los favores reales, Françoise Louise de la Baume Le Blanc, duquesa de la Vallière. Al parecer, el sortilegio dio resultado, pero como nuevas rivales la amenazaban sin cesar, madame de Montespan encargó unas misas sacrílegas más potentes, con elementos explícitamente satánicos. La misa se celebraba sobre el cuerpo desnudo de la Montespan, en cuya vagina Guibourg introducía una hostia.

Luego degollaban a un niño, y recogían su sangre en un cáliz mientras se pronunciaban oraciones a los demonios Asmodeo y Astaroth para que no decayera el amor del rey hacia madame de Montespan. La sangre del niño, mezclado con innobles ingredientes, servía para componer poderosos filtros

amorosos. Sin embargo, el rey se cansó de su amante, y esta decidió envenenarlo mediante una extraña poción compuesta de semen, sangre menstrual, murciélagos en polvo, vino y harina. Antes de que lo consiguiera, la policía descubrió las actividades satánicas del grupo y les detuvo. Tanto madame de Montespan como el infame Guibourg consiguieron eludir la justicia para que el rey no se viera envuelto en el escándalo, pero La Voisin fue quemada viva en la hoguera el 20 de febrero de 1680.



La Misa Negra celebrada sobre madame de Montespan.

Por otra parte, el infanticidio ritual también formó parte del *concepto acumulativo de la brujería* creado por la Iglesia Católica y apoyado por los poderes seculares para conseguir un mayor control social e ideológico sobre la población europea en respuesta a la desmoralización y la crisis de fe populares derivadas de los desastres que castigaron a Europa durante los siglos XIV y XV. Llegó a ser totalmente aceptado que las brujas secuestraban a niños para ofrecerlos a Satán en los aquelarres, donde además se elaboraban repugnantes platos con sus cadáveres. Entre 1450 y 1750, unas 200.000 personas fueron juzgadas en Europa por el delito de brujería. De ellas, alrededor de la mitad fueron condenadas a morir, principalmente en la hoguera.



Un grupo de brujos ofrece un niño al diablo durante un aquelarre. Grabado perteneciente al *Compendium maleficarum.*

También los judíos, los eternos perseguidos, fueron acusados de cometer crímenes rituales. Los judíos, como minoría carente de estado y de un respaldo político y militar, eran un colectivo al que era cómodo culpar de cualquier penuria política o económica, y de esta manera se convirtieron en perfectos chivos expiatorios de cualquier sociedad de la que formaban parte. A ello contribuía el hecho de que acaparaban importantes cargos públicos y determinadas profesiones (la medicina, por ejemplo) y su omnipresencia en el mundo financiero. Eran expertos prestamistas y eficaces recaudadores. Puntos de referencia de esa marcha hacia la intolerancia en nuestro país fueron los concilios eclesiásticos de Zamora (1313) y Valladolid (1322), cuyos cánones apuntan a la marginación de las minorías y donde se manifiesta ya ese sentimiento antisemita. A pesar de que la usura era indispensable para el mantenimiento del comercio y el progreso de la industria, los moralistas cristianos se unieron para condenarla como pecado; así, los deudores que se resistían a pagar tuvieron la satisfacción de saber que sus acreedores, según la más alta autoridad eclesiástica, eran unos malvados. Las falsas acusaciones permitieron a personajes poco escrupulosos adueñarse de sus bienes gracias a las recompensas, al chantaje y al asesinato, en una macabra tradición que va desde Torquemada a Goebbels.

Durante siglos, en Europa, fue una creencia muy extendida entre los cristianos que cada año, en la festividad de la Pascua judía (coincidiendo con su Semana Santa), los miembros de esta comunidad secuestraban a un niño, lo crucificaban y utilizaban su sangre con fines rituales. Según unos, los judíos debían beber la sangre cristiana por motivos medicinales, pues se decía que era un buen remedio para curar la herida de la circuncisión. Para otros, los varones judíos menstruaban, y precisaban sangre para reponer estas pérdidas. Algunos afirmaban que debían obedecer un precepto antiguo y secreto que les obligaba a derramar sangre cristiana en honor a Dios… Sin embargo, la leyenda que gozó de mayor aceptación fue la de que los judíos usaban la sangre de niños cristianos para amasar el pan ácimo o *matzot,* que se come en la festividad judía de Pesaj, que recuerda la salida de los hijos de Israel de

Egipto. Quienes realizaban estas acusaciones desconocían (o más bien no querían conocer) que las leyes de la *Toráh* prohíben terminantemente a los judíos la ingesta de sangre hasta el punto de que para comer a un animal se debe dejar primero que su fluido vital se derrame sobre el suelo para después cubrirlo con tierra.

Desde finales de la Edad Media, estas acusaciones fueron recogidas en los llamados *libelos de sangre*. Su origen parece ser *The Life and Miracles of St. William of Norwich,* escrito por Thomas de Monmouth en 1173, donde se cuenta la historia de Guillermo, un niño inglés que apareció muerto en las cercanías de Norwich el Sábado Santo de 1144 y cuya muerte fue atribuida a los judíos de la ciudad. Historias similares se repitieron por toda Europa, pudiéndose contar 6 casos en el siglo XII, 15 en el XIII, 10 en el XIV, 16 en el XV, 13 en el XVI, 8 en el XVII, 15 en el XVIII y 39 en el XIX. Cuando se hallaba un cadáver (usualmente el de un niño, y más frecuentemente cerca de la Pascua cristiana), los judíos eran acusados de haberlo asesinado para usar ritualmente su sangre. Los principales rabinos o líderes de la comunidad eran detenidos y se les torturaba hasta que confesaban su culpabilidad.

El resultado era la expulsión de la comunidad de esa comarca, torturas para una buena parte de sus miembros o el exterminio de todos ellos. Por supuesto, todos sus bienes eran confiscados. Generación tras generación, los judíos fueron torturados en Europa y comunidades enteras fueron masacradas o dispersadas debido a este mito. El nazismo recogió este onirismo católico y lo reflejó en sus libros de propaganda hasta la saciedad.

En nuestro país contamos con tres ejemplos: el de santo Dominguito de Val, que fue supuestamente víctima de un asesinato ritual por judíos de la aljama de Zaragoza en 1250; el del Santo Niño de Sepúlveda en 1468 y el de mayor trascendencia: el del Santo Niño de La Guardia, en 1489.

Este último caso es particularmente interesante. Parece ser que todo se originó por la supuesta desaparición de un niño durante la procesión de la Asunción o del Corpus toledano. Se dijo que fue secuestrado en la Puerta del Perdón de Toledo. Según unos, el niño tenía siete años y se llamaba Cristobalico; según otros se llamaba Juan y tenía tres años, lo que ya debió de haber hecho sospechar de la veracidad de la historia. Pero no fue así.

Torquemada mandó prender a dos judíos y seis conversos, que después de ser torturados confesaron el crimen. El niño fue crucificado el día de Viernes Santo, como burla a la Pasión de Cristo, y su sangre mezclada con una hostia consagrada para realizar conjuros que les librasen de la Inquisición y para envenenar las fuentes de los cristianos. Los judíos confesaron haberlo llevado a la villa de La Guardia por su parecido con Palestina. A pesar de una búsqueda exhaustiva, el cuerpo del niño nunca apareció. La razón que se esgrimió fue que, naturalmente, el Santo Niño había sido elevado al cielo en cuerpo y alma después del martirio. Todos los inculpados fueron quemados en la hoguera. El decreto de expulsión de los judíos de España de 1492 estuvo fuertemente influido por el proceso del Santo Niño de La Guardia, ya que fue utilizado por Torquemada (un judío converso que pronto se haría famoso como Primer Inquisidor) para presionar a los Reyes Católicos, que no estaban totalmente de acuerdo con esta medida.

El Santo Niño de La Guardia (el niño que nunca existió) fue canonizado

por Pío VII en 1805, aunque actualmente ha sido eliminado del canon eclesiástico.

Durante el siglo XVI, y ante la ausencia de la comunidad judía, las acusaciones vertidas contra los hebreos fueron desplazándose hacia la comunidad morisca. Sin embargo, en Europa siguieron hasta los tiempos modernos. En 1899, en Bohemia, Thomas Masaryk, futuro presidente de Checoslovaquia, debió actuar como abogado para defender al vagabundo judío Leopold Hilsner de una acusación de crimen ritual. Entre 1941 y 1945, Adolf Hitler, convencido de que si no destruía a los judíos llegaría el día en que estos destruirían al pueblo alemán, ordenó asesinar, reducir a cenizas o sepultar en interminables fosas comunes a unos cinco millones de ellos. Seguía una larga tradición basada en que la acusación crea el crimen.



El grabado representa el supuesto crimen ritual judío que habría tenido lugar en la ciudad de Sepúlveda en 1468.

Lejos de Europa, los sacrificios rituales sí siguieron siendo practicados hasta fechas no tan lejanas. Los ingleses que en el siglo XIX dominaban la India tuvieron que vérselas con tan crueles costumbres. En la década de 1860 todavía se ofrecían niños a Siva en la Baja Bengala para detener el hambre, y era habitual que las mujeres ofrecieran su primer hijo a Mahadeo, el dios de la

destrucción, para que les concediera otros. Como ofrenda a la diosa de las aguas, se arrojaban criaturas a los tiburones de la desembocadura del Ganges. Los tristemente famosos thugs estrangulaban a sus víctimas siguiendo un complejo ritual dedicado a la tenebrosa diosa Kali. Un solo thug podía jactarse de haber cometido 150 asesinatos durante su *carrera*. Los khonds de Orissa ofrendaban hombres a Tari Pennu, diosa de la tierra, para garantizar buenas cosechas. Estas víctimas eran llamadas *meriahs*. Eran compradas durante su infancia, y tratadas con toda clase de atenciones hasta que eran sacrificadas. Su carne era repartida entre los cabezas de familia del poblado, que la enterraban en sus campos.

Los sacrificios rituales en África también perduraron hasta finales del siglo XIX. Muchos pueblos del continente negro creían que las enfermedades y las muertes accidentales eran consecuencia de la acción de espíritus malignos, por lo que consideraban un deber apaciguarlos mediante la inmolación de seres humanos. En Onitsha, en el actual sudeste de Nigeria, se ofrecían dos víctimas expiatorias anuales compradas mediante suscripción pública. En la Costa de los Esclavos (un territorio que en la actualidad abarca Togo, Benin, Ghana y parte de Nigeria) se sacrificaban prisioneros de guerra al dios Ogín. En Biafra, si se consideraba que una familia estaba en peligro, se llegaba a sacrificar a los propios hijos. Los yowba de Nigeria degollaban víctimas expiatorias llamadas *oluwo* después de alimentarlas y cuidarlas exquisitamente durante su periodo de confinamiento. Cuando subían al trono, los reyes de los baganda de Uganda visitaban las tumbas de sus predecesores y sacrificaban frente a ellas seres humanos para aplacar sus espíritus. También ofrecían centenares de víctimas a Mayanja y Kilinda, los espíritus del leopardo y el cocodrilo. Se dice que fue Mutesa II, el último rey de Uganda, quien prohibió que a su muerte se hicieran sacrificios humanos, lo que ocurrió en una fecha tan cercana como 1969. También en el reino de Dahomey (situado en lo que es hoy la nación de Benín) se acostumbraba a sacrificar seres humanos para que sus espíritus contaran con todo detalle al del difunto rey las fiestas y honores que el nuevo soberano daba a su antecesor. El padre Borghero, superior de la misión católica francesa en Dahomey, escribió en sus *Anales de la propagación de la fe* (1862), que la sangre de 3.000 criaturas regó la tumba del rey Guezo. También se celebraba anualmente un gran festival en honor de los antepasados durante el cual se sacrificaban seres humanos para que sus espíritus consultaran con los reyes muertos y otros sabios ancestros si la política adoptada por el rey era la correcta. Estos *mensajeros al otro mundo* solían ser criminales o prisioneros de guerra, a quienes se les ofrecía esta posibilidad a cambio de evitar una muerte lenta sufriendo tormento o la esclavitud. Eran atados hasta el cuello, colocados en unas cestas planas y arrojados desde una altura de seis o siete metros, o simplemente eran decapitados. Las respuestas de los muertos eran interpretadas por los brujos mediante geomancia o siendo poseídos por los espíritus. Los reyes de Dahomey comenzaron en el siglo XVII un lucrativo negocio, consistente en abastecer de esclavos a los ingleses, no dudando en vender a sus propios compatriotas cuando escaseaban los prisioneros de guerra. Los dahomeyanos, un pueblo acostumbrado a cultivar la tierra, eran especialmente cotizados en el Haití francés, donde llevaron sus rituales, hoy conocidos como *vodú.* Parece

ser que en el Nuevo Mundo siguieron inmolándose *kabrit san kòn* (cabritos sin cuerno), es decir, seres humanos, pero desde al menos 1855 fueron sustituidos por animales.

Como escribió Voltaire: «No existe pueblo alguno que no haya ofrecido hombres como víctimas a Dios, ningún pueblo que no haya dejado seducir por la horrible ceguera de la magia (léase: religión)».

En ocasiones, estos rituales incluían, además de la muerte de seres humanos, el canibalismo.

En el valle de México, en una geografía desfavorable en la que no se conocían las herramientas de metal, la rueda ni las monedas, los aztecas fueron capaces, en tan solo dos siglos (XVy XVI), de levantar un organizado imperio, construir imponentes cen tros ceremoniales, realizar magníficas obras de ingeniería, desarrollar un intensivo comercio de corta y larga distancia y adquirir amplios conocimientos de astronomía y medicina. Eran profundamente espirituales e inculcaban a sus hijos elevados valores como la lealtad, la honestidad, el respeto a la familia, los ancianos y la ley. Por otra parte, fue entre los aztecas donde el canibalismo ritual alcanzó sus más altas cotas.

Cortés y sus 350 hombres, a pesar de estar curtidos en mil batallas, no estaban preparados para lo que encontraron el 8 de noviembre de 1519 en Tenochtitlán, (la actual ciudad de México), la capital del Imperio Azteca. Allí, en los templos gemelos de Huitzilopochtli (dios del Sol y de la guerra) y Tláloc (dios de la lluvia y la fertilidad), situados en la cumbre del teocali, la pirámide más alta de la ciudad, los sacerdotes aztecas realizaban entre 15.000 y 250.000 sacrificios humanos anuales, la mayor parte correspondiente a prisioneros de guerra. En 1487 Ahuítzotl inauguró el Gran Templo. Para consagrarlo, realizó una campaña de dos años en la que reunió 20.000 prisioneros para el sacrificio, que duró cuatro días con sus noches.

Cuatro sacerdotes sujetaban los brazos y las piernas de la víctima, extendida boca arriba sobre el altar de piedra, mientras un quinto le abría el pecho con un cuchillo de obsidiana y le arrancaba el corazón. Después, era ofrecido a los dioses y depositado en el cuauhxicalli (vaso del águila), delante del altar. Fray Bernardino de Sahagún, en su *Historia general de las cosas de la Nueva España* da una detallada descripción de lo que ocurría después:

Después de haberles arrancado el corazón y vertido la sangre en un recipiente de calabaza, que recibía el amo del hombre asesinado, se comenzaba a hacer rodar el cuerpo por los escalones de la pirámide. Terminaba por detenerse en una pequeña plaza situada debajo. Allí, algunos ancianos, a los que llamaban cuacuacuiltin, se apoderaban de él y lo llevaban hasta casas que llamaban calpulli, donde lo desmembraban y lo dividían a fin de comer lo…

Diego Durán, en *Los Aztecas: La Historia de las Indias de Nueva España,* relata algo similar:

Tan pronto como el corazón había sido arrancado, era ofrecido al sol y se arrojaba su sangre hacia la deidad solar. Imitaban el descenso del sol por el oeste y arrojaban el cuerpo por los escalones de la pirámide. Después del sacrificio, los guerreros celebraban un gran festín con muchas danzas, ceremonias y canibalismo.

Brazos y piernas se cocinaban con pimientos, tomates y flores de

calabaza. Después eran devorados por los parientes del guerrero que había capturado al desdichado. Siempre se reservaba un muslo de cada víctima para el emperador Moctezuma.

La palma de la mano se consideraba un bocado exquisito. El tronco y las vísceras, según algunas crónicas, eran arrojados a los animales del zoológico real y las cabezas se empalaban en un mástil de madera y eran exhibidas en unas estructuras llamadas *tzompantli* o lugar de cráneos.



Cuchillos de obsidiana personalizados, utilizados para arrancar el corazón de las víctimas

Francisco López de Gomara, el capellán de Cortés, en su *Historia General de las Indias,* nos proporciona valiosos datos para comprender la magnitud que alcanzaron los sacrificios humanos en el antiguo México:

Fuera del templo, y enfrente de la puerta principal, aunque a más de un tiro largo de piedra, había un osario de cabezas de hombres presos en guerra y sacrificados a cuchillo, el cual era una especie de teatro, más largo que ancho, de cal y canto, con sus gradas, en donde estaban incrustadas entre piedra y piedra las calaveras con los dientes hacia fuera. A la cabeza y al pie del teatro había dos torres hechas solamente de cal y cabezas con los dientes afuera que, como no llevaban piedra y otra materia, al menos que se viese, hacían las paredes extrañas y vistosas. En lo alto del teatro había setenta o más vigas altas, apartadas unas de otras cuatro o cinco palmos, y llenas de palos cuanto cabían de alto abajo, dejando cierto espacio entre palo y palo. Estos palos hacían muchas aspas por las vigas, y cada tercio de aspa o palo tenía cinco cabezas insertadas por las sienes. Andrés de Tapia, que me lo dijo, y Gonzalo de Umbría, las contaron un día, y hallaron ciento treinta y seis mil calaveras en las vigas y gradas. Las de las torres no las pudieron contar. Cruel costumbre, por ser cabezas de hombres degollados en sacrificio; aunque tiene apariencia de humanidad por el recuerdo que pone de la muerte. También hay personas encargadas de que, al caerse una calavera pongan otra en su lugar, y así nunca falte aquel número.

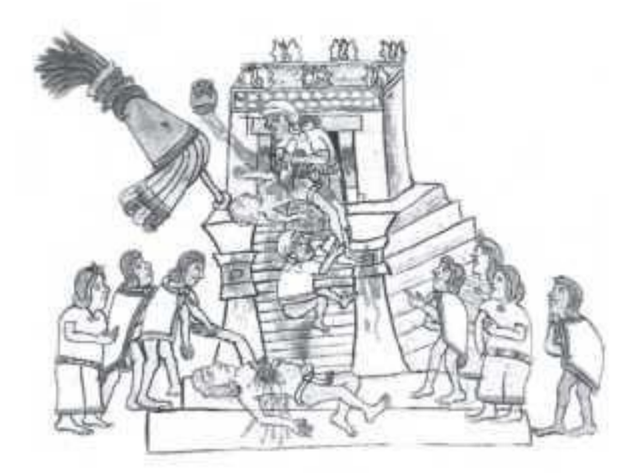
Cuando llegaban las fiestas de Tláloc, se sacrificaban en su honor muchos niños de pecho. Los sacerdotes se los compraban a sus madres, los arrojaban a un lago para que se ahogaran y después los cocinaban y se los

comían.

Se han propuesto numerosas teorías para explicar este comportamiento, dado que el canibalismo estaba prohibido en la mayor parte de las sociedades estatales. Para el demógrafo e historiador Sherburne Cook, la guerra y los sacrificios aztecas tenían como finalidad controlar el crecimiento demográfico.

Según sus cálculos, producirían un aumento del 25 % de la tasa de mortalidad. Sin embargo, su argumento presenta varios puntos débiles. Para controlar el crecimiento demográfico, lo ideal es sacrificar doncellas y, sin embargo, la mayor parte de los prisioneros de guerra eran hombres. Por otra parte, no se explica el hecho de que se les sacrificara en lo alto de una pirámide en lugar de acabar directamente con ellos en el campo de batalla, ni que después se devoraran sus miembros.

Michael Harner considera el canibalismo azteca como un canibalismo alimenticio, y la guerra como una forma de caza organizada para conseguir carne humana, ya que, según este autor, los aztecas carecían en un grado extraordinario de alimentos de origen animal. Para Harner, este anhelo de carne fue la causa del mantenimiento de los sacrificios humanos y el canibalismo azteca, mientras que en los estados del Viejo Mundo, la disponibilidad de animales domesticados dio lugar a considerar el consumo de carne humana como un tabú y al desarrollo de las religiones del amor y la misericordia.



Sacrificio ritual azteca. Códice Magliabechiano.

Aunque es cierto que no poseían rumiantes ni ganado porcino y sus principales animales domésticos eran el pavo y el perro, los aztecas cazaban y consumían gran variedad de especies animales salvajes. Entre estas figuraban el ciervo, el tapir, el jabalí, la zarigüeya, el armadillo, el conejo, la liebre, la codorniz, la perdiz, el faisán, treinta variedades de aves acuáticas, ardillas, comadrejas, serpientes de cascabel, ratones, peces, ranas, salamandras, huevas de pescado, moscas de agua, escarabajos peloteros, huevos de escarabajo, larvas de libélula, saltamontes, hormigas y gusanos. Por ello, parece probado que los aztecas disfrutaban de una abundancia de alimentos de origen animal.

Por otra parte, la ración de proteínas recomendada por la OMS y la

Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) para un adulto sano es de 0,8 gramos por kilo de peso y día. Estas proteínas deben aportar entre un 12 y un 15 % del valor calórico total de la dieta que se ingiere. Un adulto sano, un guerrero, que pese 60 kilos debe consumir diariamente 48 gramos de proteínas. Un cuerpo humano de unos 60 kilos está formado en un 18% por proteínas, es decir, aportaría 10,8 kilos de proteínas, de las que solo el 95 % pueden ser asimiladas. De ser devorada esta teórica víctima, aportaría 10,260 kilos de proteínas. Teniendo en cuenta los requerimientos de proteínas de un joven guerrero, la carne de un prisionero cubriría las necesidades de unos 215. Eso siempre y cuando se sacrificara una víctima al día. Es decir, devorar a un semejante podría proporcionar las proteínas necesarias para un grupo reducido, como una tribu aislada de una sociedad de cazadores-recolectores, pero obviamente era algo inútil para los 250.000 habitantes de Tenochtitlán y muchísimo más para los 2.000.000 de habitantes del Valle de México. Máxime teniendo en cuenta que solo se devoraban brazos y piernas. Aunque se sacrificaran 20.000 hombres al año, apenas darían para una cantidad de carne equivalente a una hamburguesa por cabeza, lo que no parece que fuera una solución para remediar las supuestas carencias proteínicas. Por otra parte, cuando el fin del canibalismo es alimentar al guerrero, el enemigo no tiene por qué ser mantenido vivo, llevado a kilómetros de distancia y ser alimentado hasta que llegue la hora del sacrificio. Simplemente puede ser devorado en el mismo campo de batalla, una vez muerto en combate. Y si el fin del canibalismo azteca era proporcionar proteínas a un pueblo hambriento, ¿no resulta incongruente echar parte de las disponibles a las fieras del emperador? En *Caníbales y reyes,* el antropólogo Marvin Harris se mostró de acuerdo con la teoría de Harner, afirmando: «Solo Harner merece el honor de haber resuelto el enigma del sacrificio azteca».

Posteriormente, en *Bueno para comer,* se distanció de sus planteamientos. Según decía en esta obra, el canibalismo azteca no era la respuesta a una insuficiencia dietética, sino un subproducto de la guerra. Tenochtitlán no era autosuficiente, sino que necesitaba ser abastecida desde fuera. Los embajadores aztecas, acompañados de una numerosa corte, visitaban los pueblos vecinos y les invitaban a ser súbditos del Imperio. En primer lugar era enviada una delegación de Tenochtitlán, y si esta no bastaba para convencerlos, seguían las embajadas de las ciudades de Texcoco y Tlacopan. Esta última daba la última advertencia. Si no era aceptada, se llevaba a cabo la invasión. Una vez conquistada la ciudad, se fijaban los tributos, consistentes en alimentos, materias primas, armas, vestidos y objetos de lujo. Una sola provincia costera podía aportar a lo largo de un año 10.000 mantos, 2.000 túnicas, un escudo de oro, collares de oro y jade, 40 pendientes de labios, 80 manojos de plumas de quetzal, 16.000 bolas de hule y 20 sacos de cacao. Y todo ello una única provincia. El más mínimo retraso en el pago era un buen pretexto para emprender otra campaña y plantear nuevas y exageradas demandas. El castigo era doblar el tributo, procurando además que le resultara más difícil pagarlo. Por ello, el Imperio Azteca no podía prescindir de las guerras, pues los tributos de los pueblos sometidos eran necesarios para el mantenimiento de su economía. La guerra proporcionaba nuevos súbditos y, por lo tanto, más recursos para alimentar a un número creciente de

habitantes.

Para Harris, la escasez de alimentos de origen animal restaba peso a las ventajas políticas de suprimir el canibalismo. La carne humana sería, visto de este modo, una recompensa para los guerreros que sostenían el estado, un estímulo para alentar a las clases bajas a pelear. Nuevamente, no se explica el paso previo al canibalismo: el complejo ritual mediante el cual la víctima era sacrificada.

Sus poderosas creencias religiosas hacían que creyeran que el equilibrio del mundo y los procesos naturales, como la lluvia o la salida del sol, y el destino de las personas, dependían de la voluntad de sus numerosos dioses. Transformaron en dioses el maíz, la tierra, el cielo y, especialmente, el sol y la lluvia. Los aztecas no destruían las creencias religiosas de los pueblos que conquistaban, sino que incorporaban a los dioses extranjeros a su mitología, aunque siempre subordinándolos a sus dioses principales. Todas las formas de actividad humana dependían de un poder sobrenatural, por lo que el arte, la ciencia, la educación, la cultura y la economía estaban impregnadas de una fuerte esencia religiosa.

Todas estas teorías prestan poca importancia a algo fundamental a la hora de comprender el canibalismo azteca: el hecho de que cuando la magia de las antiguas civilizaciones (Mesopotamia, Egipto y Grecia) se creía perdida para siempre, los grandes imperios precolombinos basaron en el mundo mágico su religión, su forma de vivir y el concepto casi absoluto que regía su comportamiento. Relacionando lo que les era visible con el misterio de su propia existencia, crearon argumentos legendarios con los que tejieron el rico tapiz de su mitología. Sus creencias, producto de la dualidad magia-religión, se fundieron en un único concepto.

Los aztecas tenían un concepto mesiánico de sí mismos, ya que se consideraban el pueblo elegido de los dioses. Según sus leyendas, su lugar de origen era Aztlán, un vasto continente situado en un lugar impreciso del océano que se hundió a consecuencia de un terrible cataclismo y que algunos estudiosos identifican con la Atlántida. Siguiendo las indicaciones del dios Huitzilopochtli, emprendieron un largo viaje durante casi 200 años en busca de una tierra donde asentarse. El dios les había ordenado fundar una gran civilización en una zona pantanosa en la que vieran un nopal (cactus) sobre una roca, y sobre él, un águila devorando a una serpiente. Cuando llegaron a una isla en medio del lago Texcoco a mediados del siglo XII, los sacerdotes afirmaron haber contemplado esta visión, por lo que se establecieron allí y fundaron Tenochtitlán en 1325. La tradición es tan fuerte que aún hoy en día el águila devorando a la serpiente aparece en la bandera de México.

Según las ofrendas, oraciones y ceremonias con que los veneraran, los dioses obraban para el bien o para el mal. Por ello era necesario hacerles ofrendas para no provocar su ira. Las ceremonias en las cuales el pueblo veneraba a los dioses estaban perfectamente determinadas: la fecha en que se realizaba, el dios al que se debía honrar, la vestimenta que debían usar los sacerdotes, las danzas, el ceremonial… Los sacrificios se hacían solo en los días festivos. Un día festivo por cada uno de los 18 meses, de 20 días cada uno, en que se dividía el año azteca.

Este mismo concepto mágico-religioso del universo fue lo que, además de propiciar el nacimiento del Imperio, produjo su caída. Los aztecas tomaron de los toltecas (los antiguos habitantes del valle de México), el mito de Quetzalcóatl, el dios creador de los humanos en la Era del Quinto Sol (la era de los aztecas), pues creían que el universo había sido destruido anteriormente cuatro veces consecutivas por las pugnas de los dioses. Su nombre significa en lengua náhuatl, «serpiente emplumada». En la leyenda de Quetzalcóatl se entrecruzan el dios y un personaje de carne y hueso que existió realmente llamado Ceacatl Topiltzin, hijo del rey Miscoatl que en el siglo X condujo a los toltecas desde el norte hasta Culhuacán. El hermano de Miscoatl usurpó su trono y obligó al joven a exiliarse. Topiltzin se consagró al servicio de la Serpiente Emplumada, y después de varios años consiguió recuperar el trono de su padre, adoptando el nombre de Quetzalcóatl, como hacían los sacerdotes que tomaban la personificación del dios a quien servían. Hacia 950 Topiltzin-Quetzalcóatl trasladó la capital a Tula, convirtiéndola en una gran ciudad. Los toltecas recibieron del sacerdote su sabiduría y el conjunto de todas las artes. Bajo su tutela, consiguieron llegar a un impresionante nivel cultural y artístico, y todos admiraban su devoción y celibato. En sus palacios de diversos colores, orientados hacia los cuatro rumbos del universo, vivía en abstinencia y castidad, consagrado a la meditación y a la búsqueda de nuevas formas de acercarse a la divinidad. Prohibió los sacrificios humanos y solo exigía codornices, mariposas y serpientes. El sacerdote fue divinizado e identificado con la mítica Serpiente Emplumada. Según el *Codex Chimalpopoca* (el *Libro de las Tradiciones*), Quetzalcóatl era un dios extranjero que vino del este, de raza blanca, gran estatura, barba y vestido de negro. Vivió entre ellos 52 años y les enseñó todas las artes y las ciencias. Era un dios inteligente y bondadoso que ejercía la medicina, daba consejos de todo tipo y legislaba con justicia.

Los sacerdotes de Tezcatlipoca (Espejo Humeante), el tenebroso dios de la guerra que exigía víctimas humanas, preocupados por su pérdida de poder, conspiraron contra Topiltzin-Quetzalcóatl. Consiguieron que se embriagara con pulque y que yaciera con su hermana, una alta sacerdotisa llamada Quetzalpetlatl. Avergonzado, el semidiós se exilió. Se retiró al mar, y según unas versiones, se embarcó en una nave hecha de serpientes. Según otras, se arrojó a una hoguera inmensa para salir de ella convertido en la estrella de la mañana. Antes de partir, prometió regresar en el aniversario de su fecha de nacimiento, Ce Acatl («uno-Caña»), para reclamar como suyo el imperio de Tula y gobernar como el ungido de Quetzalcóatl.

El regreso de Quetzacóatl, augurado por el calendario azteca, coincidió en el tiempo con la llegada de Cortés. El emperador Moctezuma II, que contaba con 200.000 hombres podía haber aplastado sin ninguna dificultad a los españoles, pero en lugar de ello, los recibió con todos los honores, convencido de que se trataba, si no del anhelado dios, sí al menos de un mensajero suyo. Cortés llegó desde el este, ascéticamente vestido de negro, era de raza blanca y barbudo, como la mayoría de sus hombres, como contaba la leyenda que era Topiltzin-Quetzalcóatl. Moctezuma decidió que había llegado el momento de devolverle el reino que había venido a reclamar. Cuando el emperador se dio cuenta de su error, ya era demasiado tarde. Después de un

sitio que duró tres meses, Cortés, al frente de 900 españoles y 1.500 indígenas reclutados entre los pueblos oprimidos por los aztecas, tomó la gran Tenochtitlán.

Contemplado desde el punto de vista mágico-religioso que presidía la vida de los aztecas, sus sacrificios humanos y su canibalismo pueden considerarse ritos de fertilidad muy elaborados basados en los principios de la magia simpatica.

El alimento más importante de los aztecas era el maíz, consumido a diario en forma de tortillas o gachas, y las judías. Sin una buena cosecha, el pueblo habría muerto de hambre. Por ello era tan importante honrar a los dioses encargados de proporcionar la lluvia y asegurar la fertilidad de los campos. De hecho, de las 18 fiestas anuales, tres estaban dedicadas a los dioses de la lluvia, una al agua y dos al maíz o deidades de este. Seis se celebraban en honor de diosas relacionadas con la fertilidad. Por el contrario, tanto Tezcatlipoca como Huitzilopochtli, dioses supremos del panteón azteca, solo tenían una fiesta para cada uno de ellos.

Antes de que el monoteísmo hebreo y sus descendencias (las religiones cristiana e islámica) impusieran la idea de un único Dios inmortal, la mayor parte de las religiones fueron creadas con la premisa de que los dioses eran semejantes a los hombres. Siendo mortales, se supuso que los dioses creados por los hombres tenían su mismo fin. La diferencia era que los dioses podían regresar de la muerte. El mito básico del Egipto dinástico fue la muerte y resurrección del dios Osiris. Perséfone, la hija de Deméter, diosa griega de la fecundidad, fue arrastrada al reino de las sombras por Hades, pero autorizada a regresar en primavera junto a su madre con la condición de volver después a los infiernos al llegar la época de la siembra. Tammuz, Attis, Mitra y Adonis morían violentamente y renacían. Dioniso fue despedazado cuando era niño por los titanes y posteriormente hervido en un caldero. Fue rescatado y recompuesto por su abuela Rea. Todos estos mitos pueden interpretarse como representaciones de la vida de la naturaleza, un símbolo del ciclo de la vegetación e incluso una prefiguración de la imagen del Cristo resucitado del cristianismo.

También los dioses aztecas nacían, envejecían y morían, pero podían ser devueltos a la vida. Dado que la buena marcha del Universo dependía de ellos, solo podían esperarse terribles catástrofes de la gradual extinción de sus poderes y de su desaparición final en la muerte. El procedimiento para evitarlo consistió, en muchas sociedades, en matarlo tan pronto mostrara síntomas de que sus poderes comenzaban a decaer, transfiriendo su alma a un sucesor vigoroso en lugar de dejarle morir de vejez y enfermedad. Mediante la consagración, los sacerdotes convertían a la víctima del sacrificio en el mismo dios encarnado, que después moría y renacía en sus hijos cuando estos lo comían. De esta forma, mediante el consumo de la carne del dios, se transfería su espíritu mientras todavía estaba sano y fuerte a un sucesor joven y vigoroso, preservándolo de esta forma del debilitamiento y de la vejez. Por ello, la mayor parte de los sacrificios tenían lugar a mediados de la cosecha de maíz, cuando el dios se encontraba en plenitud de sus poderes. Según fray Diego Durán: «La tenían verdaderamente por carne consagrada y bendita y la comían con tanta reverencia y con tantas ceremonias y melindres como si

fuera alguna cosa celestial».

Este principio de la transubstanciación es el mismo en que se basa la comunión de los cristianos, tal como fue definida en el IV Concilio de Letrán (1215) y en el de Trento (1545-1563). La hostia y el vino consagrados por virtud de las palabras «mágicas» del sacerdote se convierten en el cuerpo y la sangre de Cristo, que es comido después por sus fieles, renovando el sacrificio expiatorio del dios. Como opina Daumer en su *Secretos de la Antigüedad cristiana*: «La Eucaristía y la Misa, a pesar de las bonitas frases que quieren probar lo contrario, son dos actos de un culto antropofísico, y seguramente no se encuentran lejos de la antropofagia sagrada». La religión cristiana consideró los sacrificios sagrados y la antropofagia ritual como algo abominable y anticuado. El monoteísmo implicaba en sí mismo la depuración y la pureza, y aunque la moral judía evolucionada demuestra una particular aversión a la sangre, mantuvo el principio de la magia simpatética, sustituyendo la carne y la sangre de la víctima humana por simples alegorías: el vino y la harina de trigo.



Banquete caníbal en honor a Tláloc. Códice Magliabechiano. Biblioteca Nacional, Florencia.

De hecho, los misioneros cristianos se mostraron muy sorprendidos de que los aztecas estuvieran familiarizados con la doctrina de la transubstanciación. Dos veces al año, en mayo y diciembre, hacían con semilla de remolacha, maíz tostado y miel una imagen de Huitzilopochtli, y la rompían después en trozos que eran consagrados por los sacerdotes. Una vez convertidos en «huesos y carne» del dios, eran comidos solemnemente. Era un precepto muy guardado que ese día no se debía comer ninguna otra cosa

hasta que terminaba la ceremonia. Christian Duverger observa que el *teoqualo,* que era como se llamaba a la figura de Huitzilopochtli, también era considerada y comida como carne verdadera del dios. Las jerarquías eclesiásticas se afanaron en resolver este misterio. Durán rescató las palabras de san Marcos que hablaban del envío de los apóstoles a predicar el Evangelio a todas las criaturas del mundo, argumentando: «¿Y no son también los indios criaturas de Dios?». Por ello, no resultó difícil a los misioneros, ni tampoco a los mismos indígenas, sustituir la concepción sacrificial por la comunión cristiana.

Por otra parte, es muy importante destacar el hecho de la sumisión del cautivo. Este aceptaba su destino como la culminación de una serie de actos predeterminados desde el mismo momento en que era tomado prisionero. De hecho, cuando un guerrero azteca tomaba un prisionero, el capturador decía: «Es como mi querido hijo»; y el cautivo respondía: «Es mi querido padre». Así, la víctima ofrecida era su propio hijo, y el capturador nunca comía su carne. El cautivo mismo se consideraba especialmente honrado, pues era el elegido por el dios, y aceptaba voluntariamente su destino. Morir en el campo de batalla o ser sa crificado a los dioses tenía además su recompensa, pues los difuntos podían ir a tres lugares diferentes según el género de muerte. A quienes morían de muerte natural les esperaba un lúgubre porvenir: iban al inframundo, el Mictlan, después de atravesar unas duras pruebas durante cuatro largos años.

Alfonso Caso, en *El Pueblo del Sol*, dice que el alma tenía que pasar por un caudaloso río, el Chignahuapan, que es la primera prueba a la que las someten los dioses infernales. Por eso se entierra con el muerto el cadáver de un perro de color leonado, para que ayude a su amo a cruzar el río. El alma tiene que pasar después entre dos montañas que se juntan; en tercer lugar, por una montaña de obsidiana; en cuarto lugar, por donde sopla un viento helado que corta como si llevara navajas de obsidiana; después, por donde tremolan las banderas; el sexto es un lugar en que se flecha; en el séptimo infierno están las fieras que comen los corazones; en el octavo se pasa por estrechos lugares entre piedras; y en el noveno y último, el Chignahumictlan, descansan o desaparecen las almas.

Para Eduardo Matos Moctezuma, las nueve pruebas representan las nueve detenciones menstruales necesarias para que nazca el niño después de sortear numerosos peligros que amenazan su desarrollo. Del mismo modo, en el momento en que muere una persona, esta debe realizar el mismo viaje de retorno al útero materno.

Una vez en el Mictlan, las almas eran eternamente custodiadas por Mictlantecuhtli y Mictlancíhuatl, señor y señora de los muertos. Después de la colonización, los misioneros equipararon el Mictlan al infierno cristiano, y en sus predicaciones amenazaban a los indios con sus terribles martirios.



Sacrificio ritual azteca. Códice Florentino.

A las víctimas del dios de la lluvia (muertos por ahogamiento o por el rayo), o a los que fallecían por enfermedades como los leprosos, sarnosos, gotosos e hidrópicos, les estaba deparado ir al Tlacon, cuyas descripciones lo aproximan al Paraíso Terrenal cristiano: un jardín siempre en flor, con abundancia de toda clase de alimentos y frutos donde no se pasaba pena alguna.

Sin embargo, lo más deseable para un azteca era el cielo del Sol o Tonatiuhchan, donde solo podían entrar los guerreros muertos en combate, los sacrificados o las mujeres muertas durante el parto. Los guerreros acompañaban al sol naciente, Huitzilopochtli, en la primera parte de su jornada diaria. Al llegar al nepantla, tonatiuh o mediodía, eran sustituidos por las mujeres diosas o cihuateteos, las mujeres que habían muerto durante el parto, que continuaban acompañándolo hasta la puesta. Después de cuatro años de acompañar al sol, los guerreros retornaban a la tierra en forma de colibríes y vivían eternamente libando la miel salvaje.

No resulta, pues, extraño que los guerreros capturados cuyo destino era ser sacrificados se sintieran afortunados por evitar tan fatigoso recorrido y estuvieran orgullosos de morir a filo de obsidiana.

También hay que llamar la atención sobre la ausencia de los sentimientos de odio o crueldad. Tanto el sacrificador como la víctima sabían que el acto era necesario para salvar al pueblo de calamidades y al universo del caos. Su objetivo era más el proteger que el destruir la vida. Para los aztecas no había nada malo en matar seres humanos. Lo malo, la catástrofe para la comunidad, habría sido no hacerlo. Y no comían hombres; comían *dioses*.

De cualquier modo, los españoles interpretaron los sacrificios humanos y los actos de canibalismo aztecas como crueles matanzas sin sentido, realizadas por verdaderos salvajes, no como rituales de protección del universo y de mantenimiento de una economía que permitiera a todos los miembros del grupo satisfacer sus necesidades. Obviaron el hecho de que, en la «civilizada» Europa de los siglos XV y XVI, la ejecución de personas llevada a cabo por la Santa Inquisición (la mayoría torturadas a conciencia antes de ser quemadas vivas en la hoguera) fue muy superior que en la América precolombina del mismo periodo.

Como decía Montaigne en el Libro I de sus *Ensayos* (1898):

Creo que es más bárbaro comerse a un hombre vivo que comérselo muerto; desgarrar por medio de suplicios y tormentos un cuerpo todavía lleno de vida, asarlo lentamente y echarlo luego a los perros o a los cerdos; esto, no solo lo hemos leído, sino que lo hemos visto recientemente, y no es que se tratara de antiguos enemigos, sino de vecinos y conciudadanos, con la agravante circunstancia de que para la comisión de tal horror sirvieron de pretexto la piedad y la religión. Esto es más bárbaro que asar el cuerpo de un hombre y comérselo después de muerto.

El escritor expresaba su punto de vista en la época de las guerras de religión y pocos años después de la Noche de San Bartolomé.

De este modo, el canibalismo ritual de los indígenas de Sudamérica dio la justificación moral para la conquista violenta de sus tierras. Gregorio López, miembro del Consejo de las Indias, fue uno de los defensores de la tesis de que los pecados de los indios contra Dios (adorar falsos dioses) y contra la misma Naturaleza (lo que incluía la antropofagia y prácticas sexuales «aberrantes») justificaban que los cristianos conquistaran América por la fuerza de las armas: «(…) ellos no solo carecen de cultura, sino que viven como fieras salvajes, celebran cultos absurdos, ofrecen víctimas humanas a sus dioses y devoran carne humana. No conocen el decoro ni la vergüenza y se entregan a la embriaguez y la sodomía».

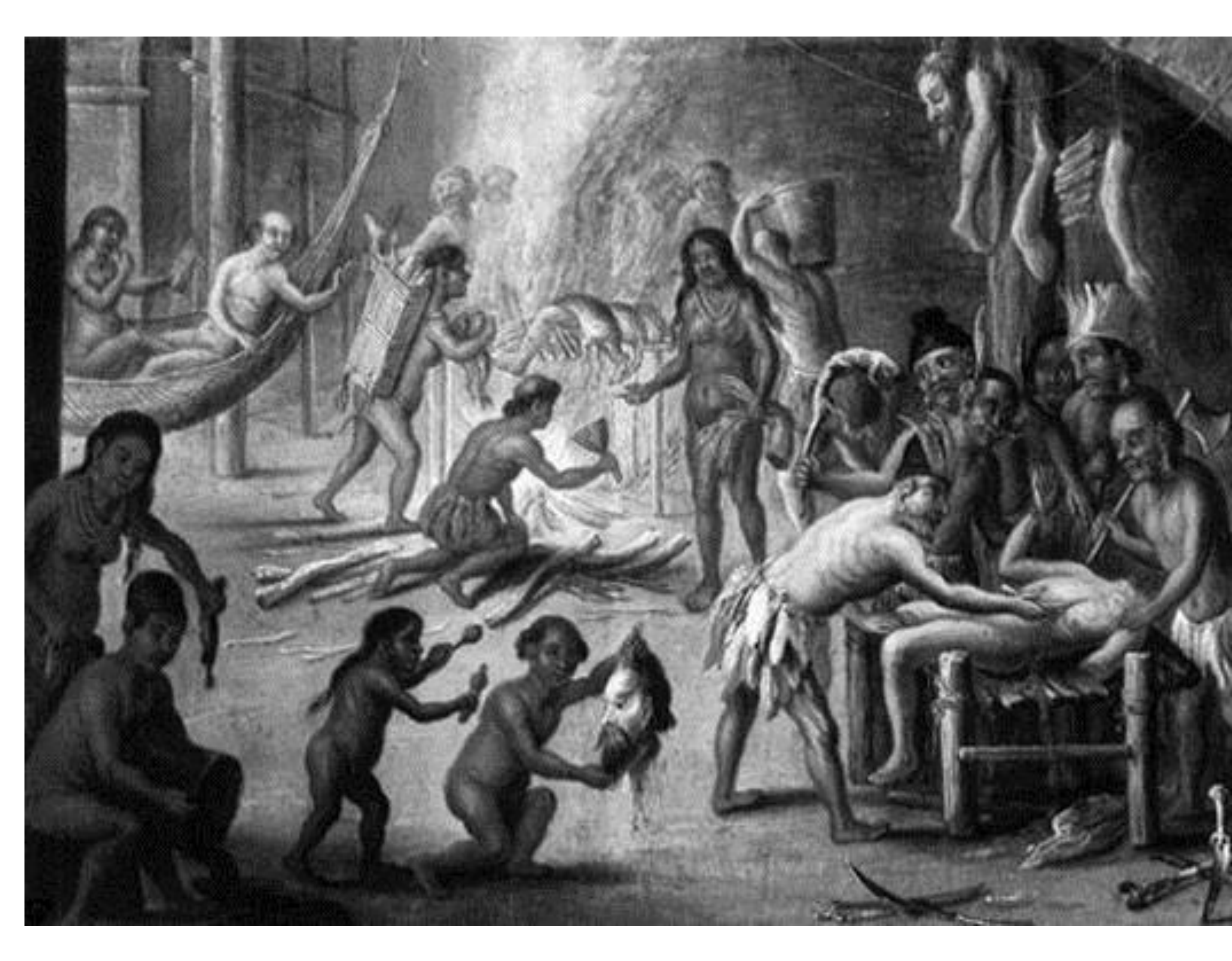
Sin duda, el considerar a los aztecas como salvajes caníbales y poco más que animales fue lo que hizo que Cortés tolerara las tropelías que sus hombres llevaron a cabo tras la caída de Tenochtitlán, que incluyeron la tortura y muerte en la hoguera de los indígenas, las amputaciones de manos y pies e incluso el permitir (al no tener alimentos que proporcionarles), que sus aliados tlaxcaltecas y de otros pueblos se alimentaran con la carne de los aztecas caídos en el campo de batalla. Cortés menciona en su tercera carta a Carlos V que cenaron particularmente bien aquella noche comiendo las extremidades de los vecinos. En su afán por encontrar el oro de los aztecas, Cortés también

ordenó que los pies de Cuauhtémoc (que había sucedido a Moctezuma, muerto a pedradas por su propio pueblo que le acusó de colaborar con los españoles) fuesen expuestos al fuego. Los nobles aztecas fueron también tratados con una extrema crueldad tras no satisfacer las exigencias de los vencedores. Algunos fueron destrozados por los perros. Nuevamente, Montaigne:

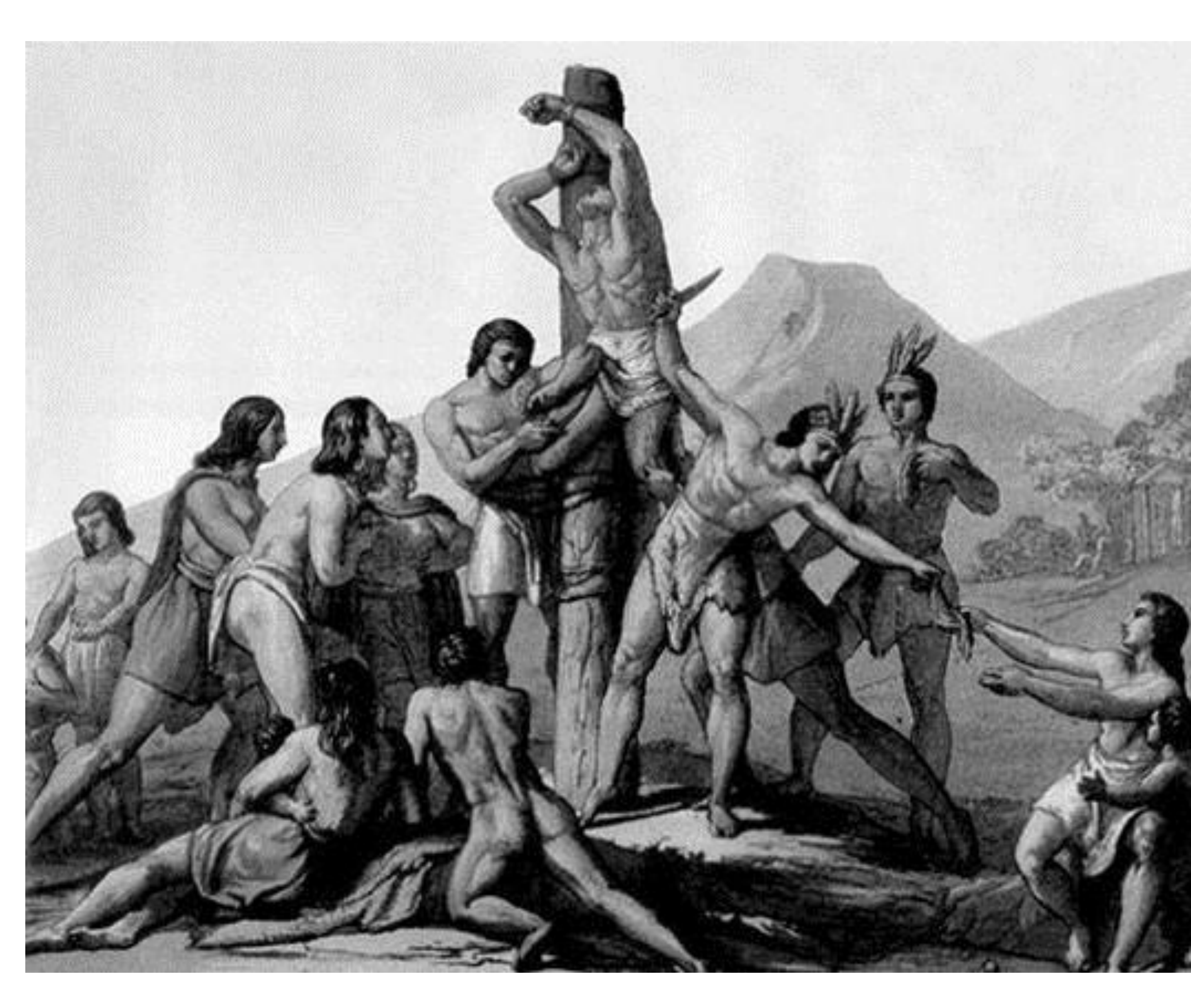
(…) lo que ocurre es que cada cual llama barbarie a lo que es ajeno a sus costumbres. Como no tenemos otro punto de mira para distinguir la verdad y la razón que el ejemplo e idea de las opiniones y usos del país en que vivimos, a nuestro dictamen en él tienen su asiento la perfecta religión, el gobierno más cumplido, el más irreprochable uso de todas las cosas.

Desde el Paleolítico, el chamán-mago ha sido considerado como amo de los animales salvajes, capaz de controlar su destino por medio de los rituales de la caza. En la Cueva de Los Tres Hermanos de Ariège (Francia) se encuentra su primera representación conocida: la figura de un hombre vestido con una piel de ciervo que lleva en la cabeza unas astas del mismo animal.

Desde el albor de los tiempos, el chamán aprendió a imitar a los animales y basó sus danzas en sus movimientos. En algún momento pudo incluso haber sentido algún tipo de unión psíquica con ellos. Su fuerza, su agilidad u otras cualidades deseables podían ser adquiridas por el chamán al identificarse con el animal, cubriéndose con sus pieles, tocándose con su efigie e imitando sus actitudes. La poderosa conexión psíquica entre los chamanes y los animales puede estar en el origen de la creencia, presente en numerosas culturas, de que algunos hombres podían convertirse realmente en animales. En Noruega e Islandia, los feroces guerreros berserker se cubrían con pieles de lobo o de oso para adquirir la ferocidad de estas bestias. Se decía que adquirían de esta forma una fuerza sobrehumana y que eran invulnerables en el combate.



El pintor flamenco Jan van Kessel retrató con esta enorme crudeza un festín caníbal de los indios.



Esta obra de Ludovico Gallina (1752-1787) representa un supuesto sacrificio caníbal de los incas.



El chamán de la Cueva de Los Tres Hermanos, en Ariège (Francia).

Sus ojos refulgían como si ardiesen llamas en sus cuencas, rechinaban los dientes y echaban espuma por la boca; mordían los bordes de los escudos y a veces llegaban incluso a atravesarlos con los dientes, y cuando se lanzaban al combate ladraban como perros y aullaban como lobos. Era tal su ferocidad que el rey Erik de Noruega los proscribió en 1015, y hacia 1100, con la cristianización de Islandia, desaparecieron de Europa. Durante la Caza de Brujas en Europa, entre los siglos XV y XVII, la creencia en hombres-lobo se asoció con la brujería, pues se pensaba que una de las formas que tenía el Diablo de recompensar a sus adoradores era entregarles una piel o un ungüento que les permitiera transformarse en lobo. Los relatos de hombres-lobo llegaron a alcanzar proporciones epidémicas durante el siglo XVI, y solo en Francia, entre 1520 y 1630 se registraron más de 30.000 casos de hombres-lobo.

Las características de esta creencia cambian con la geografía, y hay creencias en hombres-jaguar en Sudamérica, hombres-oso en los países escandinavos, hombres-zorro y hombres-tigre en Rusia y hombres-pantera, hombres-hiena y hombres leopardo en África.

Fue en este último continente donde se dieron los primeros y más violentos choques entre los hombres y las bestias, donde los animales asumieron una importancia especial en relación con las prácticas mágicas.

Particularmente sangriento fue el culto de los hombres leopardo, que aterrorizó durante siglos a los nativos de África Occidental (especialmente Nigeria y Sierra Leona). Se les llama *anioto* en lengua kibudu, por lo que algunos autores han generalizado este término para denominar a los seres humanos que se creen transformados íntimamente en animal. Los hombres leopardo eran asesinos y caníbales rituales. Un brujo o gran jefe era el líder de los adeptos; mágicamente los transformaba en leopardos y pretendía de ellos sacrificios de sangre. El brujo era el depositario del fetiche de la secta, un compuesto llamado *borfima,* que otorgaba poderosas cualidades a su poseedor; le ayudaba a adquirir riqueza y poder y era el talismán protector ideal para quienes tenían la mala suerte de ser llevados ante el tribunal de los blancos. Además, un juramento por el borfima era también una promesa sagrada y obligaba al autor a guardar el más absoluto silencio sobre sus actividades:

Voy ahora a conseguir medicina para esta gente. Después de esto, si revelo algún secreto, o traiciono a mis compañeros, mientras camine por un sendero me morderá una serpiente; mientras navegue por el mar, mi canoa se hundirá y me ahogaré; cuando camine por lugares abiertos, el rayo me alcanzará y me matará.

El borfima es descrito en el *Manual de la magia y brujería* (1966) de Osvaldo Pegaso de la siguiente manera:

Una bola de cera grande, del tamaño de la cabeza de un niño. Debe estar formada con hojas estrechamente unidas, mezcladas con fibras de plantas y de animales disecados. El emplasto de estas misteriosas fibras constituye el centro del fetiche: el revestimiento de cera sirve tan solo para conservarlo, es decir, para preservar la eternidad del poder mágico (…).

En el periodo de los grandes calores es inevitable que la bola se reseque y que, por tanto, su superficie no se mantenga uniforme; es precisamente entonces cuando la magia reclama sus víctimas. El fetiche tiene necesidad de humedad. Esto explica el recrudecimiento de las matanzas, por parte de los hombres leopardo, durante la estación seca.

El fetiche debía ser preservado con la sangre de un gallo, una clara de huevo y granos de arroz, pero también con el más poderoso de los ingredientes: sangre humana. Llegado el momento, el brujo elegía, mediante una tenebrosa ceremonia, al adepto que debía aportar al fetiche su propia sangre; de este modo una parte del poder mágico del fetiche penetraba en él, otorgándole el poder de conseguir grandes cosas. Sin embargo, dado que el adepto no podía ofrecer toda la sangre necesaria, podía ofrecer la de uno de sus familiares como si fuera la suya propia:

No solamente soy yo portador de mi sangre, sino que también lo son mis padres, mis hermanas, sus hijos, y si yo doy la sangre de un consanguíneo, en realidad es como si ofreciera mi propia sangre, es como si me sacrificara yo mismo: la necesidad del ídolo está satisfecha y yo dispondré de un poder sobrehumano.

El elegido era un novicio, alguien que deseara ingresar en la tenebrosa sociedad. Si no se disponía de ninguno, la elección se hacía entre los propios miembros.

El hombre-leopardo escogido para el sacrificio recibía el nombre de *yongolado* (hombre con dientes y garras). El ritual de iniciación del novicio incluía servirle una comida, al término de la cual se le decía que había comido carne humana y que ya estaba preparado para llevar a cabo el sacrificio. Después de pasar por las manos de varios de los miembros de la sociedad para que no se conociera su identidad, el brujo le entregaba una piel de leopardo y dos brazaletes de hierro del que salían cuatro afilados cuchillos: cuando las manos del yongolado estaban extendidas, las cuchillas quedaban bajo la palma, pero cuando las cerraba, asomaban entre sus dedos como las garras del leopardo.



El disfraz de los hombres leopardo.

El resto de los miembros de la secta ayudaban al yongolado en la elección de la víctima y colaboraban en la matanza. Dos hombres leopardo le acompañaban en su búsqueda. El ritual es descrito con todo lujo de detalles por Garry Hogg en *Cannibalism and Human Sacrifice* (1958).

Normalmente la víctima se elegía entre los parientes del yongolado (miembros de su familia o de la de su esposa) y debía ser una muchacha nacida libre (por oposición a una esclava o cautiva) y mayor de 14 años. Era preferible que fuera la primogénita de la familia. Los solicitantes acorralaban en un lugar solitario al padre o la madre de la candidata escogida y les exhortaban a cederla por el bien de la tribu. El ritual exigía que los familiares rechazaran en principio la petición, pero pronto se llegaba a un acuerdo, pues era sabido que si se negaban, cualquiera de sus familiares (o incluso ellos mismos) podría figurar en la lista de los hombres leopardo.

Una vez hecha la elección, los leopardos humanos se retiraban a la selva y durante toda la noche merodeaban por ella imitando el rugido de la fiera. Después, mediante una danza llamada *ambodina,* se inducían un estado sugestivo de posesión por el espíritu del animal, y cuando ya se creían dotados de la ferocidad y la fuerza del leopardo, se vestían con una túnica y una capucha pintadas con manchas negras y anillos para simular su piel. También se colocaban un cinturón del que pendía la cola real de un leopardo y en el que portaban varios accesorios: un pequeño recipiente de barro, dentro del cual soplaban para imitar el rugido de la bestia, un trozo de madera esculpido con la forma de la pata del felino y los afilados cuchillos. El yongolado se cubría con la piel de leopardo y portaba las garras artificiales custodiadas por el brujo.

Por la noche, cuando la luna se hallaba alta sobre el cielo, la víctima era enviada a dar un siniestro paseo por la selva. Los hombres leopardo la acechaban a ambos lados del sendero. Llegado el momento, el yongolado salía rápidamente de la oscuridad y la golpeaba en la cabeza para dejarla inconsciente y que nadie pudiera oír sus gritos. Después le cortaba el cuello con los cuchillos y el resto del grupo la troceaba y devoraba su carne, pues servía para incrementar la fuerza personal *(tsav)* del grupo. La carne era comida cruda en el escenario del crimen o transportada envuelta en hojas de banano y cocinada en su santuario, oculto en las profundidades de la jungla. K. J. Beatty afirma: «algunos la prefieren cruda, otros asada y otros cocida con arroz».

En ocasiones se daba una porción de carne a los padres de la muchacha. También devoraban los ojos de sus víctimas, convencidos de que les otorgaban el poder de ver en la oscuridad. El hígado y la vesícula biliar eran cuidadosamente examinados en busca de signos de que el cuerpo serviría para elaborar un buen borfima. Si la víctima había estado implicada en cualquier tipo de brujería, quedaba reflejado en la vesícula, y no era útil para sus propósitos. Si todo estaba bien, la sangre y la grasa de la desdichada se guardaban para tapar las irregularidades de la cera y así preservar el poder mágico del borfima. Por último, usaban el trozo de madera para dejar alrededor del cuerpo destrozado huellas que hicieran pensar en el ataque de la fiera. Para ocultar sus propias huellas usaban suelas de caucho. Todos los participantes en el banquete se convertían en deudores del que, en aquella ocasión, había proporcionado a la víctima. Para pagar la deuda, cada uno de

los hombres leopardo, en un momento señalado, debía aportar a su vez un familiar muy próximo y querido para el siguiente sacrificio.



El cuchillo utilizado por los hombres leopardo para asesinar y descuartizar a sus víctimas semejaba las garras de este animal.

En una terrible variante del ritual, la muchacha no era asesinada inmediatamente. Era obligada a permanecer bajo un árbol. El jefe que había planeado el sacrificio se sentaba a horcajadas sobre los hombros de la víctima y los hombres leopardo ponían una mano sobre él o sobre la propia muchacha para formar una cadena de contacto. A continuación, el yongolado, rogando para que resultara una buena medicina de aquel sacrificio, le cortaba el cuello. Después, se le abría el vientre, depositando bajo él un cuenco para recoger la sangre. Un hombre-leopardo le introducía una mano en la cavidad y le arrancaba los intestinos y el hígado; otro le extraía la grasa abdominal. Cuando la sangre había dejado de manar, los intestinos, el hígado, la grasa y la sangre era llevadas a una cabaña para ser examinados y elaborar el borfima. La propia víctima, que podía estar todavía viva a pesar de la pérdida de sangre y la agonía, era llevada a una plataforma situada cerca de la cabaña del jefe y era dejada allí atada a un poste. A la mañana siguiente, los hombres leopardo volvían a llevarla a la jungla. Allí era descuartizada. Los pechos eran

cuidadosamente amputados y algunas costillas extraídas. Esta era la porción del jefe, y una de sus esposas se encargaba de cocinarla. Las piernas eran cortadas y abiertas para separar la carne de los huesos. Se decapitaba el cadáver y se desollaba completamente la cabeza.

Las piernas, los huesos y el cráneo eran después quemados bajo una palmera. El resto del cuerpo era cortado en pequeñas porciones que, tras indicarlo el jefe, eran devoradas por los hombres leopardo. El jefe también recibía las manos y los pies.

Con la luz del día, los anioto volvían a llevar una vida aparentemente normal.

En el caso de los hombres leopardo, el canibalismo, a pesar de estar rodeado de elementos mágicos, no tenía un carácter religioso, pues su intención era egoísta. No se perseguía un beneficio para la comunidad, como en el caso de los aztecas. El objetivo del crimen y el canibalismo en este caso era simplemente incrementar los pretendidos poderes ocultos del grupo.

Ya en 1607 un visitante de Sierra Leona escribió sobre feroces tribus de devoradores de hombres que se vestían con pieles de leopardo. Aunque desde 1807 la Sierra Leona costera era una colonia británica, los ingleses no tuvieron conocimiento del calibre de las actividades de los hombres leopardo hasta 1891, tal era la ley del silencio que rodeaba sus sangrientos rituales. En 1895

se decretó la ordenanza número 15, llamada *Reglamentación del Leopardo Humano,* que tipificaba como delito la posesión de una piel de leopardo que otorgara el aspecto de la fiera a quien la llevara puesta, los cuchillos de tres puntas y el borfima. A principios del siglo XX el explorador *sir* Harry Johnston describió varios casos de crímenes rituales y canibalismo y llegó a la conclusión de que el canibalismo estaba ampliamente extendido en el interior de Liberia, entre el río Cavalla y St. Paul's. En los años 20, la expedición científica internacional a Liberia organizada por la Universidad de Harvard dio detallada cuenta de los sangrientos rituales. Los hombres leopardo actuaban en el área del monte Nimba, en la frontera entre Costa del Marfil y Guinea:

Las actividades de esta sociedad y de grupos similares han existido desde hace mucho tiempo, no solo en Liberia, sino en zonas de Sierra Leona y Costa del Marfil. (…) Los miembros son generalmente hombres, pero también se sabe de mujeres relacionadas con estas sociedades. (…) Los hombres leopardo son muy temidos por algunas tribus. (…) Cuando salen en busca de víctimas, se visten con pieles de leopardo. (…) En ocasiones llevan una red que arrojan a la víctima. Van armados con cuchillos que imitan la forma de las garras y los dientes del leopardo, y también llevan lanzas cortas. (…) Como atacan en grupo, la víctima tiene muy pocas posibilidades de huir. Los cadáveres son desmembrados, y la carne, distribuida entre los miembros de la secta, incluyendo a las mujeres. (…) La carne humana es el fetiche de la sociedad, pues creen que su consumo otorga poderes especiales. (…) Se dice que el objetivo de los crímenes es que la carne sea comida ceremonialmente para dar fuerza a los miembros del grupo y protección a la comunidad.

Las autoridades británicas decidieron tomar cartas en el asunto. Después de la Primera Guerra Mundial (1914-18), creyeron haber acabado con el culto después de capturar y ejecutar a varios de sus miembros. 187

personas fueron acusadas de asesinato y 87 fueron condenadas a muerte. En 1931, Edgar Rice Burroughs enfrentó a su héroe con el terrible culto en la novela *Tarzán y los Hombres Leopardo,* situada en el bosque Ituri del Congo Belga.

En 1946 los hombres leopardo volvieron a cazar. Solo en ese año se notificaron 48 casos de asesinato o intentos de asesinato, algunos de ellos llevados a cabo contra blancos. En 1947, Terry Wilson, el gobernador de una provincia del este de Nigeria, fue informado de que los hombres leopardo estaban asesinando en su jurisdicción, principalmente a mujeres jóvenes a las que amputaban los pechos para devorarlos.

Cuando sus agentes irrumpieron en la casa de un jefe local llamado Nagogo encontraron una máscara y una piel de leopardo y los cuchillos que simulaban garras. Al excavarse las tierras alrededor de la casa se encontraron los restos de 13 seres humanos.

Wilson mandó al jefe a prisión, en espera de juicio, pero durante las semanas siguientes se sucedieron nuevos crímenes, incluyendo a la esposa y la hija de Nagogo. Wilson confió en que la visión de los cuerpos mutilados de sus familiares haría que el jefe delatara a los demás miembros del grupo, pero el *shock* fue demasiado para el hombre-leopardo y falleció de un ataque al corazón.

Aunque Wilson recibió 200 hombres más para acabar con el culto, los ataques no cesaron. Una noche, los hombres leopardo llegaron incluso a asesinar a una joven dentro del recinto policial, consiguiendo escapar sin ser vistos. Su audacia no conocía límites. Se cometieron asesinatos a plena luz del día, y los nativos llegaron a perder la confianza en que las autoridades consiguieran acabar con los hombres leopardo. Algunos de los hombres de Wilson comenzaron a pensar que tal vez se enfrentaban a seres sobrenaturales, y que realmente los asesinos eran capaces de transformarse en leopardos y hacerse invisibles en la oscuridad.

Una noche, a mediados de agosto de 1947, Wilson volvió a nacer después de que una flecha le pasara rozando la cabeza. La situación era desesperada. Estaban luchando contra un enemigo invisible. No tenían forma de anticiparse a sus movimientos, ni de prever quién sería la próxima víctima, y los nativos estaban demasiado aterrorizados para facilitar ninguna información.

El gobernador decidió tenderles una trampa. En el sendero que conducía a uno de los poblados donde se habían hallado varios cuerpos mutilados, Wilson disfrazó a uno de sus mejores hombres como el hijo de una joven nativa. Hizo que los dos caminaran, uno al lado de la otra, por el sendero mientras él y una docena de sus hombres esperaban escondidos entre la maleza que bordeaba el camino.

De repente, el salvaje rugido de un leopardo les heló la sangre en las venas. Un hombre alto, vestido como la fiera y blandiendo una maza, salió de las sombras de la jungla y se abalanzó sobre la pareja. El policía forcejeó con el hombre-leopardo, pero antes de que Wilson y sus hombres pudieran reaccionar, le golpeó la cabeza con la maza y desapareció en la oscuridad.

Wilson había perdido a uno de sus mejores agentes, pero el cuchillo que todavía mantenía en su mano inerte estaba lleno de sangre. La policía podía

buscar ahora a un hombre con una herida de cuchillo.

Wilson estaba a punto de ordenar a sus hombres que llevaran el cuerpo del desdichado al cuartel cuando tuvo un presentimiento. Pensó que el hombre-leopardo podría volver a la escena del crimen para reclamar sus trofeos. Mientras sus agentes buscaban en los poblados cercanos al sospechoso, se escondió nuevamente entre la maleza.

Pasadas unas horas, cuando Wilson ya estaba pensando en marcharse al cuartel, una tenebrosa figura a cuatro patas surgió de las sombras de la jungla y comenzó a desgarrar la cara del cadáver. El asesino había vuelto para completar el ritual. Wilson, pistola en mano, salió de su escondite y se dirigió hacia el hombre-leopardo. Cuando este le vio, gruñó como si realmente fuera la fiera. Wilson le disparó.

Gracias al valor de Wilson, los nativos se dieron cuenta de que los hombres leopardo no eran seres sobrenaturales, sino personas de carne y hueso, vulnerables a las balas. Una vez que, de aldea en aldea, se corrió la voz de la hazaña del gobernador, numerosos testigos se presentaron en las dependencias policiales y aportaron pistas que permitieron identificar a varios miembros del culto y localizar su santuario.

El santuario de los hombres leopardo se encontró en las profundidades de la jungla. Sobre un altar de piedra cubierto de sangre seca se agolpaban numerosos huesos humanos. Una grotesca estatua de un ser mitad-hombre mitad-leopardo lo presidía.

Durante el mes de febrero de 1948, 73 miembros del culto fue ron juzgados y enviados a prisión. Finalmente, 39 fueron sentenciados a muerte y ahorcados en la prisión de Abak. La ejecución fue presenciada por jefes de tribus locales para que transmitieran a sus aldeas la idea de que los hombres leopardo no eran seres sobrenaturales.

Curiosamente, un mes antes, el 10 de enero, tres mujeres y cuatro hombres fueron ejecutados por pertenecer al culto de los hombres león, acusados de cometer más de 40 asesinatos rituales en el distrito de Singida, en Tanganika. Disfrazados como leones, dejaban heridas en sus víctimas que semejaban las garras del rey de la selva.

Los hombres-pantera de Gabón también llevaban a cabo sangrientos rituales. Como detalló H. Charbonnier en 1934, secuestraban a la víctima elegida después de dibujar con las manos alrededor de su poblado las huellas de la fiera con el fin de desviar las sospechas. El desdichado era colocado a los pies del jefe y cinco personas le cortaban el cuello sobre una marmita llena de hojas trituradas. El jefe bebía la sangre y pasaba la marmita al resto del grupo. Después, la víctima era cortada en trozos:

…la cabeza, una vez ha sido separada del tronco, es rasgada por las mejillas, le cortan la lengua, que lavan, cuecen y reparten entre los comensales, que la comen sangrante. Después le abren el pecho a machetazos; le sacan el corazón, el hígado, los pulmones y el bazo; el brazo derecho es cortado a la altura del codo y de la muñeca. El antebrazo es desollado, se le quita la carne y el resto se desprecia. El jefe lo corta todo en tantas partes como afiliados, reservándose para sí mismo el mayor trozo de corazón. Lo pone todo en la marmita y la coloca sobre el fuego. Cuando el contenido se encuentra a media cocción, el jefe le da a cada uno su parte, y

cuando todo el mundo ha acabado de comer el sacrificio ha terminado.

Después se trituraba la cabeza y se dispersaban los restos del festín caníbal por la jungla. Según P.E. Joset, la marmita de los hombres-pantera se llamaba maghena (pantera) y era un poderoso fetiche:

…encierra las hojas trituradas que quedan pegadas al fondo cuando se han secado. En estas marmitas, los antecesores han hecho correr la sangre y han cocido la carne de sus ofrendas humanas, han bebido la sangre y han comido la carne de sus víctimas. El fetiche o poder que reside en ellas les viene, en cierta manera, del valor de vidas humanas que encierra bajo la forma de hojas trituradas, que se han humedecido con la sangre de todas las víctimas.

Algunas sociedades practicaron el canibalismo al creer que la fuerza y las capacidades de un hombre estaban vinculadas a determinados órganos. El corazón albergaba el valor; el cerebro, la inteligencia, y en los pies residía la velocidad. Así, devoraban partes de los enemigos más valerosos con la creencia de que este macabro alimento les serviría para adquirir el coraje y la fuerza de su adversario. Los hombres-cocodrilo del Congo acechaban a sus víctimas escondidos entre los cañaverales. Algunos indígenas que escaparon con vida de su ataque contaron que iban armados con un cuchillo y disfrazados de dicho animal, con una túnica hecha de su piel que llegaba hasta la cintura para no entorpecer los movimientos del asesino en el caso de que este tuviera que huir, ya fuera corriendo o nadando. Diez de ellos fueron capturados en Ponthierville en octubre de 1958 y confesaron haber devorado a nueve personas. Comían sus manos para apropiarse de su habilidad, y el corazón y el hígado para asimilar su valor.

Los miembros de las tribus dajak y milano, en el Alto-Sarawak, Borneo, devoraban el corazón de los enemigos para conseguir más valor. Los nauras de Nueva Granada también devoraban el corazón de los españoles siempre que tenían oportunidad. Los indios del Orinoco asaban los corazones de sus enemigos y después los pulverizaban y mezclaban con sus bebidas para asimilar su bravura. Lo mismo hacían los brafo y dunfo de África. Los aetas de Filipinas, los pies negros de Norteamérica y los habitantes del antiguo Chile abrían los tórax de sus enemigos para devorar su corazón palpitante. Los guerreros de las tribus theddora y ngarigo del sudeste australiano se comían las manos y los pies de sus enemigos muertos y los cazadores de cabezas de Célebes central, los tolalkakis, se comían sus cerebros. Los kukukuku de Nueva Guinea daban a comer a sus muchachos la carne de un guerrero joven y fuerte para infundirles fuerza y brío. Los sura de África también obligaban a los niños a comer carne humana para hacerlos más valientes en el combate.

Sin embargo, la localización de determinadas virtudes no siempre era la misma para los europeos que para las comunidades primitivas. En Polinesia, la sabiduría, la inteligencia y la agudeza mental se suponía que residían en el ojo izquierdo. Los neozelandeses lo llamaban *waidowa* (alma), y según cuenta Dumont de Urville, durante la batalla «el guerrero, preocupado en primer lugar por no dejar escapar a su presa, se precipitaba sobre el enemigo que acababa de matar y le arrancaba su waidowa para tragarlo». En Borneo ahumaban las cabezas cobradas, y cuando necesitaban más virilidad, comían un trozo de carne del mentón o de la mejilla. Según Elisée Reclus, los cafres cortaban el

ombligo junto con un poco de la piel del vientre de los hombres que habían matado y después lo asaban y se lo comían para asimilar el valor del muerto.

En los siglos XVI y XVII, los europeos comenzaron a escuchar de boca de los exploradores los relatos acerca de estas atroces costumbres. Cuando Occidente se encuentra con el *otro,* con el salvaje devorador de hombres, es cuando comienza a definir su identidad, y a considerar el canibalismo como un rasgo de incultura y barbarie, como algo ajeno al civilizado Occidente, que hacía muchos siglos que ya había abandonado estas prácticas gracias a los progresos tecno económicos que habían determinado a su vez los cambios mentales. Los europeos se mostraron espantados, sorprendidos y horrorizados por esta transgresión abominable de lo prohibido occidental. El cadáver de un hombre no podía ser usado como comida. No obstante, los hombres seguían matando a los hombres, siempre que existiera una causa que contara con las suficientes justificaciones, por muy hipócritas que estas fueran. El único avance de la civilización occidental fue respetar al hombre muerto, no respetar la vida humana.

El hecho de considerar a todos los «salvajes» de tierras lejanas como caníbales justificó la colonización. En *Robinson Crusoe,* escrita en 1719 por Daniel Defoe, el náufrago «civiliza» a Viernes, un nativo al que salva de ser devorado por sus enemigos, caníbales como él, haciéndole abandonar por la fuerza tal práctica. Pero ¿eran realmente tan civilizados los europeos? Sorprendentemente, en Europa también se consumía carne humana.

Y no solo carne. Huesos en polvo, sangre fresca, dedos y órganos humanos eran considerados de un gran valor terapéutico.

Boticarios de Londres o París tenían en sus estantes sustancias elaboradas a partir de restos humanos envasadas como medicina.

El más popular de estos remedios era el llamado «la momia», pues se decía que se extraía de los cuerpos embalsamados de las momias egipcias. La presentación de la supuesta medicina en forma de polvo libraba a sus consumidores de todo carácter de horror. Se creía que era un poderoso remedio para una gran variedad de dolencias, ya fuera ingerido o frotado sobre la piel, y que servía tanto para aliviar los dolores de la artrosis como para tratar enfermedades reproductoras o para hacer desaparecer las verrugas. Sin embargo, muchos de los cadáveres utilizados en su composición tenían de momia solo el nombre. Ambroise Paré, en su *Discours de la Mumie* relata la siguiente historia:

Algunos sostienen que la momia se hace en nuestra Francia, y que por la noche se roban los cuerpos de los patíbulos que luego se limpian retirando el cerebro y las entrañas, después se secan en el horno y se empapan de pez negra; más tarde son vendidos como auténticas y buenas momias y se dice haberlas comprado a los mercaderes portugueses y que han sido traídas de Egipto. Pero el que quiera buscar, como yo he hecho entre los boticarios, encontrará miembros y partes de cuerpos muertos embadurnados de pez negra, que huelen de manera cadavérica.

¿Y qué decir del consumo de sangre humana? A menudo, y sin mucha reflexión, se excluye del canibalismo. Sin embargo, el acto debe ser considerado como tal, pese a lo cual ha estado presente en sociedades muy avanzadas, y no siempre en el contexto de enfermedades mentales.

Desde los albores de la Humanidad se ha relacionado la sangre con la vida, con el principio generador de la existencia. Los cazadores del Paleolítico ya observaron que cuando una pieza o enemigo se desangraba, la vida huía de él. El mismo nacía ensuciado de sangre. Por ello, siempre se ha otorgado un valor mágico y poderosas virtudes terapéuticas a la sangre, hasta llegarse al convencimiento de que el preciado fluido vital podía curar toda clase de males. Como señala el *Deuteronomio,* «la sangre es la vida». Los romanos se abalanzaban sobre las heridas de los criminales ejecutados o de los gladiadores moribundos para beber su sangre, convencidos de que podía curar la epilepsia. Escribe Plinio el Viejo en su *Historia Natural*: «De esta manera, los epilépticos beben, incluso, la sangre de los gladiadores como si estos fueran copas vivas. Consideran que el medio más eficaz es sorber la sangre todavía caliente, todavía hirviente del hombre mismo, y de sorber de esta manera en el orificio de la herida el soplo de la misma vida». Esta práctica es recogida también en crónicas de Dinamarca de fechas tan avanzadas como los siglos XVI y XVII.

Durante las ejecuciones públicas, los epilépticos hacían fila con sus cuencos y vasos esperando sangre caliente y fresca. Bellenot, ejecutado en Francia en 1861, confesó haber matado a su mujer para beber su sangre y así curarse de su epilepsia. Paracelso prescribió sangre menstrual como tratamiento para la gota. En China, el tratado Yü-li recomendaba la sangre de los decapitados para curar las enfermedades de la piel y la sangre menstrual para la sarna, la rabia, el tétanos y la lepra. Incluso se dice que el mismísimo papa Inocencio VIII, (autor de la bula *Summis desiderante affectibus*, que marcó el inicio de la Caza de Brujas europea), aceptó ingerir en su lecho de muerte la sangre de tres niños de diez años, que murieron víctimas de esta particular creencia.

También sufrió el mismo destino el niño Bernardo González Parra. En 1910, en el pueblo de Godor (Almería), Francisco Ortega, enfermo de tuberculosis, acudió al curandero Francisco Leona buscando un remedio para su mal. «El remedio es sencillo», le respondió. «Beba la sangre caliente de un niño y úntese el pecho con su grasa y se curará». El macabro consejo le costó a Ortega la escalofriante suma de 3.000 reales de la época. Leona y su vecino, Julio Hernández, provistos de un saco, buscaron una víctima. Encontraron al pequeño Bernardo, que se bañaba en un río con algunos compañeros. Lo invitaron a coger albaricoques, y por el camino, lo metieron en el saco y lo llevaron a casa de Ortega.

Allí tuvo lugar la monstruosa escena: Leona le hizo al niño un profundo corte en el cuello; la sangre fue recogida en una fuente y Ortega la bebió con avidez. Después, el curandero abrió su cuerpo con un afilado cuchillo de cocina, le sacó la grasa del vientre y el mesenterio y la colocó aún caliente en el pecho del enfermo. El niño todavía vivía. Le aplastaron la cabeza con piedras y arrojaron su cadáver a un foso. La policía consiguió descubrir a los asesinos. Ortega y Leona fueron condenados a morir en el garrote vil, y Hernández fue indultado, ya que los médicos forenses que lo examinaron llegaron a la conclusión de que era un retrasado mental y que, por lo tanto, no era responsable de sus actos.

Josiah Brown, llamado E*l vampiro de Derry,* también enfermo de tuberculosis, acudió a un curandero que le aconsejó el mismo remedio. Brown mató a 14 mujeres en Francia, donde se había trasladado debido a los avatares de la Primera Guerra Mundial. Fue ajusticiado en su país.

Considerando estos ejemplos, queda claro que, siempre, *los caníbales son los otros*.

La concepción animista según la cual un ser humano puede incorporar las cualidades de otro al alimentarse de él está íntimamente ligada a la costumbre de comer a los familiares muertos, en lo que puede ser considerado (por repugnante que parezca a nuestra mentalidad), un acto de amor. Esta costumbre se remonta a la Antigüedad, y ya aparece descrita por Heródoto respecto a ciertas tribus escitas de Europa occidental: "Cuando un issedon pierde a su padre, todos los parientes le llevan ganado y lo degüellan;

Habiéndolo cortado a trozos hacen lo mismo con el cadáver del padre, y mezclándolo todo hacen un festín". Lo mismo refiere Aristóteles de los habitantes de Pont-Euxin, Diodoro de los gálatas y Estrabón de los irlandeses, que se vanagloriaban de que los padres y las madres tuvieran por único sepulcro a sus hijos.

La tribu wari del Amazonas practicó durante siglos este tipo de endocanibalismo, también llamado *patrofagia*. Creían que al consumir los cadáveres de sus seres queridos, el grupo absorbía su espíritu. Por ello, un wari consideraba esta acción caníbal como una de las formas más respetuosas de tratar un cuerpo humano. Según la antropóloga Beth Conklin, que entre 1985 y 1987 estuvo 19 meses viviendo entre ellos: «el acto de comerse el cuerpo en el funeral era una promesa de esta nueva relación transformada entre los vivos y los muertos». Los wari dejaban que el cuerpo de su ser querido se descompusiera al aire libre durante tres días. Después, lo descuartizaban, lo asaban y consumían la mayor cantidad posible de su carne, su hígado, su corazón y su cerebro, aunque en ocasiones enfermaban por ello. Durante el funeral, ponían mucho cuidado en respetar el ritual para diferenciar el comer la carne de uno de los suyos de comer la carne de un animal cazado en la selva. No tocaban la carne con los dedos, sino que la cogían con unas astillas de madera, y la comían con mucho respeto, gritando y honrando la memoria de su ser querido. Para los wari, enterrar el cuerpo de un ser querido para que fuera pasto de gusanos e insectos era una idea tan abominable como para nosotros lo puede ser la del canibalismo. Conklin recogió sus experiencias en el libro Consuming Grief: *Compassionate Cannibalism in an Amazonian Society* (Consumiendo la pena: Canibalismo por compasión en una sociedad del Amazonas).

Hasta el año 1951 no se conoció bien la existencia de los guaica. Aislados en las montañas de la frontera entre Venezuela y Brasil, sin ninguna influencia externa, los guaica mantuvieron hasta esta avanzada fecha su canibalismo ritual. Este año, una misión venezolana encargada de investigar las fuentes del río Orinoco penetró en su territorio y dieron cuenta de sus costumbres.

Cuando un guaica fallecía, las mujeres de su familia se tiznaban el rostro con cenizas y bailaban a su alrededor, llamándole y despidiéndose de él con gran ternura. Después amontonaban leña para el fuego ritual, y cuando había prendido bien, colocaban en la fogata el cadáver vestido con sus mejores ropas. Al cabo de unas horas, cuando la cremación había concluido, los familiares más próximos designaban a cuatro amigos. Estos, portando dos magníficas plumas de gavilán en la cabeza y con el torso decorado con las pinturas rituales, trituraban los restos del difunto. Una vez obtenido un polvo muy fino, lo guardaban con cuidado en una calabaza que tapaban con cera de abeja. Durante meses, las cenizas se guardaban en la choza de los familiares. Después, en una fecha determinada, los hombres salían a cazar y solo volvían cuando el número de animales conseguidos era suficiente para que puedan comer todos los miembros de la tribu. Mientras, las mujeres aplastaban plátanos y los mezclaban con agua. Era el llamado *carato* o «pasta primordial», de la que todo procede. Después, en medio de la plaza, el anfitrión iba mezclando el carato con el polvo humano. Una vez que había comido cierta cantidad, lo ofrecía a todos los amigos. Las mujeres y los niños no podían participar en el ritual. Solo lo hacía la madre del difunto. La ceremonia concluía con un gran banquete donde se consumía la carne de los animales cobrados durante la cacería.

Los craquietos asaban a fuego lento a sus caciques muertos. Después envolvían sus restos deshidratados en una hamaca nueva que colgaban en la choza abandonada del difunto. Años después, sus parientes celebraban un gran festín, quemaban la momia y tomaban las cenizas mezcladas con chicha, una bebida elaborada a base de maíz fermentado.

Maurice Leenhart, en *Dokano. La personne et le mythe dans le monde polynésien*, refiere que entre los habitantes de las islas Fidji, «los parientes de más edad consideraban una muestra de respeto por parte de sus hijos el ser comidos por ellos, lo que en efecto ocurría». Henri Coupin en su *Les Bizarreries des races humaines* recoge una conversación entre un misionero y un jefe malayo:

« ¿Qué hacéis con vuestros parientes muertos?», le preguntó el misionero. El jefe le respondió: « ¿Tenemos algo más precioso que nuestro propio cuerpo? Nada, ¿no es verdad? ¡Pues bien! Por amor hacia nuestros parientes, les ofrecemos nuestro cuerpo por sepultura a fin de que revivan en nosotros. ¿No cree que esto es mejor que dejarlos pudrir en la tierra para que sean pasto de los gusanos?»

El naturalista Alfred Russell Wallace exploró las regiones del Amazonas medio y el Río Negro (uno de sus principales afluentes) desde 1848 hasta 1852 y recogió sus experiencias en *Una narración de viajes por el Amazonas y el Río Negro* (1853). Wallace dice que en la región del río Vaupés, los tarianas, los tucanos y algunas otras tribus se comían a sus muertos:

Un mes después del funeral desentierran el cadáver, que está ya muy descompuesto, y lo ponen en una gran cazuela u horno sobre el suelo hasta que todas las partes volátiles desaparecen con el más horrible olor, dejando una masa negra y carbonizada que se machaca hasta convertirla en fino polvo que se mezcla en varias tinajas hechas con árboles ahuecados llenos de caxiri —una bebida alcohólica—. Lo beben todos reunidos hasta que se termina. Ellos

creen que de este modo las virtudes del difunto son transmitidas a los bebedores.

Martin Behaim relató en 1492 que en el reino de Drageram en Java, se mataba a los amigos enfermos y después se devoraba su cadáver para que no tuvieran que convertirse en la tierra en pasto de los gusanos. Los battas de Sumatra, cuando llegaban a viejos, trepaban a un árbol, que los demás sacudían con fuerza. Si caían, los mataban (con su permiso), y después eran devorados. En estas tierras le explicaron a Marco Polo las razones de esta costumbre.

Si se dejaba corromper la carne, era devorada por los gusanos y estos, a su vez, cuando la hubieran consumido totalmente, morirían de hambre, por lo cual el alma del difunto tendría que soportar insufribles tormentos en el otro mundo.

Los yanomanö, habitantes de la cuenca amazónica entre Venezuela y Brasil, siguen consumiendo las cenizas y los huesos molidos de sus seres queridos que quedan tras la cremación del cadáver. Una vez enfriadas las cenizas, se retiran solemnemente.

Se recogen los huesos y los dientes y se depositan en un tronco vaciado. Un pariente cercano o un amigo íntimo del fallecido los tritura con un palo recio. El polvo se vierte con mucho cuidado sobre una hoja y se deposita en unas calabazas en las que se ha practicado una pequeña abertura. El polvo y las cenizas que quedan en el tronco hueco se mezclan con sopa de plátano maduro, y el brebaje es bebido mientras los familiares y amigos congregados lanzan gritos de dolor, lloran profusamente y se arrancan el pelo. Las calabazas que contienen las *madohe* (restos humanos) son cuidadosamente rellenadas con plumas blancas, cerradas y almacenadas en el tejado familiar. En una segunda ceremonia, a la que asisten familiares de otros poblados, son rellenadas de sopa de plátano y pasadas de mano en mano de familiares y amigos para beber su contenido, en medio de lamentos y llantos. A continuación se celebra un gran banquete.

Los cadáveres de los niños solo son consumidos por los padres. Pero los hombres que han muerto en combate merecen un tratamiento especial. En este caso las cenizas son consumidas por las mujeres en la víspera del combate que vengará su muerte. Así, estas cenizas pueden conservarse durante varios años, hasta que la familia considere que su muerte ha sido completamente vengada.



Este grabado del siglo XVIII representa la costumbre entre algunas tribus de Venezuela de ingerir los restos pulverizados de sus difuntos para conseguir la unidad espiritual entre antepasados y descendientes.

Cuando mueren muchas personas a la vez (durante una epidemia, por ejemplo), sus cuerpos se envuelven en cortezas y madera, se llevan a la selva y se colocan en los árboles. Una vez se han descompuesto, se separan los huesos de la carne, se queman estos, se trituran y se guardan las cenizas en calabazas para ser consumidas más adelante.

El ejemplo más conocido de endocanibalismo es el de la tribu fo re, habitantes de la región de las Highlands, en Papúa Nueva Gui nea (Oceanía), pues en 1995 sus costumbres adquirieron gran notoriedad ya que se relacionaron con el llamado «mal de las vacas locas» en humanos.

Nueva Guinea está localizada en el océano Pacífico, al norte de Australia, y es la segunda isla más grande del mundo. La parte occidental contiene las provincias indonesias de Irian Jaya, y la parte oriental forma el país independiente de Papúa Nueva Guinea. En 1947, después de la II Guerra Mundial, Papúa Nueva Guinea se convirtió en una colonia australiana. En un intento de acabar con las frecuentes guerras tribales de la región montañosa conocida como las *Eastern Highlands,* el gobierno de este país estableció

puestos de patrulla y policías. En 1954, uno de estos agentes llamado John Coleman fue quien, por primera vez, llamó la atención sobre una misteriosa enfermedad que asolaba a la tribu fore, formada por unos 8.000 individuos. En 1955 el médico local Vincent Zigas comenzó a estudiarla. Los nativos llamaban a la enfermedad *kuru,* que significa «temblor», pues en sus primeras etapas los enfermos presentaban temblores involuntarios. En los siguientes meses aparecía debilidad creciente, demencia y parálisis, que finalmente acababa con sus vidas en un periodo de tres a seis meses desde el inicio de los primeros síntomas. La labilidad emocional de esta última fase provocaba ataques de risa incontrolada, lo que hizo que también se conociera a la enfermedad como «la muerte sonriente». El kuru afectaba principalmente a las mujeres adultas, en una proporción de 8 a 1; les seguían los niños y los ancianos. Sorprendentemente, los varones adultos parecían ser inmunes a la terrible enfermedad.

Los intentos de Zigas de encontrar la causa de la enfermedad fueron infructuosos y decidió interrumpir su investigación. Los fore tenían su propia explicación: el kuru era causado por brujos que robaban algo íntimamente asociado con la víctima, como restos de comida, horquillas del pelo o excrementos. Lo juntaban con sus ingredientes secretos y hacían con todo ello un paquete.

Después, el brujo entonaba un conjuro y lo enterraba en el suelo, donde su desintegración provocaba la degeneración gradual del cuerpo de su víctima. El tratamiento consistía en descubrir la identidad del brujo para persuadirle de desenterrar el paquete o consultar con un curandero, que podía dar el nombre del agresor o aconsejar las medicinas correctas.

En 1957 el doctor Daniel Carleton Gajdusek del Institute of Research of the Walter Reed Army Medical Center de Washington D.C. estudiaba genética viral e inmunología en el Walter and Eliza Hall Institute of Medical Research de Melbourne, Australia.

Su interés por los problemas médicos de las culturas nativas le llevó a viajar a Nueva Guinea para, lo que él pensaba, una breve visita antes de regresar a Estados Unidos. Sin embargo, Zigas le habló del kuru, y Gajdusek se mostró muy interesado, hasta el punto de abandonar sus planes y permanecer en Nueva Guinea para estudiar la enfermedad.

En un primer momento, Gajdusek pensó que se trataba de una encefalitis (una inflamación del cerebro), probablemente causada por un virus. En los meses siguientes, realizó autopsias a los enfermos muertos y preparó muestras de tejidos que envió a laboratorios de Australia. Los cortes de cerebro mostraron que las víctimas del kuru fallecían como consecuencia de un extenso proceso degenerativo del cerebro que le acababa confiriendo un aspecto esponjoso.



Una mujer fore sostiene en brazos a su hijo enfermo de kuru.

Sin embargo, el kuru no parecía mostrar los síntomas típicos de una infección vírica. No provocaba fiebre, ni alteraciones en el líquido cefalorraquídeo, ni aparecían signos inflamatorios en las muestras de cerebro. Además, ninguno de los laboratorios australianos consultados consiguió cultivar agente infeccioso alguno en las muestras de tejidos. Gadjusek pensó entonces en una intoxicación. Realizó análisis de sangre a los fore con la esperanza de hallar concentraciones elevadas de metales, grasas u otras toxinas, pero los resultados no mostraron alteración alguna.

Tampoco podía tratarse de una enfermedad hereditaria, pues se daba en personas nacidas en otra región de la isla que se habían trasladado a vivir entre la población afectada y se manifestaba en grupos de edades muy diversas. Además, la frecuencia era demasiado elevada, y no se explicaba el hecho de que afectara sobre todo a mujeres adultas.

Gajdusek se encontraba en un callejón sin salida. Pero en 1959 apareció en nuestra historia William Hadlow, veterinario patólogo estadounidense que había trabajado sobre una enfermedad neurológica degenerativa de ovejas y cabras llamada *scrapie*.

Hadlow visitó en Londres una exposición de las muestras cerebrales de los fore y quedó muy sorprendido por su similitud con las de los animales muertos por el scrapie. Se había demostrado que el scrapie era causado por un agente infeccioso, pues se podía transmitir a ovejas sanas inyectándoles

extractos de animales muertos. Se suponía que se transmitía de forma natural cuando una oveja comía la placenta de un animal enfermo. El agente atravesaba filtros que impedían el paso a las bacterias, así que debía de tratarse de un virus. Pero como el periodo de incubación de la enfermedad era inusualmente largo para cualquier virus conocido, se le dio el nombre de «virus lento».

Hadlow llegó a la conclusión de que el kuru y el scrapie eran causados por el mismo agente infeccioso, un virus lento desconocido, y publicó su hipótesis en la revista médica *Lancet*. Gajdusek habló con el veterinario y retomó su teoría inicial, que confirmó tras demostrar que el kuru se transmitía a primates de laboratorio a partir de extractos de tejidos humanos enfermos inoculados intracranealmente. El periodo de incubación era de casi dos años.

La última pieza del puzle la aportaron Shirley Lindenbaum y Robert Glasse, dos antropólogos de la Universidad de Nueva York que viajaron a la zona en 1961. Ellos fueron los primeros en sospechar que el kuru podía estar relacionado con las prácticas de endocanibalismo realizadas por los fore: los fore se comían a sus muertos, y el inicio de esta práctica coincidía con la aparición de los primeros casos de kuru. Además, desde que las autoridades australianas habían prohibido las prácticas caníbales en 1957, la incidencia de la enfermedad había ido disminuyendo progresivamente.

Como sucedía entre otros pueblos de las Highlands de Nueva Guinea, desde tiempos ancestrales los ritos funerarios de los fore obligaban a las mujeres del difunto a enterrar su cadáver en una sepultura poco profunda para, después de un tiempo, exhumar sus huesos y limpiarlos, aunque no comían sus restos. A principios del siglo XX, (parece ser que después de tener contacto con sus vecinos del norte, que eran caníbales desde siempre), los fore comenzaron a comerse a sus muertos. Después de transcurridos dos o tres días, las mujeres exhumaban al cadáver, lo desmembraban, separaban los músculos de los huesos, sacaban el cerebro y le abrían el pecho para extraer sus órganos internos. Después comían estas partes, cocinadas en cilindros de bambú con hojas de helechos y otros vegetales. Las mujeres adultas, los jóvenes, los niños y los ancianos eran quienes consumían los cerebros, mientras que la carne era devorada por los varones adultos en la creencia de que adquirirían una mayor capacidad muscular. El misterioso virus, localizado en el cerebro, se transmitía de esta forma solo a quienes lo comían. Las mujeres también podían infectarse como resultado de la manipulación de tejidos enfermos, a través de heridas de la piel o al frotarse los ojos, y podían transmitir la enfermedad a sus hijos del mismo modo. Las fore rara vez se lavaban las manos, y siempre tenían a sus hijos con ellas. Pero ¿cuál era la verdadera naturaleza del agente patógeno? ¿Se trataba realmente de un virus desconocido hasta la fecha? En 1959 el neuropatólogo Igor Klatzo habló a Gajdusek de un raro trastorno degenerativo llamado enfermedad de CreutzfeldtJakob (ECJ), descrita por primera vez en 1920, cuyos síntomas y lesiones cerebrales recordaban a las del kuru. Los primeros síntomas de la ECJ incluyen típicamente la demencia (cambios en la personalidad, deterioro de la memoria, el juicio y el pensamiento) y problemas de coordinación muscular. A medida que progresa la enfermedad aparecen contracciones musculares involuntarias, ceguera, pérdida del control de los esfínteres y otros graves

síntomas neurológicos. En la última fase, el enfermo ya no puede moverse ni hablar y entra en coma. El 90% de los pacientes muere al cabo de un año.

El tipo más común de ECJ (85% de los casos) es el esporádico, debido a una mutación genética cuyas causas se desconocen.

En EEUU también se han notificado casos de ECJ hereditaria, con antecedentes familiares de la enfermedad. La tercera clase de ECJ es la adquirida, transmitida de un ser humano a otro por medio de procesos quirúrgicos como transplantes de córnea o a través de la utilización de hormona del crecimiento obtenida a partir de las glándulas hipófisis de cadáveres.

En 1960, tres años después de haber confirmado la transmisión del kuru de los humanos a los animales, el equipo de Gadjusek demostró también que la ECJ podía transmitirse a los animales mediante extractos preparados a partir del cerebro de una persona muerta por este mal.



Miembros de la tribu fore.

En 1976 Gajdusek fue galardonado con el Premio Nobel de Medicina (junto a Baruch Blumberg) por sus aportaciones al conocimiento de las enfermedades infecciosas provocadas por los supuestos virus de acción lenta.

Dada la similitud entre el kuru, la ECJ y el scrapie, y una vez confirmado que estas enfermedades podían transmitirse a un modelo animal, varios grupos de investigadores empezaron a buscar el agente infeccioso.

Uno de estos equipos fue el de Stanley B. Prusiner, de la Universidad de California en San Francisco, que comenzó sus investigaciones en 1978. En 1981 llegaron a una conclusión que sorprendió enormemente a la comunidad científica. El agente infeccioso no era un virus, pues su tamaño era mucho más pequeño. Además era muy resistente al calor, a los rayos ultravioleta, a las radiaciones ionizantes y a los desinfectantes comunes que habitualmente inactivan a los virus. Era una simple proteína, que carecía de ácido nucleico entre sus elementos pero que, a pesar de carecer de genes, era capaz de multiplicarse como cualquier ser vivo. Prusiner llamó al agente *prión*, un anagrama de *partícula proteinácea infecciosa*. La proteína anómala, conocida como *PrPcs* es una variante de una proteína normal llamada *PrPc* que se ha aislado en el cerebro y otros tejidos de mamíferos como ovinos, bovinos,

hámsteres, ratones, visones y humanos.

Debido a una alteración genética, *PrPc* muta a *PrPcs*. Las últimas teorías afirman que la función de *PrPc* es ocupar un receptor de la membrana de las células del sistema nervioso, lo que permite que ciertas proteínas «asesinas», encargadas de aniquilar células enfermas, reconozcan a las sanas. El prión no puede ocupar este lugar, como una llave no puede introducirse en una cerradura que no sea la suya. Al no poder reconocerla, las proteínas asesinas del huésped matan a la célula infectada. Los agujeros del cerebro enfermo que le dan su aspecto característico de esponja son el resultado del estallido de neuronas infectadas que han liberado millones de priones que a su vez infectarán otras neuronas, y así sucesivamente hasta dejar el cerebro literalmente acribillado.

Cuando el prión pasa a otro individuo (mediante transplantes de córnea, injertos de duramadre, inyecciones de hormonas de crecimiento, implantación de electrodos inadecuadamente esterilizados en el cerebro, heridas en la piel, a través del contacto de manos infectadas con los ojos o por ingesta de tejidos infectados), *PrPcs* es capaz de hacer mutar las proteínas normales del huésped a proteínas anómalas. Un solo prión es letal: esta única molécula es capaz de transformar a las proteínas normales del huésped, produciendo una imparable reacción en cadena que deja al organismo sin *PrPc.* De esta forma se explica cómo un agente infeccioso puede ser capaz de transmitir una enfermedad genética.

Actualmente se acepta que las enfermedades transmitidas por priones en animales son el scrapie de las ovejas, la encefalopatía espongiforme bovina (EEB, también conocida como «el mal de las vacas locas»), la encefalopatía transmisible de los visones y las enfermedades crónicas de desgaste de mulas, ciervos y alces. En humanos incluyen la enfermedad de CreutzfeldtJakob, el kuru, el insomnio fatal familiar, el síndrome de Alpers y el síndrome de Gerstmann-Straussler-Scheiner.

Gajdusek llegó a la conclusión de que el kuru había comenzado por un único caso de enfermedad de CreutzfeldtJakob que se había extendido entre los fore por medio de sus prácticas de endocanibalismo.

El kuru volvió a llamar la atención de la comunidad científica en 1995, a raíz de la aparición en humanos de una variante de la ECJ, consecuencia de la infección por el llamado «mal de las vacas locas». Una de las vías de transmisión de la encefalopatía espongiforme bovina es, como en el caso de las demás enfermedades causadas por priones, la ingestión de alimentos contaminados por el prión. Los priones se acumulan en el cerebro y los ojos, las amígdalas, la médula espinal, el intestino y el bazo, pero no se transmiten por medio de la leche, la carne, la grasa y los fluidos (saliva, sangre, orina y semen). La EEB apareció por primera vez en la industria ganadera de Inglaterra en 1986. ¿Cómo era posible que un animal herbívoro adquiriera una enfermedad que solo puede transmitirse mediante la ingesta de tejidos de otros animales enfermos? La respuesta era evidente, aunque no por ello menos atroz.

Las vacas eran alimentadas con piensos elaborados a partir de los restos de otros animales sacrificados en mataderos para no desaprovechar ninguna parte. También se utilizaban restos de animales muertos por causas

desconocidas. De esta forma, las vacas carnívoras, a menudo caníbales, habían adquirido los priones. Pero, ¿solo habían devorado animales? Alan Colchester, de la Universidad de Kent, y Nancy Colchester, de la Universidad de Edimburgo, llegaron más lejos. Afirmaron que estos piensos estaban contaminados con restos humanos infectados por el prión. Gran Bretaña importó cientos de miles de toneladas de huesos enteros y pulverizados y de partes de cadáveres desde el sur de Asia en los años 60 y 70 para elaborar fertilizantes y piensos animales. Entre estos restos se encontrarían los de cadáveres humanos abandonados en los ríos de la India, algunos infectados por priones. De esta forma, los priones humanos habrían saltado la barrera entre especies y originado la enfermedad en las vacas.

Aunque las autoridades afirmaron en un primer momento que la EEB no representaba ningún riesgo para los humanos, las alarmas se dispararon en 1995 cuando la enfermedad se cobró su primera víctima humana en 1996. Se llamó a esta enfermedad *nueva variante* de la ECJ (vECJ).

El 24 de octubre de 1996, John Collinge, del Imperial College of Medicine de Londres, publicó un artículo en la revista *Nature* en el que demostraba que la variante del prión causante de la enfermedad en las vacas era idéntica a la que había producido la enfermedad en humanos, lo cual sugería que existía una clara relación causal entre el consumo de tejidos animales infectados y la vECJ. Se piensa que la vía de transmisión fue el consumo de hamburguesas elaboradas con cerebros y otras partes infectadas de animales muertos por la EEB, una fuente barata de proteínas animales.

Cundió el pánico. Según los estudios realizados entre los fore, el periodo de incubación del kuru era extraordinariamente largo, entre 34 y 41 años, por lo que a pesar de las medidas tomadas por las autoridades sanitarias a partir de la notificación de los primeros casos humanos, el contagio podía remontarse muchos años atrás. Se llegó a hablar de una auténtica pandemia que afectaría a millones de personas en los años posteriores.

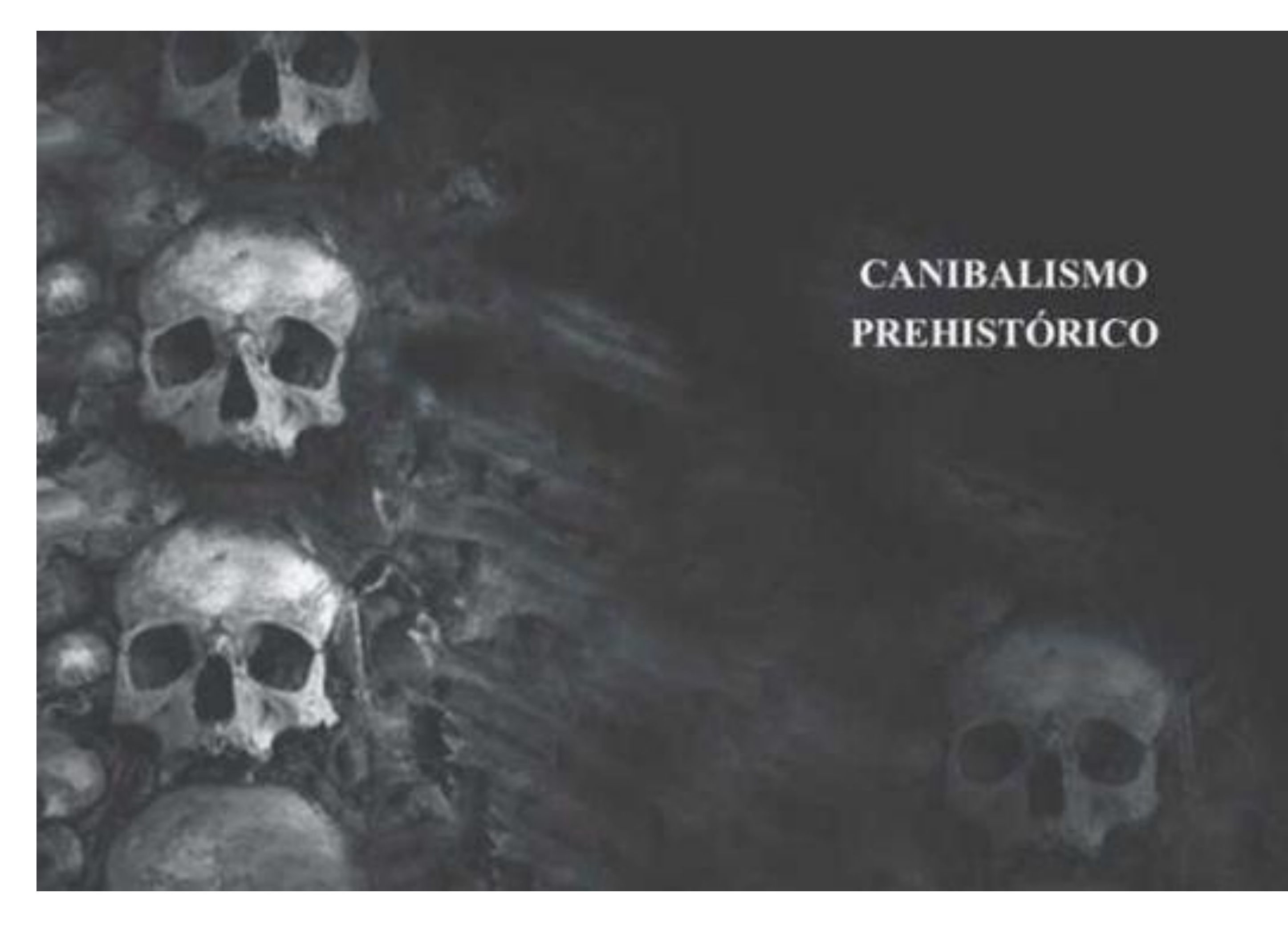
Sin embargo, a finales de diciembre de 2005 se habían totalizado en el Reino Unido tan solo 159 casos de la variante de la ECJ, 15 en Francia, 4 en Irlanda, 2 en USA y 1 en Canadá, Italia, Japón, Holanda, Portugal, Arabia Saudita y España. Igualmente, entre los fore, no todos los que participaban en los banquetes caníbales contraían la enfermedad. Parecía como si algunas personas fueran inmunes a los priones.

En 2003, John Collinge estudió a mujeres fore que habían participado en los ritos funerarios pero que no habían contraído la enfermedad, y encontró que presentaban una curiosa alteración genética. Estas mujeres tenían en su ADN unos genes que codificaban versiones mutadas de *PrPc*, donde se sustituía un aminoácido (los componentes de las proteínas) llamado metionina por otro llamado valina. Collinge llamó a la mutación M129V, y llegó a la conclusión de que este cambio restringiría fuertemente la propagación tanto del kuru como de la vECJ. Los humanos que contaran con esta mutación serían resistentes a estas enfermedades, mientras que los que no la poseyeran, presentarían una proclividad congénita a la enfermedad (las 88 víctimas de vECJ analizadas hasta ese momento no poseían la mutación). En poblaciones como la japonesa y otras del Este asiático se descubrió otra mutación que se llamó E219K y que tenía el mismo efecto protector. Finalmente, los

investigadores secuenciaron y analizaron el gen de la proteína priónica en más de 2.000 muestras cromosómicas de personas seleccionadas para representar toda la diversidad genética mundial. Encontraron que el 63% presentaban alguna de las dos mutaciones protectoras. Por lo tanto, solo un subgrupo de la población mundial correría riesgo si se viera expuesto al prión.

¿Cuál era el origen de esta mutación, de esta inmunidad genética a las enfermedades causadas por priones? El equipo de Collinge llegó a la conclusión de que estas mutaciones tenían más de 500.000 años, y que se habían ido transmitiendo de generación en generación como resultado de un proceso de selección natural.

El hallazgo de Collinge era una prueba más de lo que ya había sido confirmado por numerosos hallazgos paleontológicos: *en un pasado remoto, en los tiempos prehistóricos, todos los seres humanos fuimos caníbales.*



Para Collinge, en un pasado muy remoto, situado por los genetistas hace 500.000 años, la carne humana formó parte de la dieta de nuestros ancestros. La ingesta de cerebros u otros tejidos contaminados con priones dio lugar a brotes epidémicos de enfermedades y al desarrollo, mediante selección natural, de la mutación defensiva cuyo rastro genético ha llegado hasta nuestros días.

Sin embargo, el hallazgo del científico inglés no era ninguna novedad. Ya era un hecho conocido por los paleontólogos y antes sospechado por los antropólogos. A fin de cuentas, el canibalismo ha sido observado en 15 especies de primates, la especie animal más próxima al ser humano desde el punto de vista biológico. Los chimpancés, con los que compartimos un 99% de genes, son caníbales en determinadas circunstancias. En ocasiones, cuando la comida escasea, matan y comen a otros ejemplares más jóvenes con los que no guardan ningún parentesco para asegurar que su propia descendencia disponga de más alimentos. De esta forma disminuye el número de bocas hambrientas del grupo y se aportan nuevos víveres para las que quedan.

Resulta razonable pensar, pues, que también los homínidos fueran caníbales. El problema fue demostrarlo, pues la deducción de la conducta de nuestros antepasados debe basarse en pruebas indirectas, como las huellas encontradas en los huesos fosilizados. Los paleontólogos deben distinguir cuidadosamente patrones de rotura de huesos característicos de animales carnívoros de posibles huellas de canibalismo, lo que no siempre es fácil.

En ocasiones se han encontrado cráneos humanos fosilizados con el gran agujero de la base del cráneo, el *foramen magnum*, agrandado, lo que, se supone, serviría a los homínidos para extraer y devorar el cerebro de sus congéneres. Tales ampliaciones se encontraron en los cráneos del Hombre de Pekín *(Homo erectus)* encontrados entre 1928 y 1932 en la Colina del Hueso del Dragón, junto a Choukoutien, cerca de Pekín, correspondientes al Pleistoceno medio, cuya edad es de unos 350.000 años. Muchos huesos largos aparecieron también abiertos con el supuesto objetivo de extraer la nutritiva médula ósea (el tuétano), y en un primer momento se informó de que existían fragmentos que mostraban indicios de haber sido quemados. Parecía que el primer hombre que aprendió a guardar el fuego lo usó para asar a sus congéneres. Sin embargo, estudios posteriores demostraron que los cráneos también mostraban marcas de mordeduras de carnívoros (probablemente hienas) en la parte superior, lo que supondría lesiones de la parte opuesta al lugar del impacto, es decir, el ensanchamiento del *foramen magnum*. Además, al tratarse de una zona comparativamente fina, estas lesiones también podrían deberse a la expansión de la tierra dentro del cráneo o al resultado de su transporte fluvial, miles de años atrás. Y queda la cuestión de que la extracción del cerebro de un individuo muerto recientemente a través de esta apertura de la base del cráneo es una tarea enormemente laboriosa. Es mucho más simple la técnica que emplean los chimpancés para devorar los cerebros de los babuinos: rompen a mordiscos el cráneo por su parte superior y lo devoran en su totalidad. Las mismas dudas se plantearon con los huesos largos: las roturas eran transversales, no longitudinales, como deben romperse los huesos para extraer la médula ósea, y ninguno de estos huesos presentaba marcas de dentelladas. Probablemente estas roturas fueron ocasionadas también al ser transportados por ríos, junto con piedras y rocas. Por último, solo uno de los fragmentos óseos mostraba *dudosos* indicios de haber sido quemado. El resto correspondía a huesos de animales.

Un caso parecido ocurrió con los fósiles hallados en Makapansgat, Sudáfrica, por el paleoantropólogo y anatomista australiano Raymond Dart: una mandíbula de *Australopithecus africanus,* de una antigüedad de entre 3-2,5 millones de años, quebrada y carente de dientes frontales, así como varios huesos rotos. Dart concluyó que este homínido había sido devorado por sus congéneres, pero nuevamente un estudio detallado concluyó que las lesiones eran obra de las hienas u otros carnívoros.

Dadas las numerosas posibilidades de error, para que un investigador pueda llegar a la conclusión cierta de que en un yacimiento prehistórico se han encontrado huellas de canibalismo debe basarse en varios puntos. El más importante de ellos es que dado que se conoce la técnica mediante la cual nuestros ancestros procesaban los restos animales para ser usados como comida, por analogía, si los restos humanos hallados junto a los de los

animales presentaran huellas del mismo proceso, sería lógico pensar que sus propietarios fueron asimismo devorados. También es importante que se encuentren juntos restos de animales y restos de humanos, estos últimos sin signos de enterramiento ritual.

Estas huellas se caracterizan por la triada: marcas de cortes, fracturas por contusión directa y huellas de fuego. Los instrumentos utilizados para descarnar los huesos, aunque no eran de metal sino de piedra o concha, poseían el borde cortante y la suficiente dureza como para dejar una huella clara, aunque en ocasiones tan sutil que solo puede apreciarse mediante el microscopio. General mente son trazos paralelos o cruzados, en forma de profunda V cuando se han cortado los tendones (las uniones al hueso) de los grandes músculos como el esternocleidomastoideo. Los huesos frescos (extraordinariamente resistentes) se fracturan para extraer la médula ósea golpeándolos con una herramienta de piedra tras ser colocados sobre una superficie dura, a modo de yunque, lo que deja unas marcas en la zona de percusión y otras en la zona contraria al impacto, conocidas como abrasiones de yunque. Otro elemento identificador es la coincidencia de una zona de fractura con una zona de combustión. La colocación directa en el fuego de las partes seleccionadas del cadáver facilita el descarnamiento del hueso y la extracción de la médula ósea, de alto valor nutritivo, que constituye hasta un 30% de su total. Su expansión en el interior del hueso provoca microfracturas en la superficie que hace más fácil romperlo al tiempo que permite que la grasa derretida fluya con facilidad. Por ello, los huesos implicados en este proceso suelen ser los largos, las costillas y las vértebras, es decir, los más ricos en médula ósea.

En algunos casos, a pesar de que los huesos humanos prehistóricos encontrados han mostrado estas posibles huellas de canibalismo, estudios posteriores han echado por tierra esta su posición.

Es el caso de los restos hallados en la cueva de Krapina, en Hrvatsko Zagoje (Croacia). La cueva fue excavada entre 1895 y 1905 por Dragutin Gorvanovic-Kramberger. Se hallaron 1.000 herramientas y 884 fragmentos de huesos humanos pertenecientes a 75 individuos diferentes de *Hombre de Neanderthal,* que habitó Europa desde 230.000 hasta 29.000 a.C. Cuatro cráneos relativamente completos pudieron reconstruirse. Todos tenían ampliado el *foramen magnum*, y numerosos huesos largos mostraban signos de haber sido fracturados, por lo que Gorvanovic-Kramberger llegó a la conclusión de que los habitantes de la cueva habían practicado el canibalismo. Sin embargo, en 1986 Mary Russel echó por tierra esta teoría. Examinando los huesos al microscopio, llegó a la conclusión de que las fracturas eran oblicuas, algo que no es diagnóstico de la extracción de la médula ósea por parte de los humanos, y que hasta un 23% del material había sido roto durante los trabajos de excavación del siglo XIX. Además, los huesos no mostraban las típicas abrasiones de yunque, aunque en algunos sí se apreciaban marcas de corte. Russel llegó a la conclusión de que las fracturas no producidas durante las excavaciones habían sido producidas por la presión de los sedimentos o rocas; es decir, que los huesos habían sido enterrados. Los neandertales enterraban a sus muertos junto con alimentos y herramientas de sílex, lo que implica que debían tener algún tipo de creencia en un mundo de ultratumba no

muy diferente al de la vida sobre la tierra. Algunos autores han señalado que más que por amor al difunto, los enterramientos obedecían al deseo de que los muertos no volvieran para molestar a los vivos. Tal vez por ello en ocasiones se les enterraba atados (como siguen haciendo los tonga africanos), se colocaban pesadas losas de piedras sobre sus tumbas o se separaba la cabeza del resto del cuerpo, conservándose esta como objeto de culto. El culto a los cráneos es una de las creencias que los investigadores aseguran que existió a lo largo de la Prehistoria.

Los neandertales de Kaprina podrían haber sido descarnados por el mismo motivo: al eliminar los músculos, se anula toda posibilidad de movimiento del esqueleto. En 1999 Alan Mann y Janet Monge, de la Universidad de Pennsylvania, estudiaron las radiografías que se tomaron de los huesos de Kaprina en 1989. Los huesos parecían haber sido descarnados con herramientas de piedra, pero sin otras evidencias que apoyaran la hipótesis del canibalismo, llegaron a la misma conclusión que Russel. Aunque sigue existiendo controversia, la mayoría de los investigadores acepta que Kaprina fue un lugar de enterramiento ritual de los neandertales, y que la presión de los sedimentos y los trabajos de excavación habían sido los causantes de la fragmentación de los huesos.

Sin embargo, en numerosas ocasiones se han encontrado huellas tan evidentes de canibalismo en la Prehistoria que no aceptan ninguna discusión.

Los fósiles humanos más antiguos de Europa fueron hallados en 1994 en el yacimiento de la Gran Dolina, en la Trinchera del Ferrocarril de la Sierra de Atapuerca (Burgos). En la llamada Capa Aurora (en homenaje a su descubridora, Aurora Martín) del estrato TD6 se hallaron los restos de una nueva especie de homínido que el equipo investigador llamó *Homo antecessor*, de una antigüedad de ¡800.000 años! El descubrimiento supuso una conmoción en la paleoantropología mundial, ya que anteriormente no había ninguna constancia de la existencia de seres humanos en Europa en una época tan remota. Se piensa que *Homo antecessor* es la especie antecesora común de la línea evolutiva que en Europa conduce hacia los neandertales y en África hacia el Hombre de Cromagnon u *Homo sapiens*. Los restos correspondían a dos adultos, dos adolescentes y dos niños. Junto a ellos se encontraron restos de caballos, ciervos, gamos y bisontes, y tanto los huesos humanos como los de animales mostraban huellas de haber sido descarnados mediante los numerosos cuchillos de cuarcita y sílex de borde abrupto y filo muy marcado que se encontraron junto a ellos. La localización de los huesos humanos a la entrada de la cueva, mezclados con los restos de los animales, hace pensar que eran los restos de un banquete caníbal. Se piensa que los habitantes de la cueva transportaron hasta este lugar partes concretas de animales de gran tamaño y cadáveres completos de animales más pequeños y de otros homínidos, tal vez de otra tribu que acampara en los alrededores. Todos ellos fueron consumidos de manera sistemática, en lo que constituye el primer acto de canibalismo que se conoce en la historia de la evolución.

Las prácticas caníbales fueron continuadas por el sucesor del *Homo antecessor,* el *Homo heidelbergensis,* que vivió entre 780.000 y 127.000 a.C. En la cueva de l'Aragó, cercana al pueblo de Tautavel, en el sudeste de Francia, el equipo del profesor Henry de Lumley encontró entre 1971 y 1979

unos 80 fósiles de este homínido con huellas de haber sido devorados por sus congéneres. El más famoso es un cráneo destrozado a golpes con la supuesta intención de extraerle el cerebro.

Entre 127.000 y 29.000 a.C. el *Homo heidelbergensis* fue sustituido por el *Homo neanderthalensis*. Lejos de renunciar a los hábitos gastronómicos de sus ancestros, el Hombre de Neanderthal tampoco hizo ascos a la carne humana, como lo demuestran numerosos hallazgos.

En la cueva de Moula-Guercy, cerca de la orilla este del río Ródano (Francia), un equipo de arqueólogos franceses y norteamericanos coordinados por Alban Defleur, de la Universidad del Mediterráneo de Marsella y del Centre National de la Reserche Scientifique, descubrieron un conjunto de huesos humanos pertenecientes al Hombre de Neanderthal junto con los restos de ciervos prehistóricos, de entre 120.000 y 100.000 años de antigüedad.

Para evitar polémicas como la de Krapina, los investigadores cartografiaron cuidadosamente la posición de los huesos en el suelo y tomaron notas detalladas de las herramientas de piedra halladas, de los restos animales e incluso de las capas de sedimento en las que se encontraban los restos.

Los 78 huesos de neandertales provenían de al menos seis individuos: dos adultos, dos jóvenes de entre 15 y 16 años y dos de seis o siete años de edad. Todos los huesos de los cráneos y de los miembros presentaban signos de haber sido fracturados después de la muerte y marcas de descarnamiento. Cortes en las articulaciones del pie, tobillo y codo demostraban que se habían cortado el tendón de Aquiles, los tendones flexores de los dedos del pie y el tendón del músculo del bíceps. En dos de los individuos más jóvenes el músculo temporal se había separado del cráneo. Se extrajeron los músculos de los muslos, y al menos en un caso, la lengua fue cortada. Los tipos de fracturas y cortes de los huesos de los ciervos indicaban que los animales fueron tratados de la misma forma. Además, los paleontólogos no encontraron ninguna evidencia de que los huesos humanos fueran tratados de esta manera como parte de un ritual mortuorio. Aparecieron mezclados con los de los animales y tratados como desperdicios, arrojados a lo largo del suelo de la caverna en lugar de ser enterrados.

Para Defleur, se trataba de una prueba concluyente de que los neandertales practicaron el canibalismo. En este caso, esta práctica debe ser considerada como uno más entre los modos que tenían los neandertales de alimentarse más que como un acto ocasional de desesperación de seres humanos hambrientos. El hallazgo fue publicado en el número del 1 de octubre de 1999 de la revista *Science*.

Tampoco faltaban los alimentos en la zona de la cueva de Zafarraya, en el término municipal de Alcaucín (Málaga). En el Paleolítico medio abundaban las cabras montesas, los rebecos, los ciervos, los caballos, los bóvidos y los jabalíes, como lo demuestran los numerosos huesos hallados en este yacimiento. Sin embargo, la mandíbula, el fémur y otros restos de neandertales (algunos exhumados del hogar de la cueva) encontrados junto con los de los animales mostraban las mismas huellas: numerosas estrías de descarnamiento y trazas de ablación de las mejillas y de la lengua en la mandíbula. El fémur fue fracturado intencionadamente para poder extraerle la médula ósea.

La evidencia de los huesos humanos quemados, junto con las irrefutables marcas de corte producidas sobre los huesos con un objeto lítico, producto del descarnamiento, hacen pensar que más que una actividad ritual, en la cueva de Zafarraya también tuvieron lugar actos de antropofagia.

El canibalismo que tuvo lugar entre los neandertales de la cueva del Sidrón (Asturias) parece tratarse más de un canibalismo de supervivencia que de un canibalismo gastronómico. Los restos dentales que se han ido extrayendo de este yacimiento desde el año 2000, correspondientes a ocho ejemplares de *Homo neanderthalensis* (un niño, un joven, dos adolescentes y cuatro adultos) presentaban alteraciones del esmalte, lo que se interpreta como un signo de malnutrición. En otros huesos se encontraron marcas de cuchillos de sílex. Parece ser que la carencia de alimentos fue lo que impulsó a un grupo de neandertales a devorar a sus semejantes.

También se han encontrado evidencias del canibalismo de los neandertales en Combe Grenal (Francia) y en la cueva Guattari (Italia).

Durante muchos años, el Hombre de Neanderthal resultó muy incómodo para la comunidad científica y para la sociedad en general. Los rasgos «incivilizados» de sus cejas, «características de la conformación facial de los grandes simios», la frente inclinada y la postura encorvada hizo que se les considerara algún grupo primitivo de subhumanos de un pasado remoto, «salvajes, brutos y groseros». En numerosas representaciones aparece como un ser siniestro y con gran cantidad de vello por todo el cuerpo, muy parecido a un animal. La expresión siniestra, acentuada por el cráneo sobresaliente por encima de los ojos, era acentuada por el hecho de que siempre se le representaba con la piel muy oscura, casi negra. La sociedad biempensante y «civilizada» del siglo XIX no podía aceptar entre sus ancestros a seres tan depravados. En 1863, Thomas Huxley opinaba en *El lugar del hombre en la Naturaleza*: «Los restos de neandertal no pueden considerarse de ninguna manera como restos de un ser humano intermedio entre el hombre y el mono». No es de extrañar, pues, que semejantes bestias asesinaran a sus congéneres con el propósito de alimentarse con su carne. Quienes así opinaban olvidaron el hecho de que si el tamaño del cerebro es indicativo de inteligencia, las estimaciones del tamaño del cerebro de los neandertales se encuentran casi siempre por encima de los 1.380 cc., llegando en ocasiones hasta los 1.800 cc. en algunos machos grandes. Es más o menos el margen en que se mueven los cerebros humanos de hoy en día, y hasta un 10% más grandes si consideramos la proporción del cerebro con el tamaño del cuerpo de los neandertales (su talla no sobrepasaba los 1,65 metros). Eran hábiles cazadores y recolectores que durante 100.000 años dominaron Europa y fueron capaces de sobrevivir a la última glaciación. El frío no podía con ellos y la solidez de sus huesos era envidiable. Su magnífica cultura lítica (llamada Musteriense), elaborada mediante la degradación de nódulos discoidales de sílex era extremadamente eficaz para fabricar cuchillos, punzones, rascadores y hasta 60 tipos de utensilios diferentes. Una técnica de caza depurada (que incluía la colocación de trampas y la colaboración en grupos) les permitió cazar animales tan grandes como los gigantescos mamuts. Eran hábiles curtidores de pieles, dominaban el fuego y construían tiendas en el interior de las grutas, con la entrada en la dirección opuesta a la de la cueva para aumentar su

protección. Quienes pensaron que los neandertales eran solo grandes monos, pasaron por alto su notable desarrollo espiritual: fueron los primeros en enterrar a sus muertos, en algunos casos (como en la cueva de Shanidar, en el actual Iraq) con gran ternura sobre un lecho de flores. Su única carencia era que, debido a la anatomía de su laringe, eran incapaces de hablar. Los neandertales no fueron en absoluto una rama lateral de la evolución humana, sino un representante extremadamente vital de nuestro género que fue capaz de imponerse a un medio hostil durante cientos de miles de años, mucho más tiempo del que nosotros, los hombres modernos, hemos vivido hasta la actualidad.

El Hombre de Cromagnon apareció en África entre 200.000 y 150.000 a.C. y se expandió por Asia y Europa entre los años 60.000 y 35.000 a.C. Los cromañones pertenecían plenamente a nuestra especie *(Homo sapiens sapiens)* desde el punto de vista anatómico. Físicamente apenas se distinguían de los europeos de hoy en día. Se dice que gracias a su mayor adaptación al medio y a sus superiores capacidades físicas y culturales, los cromañones acabaron provocando hace unos 25.000 años la extinción de los neandertales, que sucumbieron por falta de alimento y refugio al ser desplazados de sus territorios de caza, pero no existen pruebas en firme que apoyen esta versión. Otros piensan que los cromañones acabaron exterminando en combate a los neandertales, o que trajeron consigo enfermedades para las que el Hombre de Neanderthal carecía de inmunidad. Lo que sí parece estar claro es que no existió mestizaje, y que la extinción de los neandertales sigue siendo un misterio.

Cromañón es nuestro antepasado más directo. Un respetable antepasado. Desde su aparición dio muestras de sentido estético, así como de inquietudes religiosas. Cubrió con pinturas las paredes de las cuevas (como Lascaux y Altamira) y esculpió la madera y la piedra para representar animales, símbolos sexuales o venus.

Conquistó el mundo, llegando a Australia en algún tipo de vehículo acuático hacia el 40.000 a.C.; y a América hace 12.000 años a través del entonces helado estrecho de Bering. Nada que ver con los «salvajes» neandertales. Y sin embargo, el Hombre de Cromagnon también fue un caníbal. En las cuevas cercanas al río Klasies (Sudáfrica), habitadas hace 125.000 años por el *Homo sapiens*, se encontraron fragmentos de cráneos calcinados y otros huesos con marcas de cortes y de percusión mezclados con conchas y huesos de animales. En la zona no escaseaba el alimento. También en la cueva de Cough's Cave en Cheddar Gorge (Inglaterra) se encontraron los restos de dos adultos, dos adolescentes y un niño pertenecientes al Hombre de Cromagnon. La antigüedad era de 12.000 años y mostraban las mismas huellas de descarnamiento y fragmentación de huesos largos que los huesos de animales hallados junto a ellos. En Fontebregou, en el sudeste de Francia, se encontraron los restos fósiles de cinco *Homo sapiens:* tres adultos, dos niños y un individuo de edad indeterminada, datados entre 6.000 y 7.000 años. Todos con las mismas marcas de los casos descritos anteriormente.

La conclusión lógica a que llegamos es que el canibalismo ha sido una práctica ancestral, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos. El hombre se comió al hombre desde el mismo momento en que descubrió que su carne

era tan comestible como la de otros animales. Sin embargo, quienes quieren ver en el canibalismo prehistórico una prueba de la depravación innata de nuestros ancestros se equivocan. El canibalismo es considerado un acto repulsivo y atroz bajo la luz de la moral social moderna, pero es un grave error proyectar sobre los humanos prehistóricos las pautas de moralidad que prevalecen en las sociedades civilizadas.

La prohibición del canibalismo es, lógicamente, un prejuicio civilizado, sancionado socialmente cuando se dispone de otros alimentos, pero no se pueden aplicar al pasado las pautas de moralidad que prevalecen en las sociedades civilizadas.

Ni tan siquiera disponemos de ninguna prueba de que los hombres prehistóricos mataran a sus congéneres con la intención de comerlos. Los primeros seres humanos eran nómadas cazadores y recolectores que se agrupaban en bandas. El grupo se desplazaba de un lugar a otro buscando nuevas zonas donde conseguir caza y plantas abundantes. Mientras los hombres cazaban, las mujeres realizaban las tareas de recolección. En este sentido, es muy probable que los hombres prehistóricos vieran en otros grupos unos competidores en su lucha diaria por conseguir alimentos y que, en ocasiones, surgiera un conflicto armado entre bandas. Por lo tanto, estos primeros hombres no harían la guerra para conseguir carne humana, sino que la conseguían como un producto lateral de hacer la guerra. Los aborígenes australianos nunca mataron a nadie para comérselo, pero cuando caía algún enemigo, era costumbre entre algunas tribus comerse su cuerpo. También las partidas de guerra de los maorís de Nueva Zelanda cocinaban a los muertos en el cam po de batalla. Una vez muerto un enemigo, simplemente se aprovecharían de una fuente de alimentos de origen animal perfectamente adecuada. Y aunque el hombre prehistórico considerara a sus congéneres de otros grupos una presa más, tampoco podemos juzgar esta práctica con nuestras pautas de comportamiento. Al no existir el concepto de «hombre» como especie, no podemos pensar que sintieran ninguna clase de remordimiento. Al igual que no sentirían ninguno al matar a un ciervo o un mamut. El mismo que puede sentir quien trabaja en un matadero, o el que podemos sentir nosotros al comer un filete. Simplemente representaría comida para sus hijos, mujeres o enfermos.

En el Neolítico (10.000-4.000 a.C.) el hombre desarrolló la agricultura; cultivó cereales y plantas que le ofrecían frutos comestibles e inventó el arado para explotar mejor la tierra. Al no depender de los azares de la caza, el hombre domesticó animales (cabras y ovejas), a los que alimentaba con el salvado y la paja de los cereales, asegurándose de esta forma una reserva de alimentos. Se abandonó la depredación y hacia 9.000 a.C. aparecieron los poblados. Al contar con recursos estables, pronto creció el tamaño de estas agrupaciones hasta llegar a los varios miles de habitantes, como en Çatal Höyük en Anatolia (Turquía). Hacia 3.000 a.C. aparecieron en Mesopotamia (en el actual Iraq) las primeras «ciudades-estado», que dominaban un territorio y una serie de poblados o de aldeas y que estaban gobernadas por un rey y cimentadas en una eficaz administración encargada de cobrar impuestos, redistribuir recursos y supervisar los trabajos. La economía basada en la agricultura fue haciéndose de carácter más mercantil, con intercambios entre

las distintas ciudades y con otras regiones. Los intercambios son un claro indicio de sociedades desarrolladas con capacidad para producir por encima de sus necesidades, lo que les permite adquirir otras materias de prestigio de las que carecen.

Con el desarrollo de las sociedades estatales, a pesar de que la guerra alcanzó unas cotas nunca antes imaginadas, el canibalismo dejó de practicarse de forma brusca, y se condenó esta práctica con más energía que el consumo de cualquier otro alimento de origen animal. En una sociedad estatal, el tabú contra el asesinato y el canibalismo constituye la condición fundamental para la convivencia y el trabajo en equipo. Como opinaba Bergmann en 1893: «El canibalismo es más bien una degeneración, un embrutecerse, que debe considerarse precisamente como un síntoma de una enfermedad que aqueja al género humano mientras se encuentra todavía en el estadío de la infancia». Según esta teoría, una de las tareas y servicios de la cultura fue hacer que la carne humana dejara de ser apetecible para el hombre. Y sin embargo, lejos de cualquier motivación moral, el canibalismo se prohibió simplemente por una cuestión de coste-beneficio. Como hemos visto, la única excepción fue el Imperio Azteca, que practicaba el canibalismo por otros motivos. Es más útil unificar a los enemigos derrotados bajo un gobierno centralizado cuya clase dominante se beneficie de la recaudación de tributos de sus vasallos. Como dice Marvin Harris en *Bueno para comer,* «da mejor resultado consumir el producto de su trabajo que la carne de sus cuerpos», lógicamente siempre que esa sociedad cuente con un excedente de alimentos. Y si el tabú se amplía a la carne del enemigo muerto en el campo de batalla, es porque el tabú más fuerte es el que no admite excepciones. La carne humana debe ser tabú tanto viva como muerta. Es por ello que el canibalismo bélico solo siguió estando presente en las sociedades más primitivas, de cazadores-recolectores organizados en bandas y aldeas. Solo los grupos de seres humanos habitantes de remotas regiones de África, Oceanía o Sudamérica, que siguieron viviendo de manera semejante a sus antepasados de la Edad de Piedra, siguieron asando y devorando a sus prisioneros de guerra.

Voltaire cuenta en su *Diccionario Filosófico* que en 1725 preguntó a una indígena del Mississippi, llegada a Fontainebleau, si había comido carne humana. Ella respondió, con mucha ingenuidad, que sí, que la había comido alguna vez. El filósofo se mostró escandalizado, y ella se excusó diciendo que valía más comer a su enemigo muerto que dejar que fuera devorado por las fieras, y que los vencedores merecían tener la preferencia. Colonizadores y misioneros combatieron con celo la monstruosidad de la antropofagia. Sin embargo, no fueron capaces de explicar a los nativos por qué debían abandonar el canibalismo. J.P. Murray, delegado gubernamental y oficial de justicia en Nueva Guinea a principios del siglo XX, escribió: «A ciertas tribus de este país les gusta la carne humana y no quieren enterarse para nada de por qué no deben comerla. Por cierto, no fui capaz de dar una respuesta convincente a un indígena que me preguntaba: ¿Por qué no tengo que comer carne humana?». Un misionero, hablando de una tribu africana, dice:

En cierta ocasión, cuando un europeo le dijo que la costumbre de devorar carne humana era un hábito sumamente degradado, el caníbal respondió: ¿Por qué degradado? Vosotros coméis ovejas, cabras y gallinas, que

son animales de orden bien inferior, mientras que nosotros comemos hombres, que son grandes y están por encima de todo; sois vosotros los degradados.

Una inquietante teoría afirma que el canibalismo de nuestros ancestros fue el motivo del impresionante desarrollo del cerebro humano, dado que nuestra especie ha sido el único primate que ha devorado los cerebros de sus congéneres.

El proceso de aprendizaje exige el almacenamiento de nuevos recuerdos, un proceso complejo del cual lo ignoramos todo. Una gran memoria puede suponer una mayor adaptación al medio y, por lo tanto, una mayor inteligencia.

El neurólogo sueco Holger Hyden, de la Universidad de Gotemburgo, desarrolló una técnica para aislar células del cerebro y después analizar su ácido ribonucleico (ARN), una molécula que regula la formación de proteínas. Sometió a ratas a una situación en la que se vieron forzadas a aprender nuevas habilidades (como columpiarse de un alambre) y, en 1959, descubrió que las neuronas de estas ratas mostraban un 12% de aumento de ARN. La conclusión a la que puede llegarse es que, tal vez, el proceso de aprender requiera la formación de numerosas proteínas especiales, creadas por las moléculas ARN sintetizadas durante el aprendizaje. En los años sesenta, Hyden descubrió un tipo particular de proteína en el cerebro de la rata, que denominó S100, que parecía producirse únicamente en las células cerebrales y cuya cantidad aumentaba solo durante el proceso de aprendizaje.

En 1961, James V. McConnell, de la Universidad de Michigan, informó de un asombroso descubrimiento. McConell sometió a unos pequeños gusanos llamados planarias (dotados de red nerviosa y un rudimento de cerebro) a un rayo de luz y después a un *shock* eléctrico que les obligaba a retorcerse cada vez que pasaba a través de ellos la corriente. Con el tiempo, los primitivos animáculos llegaron a asociar ambos estímulos y comenzaron a retorcerse ante la sola presencia de la fuente luminosa. Después, McConnell redujo los gusanos a pulpa y alimentó con ellos a otros congéneres. Descubrió que las planarias caníbales aprendían a asociar la luz con las descargas eléctricas en la mitad de tiempo que el grupo por ellas devorado. Significaba que, a través de su dieta caníbal, habían incorporado alguna de las moléculas especiales de la memoria. Sin embargo, nadie aceptó su trabajo, ya que resultaba difícil trabajar con planarias e interpretar su conducta.

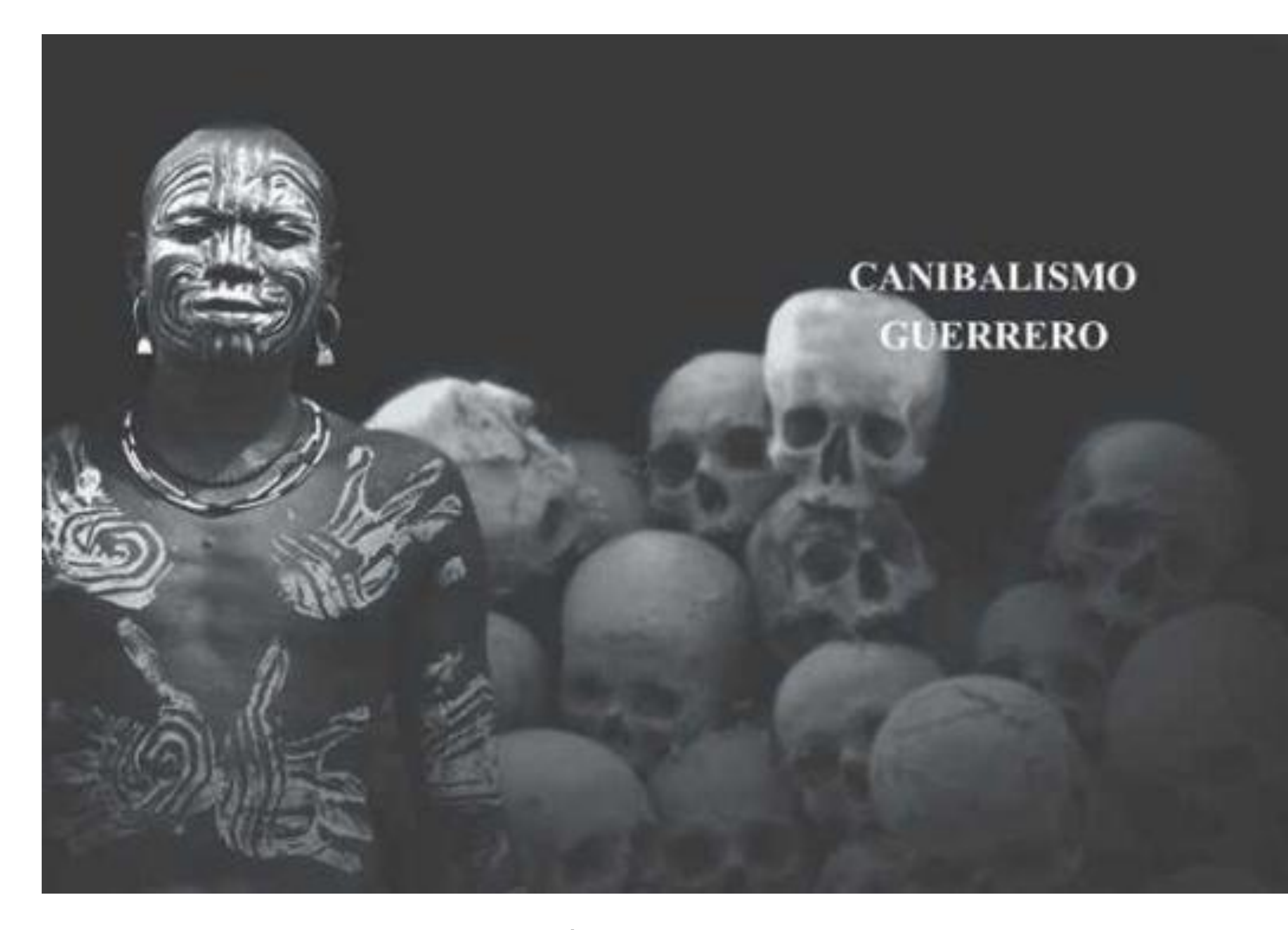
En 1965, el fisiólogo danés Ejnar Fjerdingstad fue mucho más lejos. Condicionó a un grupo de ratas para que se dirigieran a la luz en busca de alimento. Después extrajo los cerebros de las ratas condicionadas, los amasó e inyectó esta sustancia a ratas no condicionadas. Comprobó que las ratas inyectadas aprendían a dirigirse a la luz con gran rapidez. Con la materia cerebral se había transferido un recuerdo de luz asociado al alimento.

En 1970, el fisiólogo Beorges Ungar sometió a ratas a un *shock* eléctrico en la oscuridad hasta que las ratas aprendieron a temerla. Los extractos cerebrales de estas ratas, inyectados en otras que no habían sufrido ningún shock también les causaban temor a la oscuridad. Con varios kilos de cerebros de animales condicionados, Ungar aisló la molécula que producía miedo en las ratas no condicionadas, la que puede considerarse la molécula de la memoria. La llamó *escotofobina* (en griego, *miedo a la oscuridad*). La molécula no solo

causaba trastornos en organismos de la misma especie, sino también en ratones y en peces de colores.

Si en un futuro pudieran aislarse diferentes moléculas, cada una asociada a un proceso de aprendizaje, el ser humano podría ser capaz de aprender con mayor rapidez y recordar mejor.

Tal vez el canibalismo prehistórico permitiera a los seres humanos adquirir mediante el consumo de los cerebros de sus congéneres sus mismos recuerdos, aumentando de esta forma su inteligencia. Tal vez estemos ante el secreto de la prodigiosa mente del doctor Lecter…



En el siglo XV, el canibalismo había quedado relegado en Europa a viejas narraciones, cuentos y sagas, residuos que hacían referencia a la existencia de la antropofagia en tiempos remotos o en los confines más tenebrosos del mundo conocido. Estrabón, el gran geógrafo griego del siglo I a.C. acusó a los escitas del norte del mar Negro y a los remotos ancestros de los irlandeses de comer carne humana. Plinio el Viejo (23-79d.C.) también habló de la Escitia profunda: «Todo es feroz, comenzando por el mismo hombre»; las tribus antropófagas están aisladas por «vastas soledades» donde «solo se encuentra una multitud innumerable de bestias carniceras». Heródoto no menciona que los escitas fueran antropófagos. Según el historiador, solo degollaban a sus prisioneros de guerra, recogían su sangre en el cráneo de otro enemigo y la bebían. Sin embargo, acusó con pocos reparos a otros pueblos de la zona de dicha práctica. Dice que los isedones que habitaban al oriente del lago del Aral y los masagetas de orillas del mar Caspio se comían la carne de sus padres muertos mezclada con la de ovejas, y que los andrófagos (a quienes su propio nombre califica), eran «los más agrestes y fieros de todos los hombres, no

teniendo leyes algunas ni tribunales».



Fragmento de relieve que muestra a dos guerreros escitas. El que va atrás es herrero y el de adelante, jinete.

También en el tercer libro de sus *Historias* relata la fallida campaña del rey persa Cambises contra los etíopes. A pesar de que se quedaron sin víveres cuando el ejército aún no había recorrido la quinta parte del camino, Cambises ordenó seguir adelante. Acuciados por el hambre, los soldados tomaron la brutal decisión de tomar un hombre por cada diez para degollarlo y devorarlo. También en este mismo libro habla del canibalismo de los padeos de la India:

Sus costumbres, según se dice, son las siguientes: cuando uno de sus compatriotas, sea hombre o mujer, se pone enfermo, los hombres más próximos a él lo matan, afirmando que la enfermedad le consume y le estropea la carne; pese a que él niegue que esté enfermo, lo matan sin contemplaciones y lo engullen. Y cuando una mujer se pone enferma, las mujeres que viven con ella hacen lo mismo que los hombres. También el que ha envejecido es devorado por ellos. Pero no son muchos los que llegan a esta edad, puesto que a cualquiera que enferme lo matan antes.

En el siglo II d.C. Ptolomeo habló de antropofagia en el África negra. Dos siglos más tarde, san Jerónimo observó que la tribu gálica de los áticos gustaba de devorar las nalgas de los jóvenes y los pechos de las vírgenes a pesar de no sufrir por la falta de ganado, ya que poseían de todas las especies.

La mitología grecorromana abunda en relatos de dioses y monstruos semihumanos que comían carne humana. La condición humana está limitada por los tabúes, y su transgresión acerca al hombre a los dioses o a las bestias. Cronos devoraba a sus hijos, y lo mismo hacían los cíclopes y los lestrigones de Sicilia con los extranjeros que ponían los pies en aquellas costas. El Minotauro de Creta, monstruo híbrido con cabeza de toro y cuerpo de hombre, exigía un tributo anual de siete muchachos y siete muchachas atenienses destinados a saciar su apetito, y la Esfinge, con rostro y busto de mujer, cuerpo de león y alas de águila, también devoraba a los viajeros que pasaban por Tebas después de plantearles unos enigmas que estos nunca lograban resolver.

Un prejuicio universal es hacer corresponder las cualidades o defectos

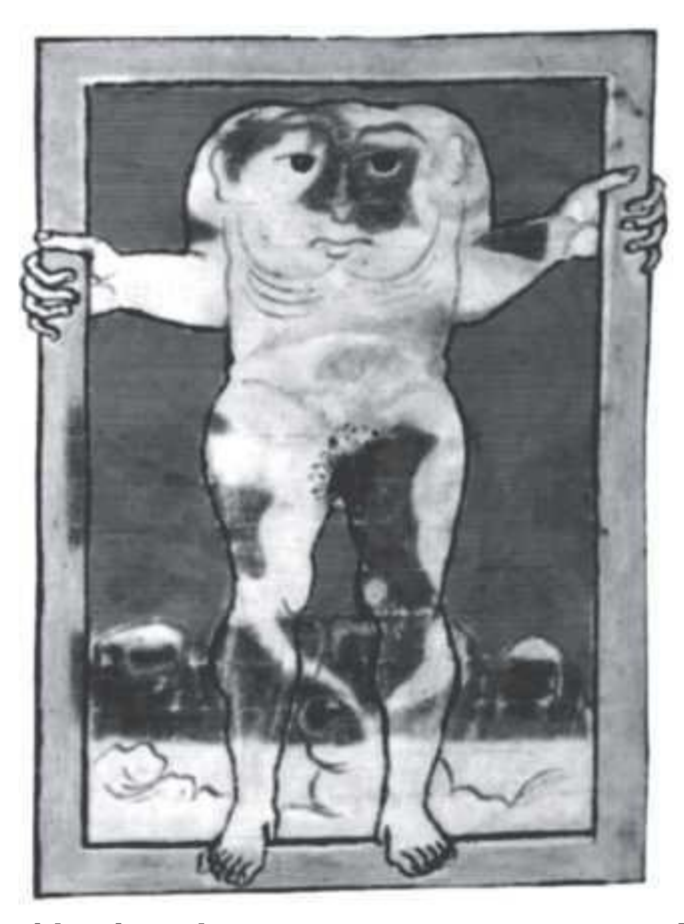
físicos con los del espíritu. En el imaginario popular, la monstruosidad moral y la física caminan del brazo. Los monstruos mitológicos tienen un aspecto aterrador, expresión externa de su corrupción moral interna o signo de un espíritu inferior o retorcido. Son materializaciones de nuestros miedos más primitivos, de nuestros prejuicios y de nuestros peores vicios. Los monstruos son capaces de los actos más depravados y por ello se les atribuye la más abominable de las prácticas: la antropofagia.

Las narraciones sobre razas monstruosas escritas en la época clásica por Ctesias, Plinio y Solino se rehicieron en el siglo X en un texto anglosajón conocido como *Las maravillas de Oriente,* que recogía relatos de viajeros y marinos considerados auténticos.

Describía prodigiosas criaturas y razas humanas que vivían en continentes lejanos, entre los que se incluían los *panacios*, tímidos gigantes con las orejas tan enormes que utilizaban una de ellas como almohada y otra como manta; hombres con la cabeza en el pecho llamados *blemias; sciápodos* u hombres con una sola pierna terminada en un pie enorme que usaban como sombrilla o paraguas y antropófagos políglotas llamados *donestres*. A diferencia de los escritos mitológicos, los manuscritos medievales dan a entender que ofrecen información real sobre las tierras lejanas y los pueblos y criaturas que las habitan. Siguiendo esta tradición, en 1356 se publicó *Voyage autour de la Terre*, escrito por un tal Jean de Mandeville, personaje de biografía incierta. Mandeville insistía en que había viajado a tierras lejanas y visto monstruosas criaturas con sus propios ojos. También hablaba de los antropófagos:

Todos los hombres y mujeres de esta isla tienen cabeza de perro y se llaman cinocéfalos. Son gentes dotadas de razón e inteligencia normal (…) Andan desnudos, cubiertos solamente con un trozo de tela que les tapa las rodillas y el miembro secreto. Son grandes, fuertes y buenos combatientes. Van con un gran escudo que les protege todo el cuerpo y en la mano llevan su lanza. Si en el curso de una batalla atrapan a un hombre, se lo comen.

El mercader y explorador veneciano Marco Polo (1254-1324), que estuvo entre los primeros occidentales que viajaron por la Ruta de la Seda a China, también habló de la existencia de tribus, desde el Tíbet hasta Sumatra, que practicaban la antropofagia. Los pobladores de Cipango (Japón), frente a cuyas costas se había estrellado la flota invasora de Kublai Khan, mataban a los extranjeros que no podían pagar su rescate y se los comían cocidos, «e invitan a semejante banquete a sus parientes y amigos, ya que comen con gran gula aquella carne, afirmando que la carne humana es mejor que ninguna otra». También los habitantes de Dragoyan y Samatra (probablemente Borneo y Sumatra) comían con sumo gusto carne humana, y los de Angamanain (Andamán), en el golfo de Bengala, tenían cabeza de perro y ojos parecidos a los caninos: «no hacen ascos a carne alguna, pues comen carne humana». Todo ello lo relató en su *Libro de las maravillas,* también conocido como *Il Milione,* ya que Marco Polo decía encontrar «millones de personas» o «millones de pájaros». Muchos consideran al veneciano como un hombre dotado de una portentosa imaginación.



Un blemia, tal como aparece en *Las Maravillas de Oriente.Inglaterra*. Ha sido fechado entre 1025-1050 aproximadamente.

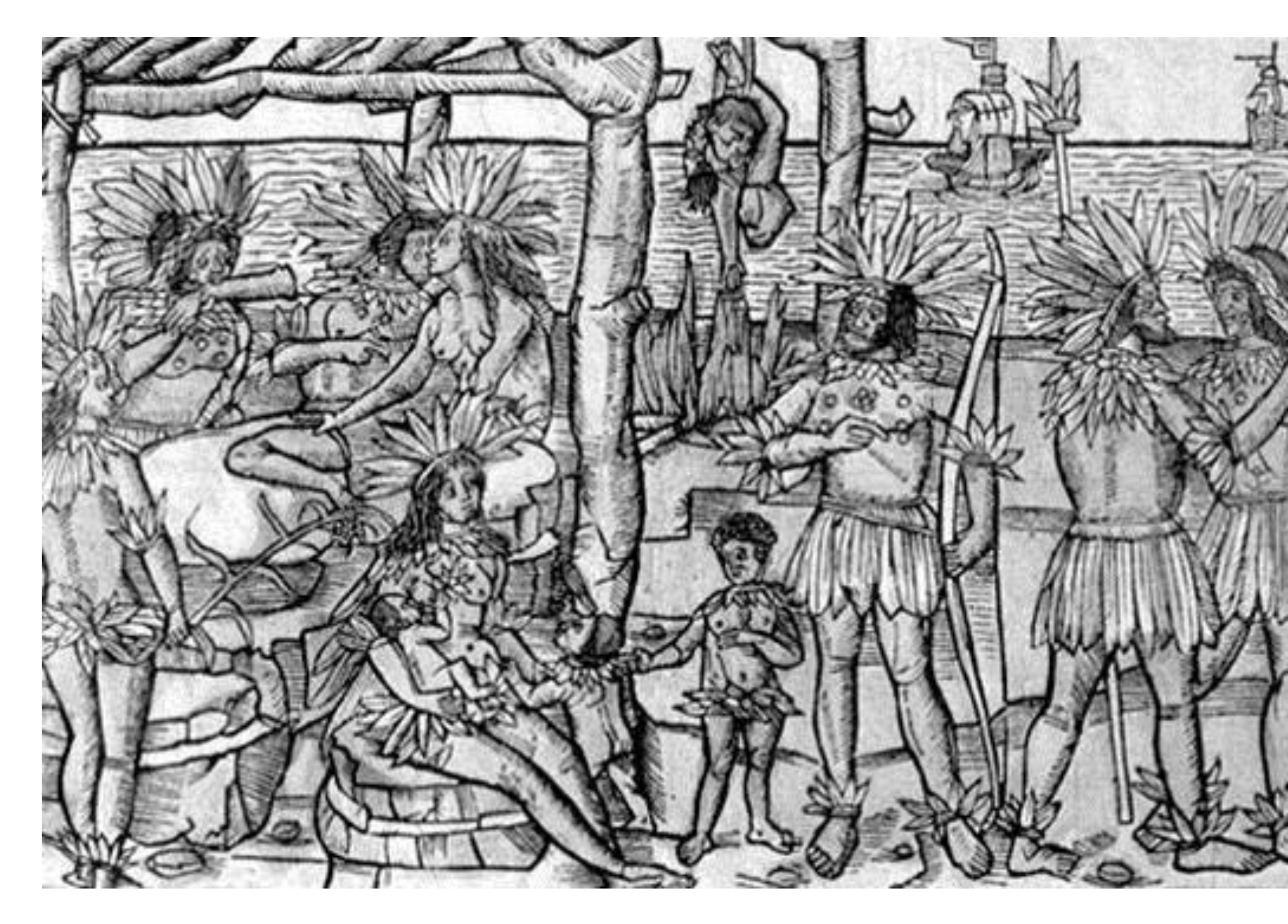
¿Seres imaginarios? ¿Productos de la fantasía? Tal vez, pero no por ello menos reales. El cerebro humano es crédulo. Activa el mismo grupo de neuronas tanto al percibir la realidad como al imaginar. El hombre depende tanto de su mundo concreto y material como de los fantasmas creados por su propia imaginación…

Así pues, los europeos habían oído hablar de seres humanos (o semihumanos) que gustaban de comer la carne de sus semejantes, pero era algo propio de tiempos remotos o de lugares muy distantes, en la frontera que separaba el mundo conocido del desconocido. Nunca habían tenido contacto directo con tan peligrosos seres, con los salvajes devoradores de hombres. Hasta 1492.

La noche del 11 al 12 de octubre de ese año, viernes, a las dos de la madrugada, el vigía de *La Pinta,* Rodrigo de Triana, lanzó el grito de «¡Tierra!». En la penumbra de la noche se percibía perfectamente la primera tierra americana, que Colón y sus hombres tomaron por las Indias. En realidad se trataba de una pequeña isla del archipiélago de las Bahamas cuyo nombre indígena era Guanahaní y que Colón bautizó como San Salvador. Hoy se la conoce como Isla Watlings. Sus habitantes, los arawak o taínos, eran tan

pacíficos que desde el primer momento, el Almirante alabó su mansedumbre. Fueron ellos quienes les hablaron de una tribu de hombres feroces, expertos navegantes y constructores de canoas que desde las costas del norte de Colombia, Venezuela y las Guayanas realizaban incursiones en su territorio. Los arawak los llamaban *caribes*. Como Colón creía haber llegado a las Indias, interpretó incorrectamente el nombre, y creyó que eran súbditos del Gran Khan de China. En lugar de *caribes*, entendió *caníbales*, aplicándose desde entonces este término para designar a los devoradores de carne humana. Según otros, Colón creyó que se referían a los hombres con cabeza de perro descritos por Mandeville (*cane-bal*). Samuel Purchas en su *Hakluytus Posthumus* (1905) dice que *caníbal* significaba *valiente* en la lengua de los caribes. Sea como fuere, los arawak contaban de ellos que robaban a sus mujeres y que devoraban a sus hombres. Las mujeres eran cuidadas y conservadas para satisfacer sus deseos sexuales. El 13 de diciembre, el Almirante encontró en Haití uno de estos indios. Escribió una carta a Santángel, su principal valedor, donde le daba cuenta del encuentro: «Así que monstruos no he hallado ni noticia, salvo de una isla que es Carib, la segunda a la entrada de Indias, que es poblada de una gente que tienen en todas las islas por muy feroces, los cuales comen carne humana. Estos tienen muchas canuas con las que corren todas las islas de India, roban y toman cuanto pueden». Pedro Mártir de Anglería, en su *Décadas del Nuevo Mundo* (1511) dio más detalles:

Los pacíficos insulares se quejan de que los caníbales asaltan perpetuamente sus islas para robarles con continuas acometidas… A los niños que cogen, los castran como nosotros a los pollos o los cerdillos que queremos criar más gordos y tiernos para comerlos; cuando se han hecho grandes y gordos, se los comen; pero a los de edad madura, cuando caen en sus manos, los matan y los parten; los intestinos y las extremidades de los miembros se las comen frescas, y los miembros los guardan para otro tiempo, salados, como los perniles de los cerdos.



El grabado *Amerikaner* (1505), de Johan Froschauer, muestra un banquete caníbal de los feroces caribes. Al fondo pueden verse dos carabelas españolas.

Al doctor Diego Alvárez Chanca debemos una interesante descripción del segundo viaje de Colón. El doctor cuenta que al desembarcar en Guadalupe, los españoles encontraron las primeras evidencias de la existencia de los antropófagos: «un pescueço de hombre» en una olla y «cuatro o cinco huesos de braços e piernas de hombres. (…) Luego que aquello vimos, sospechamos que aquellas islas heran las de Caribe, que son habitadas de gente que come carne humana». También cuenta Alvárez Chanca que los caribes devoraban a los hijos que tenían con las arawak cautivas, ya que solo criaban a los que tenían con sus mujeres naturales.

Años más tarde, Mártir de Anglería completó la descripción del hallazgo, afirmando que encontraron en las cocinas de las casas de los caribes

carnes humanas cocidas con carnes de papagayo y pato, y otras puestas en los asadores para asarlas; rebuscando en lo interior y en los escondrijos de las casas, se reconoció que guardaba cada uno con sumo cuidado los huesos de las tibias y brazos humanos para hacer puntas de saetas, pues las fabrican

de hueso porque no tienen hierro. Los demás huesos, cuando se han comido la carne, los tiran. Hallaron también la cabeza de un joven recién matado colgada de un palo, con la sangre aún húmeda.

Sin duda, los caribes eran un pueblo muy belicoso y dotado de un marcado carácter expansionista. La abundancia de alimentos en la zona hace lógico pensar que su canibalismo no era un canibalismo de supervivencia, sino que puede encuadrarse dentro de lo que se ha llamado *canibalismo bélico o guerrero*. Una clase de antropofagia difícil de delimitar debido a que en esta costumbre se entremezclan aspectos de venganza, rito y magia.

La mayoría de los etnólogos está de acuerdo respecto a la ausencia de un sistema judicial en las sociedades primitivas. Un sistema judicial solo puede existir asociado a un poder político fuerte. Ante una ofensa, un sistema judicial, soberano e independiente, no suprime la venganza, sino que la limita a un acto único, dando a las víctimas una satisfacción estrictamente medida, lo que satisfará su deseo de venganza y alejará la amenaza de una escalada interminable de violencia. Un sistema judicial sofoca la venganza en vez de extenderla. El principio de justicia sustituye al principio de venganza. Sin embargo, en su ausencia, la única venganza satisfactoria ante la sangre derramada consiste en derramar a su vez la sangre del asesino, lo que convierte la venganza en un proceso infinito e interminable en el que, probablemente, ninguna de las partes recuerda ya cuál fue el crimen primigenio.

Basta un solo homicidio para que el homicida necesite matar una y otra vez, organizar auténticas matanzas para eliminar a todos aquellos que, un día u otro, podrían vengar la muerte de sus parientes. Además, el prisionero de guerra es torturado y reducido a comida en lo que constituye el acto supremo de dominación, venganza y humillación. La mayor deshonra y burla hacia el enemigo es acabar en el estómago de los vencedores. Matar y comer es la victoria total. Al mismo tiempo, mediante el consumo de carne de un enemigo, el guerrero victorioso asimila dentro de sí la fuerza del enemigo devorado.

Colón no era un explorador, era un mercader. El oro constituía para él una auténtica obsesión, el fin último de su viaje. Exigía a los indios cantidades cada vez mayores del preciado metal, y cuando no se lo entregaban, castigaba a los que consideraba culpables de fraude o mala voluntad. Pero cuando los tesoros encontrados no fueron tan copiosos como esperaba, pensó en rentabilizar la empresa descubridora con la trata de esclavos. De hecho, su compromiso con la Corona era suministrarle oro, especias y esclavos. En febrero de 1495, el Almirante apresó y envió a España un grupo de unos 300 jóvenes caribeños, «escogidos entre los mejores machos y hembras», y en 1498 cinco navíos más, cargados de indios hechos esclavos. Pero los Reyes Católicos no vieron con buenos ojos el comercio de esclavos. La reina Isabel ordenó que se devolviera a estos indios a su patria y prohibió la esclavitud, con una excepción. Mediante una Real Cédula dictada en 1503, la reina permitió que fueran esclavizados solo aquellos indios que se demostrara que comían carne humana, dado que la práctica de tan antinatural costumbre les hacía carentes de calidad humana y los convertía en poco más que bestias. La reina dio licencia «a todos e cualesquiera personas que con mi mando fuesen (…) para que fagan guerra a los caribes (…) e los puedan cabtivar e cabtiven, para

llevar a las partes e islas donde quysieren, e porque los puedan vender e aprovecharse dellos sin que por ello caygan nin yncurran en pena alguna».

La orden de Isabel la Católica sirvió a los codiciosos conquistadores como pretexto legal y argumento moral para justificar los violentos métodos que usaron para someter a los nativos. Los conquistadores empezaron a ver caníbales por todas partes, y fueron etiquetados como tales incluso los pueblos indígenas más pacíficos y adelantados. Cuanto más monstruosas y extendidas fueran las aberraciones de los salvajes, cometidas por todos sin excepción, más justificado estaría su sometimiento y evangelización. El paraíso de Colón quedó finalmente transformado en un lugar donde hombres bestiales vivían en los márgenes de la civilización. Indios hostiles, bien equipados con dardos y flechas ponzoñosas se resistían a su avance y se complacían en ser licenciosos y practicar la sodomía y el canibalismo.

Durante la segunda mitad del siglo XVI, la tierra de los caníbales, la *Canibalia,* fue desplazándose siguiendo las fronteras de la expansión europea y de los circuitos comerciales del Atlántico.

Su centro cartográfico se movió desde las islas del Caribe hasta el continente. En 1520 el *Atlas* de Johannes Schöner incluía, además de las *Insule Canibalor* y las *Caníbales,* el norte de Sudamérica como *Canibalor Terra*. Anglería, en 1524, escribía: «los habitantes de estas regiones son caribes o caníbales, devoradores de carne humana. La tierra de los caribes es vastísima región y superior a Europa». En 1544, la edición de Sebastian Münster de la *Geographia universalis* de Claudio Tolomeo incluía un mapa fechado en Basilea en 1540. Este mapa, que puede considerarse el primero que identificó el Nuevo Mundo como un continente independiente, separado de Asia, situaba en el área de lo que hoy es Brasil una hoguera lista para ser encendida, una pierna humana amputada y la leyenda *Canibali*. La exuberancia vegetal, el oro y los gigantes quedaban reducidos a simples hileras de árboles o meras menciones, mientras que el canibalismo se resaltaba como un elemento cultural representativo de América.

Por todo ello, el exterminio de los indios y de su cultura, su expolio y su esclavitud fueron considerados como un justo castigo por las malas costumbres en que se hallaban sumidos los habitantes del Nuevo Mundo, por la absoluta obscenidad que gobernaba sus acciones. En octubre de 1513, en un pueblo de Panamá, después de matar al cacique Quarequa y a muchos de sus guerreros, Vasco Núñez de Balboa echó a sus mastines de guerra contra el resto, a los que acusó de haber practicado actos de sodomía, idolatría y otros abominables crímenes: «Entonces mandó echarles los perros, que destrozaron a unos cuarenta. Se sirven los nuestros de los perros en la guerra contra aquellas gentes desnudas, a las cuales se tiran con rabia, como si fuesen fieros jabalíes o fugitivos ciervos (…)», cuenta Mártir de Anglería.

Esta es la razón que hace pensar que muchos de los relatos históricos acerca de pueblos caníbales fueran probablemente falsos, ya que estaban al servicio de intereses políticos, económicos y religiosos (las prácticas indígenas fueron catalogadas también de *diabólicas,* al ser juzgadas desde la más pura ortodoxia cristiana). Américo Vespucio (de quien el Nuevo Mundo tomó su nombre), escribió en 1501 una carta a Lorenzo de Médici desde la costa de Brasil en la que decía respecto a los indios:

Cuando vencen, despedazan a los vencidos, y se los comen asegurando que se trata de un manjar delicioso. También se nutren de carne humana; el padre devora al hijo y el hijo al padre, según las circunstancias y avatares de la lucha. He visto un hombre monstruoso que se ufanaba de haber devorado a más de trescientas personas. He visto un poblado (…) en donde trozos de carne humana salada pendían de las vigas de las casas, como entre nosotros se hace con la carne de cerdo ahumada o curada, las salchichas u otros alimentos. Les chocaba que nosotros, al igual que ellos, no devoráramos la carne de nuestros enemigos; decían que nada tenía un sabor tan exquisito como esa carne, y que no había nada tan suculento y delicado.

Es importante saber que los relatos de sus viajes, a menudo fantasiosos y contradictorios, convirtieron a Vespucio en una de las figuras más contradictorias de la Era de las Exploraciones. En numerosas ocasiones se ha minimizado el valor documental de sus escritos, reduciéndolos a simples fabulaciones oportunistas hechas con el propósito de ganar notoriedad y títulos.

Otro ejemplo podría ser la descripción de las costumbres gastronómicas de los indígenas de la antigua Colombia que Pedro de Cieza de León hizo en su obra *La Crónica del Perú* (1553):

De lo alto del poblado ataban los indios que tomaban en la guerra por los hombros y dejábanlos colgados, y a algunos de ellos les sacaban los corazones y los ofrecían a sus dioses, al demonio, a honra de quien se hacían aquellos sacrificios, y luego, sin tardar mucho, comían los cuerpos de los que así mataban (…) Son tan amigos de comer carne humana estos indios que se ha visto haber tomado indias tan preñadas que querían parir, y con ser de sus mismos vecinos, arremeter contra ellas y con gran presteza abrirles el vientre con sus cuchillos de pedernal o de caña y sacar la criatura; y habiendo hecho gran fuego, en un pedazo de olla tostarlo y comerlo luego, y acabar de matar a la madre y con las inmundicias comérsela con tanta prisa que era cosa de espanto.

De los nativos de Colombia, los europeos llegaron a decir que eran «los archicaníbales de América del Sur». Ulrich Schmidel, un alemán que en 1534 fue a América, informó de que entre los indios charrúas era costumbre que si un hombre estaba harto de su esposa, se la comiera durante una gran fiesta, «tal como se estila entre nosotros en los banquetes de boda». También se contaba que un jefe de Chibeha fue a visitar a un representante de la corona española acompañado de cuatro mujeres. Dos le servían como colchón, la tercera como almohada y la cuarta era la provisión de alimentos para el viaje. El inca Garcilaso de la Vega refirió en sus *Comentarios reales* que los antiguos habitantes del Perú tenían una especial preferencia por la carne de los niños, y que devoraban a los que los prisioneros eran obligados a engendrar con las mujeres de los ven cedores. También devoraban a los niños nacidos de prisioneras. Garcilaso llegó a afirmar que existían carnicerías donde se vendía carne humana picada o embutida en intestinos como salchichas. La historia de las «tiendas de carne humana» aparece con frecuencia en los relatos acerca de los caníbales, lo que hace dudar de su veracidad. Se dijo que en los tiempos pre aztecas, los otomis de México vendían en plena calle pedazos de seres humanos, y que en San Salvador (Bahamas), cada prisionero de los avumbo

era cortado en libras para el mercado. También en África se habló de un comercio al por mayor de carne humana. Lo veremos más adelante.

Los caribes y muchos otros pueblos fueron desplazados por los españoles, y finalmente fueron casi exterminados durante el periodo colonial. Casi medio millón de indios del Caribe fueron declarados caníbales y virtualmente desaparecieron, víctimas de la crueldad, la barbarie y los trabajos forzados en las minas de oro y metales preciosos. En 50 años, en el Perú murieron más de dos millones de indios, y cuando el Perú se independizó, había muerto las nueve décimas partes de su población indígena.

Así, los indígenas de Tierra del Fuego, en el extremo más austral de América, también fueron acusados de ser caníbales (sin demasiadas pruebas) por casi todos los viajeros de los siglos XVI y XVII, e incluso por el padre Sánchez Labrador en el siglo XVIII.

Parece ser que la creencia tuvo su origen en la muerte del Piloto Mayor de España, Juan Díaz de Solís, en la costa de Uruguay, en 1516. Según se dijo, Solís y ocho de sus hombres fueron emboscados, muertos, despedazados y devorados por un grupo de nativos a la vista de los que habían quedado en la carabela. El grumete, Francisco del Puerto, fue, inexplicablemente, hecho prisionero.

Muchos historiadores consideran el hecho falso, ya que ni los indios charrúas ni los guaraníes (que eran los habitantes de la zona) practicaron nunca este tipo de canibalismo, que podría considerarse como gastronómico y no guerrero. Cuando el fin del canibalismo es el deseo de venganza de ofensas o daños recibidos, siempre se procura llevar vivo a la aldea al prisionero capturado.

El grumete (a quien debemos una de las versiones de este hecho), que fue rescatado en 1527 por la expedición de Sebastián Caboto, llegó a traicionar a sus propios compañeros, organizando una emboscada con los indígenas del río Pilcomayo, que infligió muchas bajas a los españoles. Sea como fuere, la fama de caníbales se extendió a todos los patagones. Cuando en 1600 dos holandeses de la flota de Van Noort fueron asesinados por los alacalufes en el estrecho de Magallanes, los indígenas se llevaron sus cuerpos y Van Noort dio por hecho que acabarían en sus estómagos. En 1624, la Flota Navásica fue enviada por los Países Bajos al cabo de Hornos para interrumpir el suministro de oro y plata desde el Perú a España. 17 marineros del barco *Arend* fueron asesinados por los yámana, que se llevaron 12 de los cuerpos. Los holandeses quedaron convencidos de que se los habían comido, y así lo reflejó el vicealmirante Schapenham en su informe. Todas estas historias fueron deformándose y exagerándose conforme iban transmitiéndose de unas personas a otras, cambiando constantemente en detalles nimios pero manteniendo un núcleo narrativo esencial. Así, cuando un joven naturalista llamado Charles Darwin llegó en 1833 a bordo del *Beagle* a la Tierra del Fuego, oyó del legendario ballenero y lobero William Low que los yámana eran feroces caníbales.

Cuando se veían apremiados por el hambre en invierno, se comían a las mujeres viejas. Las colgaban sobre un fuego de madera todavía verde y cuando se encontraban casi asfixiadas, eran estranguladas, descuartizadas y comidas con glotonería. Los yámana se co mían a las viejas y no a sus perros,

pues los perros servían para cazar nutrias, y las viejas no servían ya para nada. A bordo del *Beagle* viajaba también un yámana apodado *Jemmy Button*. Robert Fitz-Roy, el capitán del *Beagle,* lo había secuestrado junto a tres de sus compañeros durante su primer viaje a Tierra del Fuego, en 1830. Su intención había sido que fueran educados en Inglaterra, para que a su regreso transfirieran a sus familiares lo aprendido, lo que resultaría en un gran avance para unas gentes tan atrasadas. En su segundo viaje, Fitz-Roy decidió devolver a los yámana a su tierra. Cuando Darwin preguntó a Button por sus prácticas caníbales, este debió de decidir contar al crédulo naturalista todo lo que quería oír, probablemente cansado de las extrañas preguntas que el joven le hacía. A Darwin no le debió de resultar chocante que los fueguinos gustaran de la carne humana, dado que iban desnudos y que no parecían tener gobierno, jefes y ni tan siquiera un lenguaje.

Darwin juzgó el idioma de los yámana como algo tan pobre que no merecía el nombre de lenguaje articulado. Sin embargo, nunca se tomó la molestia de ponerse en contacto con ellos.

Los yámana aparecieron a sus ojos como los seres más degradados de la especie humana, capaces de las mayores atrocidades, y así lo reflejó en su libro *Viaje de un naturalista alrededor del mundo* (1839). En palabras de Juan Hilarión Lenzi en su *Tierra del Fuego* (1967): «Bastó eso para que la inexactitud, la calumnia, el absurdo, dieran entonces la vuelta al mundo con su libro y otros que recogieron la falsa noticia». Algunos hombres organizaron redadas y llevaron a Europa a sus prisioneros fueguinos para exhibirlos como espectáculos de circo. Entre ellos, un tal Maurice Matre se llenó los bolsillos con un grupo de niños y adolescentes selk'nam presentados como «caníbales», enjaulados y alimentados con carne cruda que les arrojaban para diversión y espanto de quienes visitaban la Exposición de París de 1889.

Las observaciones de Darwin fueron rebatidas por quienes sí conocían la cultura de los fueguinos, pues habían vivido entre ellos. Thomas Bridges (1842-98) fue un misionero inglés que desarrolló una intensa labor entre los grupos yámana, alacalufes y selk'nam de Tierra del Fuego. Para Bridges, los yámana tenían una vida espiritual rica y variada. Testigo de su cultura y de la enorme riqueza de su vocabulario es el diccionario yámana-inglés que elaboró Bridges, pues sus 32.000 entradas superan las que usó Shakespeare y, por supuesto, el propio Darwin. No tenían jefes, ni propiedad privada, pues todo se compartía, y la moral estaba basada en la protección mutua. En cuanto al tema de la antropofagia, el misionero afirmó que el canibalismo era «absolutamente impensable entre los yámana». Aun en casos de hambruna, ningún yámana comió nunca carne humana, ni siquiera carne de animales como el zorro o el buitre, que podrían haber comido carne humana.

Paul D. Hyades fue el médico de la *Romanche,* una fragata de guerra enviada al cabo de Hornos por la Academia de Ciencias de París para observar el tránsito de Venus por el disco solar. Hyades convivió con los fueguinos desde septiembre de 1882 a septiembre de 1883, y recogió en su obra *Mission Scientifique du Cap Horn, 1882-1883* las mismas impresiones que Bridges. Ante las numerosas evidencias, Darwin tuvo que retractarse años después.

Sin embargo, la verdad llegó demasiado tarde, cuando los nativos estaban ya próximos a su extinción. Los fueguinos fueron despiadadamente

perseguidos por los cazadores de focas y por los ganaderos que pagaban por orejas de indios y dejaban reses envenenadas con estricnina para que las famélicas familias indígenas perecieran como alimañas. En 1881 la fiebre del oro atrajo a numerosos europeos. Entre ellos llegó el rumano Julius Popper, que erigió un pequeño imperio minero basado en cuestionados métodos que incluyeron el genocidio de los nativos (llegó a hacerse retratar mientras asesinaba indígenas a balazos). Los yámana eran 3.000 en 1875. Hoy no sobrevive ninguno, así como ningún indio fueguino. En un siglo fueron exterminados.

El antropólogo William Arens, en *The Man-eating Myth: anthropology & antropophagy* (1979), llegó al extremo de afirmar que el canibalismo nunca ha existido como una práctica aceptada en ningún tiempo ni en ninguna sociedad. Para Arens el canibalismo solo eran calumnias racistas, habladurías poco fiables recogidas y exageradas por los europeos para justificar la conquista, la explotación y el exterminio de culturas enteras. Exageradas, tal vez, pero no meras habladurías. Es indudable que de una observación parcial se hizo un todo, y todos los temidos y despreciados «otros», los «salvajes» quedaron marcados con una caracterización totalitaria que se puso al servicio de unos fines muy concretos.

Sin embargo, lo que está fuera de toda discusión es que para elaborar esta caracterización se tomaron hechos muy reales: aunque no era generalizado, el canibalismo guerrero era una práctica muy habitual en la América precolombina. Arens fue muy criticado por pasar por alto no solo las numerosas evidencias paleontológicas, sino también las declaraciones de testigos fiables cuyas narraciones coincidían en los aspectos básicos.

En Cowboy Wash (Colorado), en uno de los emplazamientos de la cultura anasazi del sudoeste de Estados Unidos, se encontraron en el interior de una casa los huesos dispersos de siete personas.

Algunos de ellos aparecieron rotos del modo que ya conocemos, con el fin de extraer la médula para comerla. Otros huesos tenían los extremos redondeados, una marca distintiva de que habían sido cocidos en pucheros. En los fragmentos de uno de estos utensilios se encontraron residuos de mioglobina humana, una proteína presente en los músculos, y en los cuchillos de piedra hallados había restos de sangre humana. La señal más evidente fue que las heces humanas encontradas en la chimenea de la casa, bien conservadas en ese clima seco tras casi 1.000 años, demostraron contener también proteínas de músculo humano. Sin duda, alguien atacó a los ocupantes de aquella casa, los mató, descuartizó, extrajo la médula de sus huesos, cocinó su carne en pucheros, la comió y después defecó en la chimenea. Después de estudiar los restos hallados en numerosos emplazamientos anasazi, el antropólogo Christy G. Turner y su mujer Jacqueline recogieron en el libro *Man-Corn: Cannibalism and violence in the prehistoric American southwest* (1999) sus conclusiones. Los Turner encontraron signos de canibalismo en 38 de estos emplazamientos y llegaron a la conclusión de que los atacantes caníbales llegaron desde el norte de México, y que su motivación fue inspirar terror entre los anasazi.

Los anasazi desarrollaron una brillante civilización. Tejían el algodón, dominaban las técnicas de irrigación, de las construcciones de piedra (sus

casas de Pueblo Bonito tenían hasta cinco pisos) y poseían conocimientos de astronomía. Sin embargo, hacia 1300 abandonaron precipitadamente sus pueblos, dejaron atrás sus enseres y se dirigieron al valle del Río Grande y al centro de Arizona.

Allí construyeron sus viviendas en las faldas de escarpados acantilados, en las paredes de gigantescos cañones o encima de sus riscos, donde las mujeres tenían que trepar todos los días acarreando agua y alimentos. Y todo ello sin contar con fuerza animal ni herramientas metálicas. Tales ciudades se llaman «moradas en la roca». Los Turner creen que los anasazi construyeron sus ciudades en lugares tan inaccesibles para defenderse de los caníbales, que habrían estado hostigándoles durante cuatro siglos.

Sin embargo, para Arens, estas pruebas (y otras muchas) no son suficientes. Probablemente, como dice Jared Diamond en *Colapso* (2006), «(…) solo se convencerían de la evidencia con una cinta de vídeo grabada por un funcionario oficial o, lo que resultaría aún más convincente, por un antropólogo».

Durante los siglos XV, XVI y XVII, la época de los grandes descubrimientos, los exploradores y misioneros siguieron difundiendo por Europa espeluznantes relatos de los horrores que acechaban en las lejanas tierras que iban desvelando sus misterios.

Un relato que sobrecogió y llenó de espanto la Europa renacentista fue *Verdadera historia y descripción de un país de salvajes desnudos feroces y caníbales, situado en el Nuevo Mundo, América, desconocido en la comarca de Hesse antes y después del nacimiento de Cristo, hasta que hace dos años Hans Staden de Homberg, en Hesse, lo conoció por experiencia propia y cuyas características revela ahora por medio de la imprenta*, del alemán Hans Staden. El libro, de tan largo y pintoresco título, obtuvo un gran éxito desde el momento en que fue publicado por primera vez en Marburg, Alemania, en 1557. En él, Staden relataba sus viajes al Nuevo Mundo y la experiencia de cautiverio a la cual estuvo sometido por los indios tupinamba de Brasil. El alemán describió aspectos característicos de dicha tribu entre los que incluyó el canibalismo y la brutalidad de los nativos hacia sus prisioneros de guerra, tópico que suscitaba extrema curiosidad entre los europeos de aquella época. Además, el libro se acompañaba de una abundante iconografía, obra del propio autor, que enriquecía la información escrita ofrecida al lector. El éxito fue tal que vio la luz en varias lenguas y solo en alemán y flamenco se editó hasta en 70 ocasiones. En 1592, el ilustrador Theodore de Bry realizó unos nuevos grabados para la obra, más aterradores aun si cabe que los originales.

El gran mérito de la obra de Staden es que fue el primer testimonio que desbordó la consideración puramente fantástica del tema del canibalismo, ya que fue elaborado no de oídas, sino a partir de su propia experiencia y además, desde el aterrador punto de vista del que había de ser comido. Staden no fabula. En varios lugares de la obra precisa que no escribe «para divertirse contando cosas extraordinarias», ni para ganar gloria o renombre, sino para dar gracias a Dios por liberarlo de las manos de sus enemigos, para no olvidar la ayuda que el Creador le había prestado. El talante científico de Staden, su extraordinario talento como narrador y sus agudas observaciones en medio de peligros constantes hicieron que su libro sea considerado por

muchos como el primer trabajo de antropología cultural de la historia de la ciencia moderna.

En 1553, el barco portugués en que se había enrolado Staden naufragó cerca de la colonia portuguesa de San Vicente, en la costa este de Brasil. Junto a tres compañeros consiguió alcanzar la costa asido a unos maderos de la nao. Gracias a sus conocimientos de artillería, fue contratado por los portugueses para defender un fuerte edificado en la isla de San Maro con el fin de rechazar los constantes ataques de los tupinamba, que odiaban a los portugueses. Nunca se han llegado a conocer los motivos de esta animadversión, pero lo cierto es que los indígenas habían declarado a los portugueses una guerra de guerrillas que se había cobrado numerosas bajas en ambos bandos.

En enero de 1554, Staden fue capturado por un grupo de tupinamba en un bosque cercano al fuerte y llevado a su poblado, donde fue obligado a gritar: «Yo, vuestra comida, llegué».

Los tupinamba devoraban a sus prisioneros de guerra para vengar a sus muertos, para aplacar a sus espíritus que pedían sangre. Después de una incursión, cortaban los genitales y la cabeza de los enemigos muertos y llevaban a los cautivos a su poblado. Todos eran devorados. Los hombres, a los pocos días; las mujeres eran utilizadas como concubinas, pero después de unos años, seguían el mismo pavoroso destino. Cualquier niño que estas mujeres concibieran de los tupinamba nunca era aceptado como un miembro de la tribu, y finalmente también acababa en sus estómagos. Así, mientras las mujeres abofeteaban y tiraban de la barba a Staden, le decían: *«Sche innamme pepike ae»*, que quiere decir: «Me vengo en ti del golpe que mató a mi amigo, muerto por aquellos entre los que tú estuviste». Gracias a su ingenio y a una serie de afortunadas casualidades, Staden logró aplazar su sacrificio. Consiguió hacer creer a los tupinambas que su dios era más poderoso que los de los nativos, y que si le ocasionaban algún daño, sufrirían su terrible cólera. Staden fue rescatado por un barco francés, poco menos de un año después, pero durante este tiempo fue testigo de varios festines caníbales. En el capítulo XXVIII de la segunda parte de su libro da una descripción muy detallada del destino general de los prisioneros de guerra de los tupinamba:

Cuando traen para casa a sus enemigos, las mujeres y los niños los abofetean. Después los adornan con plumas pardas, les cortan las pestañas de arriba de los ojos, danzan en torno a ellos y los amarran bien para que no huyan. Les dan una mujer para cuidarlo y también para tener relaciones con ella. Si se queda embarazada, educan a la criatura hasta que es mayor, y cuando después se les pone en la cabeza, la matan y se la comen. Les dan buena comida, y así los tratan durante algún tiempo; comienzan los preparativos, hacen muchas vasijas especiales en las que ponen todo lo necesario para pintarlo, hacen manojos de plumas para ser atados en el palo con que los matan. También hacen una cuerda larga que llaman Muassurana con la que los atan cuando van a morir. Cuando todos los preparativos están dispuestos, señalan el día del sacrificio. Convidan a los salvajes de otras aldeas para reunirse allí en aquella época. Llenan todas las vasijas de bebidas y uno o dos día antes de que las mujeres hayan hecho las bebidas pasean al prisionero una o dos veces por la plaza y danzan a su alrededor.

Cuando están reunidos todos los que vienen de fuera, el jefe de la cabaña les da la bienvenida y dice: 'Venid a ayudar a devorar a nuestro enemigo.' Un día antes de comenzar a beber, atan la mussurana al cuello del prisionero. Ese mismo día pintan y adornan el palo llamado Iwera Pemme, con que lo matan (…)



Grabado de Staden para la primera edición de su libro que representa un festín canibal de los tupinamba.

Del mismo modo pintan la cara del prisionero, y mientras una de las mujeres lo está pintando, las otras cantan. Y cuando comienzan a beber, llevan al prisionero para allá y beben y con versan con él.

Cuando acaban de beber, al día siguiente descansan; después hacen una cabaña pequeña para el prisionero en el mismo lugar donde debe morir. Allí permanece durante toda la noche, bien custodiado. Por la mañana, y antes de clarear el día, van a danzar y a cantar alrededor del palo con que lo deben matar. Entonces sacan al prisionero de la cabaña, lo derriban, abren espacio y atan la mussurana al cuello y alrededor del cuerpo de la víctima tirando para los dos lados. Esta queda entonces en medio, amarrada, y muchos de ellos sostienen la cuerda por sus dos extremos. Lo dejan así durante algún tiempo, le dan piedrecitas para que las arroje contra las mujeres que corren en torno a él y amenazan con devorarlo. Estas están ahora pintadas y preparadas para, cuando él esté reducido a tajadas, comerse alrededor de las cabañas los cuatro primeros pedazos. En esto consiste su diversión. Cuando está todo listo, hacen un fuego a unos dos pasos del prisionero, que debe ver el fuego. Después viene una mujer corriendo con el Iwera Pemme, vuelve los manojos de plumas para arriba, grita de alegría y lo pasea delante del prisionero para que este lo

vea.

Hecho esto, un hombre toma el palo, se para frente a él y le muestra el garrote, para que lo vea. Mientras tanto, el que debe matar al prisionero va con otros 14 o 15 y pinta su propio cuerpo de gris, con ceniza. Vuelve entonces con sus compañeros hacia el lugar en que está el prisionero, y el que se había quedado frente a este, le entrega el palo. Viene ahora el rey de las cabañas, toma el palo y lo pasa por entre las piernas del que debe dar el golpe mortal.

Esto es considerado por ellos como un gran honor. El que debe matar al prisionero vuelve a coger el palo y dice: 'Sí, aquí estoy, quiero matarte, porque los tuyos también mataron a muchos de mis amigos y los devoraron.' El otro responde: 'Cuando esté muerto, aún tengo muchos amigos que seguro me han de vengar.' Entonces le descarga un golpe en la nuca, los sesos saltan e inmediatamente las mujeres cogen el cuerpo, lo arrastran hacia el fuego, lo raspan hasta que queda bien blanco y le meten un palito por detrás, para que nada se les escape.

Una vez que ya está desollado, un hombre lo coge y le corta las piernas por encima de las rodillas, y también los brazos. Vienen entonces las mujeres, cogen los cuatro pedazos y echan a correr alrededor de las cabañas, haciendo un gran escándalo.

Después le abren los costados, separan el espaldar de la parte delantera y se lo reparten; pero las mujeres guardan los intestinos, los hierven y del caldo hacen una sopa que se llama Mingau, que se beben ellas y los niños.

Se comen los intestinos y también la carne de la cabeza; los sesos, la lengua y todo lo demás son para las criaturas. Cuando todo está acabado, cada uno vuelve a su casa y lleva su parte consigo. El que ha matado gana otro nombre, y el rey de las cabañas le marca el brazo con el diente de un animal feroz. Cuando cura, se le ve la marca, y esto es la honra que tiene. Después, ese mismo día, tiene que quedarse acostado en su red; le dan un pequeño arco con una pequeña flecha para pasar el tiempo disparando a un blanco de cera. Esto se hace para que los brazos no se le queden temblorosos del susto de haber matado.

Esto así lo vi y presencié.

Ya Alvar Núñez *Cabeza de Vaca* (1507-1558), en sus *Comentarios*, había descrito este ritual. Contó que los antiguos habitantes de Brasil, principalmente los indios guaraníes, engordaban a sus prisioneros de guerra y, llegado el momento, varios niños los mataban a golpes:

Y estando dándole golpes, los indios les dicen a voces que sean valientes y se ensañen, y tengan ánimos para matar a sus enemigos y para andar en las guerras, y que se acuerden de aquel que ha muerto de los suyos, que se venguen de él; y luego como es muerto, el que le da el primer golpe toma el nombre del muerto y de allí adelante se nombra del nombre del que así mataron, en señal de que es valiente, y luego las viejas lo despedazan y cuecen en sus ollas y reparten entre sí y lo comen y tiénenlo por cosa muy buena comer de él, y de allí en adelante tornan a sus bailes y placeres, los cuales duran por otros muchos días, diciendo que ya es muerto por sus manos su enemigo, que mató a sus parientes, que ahora descansarán y tomarán por ello placer.

Posteriormente, numerosos relatos corroboraron las características del

canibalismo guerrero de los tupinamba. Los misioneros jesuitas enviados a Brasil describieron esta práctica en cientos de cartas e informes, donde narran cómo intentaron impedir el sacrificio de prisioneros. Una y otra vez cuentan cómo confiscaban la carne humana cocinada, o cuerpos enteros listos para ser cocinados, o cómo rescataban (o en el peor de los casos se limitaban a bautizar) a prisioneros listos para ser sacrificados y devorados.

Antonio Pigafetta, compañero de Magallanes en la primera vuelta al mundo, dio una curiosa explicación de las prácticas caníbales de los tupinamba. Según una antigua historia, una mujer a quien se le había arrebatado su hijo único perdió el juicio y se abalanzó sobre uno de los asesinos capturados y de un mordisco le arrancó un pedazo de carne del hombro, iniciando de esta forma la costumbre.

En el nordeste de lo que es hoy Estados Unidos, los iroqueses y los hurones (sus enemigos ancestrales) practicaban el canibalismo guerrero, tanto entre ellos como con sus enemigos blancos.

Su ritual incluía unas atroces torturas. Quienes tenían la desdicha de caer en sus manos perecían de una lenta y dolorosa muerte en la estaca de la tortura, entre horribles sufrimientos, y después eran devorados. Algunos de estos incidentes fueron descritos por los jesuitas que vivieron entre los iroqueses y registraron sus vivencias en las *Relaciones de los Jesuitas*, una cuidadosa recopilación de su experiencia entre los indios del nordeste. El más detallado testimonio ocular se refiere al trato que sufrió un prisionero iroqués de los hurones en 1637. Lo narró el padre François le Mercier, que estaba acompañado por los padres Paul le Jeune y Garnier. El prisionero llegó a un pueblo en el que residían jesuitas. Iba elegantemente ataviado con un manto de castor y con cuentas de madreperla alrededor del cuello y envolviéndole la cabeza en forma de corona. El iroqués (que tenía más de 50 años), estaba muy maltrecho: «Tenía una de las manos muy magullada de una pedrada, un dedo le había sido arrancado violentamente, casi había perdido el pulgar y el índice de su otra mano a consecuencia de un hachazo, la juntura de un brazo tenía un profundo corte, y ambos brazos tenían serias quemaduras». El cautivo recibió la orden de cantar, y el jefe del poblado se dirigió a él diciendo: «Sobrino mío, tienes buenos motivos para cantar, pues nadie va a hacerte ningún daño, considérate ahora entre tus parientes y amigos». En ocasiones, los prisioneros más afortunados eran adoptados por las mujeres, que podían elegir un prisionero para sustituir al marido o al hijo caídos en la batalla.

En estos casos, los presos se incorporaban con todos los derechos y obligaciones del miembro de la familia que había muerto. Pero este no fue el caso. Varios días después, el jefe se dirigió de nuevo al prisionero:

Sobrino mío, debes saber que cuando recibí las primeras noticias de que estabas a mi disposición me sentí enormemente complacido, porque imaginé que, por así decirlo, aquél al que había perdido en la guerra volvía a la vida y regresaba a su país. Al mismo tiempo, decidí concederte la vida; pensaba ya en prepararte un sitio en mi casa, y pensé que pasarías el resto de tus días agradablemente conmigo. Pero ahora que te veo en estas condiciones, sin dedos y con las manos casi podridas, he cambiado de idea. Estoy seguro de que tú mismo lamentarías ahora el seguir viviendo. Te haré un favor aún mayor diciéndote que debes prepararte a morir (…) Así, sobrino mío, ten valor;

prepárate para esta noche, y no te dejes abatir por el miedo a las torturas.

El jefe le dijo al cautivo que moriría por el fuego. La hermana del hurón al que había reemplazado le llevó alimentos y le trató como a su propio hermano. La mujer estaba muy triste y tenía los ojos llenos de lágrimas. También el jefe trató con mucho cariño al iroqués, poniéndole su propia pipa en la boca, enjugándole el sudor del rostro y abanicándole. Hacia el mediodía, el iroqués dio su fiesta de despedida y se dirigió así a la gente congregada allí: «Hermanos, voy a morir; divertíos libremente a mi alrededor; no temo a las torturas ni a la muerte». Después, él y varios de los presentes cantaron y bailaron.

La tortura comenzó por la noche, en la casa alargada del consejo, junto a la cual se encendieron 11 hogueras. Lanzando gritos de alegría, los jóvenes hurones se armaron con un trozo de corteza ardiente o un tizón. El jefe de guerra del poblado les recordó la importancia del acto, el cual era contemplado, dijo, por el Sol y el Dios de la Guerra. Después hicieron correr al prisionero alrededor de las hogueras, mientras cada hombre intentaba quemarlo cuando pasaba ante él:

No había reyertas respecto a quién le torturaría quemándole: cada cual lo hacía cuando se le antojaba; por lo tanto, cada uno se tomaba el tiempo necesario para meditar alguna nueva manera de hacer sentir más agudamente el fuego a la víctima. Como le quemaban casi exclusivamente en las piernas, estas quedaron en un estado lastimoso, con la carne hecha trizas. Algunos le aplicaban teas ardientes y no las retiraban hasta que el infeliz lanzaba terribles alaridos; tan pronto como cesaba de gritar, volvían a quemarle, una y otra vez, repitiendo la operación siete u ocho veces, a menudo reavivando la brasa a fuerza de soplar, sin apartarla de la carne a la que aplicaban el tizón. Otros ataban cuerdas alrededor del cuerpo de la víctima y después les prendían fuego, quemándola así lentamente y causándole un agudísimo sufrimiento. Algunos hacíanle poner los pies sobre hachas al rojo vivo y luego apoyarse en ellas. Se podía escuchar el ruido de la carne chamuscada y ver subir el humo que desprendía su carne hasta el techo de la cabaña. Con garrotes, golpeábanlo en la cabeza y atravesábanle las orejas con pequeñas astillas; luego rompieron el resto de sus dedos y avivaron el fuego alrededor de sus pies.



Ilustración de Theodore de Bry para *Verdadera historia y descripción de un país de salvajes desnudos*, incluido en la tercera parte de sus *Grandes Viajes* (1592).

Además de quemarlo, algunos miembros de la multitud le rompían huesos de las manos, le perforaban las orejas con astillas que dejaban clavadas en ellas y le ataban las muñecas con cuerdas que apretaban brutalmente y de cuyos cabos tiraban con todas sus fuerzas. Cuando el iroqués caía sobre las llamas, se le aplicaba a la espalda un tizón ardiente, y otros hubieran procedido a avivar el fuego para quemarlo si el jefe de guerra no hubiese intervenido, ordenando que la tortura cesara para que viviera hasta el amanecer.

Después se reanimó al cautivo haciéndole beber agua.

Cuando volvió en sí, se le ordenó cantar. Al principio lo hizo con un hilo de voz; después con una voz tan fuerte que se le podía oír desde fuera de la

casa. Continuaron torturándolo toda la noche, con descansos para reanimar y alimentar al prisionero. Los jesuitas se sorprendieron mucho por el hecho de que en los rostros de los hurones no había ira ni furia, sino lo que parecía ser gentileza y humanidad. Sus palabras «expresaban tan solo buen humor o pruebas de amistad y buena voluntad». Igualmente, el iroqués soportó la tortura con paciencia, y no escapó de sus labios ni una sola palabra ofensiva hacia sus verdugos.

Al amanecer se encendieron hogueras fuera del poblado para exhibir el «exceso de crueldad a la vista del Sol» y se hizo subir al cautivo a una plataforma de unos dos metros de altura, acompañado de cuatro de sus torturadores. Allí lo ataron a un árbol que pasaba a través de un espacio abierto del tablado, pero de tal modo que quedaba libre para moverse en cualquier dirección:

Allí empezaron a quemarlo más cruelmente que nunca, no de jando parte alguna de su cuerpo a la que no se aplicara fuego en uno u otro momento. Cuando uno de esos carniceros empezó a que marlo y a acosarlo estrechamente, el cautivo, intentando escapar de él, cayó en manos de otro que no le ofreció mejor acogida. De vez en cuando les suministraban tizones nuevos que le introducían, ardiendo, por la garganta, apretándolos incluso hasta sus entrañas. Le quemaron los ojos; le aplicaron hachas candentes a la espalda; colgaron algunas alrededor de su cuello, tirándoselo ahora hacia su espalda, ahora hacia su pecho, según la posición que adoptaba al intentar evitar el peso de su carga. Si intentaba sentarse o acuclillarse, alguien introducía un tizón ardiente por debajo del cadalso, lo cual pronto le hacía levantarse… Le acosaron de tal modo de todos lados que finalmente le dejaron sin aliento; vertieron agua en su boca para fortalecer su ánimo, y los capitanes le permitieron tomar un breve respiro. Pero permaneció en silencio, con la boca abierta, casi inmóvil. Entonces, por temor a que muriese de otro modo que mediante el cuchillo, uno cortó un pie, otro una mano, y casi al mismo tiempo un tercero lo decapitó, arrojando su cabeza entre la muchedumbre, donde alguien la tomó para llevarla al capitán Ondessone, para quien había sido reservada, para se regalase con ella. En cuanto al tronco, este permaneció en Arontaen, donde tuvo lugar un banquete el mismo día. Encomendamos su alma a Dios y regresamos a casa a decir misa. Por el camino encontramos un salvaje que llevaba en un pincho una mano a medio asar de la víctima.

Un hurón convertido al cristianismo también relató al padre Ragnaut cómo los iroqueses torturaron y comieron a dos sacerdotes jesuitas, el padre Jean de Breboeuf y el padre Gabriel Lálemant. Los detalles fueron corroborados por el examen de los cadáveres, que tuvo lugar el día después de que los iroqueses abandonaran el pueblo hurón. Los iroqueses cortaron la carne de las piernas, de los muslos y de los brazos del padre de Breboeuf hasta los mismos huesos, le quemaron con una corteza de árbol empapada en pez y resina, le vertieron agua hirviendo, le arrancaron el cuero cabelludo y le amputaron los labios. Cuando estaba a punto de morir, le abrieron el pecho y le arrancaron el corazón.



Un guerrero iroqués arrancando el cuero cabelludo de un prisionero de guerra. De Jacques Grasset de Saint-Saveur, *Encyclopédie des voyages* (París, 1796).

Después, asaron su carne y su corazón y se los comieron. Otros bebieron su sangre, diciendo que el sacerdote había sido muy valiente por soportar tanto dolor, y que al beber su sangre se harían tan valientes como él.

El explorador Wentworth Greenhalg narró la captura de 50 prisioneros el 17 de junio de 1667 cerca del poblado iroqués de Cannagorah. Al día siguiente fue testigo de la muerte de cuatro hombres, cuatro mujeres y un niño: «Las crueldades duraron alrededor de siete horas, y cuando estaban casi muertos, los dejaron a merced de los muchachos y arrancaron los corazones de los que estaban muertos para darse un banquete».

Durante una batalla contra los franceses que tuvo lugar cerca de Schenectady el 19 de enero de 1693, Peter Schuyler, alcalde de Albany, informó de que sus aliados iroqueses, «de acuerdo con su bárbara naturaleza, descuartizaron, asaron y devoraron a los enemigos muertos». Schuyler fue invitado a beber un caldo que habían preparado, y lo hizo hasta que los indios metieron el cazo en la olla y sacaron la mano de un francés. Entonces se le fue el apetito.

Los hurones eran aliados de los franceses. Jacques Devonville,

gobernador de Nueva Francia, informó de que los hurones, tras una batalla que libraron contra los iroqueses en 1687, devoraron a sus enemigos: «Presenciamos el doloroso espectáculo de las habituales crueldades de los salvajes. Estos descuartizaron a los muertos, como en las carnicerías, para que cupiesen en la marmita. A la mayor parte abriéronles aún calientes, para que se pudiese beber su sangre».

Hay noticias de que los iroqueses comieron prisioneros de guerra al menos hasta 1756. Para algunos, la tortura que predecía a su canibalismo pudo tener su origen en la creencia de que el alma de las víctimas tendía a quedarse unida al cuerpo, y que podía ser estimulada a salir de él si se infligía la muerte después de un sufrimiento prolongado. Para otros, como Marvin Harris, la tortura era utilizada para adiestrar a los jóvenes a ser implacables con el enemigo. La tortura hacía que perdieran los últimos vestigios de piedad hacia el enemigo y los acostumbraba al fragor del combate. Además, les advertía del pavoroso destino que les estaba reservado en el caso de que les fallase el valor y se dejasen capturar. Peggy Reeves Sanday opina en su *Divine Hunger, Cannibalism as a Cultural System* (1986):

La víctima de la tortura procedente de fuera de las fronteras sociales se convierte en blanco sustiturio para la expresión de impulsos que podrían orientarse hacia el interior. En la tortura, la violencia es expresada; en el canibalismo la violencia es devorada ritualmente. Todo gira en torno a los medios por los que la violencia maléfica es transformada en una sustancia benéfica, en una fuente de paz, de fuerza política y de fecundidad.

No podemos dejar el Nuevo Mundo sin hacer un recorrido por las regiones centrales de América del Sur. Unas regiones donde reina la oscuridad —incluso cuando más brilla el sol—, tan tupidas son las bóvedas de follaje de la impenetrable selva tropical. Unas regiones donde la misma Naturaleza se encarga de desalentar a los intrusos. Unas regiones plagadas de fieras y enfermedades donde incluso hoy en día se supone que viven tribus en las mismas condiciones que sus antepasados europeos de la Edad de Piedra, pues jamás han tenido contacto con el hombre blanco.

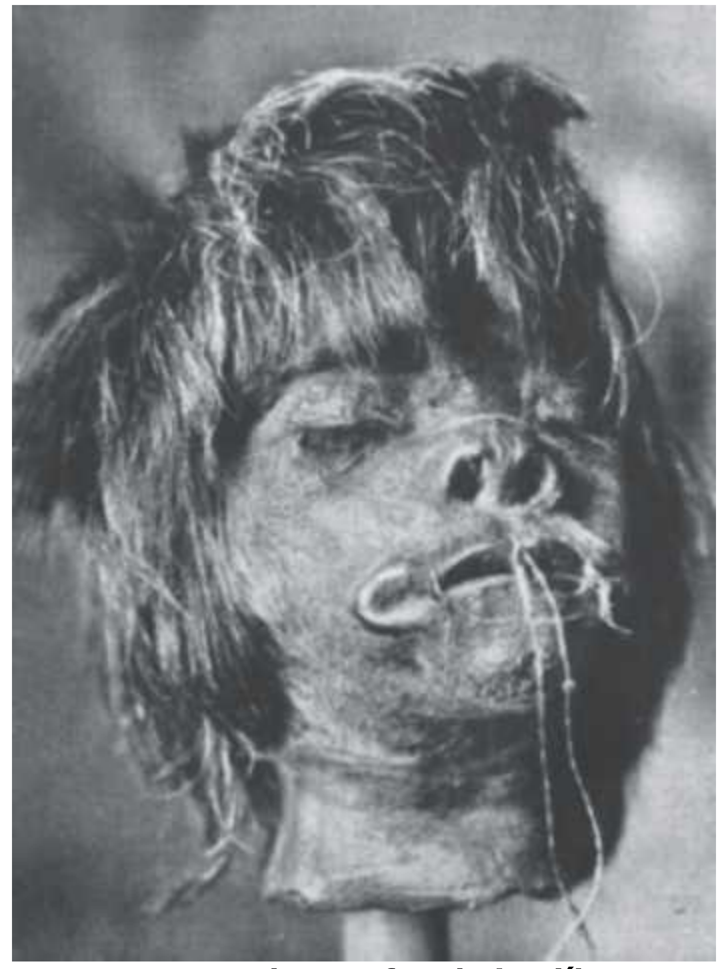
Por eso se las conoce como *El Infierno Verde*. Una de estas formidables regiones es la cuenca del río Amazonas, que abarca el noroeste de Brasil, parte del Perú, Paraguay, Colombia y Venezuela. Otra es el Mato Grosso de Brasil. La tercera es el Gran Chaco, en la frontera entre Argentina y Paraguay, 20.000 kilómetros cuadrados de selvas impenetrables, pantanos y desiertos.

El cine nos ha transmitido la idea de que en estas extensas regiones, muchas de ellas todavía inexploradas, pobladas por tribus salvajes y belicosas, había antropófagos que, por costumbres antiquísimas, saciaban sus bestiales instintos en todo aquel que osara penetrar en su territorio. Sin embargo, ya hemos visto que la práctica más extendida era el endocanibalismo como parte de un elaborado rito funerario. En otras zonas se practicaba el canibalismo guerrero como venganza, como medio para aterrorizar a sus enemigos o para incorporar las virtudes del devorado pero solo excepcionalmente algunas tribus comían carne humana simplemente porque les gustaba.

Los guerreros caucas, que vivían en el fértil valle del río conocido aún como Cauca, al oeste de Colombia, antes de entrar en combate, insultaban a sus enemigos y los amenazaban con comerlos mientras tocaban trompetas

fabricadas con los huesos de sus enemigos y tambores hechos con su piel. Sus prisioneros de guerra eran devorados. Hombres, mujeres y niños. Algunos eran decapitados, descuartizados, asados y comidos en el mismo campo de batalla, pero la mayoría eran llevados a su poblado, donde seguían este mismo destino. En 1859, T. Williams informó de que había visto prisioneros a quienes se les habían amputado las extremidades mientras aún estaban vivos. Después, brazos y piernas fueron asados y devorados mientras el desdichado era testigo de tal horror. Aunque todos podían comer la carne, tenían preferencia los jefes y los guerreros. Carneiro, en *The anthropology of war* (1990), dice que un jefe cauca prefería ahumar el cuerpo entero para ir comiéndolo por partes. Cuando los españoles llegaron por primera vez al poblado encontraron los restos de 400 enemigos.

Los famosos jíbaros de Ecuador nunca fueron caníbales, aunque eran ávidos cazadores de cabezas. Reducían las cabezas de sus enemigos, pues creían que dentro de un guerrero habitaba un alma llamada *muisak*, que podía salir del cuerpo en forma de un demonio para vengar la muerte de su dueño. Sin embargo, si la cabeza del cadáver era rápidamente reducida (las cabezas reducidas se llaman *tsansa*), el muisak se veía forzado a entrar en la tsansa, de la que ya nunca podría escapar. Las cabezas reducidas de los jíbaros fueron muy buscadas por coleccionistas blancos, especialmente norteamericanos, lo que dio lugar a un repugnante comercio. A menudo eran cambiadas por rifles, lo que dio una nueva motivación a la caza de cabezas. Los rifles significaban poder sobre el resto de tribus, y esto provocó un espectacular aumento de las hostilidades en la zona, hasta que en 1960 el gobierno ecuatoriano prohibió esta práctica y persiguió a los infractores. Sin embargo, aislados en su propio mundo detrás de la cordillera andina, se dice que los jíbaros siguieron reduciendo cabezas hasta los años 70. Posteriormente, la región quedó abierta por una pista de aterrizaje usada por los misioneros y una base militar abastecida por aire. Además, el hallarse en una zona de explotación petrolífera contribuyó a la extinción de esta bárbara costumbre.



Un macabro trofeo de los jíbaros.

Se cuenta que un explorador recién casado acompañado de su esposa emprendió el penoso viaje al país de los jíbaros para estudiar sus costumbres. La joven se rindió ante lo penoso de la marcha y regresó a uno de los últimos asentamientos blancos para esperar el regreso de su marido. Llegó la época de las lluvias y este no volvía. Pasaron los meses y seguían sin noticias suyas.

Finalmente, dándole por perdido, la desolada esposa decidió regresar a su país. Quiso adquirir una tsansa de recuerdo y ¡cuál no sería su espanto al reconocer en las facciones de la cabeza reducida a su propio marido! Ya hemos hablado de Alfred Russell Wallace, que exploró las regiones del Amazonas medio y el Río Negro desde 1848 hasta 1852 y recogió sus experiencias en *Una narración de viajes por el Amazonas y el Río Negro* (1853). Para Wallace, en esta región los verdaderos caníbales eran los cobeus. Decía que se comían a los miembros de otras tribus a quienes mataban en batalla y que incluso hacían la guerra con el único fin de conseguir carne humana. Cuando tenían más de la que podían consumir en el momento, la secaban y la ahumaban sobre el fuego para conservarla más tiempo. Los arekaínas del río Isanna también eran voraces caníbales, como los miranhas. Los catauixis de la zona del río Purús mataban a todos los indios de otras tribus que podían, se los

comían y conservaban su carne seca y ahumada. Wallace dice de ellos: «El señor Domingos, un comerciante portugués de la zona del río Purús, me dijo que una vez se encontró con un grupo de ellos, los cuales le tocaron el vientre y las costillas, como haría un carnicero con una oveja, y hablaron mucho entre ellos, insinuando aparentemente que estaba gordo y sería una comida excelente».

En 1925, el misionero W. Barbrooke Grubb, de la South American Missionary Society, escribió en *A church in the wilds* que aunque el canibalismo ya no se practicaba en el Chaco, corrían numerosas historias sobre tribus de antropófagos que vivían en el oeste, como los chiriguanos. Contaba que tres indios lenguas habían decidido explorar las tierras más allá de su poblado, y que después de varios meses de duro viaje, llegaron a un poblado donde fueron bien recibidos:

Cerca del poblado, y antes de que pudieran verlo, percibieron un peculiar olor, que les sorprendió mucho. Al llegar, fueron recibidos calurosamente, y les dieron alimentos, algunos de los cuales no habían probado antes, pero que encontraron muy sabrosos.

Aunque la gente del poblado parecía muy amigable, había algo en el lugar que les hacía sentir incómodos. No podían decir lo que era, pero se sentían inseguros. Cuando anocheció, toda la gente —hombres, mujeres y niños— abandonaron el poblado: los hombres a recoger la leña que habían cortado, y las mujeres y los niños a por agua a un río cercano. Los lengua habían visto varias grandes ollas de barro puestas sobre el fuego.

Sintiendo curiosidad, aprovecharon la ocasión para examinar su contenido. Con horror, descubrieron en una de las ollas los dedos de una mano humana saliendo de una masa de carne cocida y, revolviendo el contenido con sus cuchillos, descubrieron un pie. En otra olla, cuando volvieron un gran pedazo de carne, quedó al descubierto una cara humana. Inmediatamente se internaron en los bosques y emprendieron el camino de vuelta a casa.

El ejemplo anterior es muy demostrativo de las motivaciones del canibalismo guerrero. No tiene ningún sentido comer la carne de quien no ha ocasionado ninguna afrenta a la tribu. Otro ejemplo es el relato del explorador Algot Lange, que a principios del siglo XX decidió internarse en la región del río Javary, en la frontera entre Brasil y el norte de Perú. Las fiebres, las serpientes y el beri-beri fueron acabando con todos los miembros de la expedición hasta que Lange se encontró solo en medio de la jungla.

Enfermo y agotado, consiguió llegar al poblado de los mangeromas, que tenían fama de ser unos voraces caníbales. Sin embargo, los mangeromas cuidaron de Lange hasta que este se repuso.

Resignado a acabar en la olla, el explorador sintió un enorme alivio cuando el jefe le dijo que no debía temer nada de ellos, pues no le consideraban un enemigo. En cierta ocasión, fue honrado con una cena en casa del jefe. Fue agasajado con loros asados, plátanos fritos y un plato que no fue de su gusto; una sopa muy especial:

La carne, que era uno de los ingredientes de la sopa, sabía y olía como si hubiera sido guardada durante semanas, y las hierbas usadas eran tan amargas y le daban un olor tan nauseabundo, que fui incapaz de tragarla. El jefe me miró y frunció el ceño (…) Cerré los ojos y bebí la sopa, gracias al

mecanismo mental conocido como auto-sugestión. Sentía un gran respeto hacia la naturaleza impulsiva e irracional de estos hijos de la jungla: si se sentían insultados, como comprobé más tarde, eran implacables. El incidente sirvió para recordarme que mi vida colgaba de un hilo muy fino.

Las sospechas de Lange de que había comido carne humana se vieron confirmadas cuando presenció cómo los mangeromas devoraban partes de los cuerpos de sus enemigos:

Dos caboclos, o mestizos, peruanos, cayeron en una de las muchas trampas, ingeniosas y fatales, que esta tribu es experta en colocar en la jungla. Los cuerpos fueron descubiertos por un grupo de guerreros y llevados al poblado para un festín asociado con un oscuro rito religioso.

En primer lugar, les cortaron a los cadáveres las manos y los pies, y tuvo lugar una reunión con el jefe. Este pareció muy satisfecho, habló poco, pero asintió con la cabeza y sonrió. Después de la reunión, el pueblo entero se preparó para el festín. Se encendieron fuegos, se limpiaron las ollas y se procedió a hacer algo que me llenó de horror. Decidí retirarme a mi hamaca y simular dormir, porque sabía bien, después de mi experiencia previa con la sopa, que tendría que tomar parte de la comida que se estaba preparando: un horrible festín de carne humana. Fue suficiente para mí verles descarnar las palmas de las manos y las plantas de los pies y limpiar estos manjares con manteca de tapir.

Un horrible pensamiento cruzó por mi mente mientras veía a los hombres inclinarse con impaciencia sobre las ollas para ver si la carne estaba lista: ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que olvidaran su promesa y pusieran mis propias extremidades en aquellas ollas? Lange comió su ración. Pasado un tiempo, participó en una incursión contra los caboclos, de quienes dice que asesinaban a los mangeromas y robaban sus mujeres. Después de la batalla, hubo un nuevo banquete.

Cuando el explorador se vio con suficientes fuerzas, decidió volver con los suyos sin que nadie se lo impidiera. Recogió sus experiencias en In the Amazon jungle (1912). Entre los agradecimientos citó al jefe de los mangeromas: «(…) porque no ordenó matarme y servir mi carne, hecha o al punto (lo cual tenía perfecto derecho a hacer)».

H. Helmuth, en *Man and agression* (1973), hizo un interesante análisis del canibalismo entre los indios de Sudamérica. Analizó 16 tribus que practicaban el endocanibalismo y 38 el canibalismo guerrero. Su intención era determinar si el endocanibalismo estaba relacionado con las tribus de cazadores-recolectores (con un menor nivel social) y si el exocanibalismo se relacionaba con las tribus de agricultores sedentarios, más evolucionadas. Llegó a la conclusión de que las sociedades más primitivas eran quienes practicaban el endocanibalismo, de donde dedujo que es una práctica más antigua y más primaria que el canibalismo guerrero.

Otra región del planeta a la que se etiquetó como «caníbal» desde fechas tan tempranas como 1544 fue África. En 1597 apareció en Francfort la obra *Warhafete und Eigentliche Beschreibung des Königreichs Congo*, de Eduardo López, donde describía los espantosos puestos de venta de carne humana del Congo:

Tienen sus carnicerías o tiendas con carnes de hombres al igual que

entre nosotros suele haberlas de carne de buey, cordero u otras, pues a los enemigos apresados en la guerra los degüellan, y venden los cuerpos de los propios siervos si pueden despacharlos a buen precio, de lo contrario los entregan a los carniceros para que los corten a pedazos para asar o cocer (…) Y hay algo todavía más singular e inaudito; se cuenta que algunos, cansados de vivir o queriendo ser reputados como valientes por creer que realizan una acción honrosa si desprecian su vida, se entregan voluntariamente al carnicero, o a los siervos de los señores, para ser llevados al tajo y servir para una comilona: entonces se les engorda y, una vez cebados, se les mata y devora.

También se decía que en Dahomey el tráfico de carne humana había adquirido enormes proporciones. Existían centros de alimentación acelerada de prisioneros y esclavos; mataderos y carnicerías donde cualquiera podía adquirir suculentos filetes de carne humana. Tenemos motivos para dudar de la veracidad de la segunda historia, pues el gran viajero y explorador *sir* Richard Burton asistió a una Costumbre Anual en Dahomey a principios de 1863 e hizo una detallada descripción en su libro *Una misión cerca de Gelele, rey de Dahome*. A pesar de que en Dahomey eran muy numerosos los sacrificios humanos, Burton dice que los cadáveres de las víctimas eran dejados pudrir en los patíbulos o abandonados a los buitres, no devorados.

Relatos como los de López fueron dados por verdaderos, a pesar de que en muchas ocasiones quien escribía no había visto con sus propios ojos tal atrocidad, sino que se basaba en el testimonio de testigos «fiables». El argumento de que el color negro de la piel estaba fuertemente asociado con la perversidad moral y la inferioridad intelectual y espiritual fue utilizado (al igual que en el caso del Nuevo Mundo) como un pretexto para justificar la trata de esclavos, extendida rápidamente desde 1650 con el desarrollo del sistema de plantaciones de América. El negro era distinto al europeo y, por lo tanto, era malo, indecente, o al menos, un representante inferior de la especie *Homo sapiens*.

La trata de esclavos supuso uno de los desplazamientos de población más importantes de la historia de la Humanidad: entre 12 y 15 millones de seres humanos fueron transportados en las bodegas de los barcos negreros, como mercancías, a través del océano Atlántico. También dejó tras de sí el mito de la inferioridad de la raza negra y un encarnizado conflicto racial. Los negreros conseguían esclavos en la costa occidental de África, entre Gorea (pequeña isla frente a Dakar) y Mozambique, donde los cambiaban a reyezuelos nativos a cambio de lana, algodón, ron, aguardiente, barras de hierro, barriles de pólvora, fusiles y cuentas de cristal. Pero pocos blancos se aventuraban a atravesar la jungla, y menos aún regresaban, por lo que se conocían pocos datos de lo que había más allá. El interior de África, que hasta entonces no lo había sido, se hizo hostil a los blancos que secuestraban a sus habitantes. Las vías transafricanas, tan bien trazadas en los mapas del siglo XV, desaparecieron para dar paso a la *Terra Incognita*.

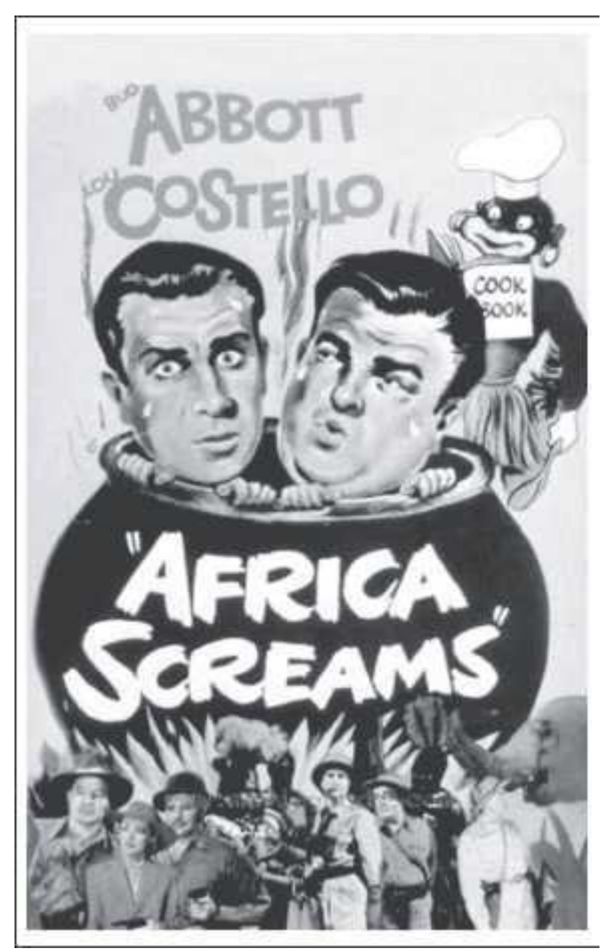
Había un inmenso río, el Níger, que nacía en las montañas de la Luna y llegaba al mar, nadie sabía adónde. En Abisinia vivía el mítico Preste Juan, un monarca cristiano cuyos banquetes eran iluminados por elefantes domesticados que sostenían antorchas con sus trompas. Sus cazadores

capturaban unicornios con la ayuda de vírgenes. Al sur se hallaba el fantástico reino de Monomotapa, una región forrada de oro. En Madagascar existía el gigantesco *ave roc*, capaz de levantar por los aires a un elefante.

En África Central existía una región de pigmeos, de tan solo 30 centímetros de estatura, que libraban batallas contra las grullas, y otra tribu que tenía los labios inferiores tan pronunciados que los utilizaba como toldos. Y había caníbales por doquier.

Las grandes potencias europeas abolieron la trata en 1818, pero para entonces, ya era común en Europa un inmenso sentimiento de superioridad respecto a los negros, como lo fue el de los griegos respecto a los *bárbaros*. Durante siglos, la opinión general de los europeos fue que los negros africanos eran pueblos salvajes que tenían la insana costumbre de comerse unos a otros para almorzar y que, a la mínima ocasión, añadían a su menú un explorador o un misionero. De hecho, una imagen estereotipada y racista que ha perdurado hasta nuestros días es la del blanco cociéndose en una burbujeante marmita mientras salvajes negros con taparrabos de leopardo y la nariz atravesada por un hueso bailan a su alrededor.

Durante la última gran expansión imperialista (finales del siglo XIX y principios del XX), los europeos crearon colonias en África y exploraron regiones hasta entonces intransitadas por el hombre blanco. Los relatos de los exploradores acerca de los salvajes antropófagos atrajeron particularmente la atención de los europeos (burgueses ansiosos de aventuras tropicales) porque el canibalismo de los nativos se suponía que obedecía única y exclusivamente a un gusto por la carne humana. Como veremos, es posible que un canibalismo que fuera en principio guerrero acabara convirtiéndose en un canibalismo puramente gastronómico. El guerrero que por venganza se comía a su enemigo acabó encontrando un placer en este festín, y la guerra pasó a ser un medio para conseguir carne humana. Pero también se practicaba el endocanibalismo, y el llamado *canibalismo judicial*, que se aplicaba como castigo a quienes infringían las reglas de la tribu.



Cartel anunciador de la comedia *Africa Screams* (1949), de Abbott y Costello, que recoge el conocido cliché.

Sin embargo, la repugnancia y el horror que sintieron los europeos ante cualquier acto de canibalismo condujo a que simplemente se limitaran a dejar constancia de los hechos. Todos los que comían carne humana eran salvajes que necesitaban ser civilizados. De esta forma, el canibalismo se convirtió en una obsesión en la literatura colonial, aportando una razón de peso para la actividad misionera y colonizadora, cuyas motivaciones distaban mucho de ser altruistas. Los descendientes de los olvidados caníbales se pusieron manos a la obra.

Curiosamente, los africanos también sospechaban que los europeos eran caníbales. A lo largo de los afluentes del río Congo existían almacenes de esclavos donde, después de un largo viaje, se les engordaba en espera de ser vendidos a un buen precio. Los nativos pensaban que su destino era ser alimento de los europeos.

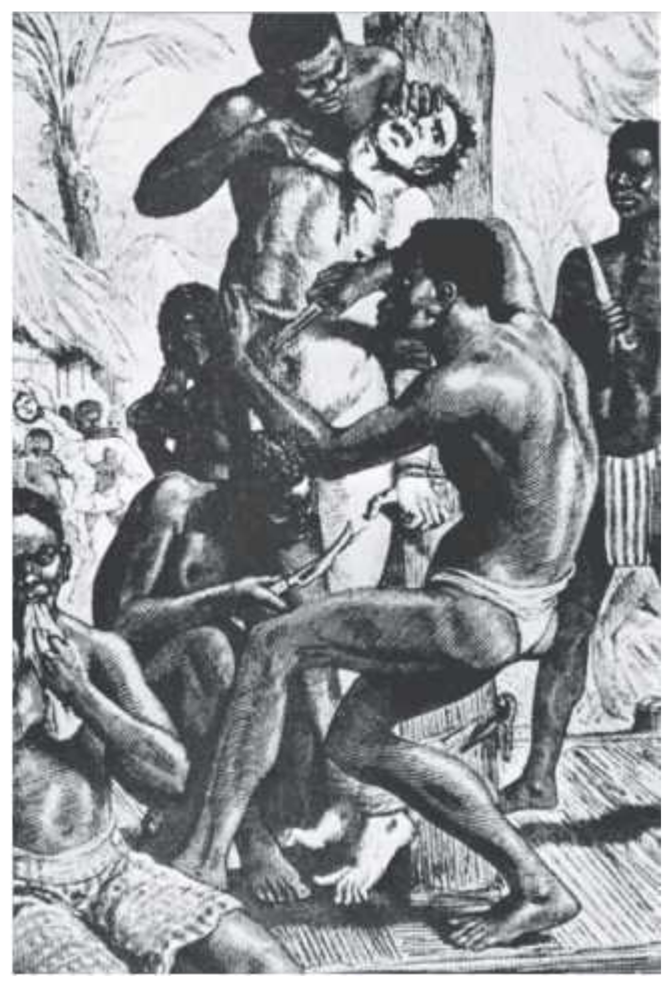
El miedo a sufrir esta pavorosa suerte atenazaba el corazón de quienes esperaban en los barracones a ser embarcados.

Los diarios de los grandes exploradores del continente negro apoyan la tesis de que el canibalismo no era una práctica generalizada. Ni Fynn, ni Livingstone, ni Galton, ni Speke ni Baker fueron testigos directos de tales

prácticas. Los nativos habían oído hablar de ello, pero siempre referido a *otro lugar*. Fueron otros quienes extendieron la leyenda con dudosos fines.

El explorador y misionero escocés David Livingstone se propuso abrir rutas en África para facilitar la actividad comercial y misionera. En marzo de 1866 partió de la isla de Zanzíbar para adentrarse en el continente africano y durante varios años no se supo nada de él. La desaparición del ya famoso explorador suscitó un gran interés tanto entre los europeos como entre los norteamericanos, así que Gordon Bennet *Jr.,* el propietario del *New York Herald,* decidió enviar a uno de sus periodistas para encontrarle, *vivo o muerto,* según sus propias palabras. El elegido fue Henry Stanley, un hombre que lejos de mantenerse objetivo en sus crónicas era fiel seguidor de la máxima «nunca dejes que la realidad te estropee una buena noticia». Su capacidad de fabulación era tal que llegó a escribir varias autobiografías diferentes a lo largo de su vida; y sus principios, tan inexistentes que, durante la Guerra Civil, combatió tanto en el bando confederado como en el ejército de la Unión. En 1867 consiguió entrevistarse en Fort Zarah (Kansas) con James Butler Hickok, más conocido como *Wild Bill*.

Deseoso de mandar a sus lectores una crónica que retratara el Salvaje Oeste y sus rudos habitantes, Stanley escribió que Bill le había confesado que había matado a un centenar de hombres (tenía entonces tan solo 30 años) y que dos años antes, se había enfrentado él solo con cinco hombres que habían intentado robarle mientras dormía en un hotel de Leavenworth. Según los biógrafos de Hickok, el incidente de Leavenworth jamás tuvo lugar. La trayectoria posterior de Stanley (y la de Hickok) hacen pensar que le dijera lo que le dijera Bill, fue el periodista quien inventó la historia y probablemente quien abultó la cifra de muertos. Stanley consiguió con su crónica dotar al personaje de un aire heroico y legendario. Ello explica que Bill, que era un gran vanidoso, nunca le pidiera explicaciones. Sin embargo, la fama de *Wild Bill* con el tiempo se convirtió en una pesada carga y acabó costándole la vida. El 2 de agosto de 1876, mientras jugaba al póker en el salón Nº 10 de Deadwood (Dakota), Bill fue disparado por la espalda por Jack McCall, que quería pasar a la historia como el hombre que había acabado con el gran *Wild Bill*.



Caníbales negros cortan sus bocados preferidos de una víctima blanca. *Le Journal des Voyages*, 2 de junio de 1878.

La cobertura periodística del viaje a África de Stanley fue tal que el mundo entero seguía sus pasos, así que el periodista no podía defraudar a sus lectores (ni a su editor, que corría con todos los gastos). Debía darles lo que esperaban: el relato colorido de una apasionante aventura en una tierra misteriosa y brutal, infestada de salvajes caníbales y fieras, al estilo de *Cinco semanas en globo o El pueblo aéreo,* de su contemporáneo, Julio Verne. Para Stanley, los negros eran «verdaderos paganos y demonios selváticos, que con sus gritos, sus lamentos y sus amenazas, provocaban constantes perturbaciones (…), salvajes obstinados que saben apreciar un trozo de carne humana (…), arqueros enemigos de audaz desfachatez que causan toda clase de daños».

Stanley dijo haber sido atacado por los caníbales en nada más y nada menos que 32 ocasiones. Su comitiva era recibida con el redoblar de los tambores y el sonar de cuernos de guerra. Mientras navegaba por el río Lualaba, los caníbales le gritaban desde sus orillas: «¡Carne! ¡Carne! ¡Ah! ¡Ha! ¡Tenemos mucha carne! ¡Bobo-bo-bo! ¡Bo-bo-bo-bo!». Naturalmente, no podía quedarse impasible: «Mi sangre hervía, un odio salvaje contra aquellos

alimoches humanos me avasalló. Los perseguí río arriba hasta sus poblados, los empujé hacia la selva, devasté su templo de marfil e incendié sus casas. Hundí sus canoas en medio de la corriente».

De los batansi dijo que eran caníbales basándose en argumentos tan pueriles como los siguientes:

Dieron la impresión de como si ante la presencia de la carne (una cabra degollada) fueran presa de una especie de locura como la que se podría esperar de una fiera hambrienta. Con ojos salvajes miraban fijamente los trozos de carne y se peleaban entre sí cuando alguno de mis hombres les arrojaba un pedazo. Ávidamente recogían del suelo los coágulos de la sangre de la cabra que caían y miraban con hambre feroz cada bocado de carne que se comía uno de mis hombres.

Y llegó a la conclusión de que los batansi eran caníbales. Nada extraño, pues según él, los 30 millones de habitantes de la cuenca del Congo eran *todos* caníbales.

Finalmente, tras abrirse camino a tiros durante prácticamente diez meses, Stanley encontró el 10 de noviembre de 1871 a Livingstone en Uiji, en las orillas del río Tanganica, conviviendo pacíficamente con los «salvajes». Fue en este encuentro cuando pronunció su famosa frase «Doctor Livingstone, supongo», aunque muchos dudan incluso de esta anécdota, pues el escocés no la recogió en su diario.

Livingstone estaba enfermo y murió en África pocos meses después, pero Stanley volvió a Londres y se cubrió de oro y fama, escribió un libro *(Cómo encontré a Livingstone: viajes, aventuras y descubrimientos en el África Central)*, y dio numerosas conferencias. Volvió a África en 1874, acompañado de varios cientos de hombres, equipamiento moderno, un barco y muchas armas.

La intención era encontrar las fuentes del Nilo. La diferencia con la anterior expedición fue que, en esta ocasión, los brutales métodos de Stanley fueron conocidos por la opinión pública. Stanley mostraba en todo momento una actitud racista tanto hacia los porteadores como hacia los indígenas. Sus acciones demostraron ser mucho más bárbaras que las de los nativos, llegando a maltratar duramente y a amenazar con matar a todo aquel que discutiera sus órdenes y a arrasar pueblos congoleños enteros ante la mínima sospecha de que pudieran tramar algo contra los colonizadores. Y su actitud fue aún más brutal cuando en 1878 el rey Leopoldo II de Bélgica recurrió a él para que dirigiera el establecimiento de colonias en puntos estratégicos del río Congo (lo que más tarde fue el Estado Libre del Congo, propiedad no de Bélgica, sino de Leopoldo). Bajo su supervisión se construyeron fuertes y ciudades empleando africanos en condiciones de esclavitud, algo que prohibían ya las leyes belgas e internacionales. Se dice que Joseph Conrad se inspiró en Stanley para crear el personaje del desquiciado agente Kurtz de *El corazón de las tinieblas* (1902), en el que se basó Francis Ford Coppola para su *Apocalypse Now*. Las hazañas de Stanley, que en su día entusiasmaron al público, hoy en día también interesarían mucho a la justicia.

Durante el periodo en que fue administrado por Leopoldo II (desde 1890 a 1910), el territorio fue objeto de una explotación sistemática e indiscriminada de sus recursos naturales (especialmente el marfil y el caucho).

Para mantener el control sobre la población indígena la administración colonial instauró un régimen de terror en el que fueron frecuentes los asesinatos en masas y las mutilaciones. Se calcula que el número de africanos muertos pudo ser de diez millones, una cifra comparable a la del Holocausto nazi. Leopoldo II se justificaba con estas cínicas palabras: «Cuando se trata de una raza compuesta desde hace miles de años por caníbales, es necesario utilizar métodos que sacudan su pereza y que les hagan comprender el aspecto sano del trabajo».

Pero el hecho de que el canibalismo fuera nuevamente utilizado como una excusa para perpetrar el expolio y el genocidio de un pueblo no quiere decir que en África no hubiera caníbales.

Lejos de ser una práctica generalizada en todo el continente, los antropófagos se concentraban en las cuencas de los ríos Congo y Níger. Los antropólogos están de acuerdo en que no hubo caníbales ni en el norte ni el sur de África. Fueron los exploradores italianos, británicos y alemanes que desde mediados del siglo XIX buscaron las fuentes del Nilo, así como las expediciones militares al problemático anglo-egipcio en Sudán, quienes llevaron a Europa fantásticos relatos de unas feroces tribus de devoradores de hombres llamados los *niam-niam*. Se decía que se afilaban los dientes y que incluso estaban dotados de una larga cola como la de los animales, con la que derribaban a sus enemigos. Su voracidad estaba más allá de toda imaginación; devoraban con gran glotonería hombres, mujeres, niños y cadáveres, incluso de su propia tribu. El doctor Hubsch, médico en hospitales en Constantinopla, relata así su encuentro con una mujer niam-niam que intentaba vender un traficante de esclavos:

Supe por él que existía una tribu llamada niam-niam localizada en el interior de África. Todos los miembros de esta tribu nacen con un apéndice vertebral, y, dada la propensión de las mentes orientales a la exageración, me aseguró que algunas colas alcanzaban la longitud de dos pies. La que yo observé era suave y sin pelo. Tenía aproximadamente dos pulgadas y acababa en punta. La mujer era negra como el ébano, su pelo rizado, los dientes blancos, largos, y dispuestos en alveolos de una considerable inclinación hacia fuera. Los cuatro caninos eran afilados, y sus ojos estaban inyectados en sangre. Comía carne cruda, movía sus ropas nerviosamente, su inteligencia era la normal de los de su condición.

Su amo había sido incapaz de venderla durante seis meses, a pesar del bajo precio a que la había puesto; el aborrecimiento con que era recordada no se atribuía a su cola, sino a la inclinación, la cual no se podía ocultar, hacia la carne humana. Su tribu se alimentaba de la carne de los prisioneros capturados de las tribus vecinas, con las cuales guerreaban constantemente.

Tan pronto como uno de la tribu muere, sus parientes, en lugar de enterrarlo, lo descuartizan y se deleitan con sus restos; evidentemente no hay cementerios en esta tierra.

La mayoría de los antropólogos están de acuerdo en que no han existido razas humanas dotadas de cola. La existencia de un apéndice caudal cubierto de pelo sí ha sido descrita en la literatura médica, pero tan solo en 160 casos, y siempre como una malformación aislada.

En cambio, las razas de salvajes con cola aparecen, al igual que otros

seres fabulosos, en los fantásticos relatos de Mandeville y Marco Polo. El dotar a un ser humano de alguna característica animal (el exceso de pelo, la ausencia de lenguaje, la presencia de cuernos o de cola) contribuía a presumirle un comportamiento cruel y feroz, propio de las bestias, que incluía una insana inclinación a comer carne humana. Curiosamente, fue Stanley, tan dado a la fabulación, quien echó por tierra el mito de la leyenda de la cola de los niam-niam, pues afirmó que la famosa cola era un simple adorno.



Codon T. Updike nació con la curiosa malformación. La foto fue tomada en 1932.

Los niam-niam fueron identificados con los azande, un pueblo que dominó una extensa región en los actuales países de República Centroafricana, Zaire y parte de Sudán. En realidad, los verdaderos caníbales fueron tribus bantúes como los bangbinda, los babukur y los bahum, que penetraron en el valle del río Sue (Sudán) en el siglo X. Eran grupos de 30 o 40 personas que desde tiempos ancestrales practicaban el canibalismo guerrero. Como se comían a los enemigos caídos en el campo de batalla, los azande los llamaban *abarikangba*; «comedores de muertos». Los dinka, que sufrían sus incursiones, los llamaron *niam-niam*, que quería decir en su lengua «grandes comedores». Más tarde, al llegar otras tribus como los abarambu y los amadi, las prácticas caníbales alcanzaron su clímax y, probablemente, incluyeron otras formas de

antropofagia. Junto con los prisioneros de guerra, también los delincuentes o quienes transgredieran las normas morales de la tribu eran devorados. El canibalismo era practicado por hombres, mujeres y niños como castigo a aquellos que cometían adulterio, practicantes de la magia negra, ladrones, prisioneros de guerra, mujeres poco virtuosas e incluso para los invocadores de lluvia que no conseguían su propósito. A los ladrones de poca monta se les perdonaba la vida, pero se les cortaban las orejas, que eran devoradas.

Durante los siglos XVIII y XIX, los azande, «la gente que posee muchas tierras», que hasta entonces habían sido un pueblo dedicado a la caza, emigraron desde el oeste y conquistaron los territorios del sur de Sudán, Zaire y la República Centroafricana, so metiendo a las diferentes tribus niam-niam. Los que no fueron masacrados o dispersados, se integraron entre ellos. Los azande abolieron el canibalismo como una práctica habitual entre los bantúes y las diferentes tribus que asimilaron, aunque incorporaron a su ejército a los belicosos caníbales derrotados. El resultado fue que en tiempos de guerra, sus enemigos ya solo tomaron contacto con los caníbales, y creyeron que todos los azande lo eran, dando origen a la leyenda. Por ello, y debido a una simple cuestión geográfica, los primeros exploradores blancos que se adentraron en las tenebrosas tierras de los niam-niam encontraron en su lugar a los azande, e identificaron a unos con otros. El comerciante de marfil John Petherick, el primer europeo que contactó con los azande en su propio territorio en 1858 oyó muchas historias de canibalismo, pero nunca presenció ninguna de estas prácticas. Carlo Piaggia, un italiano que se unió a un grupo de mer caderes como guía, pasó un año entero en la región de los niam-niam, entre 1863 y 1864, y solo fue testigo de cómo era devorado un prisionero de guerra. El misionero italiano F. Giorgetti Gero, que llegó a la región de los azande en 1926 y pasó 38 años entre ellos, dedicó muchos esfuerzos a rebatir la leyenda negra que rodeaba a los azande.

Quien sí contactó con grupos de los dispersos niam-niam fue el botánico alemán Georg Schweinfurth en el Congo, en 1870.

Como relató en su *En el corazón de África* (1873), vio montones de desperdicios con fragmentos de huesos mezclados entre ellos, y pies y manos humanos colgados de las ramas de los árboles, secándose al sol. Los niam-niam no le escondieron su gusto por la carne humana. Le dijeron que consideraban cualquier cadáver humano apto para ser comido, a menos que la causa de la muerte hubiera sido una repugnante enfermedad de la piel. Los cráneos descarnados eran exhibidos en la puerta de sus chozas, clavados en estacas. Cualquier persona que falleciera sin parientes que protegieran su cuerpo acababa en sus estómagos; y en tiempos de guerra, también los prisioneros eran devorados. La sustancia más empleada para cocinar era la grasa humana, que también era usada como combustible. Schweinfurth vio con sus propios ojos cómo el recién nacido de una cautiva fue dejado tirado sobre una estera, abandonado a los ardientes rayos del sol del mediodía para que muriera. «Se le había obligado a abandonar al desvalido bebé, pues se había estipulado que se emplearía para un delicioso asado», cuenta el alemán.

Yendo hacia el sur, cerca del nacimiento del río Uele, un afluente del Congo, Schweinfurth dio con los temibles monbuttu, de quienes dijo que eran los más feroces caníbales de todas las tribus conocidas de África. Los

cadáveres de sus enemigos eran dejados a secar en el campo de batalla y luego eran transportados a su poblado para ser devorados. Los prisioneros también eran llevados, conducidos como ganado, y días después, seguían el mismo destino. Su rey, Munsa, le contó a Schweinfurth que se comía un niño diariamente, algo que nunca vio con sus propios ojos el alemán. También le dijo que había dado orden de que el canibalismo se practicara en secreto durante la estancia del blanco entre ellos, pues sabía que a los europeos les repugnaba esta práctica. Sin embargo, el explorador fue testigo de cómo se preparaban partes de cuerpos humanos para ser comidas, y pudo ver ollas llenas de grasa humana. Los niam-niam le explicaron que la ingesta de esta sustancia les inducía un estado similar al de una borrachera. Cuando les pidió cráneos que añadir a su colección, vio que la mayoría habían sido fragmentados para extraer el cerebro, y que algunos estaban todavía húmedos y con el olor característico de una reciente cocción. Lewis Cotlow viajó a la zona en fechas tan tardías como 1937. En su libro *Zanzabuku* (1957), escribió:

No hay duda de que la costumbre de comer carne humana entre los monbuttu había desaparecido para entonces, pero en mi primer viaje recibí algunas vagas y confusas respuestas a mis preguntas sobre el tema. Un honesto explorador me dijo, cansado de mi interrogatorio, que preguntó a un anciano mon buttu: '¿Comes carne humana?'. El anciano se quedó pensativo por un momento y después dijo, cabizbajo: `Es muy duro abandonar viejos hábitos'.

Muchos de los relatos de los caníbales de la cuenca del Congo no provienen de los exploradores o antropólogos, sino de los misioneros. El reverendo W. Holman Bentley estuvo 20 años en esta región y escribió *Pioneering on the Congo* (1900), donde pinta un panorama sobrecogedor: todas las tribus comprendidas entre la confluencia de los ríos Congo y Mobangi (a unos 800 kilómetros de la costa) y las cataratas Stanley eran voraces antropófagos. Dice que, frecuentemente, los nativos rogaban a los capitanes de los vapores fluviales que les vendieran a alguno de sus tripulantes, especialmente a los que provenían de la costa, pues su carne debía de ser más «dulce», lo que significaba que tenían un sabor más salado. Ofrecían dos o tres de sus mujeres a cambio, y no entendían por qué los blancos se negaban: «Vosotros coméis aves de corral, y nosotros comemos hombres; ¿por qué no? ¿Cuál es la diferencia?». Bentley dice que habló del tema con un compañero que había combatido esta práctica en otros lugares del mundo, y que cuando le había preguntado a un antiguo caníbal los motivos por los que había preferido la carne humana a la de los animales, este le respondió: «Los blancos consideráis la carne del cerdo como la más exquisita, pero no puede compararse con la carne humana». Otro nativo le replicó: «¿Por qué te entrometes en nuestras costumbres? Nosotros no os decimos nada cuando matáis a vuestras cabras. Nosotros también compramos nuestra carne, y la matamos; no es asunto vuestro». Bentley también habla de los mercados de carne humana de las orillas del río Mobangi, donde seres humanos famélicos eran engordados con fines gastronómicos. Dice que era habitual que varias personas se juntaran para comprar un cuerpo entero o una gran pieza de carne para después repartírsela y poder comerla el mismo día, ya que no existían los refrigeradores. Bentley cita a un colega llamado Stapleton, que con

otro misionero había fundado una misión en Mosembe, el territorio de los temibles bangala. Stapleton decía que había asistido al retorno de una partida de guerra de los bangala, después de una incursión a un poblado vecino. Los guerreros transportaban cabras, plátanos, herramientas y los restos descuartizados de un ser humano.

Se dice que los bangala rompían las extremidades de sus víctimas, las ataban a un palo y las introducían hasta la cabeza en una piscina llena de agua. Después de cuatro días, la carne estaba blanda y el prisionero era degollado, descuartizado y cocinado.

Además, veían como una *delicatessen* la carne humana que hubiera estado enterrada durante varios días. Como las mujeres tenían prohibido comer hombres, habían desarrollado el sentido del olfato de tal forma que eran capaces de encontrar tumbas, como las cerdas hacen con las trufas. Desenterraban la carne putrefacta y se la comían.

Debemos al escultor Herbert Ward, que permaneció en África entre 1863 y 1866, un clásico relato acerca de los mercados de carne humana de los afluentes del Congo:

Una visita a uno de estos almacenes de esclavos revela una condición de salvajismo y sufrimiento más allá de toda descripción. No era raro ver cientos de cautivos, de ambos sexos y de todas las edades, incluyendo niños en brazos de sus madres, tumbados en grupos; masas desprovistas de cualquier rasgo de humanidad, con la mirada perdida, con cuerpos devastados por el hambre, y con la piel del color gris apagado que en la raza negra es signo de enfermedad. Los cautivos eran expuestos para la venta con el siniestro destino de ser asesinados y comidos.

Proporcionalmente, era víctima del canibalismo un mayor número de hombres que de mujeres, por la razón de que las mujeres que todavía son jóvenes son muy estimadas porque son útiles para cultivar y cocinar los alimentos.

Probablemente la práctica más inhumana de todas es la de algunas tribus que venden la carne de sus esclavos mientras aún están vivos. Por increíble que pueda parecer, los cautivos son llevados de lado a lado para que los compradores puedan indicar, realizando marcas externas en el cuerpo, la porción que desean adquirir. Las marcas son hechas generalmente con arcilla de colores o hierbas atadas de una forma peculiar. El asombroso estoicismo de las víctimas, que contemplan cómo se regatea el precio de su carne, solo es comparable con la indiferencia con la que caminan para encontrarse con su destino.

Según Leournau, los fang de Gabón llegaban a comprar los cadáveres de los muertos por enfermedad a las tribus vecinas para comerlos. De esta forma evitaban, al menos, comerse a sus allegados. Du Chaillu relató el descuartizamiento de un cadáver destinado al consumo:

Hablan claro y tendido de todo el asunto y alguien me dijo que por lo normal compran los muertos a los osheba, quienes a su vez les compran los suyos. También adquieren los muertos de otras familias de su propia tribu y los cadáveres de muchos esclavos de los nbichos y mbondemos por los que gustosamente les dan a cambio marfil, un pequeño colmillo por cada cadáver.

La sobrina del reverendo Charles Kingsley viajó a la tierra de los fang a

finales del siglo XIX, y encontró que los nativos estaban decididos a devorar a alguno de sus ayudantes que procedían de una tribu enemiga. Dice que se afilaban los dientes y que no vio ninguna tumba, por lo que supuso que los muertos eran también devorados. También vio restos humanos guardados en las chozas como si fueran alimentos.

Hay otras muchas historias acerca del canibalismo en el Congo. Muchas dicen que los caníbales comían carne humana por placer y sin embargo, a continuación se describen los rituales que acompañaban al consumo. Un ejemplo es el complejo ritual seguido por los bagesu de Uganda para comer a sus muertos, descrito por John Roscoe, y que claramente corresponde a un canibalismo ritual o funerario. Para los bagesu, tratar a sus muertos como simple comida habría sido un sacrílego ultraje.

Fuera cual fuese la importancia del canibalismo en el Congo, o sus motivaciones, decreció con lentitud. J.P. Hallet refiere que en 1950 le dieron un trozo de carne en Mainema y no supo que era humana hasta después de haberla comido. Los nativos de la frontera entre la República Democrática del Congo y Sudán, cuando la República Democrática del Congo era todavía colonia belga, atraparon, según se cuenta, a un oficial belga que estaba de permiso y, arrancándole los miembros uno a uno, se los comieron crudos. Pero, después de las atrocidades cometidas por los belgas en el Congo, ¿puede reprochárseles? ¿No habría hecho usted lo mismo? ¿Está seguro? El otro gran «reino caníbal» de África fue la cuenca del Níger, el principal río de África occidental con una longitud de 4.000 kilómetros. Nace en Guinea y atraviesa Mali, Níger, Benin y Nigeria, donde desemboca en un gran delta. C.K. Meek describió las costumbres de los mambila de Nigeria en su *Tribal Studies in Northern Nigeria* (1931):

Todos los grupos mambila eran caníbales hasta hace poco, y la mayoría lo seguirían siendo si no fuera porque temen a la Administración.Comían la carne de sus enemigos muertos en el campo de batalla, aunque entre ellos hubiera miembros de un poblado vecino al que le unían lazos matrimoniales. Por lo tanto, podía ocurrir que un hombre matara y devorara a sus propios parientes. Se han dado ejemplos de un hombre que mató y devoró a un hermano de su mujer durante un conflicto intertribal. Pero se decía que si un hombre mataba y comía a su suegro, enfermaría y moriría. Existen evidencias, también, de que estos grupos vendían a sus propios muertos como alimento.

Las ideas religiosas no eran importantes en el canibalismo de los mambila. Los nativos, que estaban deseando responder a las preguntas, dejaron bien claro que comían carne humana únicamente porque les gustaba. Si mataban a un enemigo, lo despedazaban y se lo comían crudo, in situ, sin ninguna formalidad. Pedazos de carne eran llevados al poblado y dados a los ancianos, que los comían simplemente porque les gustaba esa carne. En estos casos, la carne era comida cruda o cocinada. Incluso los intestinos eran devorados, una vez lavados y cocidos.

Por otra parte, se hacía que los jóvenes comieran la carne para hacerlos valientes; la idea era, aparentemente, que comiendo la carne de un guerrero adquirieran su valor. Los cráneos de los enemigos eran guardados, y la primera vez que los jóvenes iban a combatir se les hacía beber cerveza y una cierta medicina en uno de estos cráneos, para que perdieran el miedo. A las

mujeres, sin embargo, no les estaba permitido comer carne humana, como tampoco lo estaba a los hombres casados comer la carne de una mujer que hubiera sido asesinada durante el ataque a un poblado. Pero los ancianos viudos sí podían comer con total impunidad la carne de las mujeres.

Tanto Meek, como Garry Hogg en su *Cannibalism and human sacrifice* (1958) (donde analiza el relato), llegaron a la conclusión de que los mambila comían carne humana simplemente para alimentarse, por pura glotonería. Sin embargo, la descripción de los rituales y los tabúes que acompañaban al consumo hablan a favor de que realmente se trataba de un canibalismo guerrero y ritual. De hecho, el culto a la cabeza y la intención de absorber la fuerza de los enemigos comiendo su carne están intrínsecamente unidos al canibalismo de la cuenca del Níger. La carne de los enemigos de los ganawuri estaba prohibida a los guerreros. La llevaban al poblado, donde era comida por los ancianos, después de que los sacerdotes la repartieran. A los ancianos más notables les correspondía la carne de la cabeza, que era comida sobre la piedra sagrada. Nunca comían la carne de mujeres. El mismo ritual seguían los tangale, que eran cazadores de cabezas, aunque estos preferían las de las mujeres. Los ancianos rukuba eran los únicos que tenían el privilegio de comer la carne de sus enemigos, mientras que los jóvenes (y solo ocasionalmente), debían contentarse con la sopa grasienta que quedaba en el recipiente donde se había cocinado la carne. Los zumperis también entregaban las cabezas a sus mayores, mientras que los guerreros se limitaban a lamer de sus mazas la sangre coagulada de sus enemigos. En cambio, entre los yergum, solo podían comer la carne de las cabezas quienes ya se hubieran cobrado la vida de un enemigo. Sin embargo, del resto de la carne podía comer cualquier miembro de la tribu. Los hill angas nunca comían la carne de mujeres, ancianos ni jóvenes enemigos. Sin embargo, mataban y devoraban a sus ancianos cuando todavía se encontraban en posesión de la mayoría de sus facultades. Comían su carne ceremonialmente, aunque respetaban y guardaban celosamente su cabeza, a la cual dedicaban frecuentes oraciones. En cambio, los sura no tenían preferencias y forzaban a los jóvenes varones a comer carne humana para infundirles valor, pero no permitían hacerlo a las mujeres. Tanto unos como otros practicaban el canibalismo judicial, pero mientras los hill angas se comían a todos los sentenciados a muerte, los suras solo se comían a las adúlteras. Los warjaba también se comían a quienes infringían las leyes tribales.

Entre los ashanti, el médico-brujo extraía el corazón de un guerrero enemigo y lo repartía entre los que todavía no habían matado a un adversario en batalla, para infundirles valor. Entre los yoruba, el rey se comía solemnemente el corazón de su predecesor. En Costa de Marfil, cuando se fundaba una nueva aldea, se decapitaba a un prisionero y se ponían su corazón y su hígado en una sartén junto con una gallina y un pescado, ambos símbolos de fertilidad. El resto del cadáver era abandonado.

Los yergum y los tangale practicaban el canibalismo guerrero como máxima expresión de la venganza. Así se deduce de la siguiente plegaria de los tangale:

Aquí está mi enemigo. Él me odia y yo le odio. Me mata si me encuentra. Mi dios lo ha puesto ahora bajo mis pies. Haz que la fuerza

abandone a la gente de mi enemigo. Haz que sus ojos no puedan ver. Cuando los guerreros de mi tribu vayan al territorio de mi enemigo, haz que su gente muera rápidamente a sus manos. ¡Y si alguno de los espíritus de mis enemigos sobrevive, que vuelva para poseer a su propio padre, a su propia madre y a todos los miembros de su familia!

Todos estos datos hablan a favor de que en la cuenca del Níger el canibalismo fue principalmente guerrero y ritual. El consumo de carne humana se realizaba dentro de un complejo marco, donde la distribución de la carne y la elección de la víctima estaban regidos por estrictas reglas que estipulaban qué partes de la víctima podían ser consumidas y quién podía hacerlo. Las almas de los antepasados formaban parte del orden divino, por lo que comerse su cuerpo era un deber sagrado. Al comer la carne de un enemigo, no solo se buscaba adquirir sus virtudes, sino también evitar que el espíritu del difunto pudiera vengarse. En muchos lugares se suponía que el espíritu residía en la cabeza, pero en otros, la idea de que podía desplazarse a otras partes del cuerpo en caso de necesidad hacía que debiera consumirse el cuerpo completamente.

Una vieja leyenda de Nigeria cuenta que un halcón sobrevoló la cabaña del jefe de una tribu y dejó caer un trozo de carne que llevaba entre sus garras dentro de su sopa, que estaba cociendo. El jefe quedó encantado con el guiso y encargó a su cocinero mayor que lo reprodujera. Como este no pudo, el rey ordenó a sus otros cocineros que lo degollaran, trocearan su cuerpo y que arrojaran su cadáver dentro de la sopa. Solo entonces su paladar se vio satisfecho. Tanto le gustó el guiso que cada día sacrificó a un esclavo; cuando estos se agotaron, echó a la sopa a sus vecinos, luego a sus familiares y finalmente él mismo se cortó trozos de su propia carne hasta que murió.

La intención de esta fábula era, precisamente, enseñar que el canibalismo solamente era permisible si se sometía a unas reglas capaces de contenerlo dentro de los límites de lo sagrado.

Aunque el canibalismo de la cuenca del Níger fuera fundamentalmente ritual e inseparable de sus ideas mágico-religiosas, esto no excluye que en algunos lugares su fin fuera alimenticio, especialmente en las zonas donde escaseara la carne. Sin embargo, numerosos relatos llenos de horror dicen que *todos* los habitantes de la cuenca del Níger comían carne humana simplemente por gusto. El antropólogo P. A. Talbot escribió en *Southern Nigeria* (1921) que los nativos comían carne humana porque «la carne de hombre es la mejor de todas, seguida de la carne de mono». George Bassden escribió en *Entre los ibos de Nigeria* (1921), que en el sur existía un tráfico regular de carne humana y que las tribus la compraban a quienes tenían sus despensas bien abastecidas. Los osados extranjeros que se adentraban en la zona eran, inevitablemente, capturados y asesinados, y su carne, devorada o vendida. Sin embargo, a continuación describe un claro ejemplo de canibalismo guerrero: «No hace mucho tiempo, el jefe de una tribu capturó a uno de sus enemigos, con quien mantenía una agria disputa desde hacía muchos años. Primero, con gran satisfacción, le arrancó la nariz y las orejas, y después le despellejó vivo. El cadáver fue devorado y con su piel se hizo un tambor».

Si todas las historias de los voraces caníbales de África que se han contado tuvieran que aceptarse literalmente, muchos pueblos se hubieran

devorado entre sí hasta su extinción, cosa que nunca ocurrió. La imposibilidad de los europeos de profundizar en la mentalidad de unos pueblos cuyas lenguas apenas conseguían entender hizo que todos aquellos que comían carne humana fueran etiquetados de salvajes antropófagos sin importar los motivos.

La inmensa mayoría de los blancos no se molestó en preguntarles por ellos. Y cuando algunos pocos lo hicieron, para los nativos fue más fácil responder simplemente sí a la pregunta de que si comían carne humana que explicar los complejos motivos que les impulsaban a hacerlo. Es como si a un nativo del Congo del siglo XIX le hubiera llegado el relato de que, en unas lejanas montañas cubiertas por la nieve, unos jóvenes uruguayos habían devorado a sus amigos y familiares y, sin interesarse por los motivos, hubiera sacado la conclusión de que todos los uruguayos eran salvajes caníbales. Tampoco los motivos importaban mucho. Como en el caso del Nuevo Mundo, la supuesta práctica generalizada del canibalismo en África otorgó a los europeos el derecho a someter a los nativos en nombre de una evangelización y culturización que en realidad encubría un robo perpetrado a gran escala con los auspicios y el patrocino de la religión y las instituciones dominantes. Sus consecuencias han perdurado hasta nuestros días.

El último bastión del canibalismo fueron las islas del Pacífico Sur. Esta región del planeta fue explorada por James Cook, el mayor navegante y viajero de habla inglesa. Entre 1768 y 1780, Cook dio tres veces la vuelta al mundo y cartografió Australia, Nueva Zelanda, las islas del Pacífico y el estrecho de Bering, entre Asia y América.

Se encuentran huellas de esta práctica de un extremo a otro, de las Marquesas hasta Nueva Guinea, de Nueva Zelanda hasta Tahití;

en unos lugares en todo su desarrollo y en otros con supervivencias más débiles. Debido a la orografía de las innumerables islas que componen esta región del planeta, cada valle constituía una unidad tribal con su propio sistema social dirigido por las genealogías de los cabecillas y sacerdotes. Su aislamiento provocaba interminables guerras tribales, bien entre los habitantes de la misma isla o bien contra los de las islas próximas, donde llegaban los guerreros en enormes canoas. La guerra era una de las bases de la sociedad.

Las más antiguas tradiciones orales, que se remontan varios siglos atrás, hablan de las constantes luchas, y los escasos periodos de paz eran definidos como intervalos entre las guerras intertribales.

Las tribus vivían fortificadas, cada una en su propio poblado. Cuando se sobrevuelan estas islas pueden verse todavía los terraplenes defensivos de decenas de fortificaciones rodeados de zanjas o fosos. Dar un paso fuera de sus fronteras equivalía a afrontar la muerte, pues cualquier motivo era bueno para precipitar a un pueblo hacia el camino de la guerra. Y la muerte de un enemigo, por sí misma, no era suficiente; era preciso que la carne fuera comida como venganza, por ambición política, como ofrenda a los dioses de la guerra o como prueba de hombría. También es posible que quienes, durante siglos, habían estado comiendo carne humana por otros motivos, acabaran haciéndolo con fines puramente voluptuosos, pero sería la excepción. Se ha propuesto que detrás de las prácticas caníbales estaría la escasez de proteínas animales.

Los fidjianos no dispusieron de otro alimento animal que las ratas hasta

que en el siglo XVIII fue introducido el cerdo. Sin embargo, las prácticas siguieron durante mucho tiempo después, y los maorís, los más voraces de todos los antropófagos, disponían de proteínas animales en abundancia. Los caníbales de Nueva Guinea cazaban cerdos salvajes y una gran variedad de aves.

Aunque en el canibalismo en esta zona del planeta existía sin duda un elemento de venganza, realmente sacrificar y devorar el cuerpo de un enemigo era un rasgo básico de su religión, algo necesario para mantener el orden establecido, para alejar el mal y purificar a la tribu. La misma guerra era ceremonial en grado sumo: los guerreros se pintaban y decoraban, fortalecían sus armas con rituales mágicos, bailaban danzas ceremoniales para invocar el favor de sus antepasados y sus dioses, se sometían a tabúes y llevaban a cabo actos de purificación antes de salir a combatir. Los mismos rituales tenían lugar tras su regreso triunfante. Incluso la necrofagia, cuyos motivos nunca fueron desvelados, probablemente tenía un componente mágico, dada la similitud que presenta esta práctica con la de las tribus que practicaban el endocanibalismo. El canibalismo en los Mares del Sur era la escena final de unas complejas ceremonias rodeadas de tabúes en las que participaba toda la comunidad. Es absurdo afirmar que era practicado simplemente por un insano gusto por la carne humana.

En 1568, don Álvaro de Mendaña llegó a las Islas Salomón, así llamadas por ser, según la leyenda, el lugar donde se encontraban las fabulosas minas de oro del rey. Fue recibido pacíficamente, pero cuando descubrió que los nativos comían carne humana, ordenó incendiar sus aldeas. La consecuencia lógica fue que la noticia se propagó y que cuando Mendaña desembarcó en la siguiente isla, fue recibido con tal hostilidad que tuvo que huir a toda vela. Durante los dos siglos siguientes, los habitantes de las islas no recibieron más visitas de europeos.

Las paradisíacas islas Fidji desempeñaron durante largo tiempo el papel de tierra de caníbales por excelencia. El 22 de noviembre de 1836 un misionero de la Methodist Missionary Society, que había establecido varias misiones en las islas, envió a Inglaterra una carta en la que solicitaba desesperadamente ayuda para luchar contra las atrocidades que allí tenían lugar:

Hombres y hermanos en Cristo, esta llamada se dirige a vuestra conmiseración, para que vuestra ayuda llegue a un pueblo muy interesante pero completamente depravado, los habitantes de un grupo de islas llamado Fidji, poco conocidas por el mundo civilizado excepto por el extremo peligro que corren los barcos que allí llegan, por los instintos asesinos de los isleños y por el horrendo canibalismo al que son adictos, que supera incluso a los habitantes de Nueva Zelanda.

En Fidji el canibalismo no es algo ocasional, sino una práctica habitual; no puede justificarse por una especie de horrible venganza, sino que se debe a una absoluta preferencia por la carne humana sobre todos los alimentos.

Es por esta raza caníbal que os realizamos este llamamiento. Dejad que todos los horrores de un festín caníbal estén presentes en vuestras mentes mientras lo leéis. Os hacemos este llamamiento por las viudas fidjianas, estranguladas cuando sus maridos mueren, y por los fidjianos esclavizados por

vicios tan horribles que no pueden ser descritos. Compadeceos de los caníbales fidjianos y hacedlo rápidamente. Venid, pues, cristianos, y enseñad a los pobres, idólatras, belicosos y devoradores de hombres fidjianos mejores cosas…

Os ahorraremos los detalles de un festín caníbal: los asesinatos, la forma en que se cocinan los seres humanos, las multitudes reunidas de todas las edades y ambos sexos. Jefes y pueblo, hombres, mujeres y niños, esperando el festín con un horrible regocijo. Los cocineros presentan a la reunión SERES HUMANOS COCIDOS —no uno, ni dos, ni diez sino ¡veinte, treinta, cuarenta o cincuenta para un solo banquete!—.

Nos hemos enterado a través de fuentes fidedignas de que en una ocasión se llegaron a devorar doscientos seres humanos. Quien escribe ha conversado personalmente con personas que han visto cómo se devoraban cuarenta o cincuenta de una sola vez; devorados sin la menor repugnancia; al contrario, ¡devorados con gran fruición! Con el fin de satisfacer este instinto antinatural, provocan guerras, asesinan, raptan e incluso llegan a saquear tumbas. Yo mismo he sabido que los fidjianos son culpables de esta última abominación; y es tal el indómito apetito de los fidjianos por la carne humana que incluso se ha sabido de algunos que se comieron a sus propios hijos muertos (…)

El reverendo David Cargill envió en 1838 un nuevo informe a Londres:

Las pasiones de esta gente durante la celebración de sus horribles ritos parecen inflamadas por una ferocidad salvaje que no es superada por nada de lo que hayamos oído en los anales de la depravación humana (…). Los fidjianos comen carne humana no por venganza, no por necesidad, sino por gusto. Los cautivos y los extranjeros son frecuentemente asesinados y comidos. Los nativos de Thakanndrove secuestran hombres, mujeres y niños para saciar su apetito por la carne humana; se dice que, como si fueran hienas humanas, desentierran cadáveres, incluso después de que hayan estado dos o tres días bajo tierra; después, los lavan en el mar, los asan y se los comen. Prefieren la carne de las mujeres a la de los hombres, y cuando tienen suficiente, desprecian la cabeza.

Estos relatos de misioneros son poco creíbles. Los misioneros debían promover su causa, conseguir nuevos apóstoles de la fe decididos a entregar su vida por ella y recaudar donativos, por lo que pintaban los lugares remotos donde predicaban de los más oscuros colores y describían a unos viles salvajes reincidentes en sus maldades y hundidos en un pozo de iniquidad. La verdad es que la mayoría eran incapaces de penetrar en la mentalidad de los nativos, por lo que prestaban poca atención al complejo ritual que acompañaba el consumo de carne humana. Hasta el capitán Cook cayó en este error. En su *Viaje por el hemisferio austral* (1778) cuenta de los habitantes de Polinesia:

En todos los lugares en los que atraqué, la pesca era tan abundante que los insulares capturaban siempre una cantidad de pescado más que suficiente para su consumo (…). Crían muchos perros y se ve una gran cantidad de pájaros salvajes que saben cazar muy hábilmente. De manera que no se puede alegar el hambre ni la necesidad de ninguna clase de alimentos como causa de su antropofagia. Guerras entre tribus se ocasionan tan solo por este motivo.

Es muy difícil entender conceptos sin equivalencia en nuestra

interpretación del mundo, aunque algunos lo intentaron. En 1842, Herman Melville desertó del barco ballenero *Acushnet* en la isla de Nukuheva, en las Marquesas, y estuvo viviendo un mes entre los caníbales de Taipi. Después de conocerlos a fondo, insistía en que solo comían los cadáveres de los enemigos muertos en combate, y que eran virtuosos y humanos en otros aspectos.

Melville se preguntaba si comer carne humana no era tan bárbaro como condenar a los traidores (como se hacía en otro tiempo en la civilizada Inglaterra) a morir ahogados y descuartizados, a arrancarles las entrañas en vivo y colocar su cabeza sobre una pica para que se pudriera en una plaza pública. Robert Louis Stevenson, que vivió en Samoa sus últimos días, opinó en su libro *En los Mares del Sur* que la misma repugnancia que sentimos hacia los devoradores de carne humana, la sienten los budistas y vegetarianos hacia nosotros: «Consumimos los cuerpos de criaturas que sienten iguales apetitos, iguales pasiones y que poseen los mismos órganos que nosotros; nos comemos a bebés que, sencillamente, no son los nuestros, y el matadero se llena cada día de gritos de sufrimiento y de terror».

En las islas Fidji, el entrenamiento para la violencia empezaba ya en la infancia. Se frotaban los labios de los niños pequeños con carne humana y se les ponían en la boca pequeños trozos para que pudieran alimentarse con su jugo y entrenarse en la práctica del canibalismo. Las madres les enseñaban a odiar a sus enemigos haciendo que pisotearan sus cadáveres y en sus juegos, un niño hacía el papel de un cadáver enemigo mientras los demás le arrastraban y entonaban el canto caníbal. Cuando eran un poco mayores, aprendían de sus padres el manejo de las armas, y cuando se capturaban niños enemigos, se les permitía que los mataran golpeándolos con mazas o ensartándolos con lanzas o flechas. También les arrojaban los fragmentos menos deseables de los festines caníbales. Los muchachos que acompañaban a los guerreros portando sus armas de reserva eran alentados a que matasen a los enemigos heridos o a mutilar a los muertos. Un muchacho no se convertía en hombre hasta que no mataba a un enemigo con su maza. Los que habían matado a seres humanos eran honrados con títulos y nombres conmemorativos. Los que habían matado a diez personas recibían un título honorífico y una condecoración especial consistente en una concha marina cónica, blanca y negra, para llevar en cada brazo. Si el muerto era un guerrero destacado, podía tomar su nombre.

Los enemigos capturados eran ofrendados al jefe, frente al altar de los dioses de la guerra. Según los fidjianos, la mejor manera de comerse a un hombre era cocerlo entero. La víctima era obligada a sentarse en el suelo, con los pies sobre los muslos y las manos al frente. Después era atado e introducido en el horno. Los hornos consistían en hoyos de un metro de profundidad revestidos de piedras que se calentaban con leña seca. Cuando se ponían al rojo, se sacaban algunas, se depositaba a la víctima sobre un lecho de hojas y se le cubría con una capa de follaje hasta conseguir formar un montón sobre la tierra similar a la profundidad del pozo. Se regaba todo con agua y con una tapadera de barro y ceniza se impedía que el vapor escapara. La carne estaba lista en menos de una hora. Los fidjianos llamaban a la carne humana *puaka balava* (cerdo largo), en contraposición con *puaka dina,* que era como se llamaba a la carne de cerdo. Una vez sacado el cadáver del hoyo, se

le pintaba la cara como si fuese un guerrero vivo, y uno de los jefes se sentaba junto a él y le hablaba en tono burlón durante un tiempo. Finalmente era ofrecido a los dioses, descuartizado y repartido entre todos. Los fidjianos consideraban la carne humana difícil de digerir, y afirmaban que causaba un molesto estreñimiento. Para prevenir este trastorno, el *cerdo largo* era servido con verduras o con una guarnición de yams, taros y una especie de tomate silvestre llamado *Solanum anthropophagorum* (también llamado *tomate de caníbales*). Las piezas más selectas, como los corazones, los muslos y los brazos, se destinaban a los jefes y sacerdotes, y el resto era para los guerreros. Los muchachos solo obtenían los desechos y a las mujeres no se les permitía comer carne humana, a no ser que el suministro fuera abundante. Si la víctima era un enemigo particularmente destacado, el jefe podía guardárselo íntegro *(bakolo)* para ofrecer un supremo sacrificio al dios de la guerra. Alrededor de la casa del jefe se erigían piedras monumentales conmemorativas del número de enemigos que se habían convertido en comida. Se dice que el jefe Ra-Undri-Undri tenía alrededor de su casa más de 900 piedras.

En las Fidji estaba prohibido comer la carne humana con los dedos, como hacían con los alimentos ordinarios. Para ello utilizaban unos tenedores de tres o cuatro púas, que se transmitían de generación en generación y que eran tenidos en gran consideración. B. Seeman, en *An Account of a Government Mission to the Vitian of Fijian Islands in the Years 1860-61* (1862) dice que tocó uno de estos tenedores y que eso «les causó tanta indignación como la que provocaría en los cristianos el que alguien utilizara un cáliz de sus iglesias para beber agua».

Dado que la venganza jugaba un papel primordial en todo el proceso, si un enemigo notable tenía la desgracia de ser capturado vivo era cruelmente torturado antes de ser cocinado y comido. En ocasiones se le prendía fuego y se le soltaba para que corriera entre los espectadores, cuya exultación crecía a medida que los dolores del enemigo se hacían más atroces. La tortura conocida como *vakototoga* consistía en amputar a los prisioneros, todavía vivos, las orejas, la nariz, los dedos de las manos o de los pies o las extremidades. Estas partes eran asadas al fuego y devoradas ante la vista de los mutilados, mientras los que los habían capturado se deleitaban con su sabor e incluso le invitaban a compartir con ellos su propia carne. El reverendo Jaggar escribió en 1884 la terrible tortura que sufrieron dos guerreros cautivos procedentes de Viwa que fueron llevados a Kawa. El jefe Bau les obligó a cavar un hoyo y a cortar leña «para asar sus propios cuerpos». Después les hizo lavarse y fabricar un recipiente con hojas de plátano. A continuación,

después de cortar una vena a cada hombre, se llenó con su sangre. Esta sangre fue después bebida por la gente de Kamba en presencia de los cautivos. Entonces, el jefe Bau les cortó los brazos y las piernas, los asó y se los comió, ofreciéndoles su propia carne. Después ordenó que les atravesaran con un anzuelo las lenguas, de las que se estiró tan lejos como fue posible antes de ser arrancadas. Fueron asadas y comidas, entre gritos de '¡Nos estamos comiendo vuestras lenguas!'. Como los prisioneros seguían vivos, se le practicó una incisión en el costado a cada hombre, a través de la cual se les sacaron los intestinos. Esto acabó pronto con sus sufrimientos en este mundo.

A su regreso, los guerreros que habían capturado a los enemigos eran

desnudados por un mayor o por mujeres, y embadurnados de pintura roja (el color de las pinturas de guerra) mientras sostenían sus mazas sobre la cabeza a la vista de todos. Después, el jefe o sacerdote los envolvía en prendas hechas con corteza de árbol (el más alto producto del trabajo de las mujeres), otorgándoles un estatus sagrado. Ayunaban durante el día y solo eran alimentados de noche por unos muchachos que les servían la comida con un tenedor. Durante los cuatro días que seguían a su regreso, eran tratados como jefes temporales y se les concedían privilegios especiales: podían copular con todas las mujeres que desearan y tenían derecho a matar con sus mazas los cerdos de otros hombres. Por otra parte, también tenían restricciones, como la de no poder entrar en ningún edificio que no fuera una cabaña especial o el templo del dios de la guerra y debían dormir sentados, sosteniendo sobre sus hombros sus mazas de guerra. El último día debían pasar por un ritual de baño y purificación. Se mandaban canoas a buscar agua de una determinada corriente y era llevada al templo, donde los guerreros debían beberla mientras el resto de la población quedaba sujeta a un estricto silencio. De esta complicada forma, el matador de hombres, salvaje y feroz, era transformado en un miembro de la tribu destacado y controlado.

La solemnidad que rodeaba al festín caníbal, el contexto ritual, el hecho de que se presentara la carne como ofrenda a los dioses y su relación con los tabúes habla de un canibalismo guerrero y ritual intrínsecamente ligado a las prácticas religiosas y no de un canibalismo gastronómico, a pesar de que muchos se empeñaron en considerarlo así. Cuando, finalmente, los misioneros consiguieron que los fidjianos se convirtieran al cristianismo y abandonaran su antigua religión, también se abandonaron las prácticas caníbales. El jefe Ratu Seru Epenisa Cakobauu se convirtió al cristianismo y renunció a las prácticas caníbales en 1854. Consiguió unificar las tribus guerreras de su país bajo su liderazgo y reinó como Tui Viti desde 1871 a 1874, fecha en la que cedió su país a Inglaterra. La última persona que sepamos que fue devorada por los fidjianos fue el misionero Thomas Baker, en julio de 1867. Acabó en los estómagos de los guerreros de la tribu tui navasutila, de la isla Viti Levu. El motivo fue que un jefe cogió un peine del misionero sin permiso. Este se enfadó mucho y le insultó, afrenta que no perdonó el jefe. Lo mataron y se lo comieron. Incluso intentaron comerse sus botas. Una de ellas se exhibe actualmente en el Fiji National Museum de Suva. En 2003 el hecho tuvo una inusitada difusión mundial, cuando los descendientes de aquellos caníbales solicitaron públicamente perdón para librarse de una maldición. Aparentemente, los infortunios que se abatieron durante 136 años sobre los niños, jóvenes, adultos y ancianos de la tribu tenían su origen en el macabro banquete. La ceremonia se realizó a mediados de noviembre, y a ella fueron invitados familiares del reverendo.

Se piensa que, desde las islas Fidji, las prácticas caníbales se extendieron por todo el Pacífico Sur. Algunos polinesios navegaron hacia el este hacia 300 d.C. y se asentaron en las Islas Marquesas. Desde aquí se alcanzaron las Islas de la Sociedad (con Tahití por centro) hacia 600 d.C., y finalmente navegantes procedentes de esta isla llegaron a Nueva Zelanda alrededor de 1000 d.C.

Los habitantes de las Islas Marquesas también practicaban el

canibalismo guerrero. Gary Hogg cita en *Cannibalism and human sacrifice* (1958) un artículo de A.P. Rice publicado en *The American Antiquarian,* en 1910:

Entre los marquesanos, comerse a un enemigo era considerado un gran triunfo. Trataban a sus prisioneros con una gran crueldad. Les rompían las piernas para evitar que escaparan, pero los mantenían vivos para que apreciaran en todo su horror el inminente destino que les esperaba.

También les rompían los brazos para que no pudieran defenderse de ninguna forma de sus enemigos. Los tiraban al suelo y saltaban sobre sus pechos para que sus costillas les perforaran los pulmones y ni siquiera pudieran protestar contra las crueldades a que eran sometidos. Les introducían palos romos por sus orificios naturales y los hacían girar lentamente alrededor de sus intestinos. Finalmente, cuando llegaba la hora del festín, eran atravesados con palos largos que entraban entre sus piernas y salían por sus bocas, y llevados así en la popa de sus canoas de guerra hasta el lugar donde se celebraría el banquete. En este tribu, como en otras muchas, la carne de mujer era muy apreciada.

Los nativos del archipiélago de Tonga decían que habían adoptado esta costumbre después de que algunos de sus navegantes hubieran visitado las Fidji. En 1806, el barco británico *Port Au Prince* naufragó en la isla de Lifuka. Los supervivientes fueron acogidos por el jefe hapai Finau 'Ulukala. Entre ellos se encontraba un joven llamado William Mariner, que vivió cuatro años entre ellos. A su regreso a Inglaterra escribió *An Account of the Natives of Tonga Islands,* donde describió con todo lujo de detalles cómo después de una guerra entre tribus, los vencedores («que habían adquirido las costumbres de Fidji»), asaron el cuerpo entero de varios enemigos, sin intestinos, llenos de piedras calientes, cada una recubierta por una hoja del árbol del pan:

Todos los orificios se obturaron con hojas entrelazadas. Los cuerpos se tumbaron, boca abajo, en un hoyo del suelo lleno de piedras calientes; un fuego se había encendido previamente para tal propósito, pero evitando que los cuerpos las tocaran mediante pequeñas ramas del árbol del pan. Otras ramas se colocaron sobre la espalda de los cadáveres, y se cubrió todo con hojas de platanero. Después echaron tierra por encima para que no se escapara el vapor. Se colocaron los hígados y algunos yams junto a los cuerpos. La carne estuvo lista en media hora.

Sin embargo, cuando en su segundo viaje (1772-1775) Cook llegó al archipiélago de Tonga, el canibalismo prácticamente había desaparecido. De ahí que las llamara *Friendly Isles* (Islas Amistosas). Cuando algún grupo de jóvenes guerreros devoraba a sus prisioneros según la costumbre fidjiana, los miembros de su propia tribu (especialmente las mujeres) los evitaban y les gritaban: «¡Ia-whe moe ky-tangata!», que significaba: «¡Manteneos alejados! ¡Sois comedores de carne humana!». Lo mismo ocurría en Tahití. En 1777, Cook fue testigo de un sacrificio humano. Un sacerdote le arrancó el ojo izquierdo al cadáver y se lo ofreció al jefe, pidiéndole que abriera la boca: «Pero en lugar de metérselo dentro lo retira inmediatamente. A eso lo llaman ellos "comer hombres" o "alimento para el jefe", y tal vez podamos descubrir vestigios de un tiempo precedente en que de veras se devoraba al cadáver». Cook, que era un agudo observador, estaba en lo cierto. El misionero James

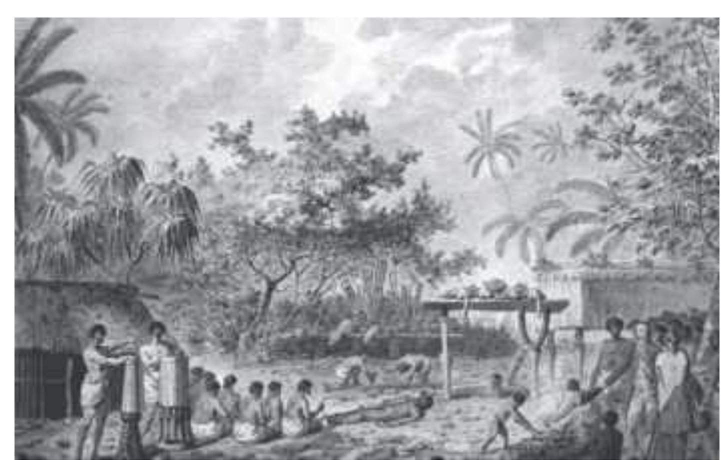
Wilson explicó que la cabeza era considerada sagrada, y el ojo, la parte más valiosa: «Por eso es ofrecido al rey, como cabeza y ojo del pueblo(…). En virtud de ello, así lo creen ellos, el rey experimenta un aumento de sabiduría e inteligencia». También las víctimas de sacrificios eran colgadas entre pescados y descritas como tales en un salmo sacrificial.

En diciembre de 1778, James Cook fue el primer europeo que puso pie en las islas Hawai. Las llamó Islas Sandwich en honor a John Montagu, cuarto conde de Sandwich, en ese momento a cargo de la Royal Navy. Aunque allí los sacrificios humanos eran muy frecuentes, no solía comerse la carne de la víctima. Probablemente también lo habían hecho tiempo atrás, pues el ojo izquierdo era igualmente ofrecido al rey o al jefe que presidía el acto. Sin embargo, ciertos misioneros mantenían que los hawaianos seguían siendo caníbales en determinadas ocasiones. Quienes comparten esta teoría aportan como prueba el trágico destino de Cook.



El sacrificio humano al que asistó Cook en Tahití, obra de John Webber, que también fue testigo.

Los barcos de Cook llegaron a la bahía de Ke-Arakekona, situada en la costa occidental de la isla Hawai durante la celebración del Makahini, un festival en honor del dios Lono, el Quetzalcóatl local. Según la tradición, Lono, un gran rey o sacerdote, partió dejando tras de sí una leyenda de personificación divina y prometiendo volver «por mar en las canoas» algún día. Los sacerdotes hawaianos tomaron a Cook por Lono y le agasajaron como tal. Las fragatas de Cook se hicieron a la mar, pero se vieron obligadas a regresar a la bahía el 11 de febrero de 1779, a causa de un fuerte viento que causó graves desperfectos a una de las naves. A la vuelta, se sorprendieron de encontrar la bahía desierta. El rey Tarai-Opou estaba ausente y había declarado el tabú sobre la zona. Al día siguiente, el rey volvió y se entrevistó con Cook.



Una versión del dibujo de Webber realizada por la Sociedad Misionera de Londres.

Todo parecía en orden, pero un grupo de nativos robó durante la noche del día 14 la chalupa de la *Discovery*. Cook intentó conducir a bordo al rey o alguno de los jefes principales para conservarlo en condición de rehén hasta que se devolviera lo robado.

Consiguió llevar al rey hasta la proximidad de un bote, pero allí le asaltó cierto recelo y se negó a embarcar. De pronto, un disparo hecho para intimidar a los ocupantes de una canoa mató a un jefe de elevada categoría que la ocupaba. Los nativos, furiosos, se precipitaron sobre Cook y sus hombres. Cuatro de los marineros que corrieron a auxiliarle fueron muertos inmediatamente; los restantes se replegaron hacia los botes, y Cook, que fue el último en retirarse, cayó abrumado por el número. Cuando el oficial King exigió a los nativos que le entregaran el cuerpo de Cook so pena de destruir sin misericordia el pueblo, estos le entregaron un trozo de carne humana sangriento e informe:

Entonces (uno de los sacerdotes nativos) nos refirió que aquello era lo único que restaba del cadáver del capitán, porque después de despedazado todo lo demás, y asado, se repartió; que Tarai-opou y los principales jefes conservaban en su poder la cabeza y huesos, excepto el esternón, costillas, estómago y vientre que entregaron a Kaon, gran sacerdote, con destino a ciertas ceremonias religiosas, como también el trozo que estábamos mirando y que él nos remitía como prueba de su inocencia y sincera adhesión.

Tras negociaciones, también consiguieron recuperar las manos, la cabeza (cuya cabellera había sido separada de la piel del cráneo y a la que faltaba la mandíbula inferior), las orejas, los huesos de los brazos y los de las piernas. Se dio por hecho que Cook había sido devorado, y así se creyó durante mucho tiempo.

Pero no fue así. Kamakau recoge en *Ruling Chiefs of Hawai'i* el relato de lo que realmente ocurrió de boca de los propios hawaianos. Según ellos, los sacrificios humanos se realizaban en honor al dios Kane, que aborrecía el canibalismo. La costumbre era descarnar los restos de un enemigo poderoso o un pariente muerto y conservar los huesos, que era donde residía el *mana,* la esencia vital. Así se hizo con el cuerpo de Cook. La carne fue quemada y solo

se conservaron las palmas de las manos y los intestinos, con los que se elaboró un cordel. Algunos de los huesos fueron devueltos, pero el resto fue guardado como una reliquia por los sacerdotes. Sin embargo, tan cierto se tuvo el hecho de que Cook había sido devorado que cuando la última reina de Hawai, Liliuokalani, visitó Inglaterra en 1887 con motivo del Jubileo de la reina Victoria, hizo la macabra broma de que llevaba sangre inglesa porque uno de sus ancestros se había comido a Cook.



La muerte de James Cook.

Nueva Zelanda está formada por dos grandes islas (la Isla Norte y la Isla Sur, separadas por el estrecho de Cook), y otras islas más pequeñas, la mayor de las cuales es Isla Stewart. Sus nativos, los maorís, fueron feroces guerreros y caníbales. Creían que el *mana* (poder o prestigio espiritual), se conseguía con victorias en el campo de batalla. Los guerreros se tatuaban, incluyendo la cara. Una cara elegantemente tatuada era una gran fuente de orgullo, ya que hacía al guerrero feroz en la batalla y atractivo para las mujeres. Los grandes jefes estaban completamente tatuados con diseños de extrema delicadez y belleza, y la costumbre de conservar momificadas las cabezas de los jefes enemigos era una práctica común, ya que eran un codiciado trofeo. Antes de cada enfrentamiento, los guerreros maorís coreaban la *haka,* el canto guerrero, que tenía como finalidad asustar al enemigo. Cada tribu tenía su *haka* particular, siendo la más famosa la de la tribu Ngáti Toa, que es la que hoy en día entonan los jugadores de la selección neozelandesa de rugby antes de empezar cada partido.



Guerrero maorí.

El primer europeo que divisó las playas de la Isla Sur fue el holandés Abel Tasman en 1642, pero un malentendido con los indígenas le impidió desembarcar. Varios de sus marineros, que se encontraban en un bote, fueron atacados por canoas guerreras, y cuatro fueron muertos. La idílica bahía de Golden Bay, donde tuvo lugar el incidente, fue conocida durante siglos como *Murderer's Bay* (Bahía de los asesinos), y el incidente hizo que los maorís no recibieran la visita de europeos durante más de un siglo.

Cook llegó a la Isla Norte en 1770, y se encontró con las pruebas de los hábitos antropofágicos de los nativos: «Poco después de haber desembarcado, topamos con dos o tres indígenas que poco antes debían de haber estado saboreando carne humana, porque obtuve de uno de ellos un hueso, del antebrazo de un hombre o una mujer, que se veía recién mondado y cuya carne, según ellos mismos, se habían comido. Además, nos dieron a entender que, apenas unos días atrás, habían matado y se habían comido a la tripulación de un barco extranjero o de sus enemigos». Cook comprendió muy bien que los maorís solo se comían a sus enemigos muertos; que el canibalismo estaba íntimamente ligado a los rituales relacionados con la guerra. Devoraban a los enemigos «con una atrocidad que supera cualquier descripción», pero la idea de comer conocidos les repugnaba: «Les pregunté si se comían la carne de sus amigos que caían en la lucha, cuyos cadáveres se procuraba que no cayeran en manos de los enemigos. Se mostraron

sorprendidos por esa pregunta y contestaron negativamente con una expresión de repugnancia sobre tal idea». El doctor Felix Maynard, cirujano a bordo del ballenero *Asia,* de pesca en el Pacífico Sur entre 1839 y 1841, escribió un diario que, convenientemente reescrito por Alejandro Dumas, se publicó en 1859 con el título de *Les baleiniers chez les Maoris de NouevelleZélande*. Allí recogió la respuesta que le dio un guerrero maorí cuando le preguntó por los motivos de su canibalismo:

Los peces del mar se comen unos a otros. El pez grande se come a los pequeños, los pequeños se comen a los insectos; los perros comen hombres y los hombres comen perros, mientras que los perros se comen entre sí: finalmente, los dioses devoran a otros dioses. ¿Por qué, entre enemigos, no deberíamos comernos?

Los enemigos que se consumían eran conocidos como «pescados de Tu», es decir, víctimas del dios de la guerra, y el consumo de carne humana estaba prohibido a las mujeres. Después de una batalla, los cadáveres de los enemigos eran descuartizados. Uno de ellos era reservado como un trofeo sagrado para el dios de la guerra, y su cuero cabelludo y su oreja derecha eran usados para eliminar el tabú de los guerreros. La carne era asada durante un día entero en dos filas de hornos, uno de los cuales estaba destinado solo al consumo divino de la carne humana. El jefe comenzaba el festín engullendo el cerebro y los ojos de un guerrero muerto. Las cabezas eran despojadas de la carne y ahumadas, lo que las momificaba e impedía su putrefacción. Así eran conservadas como trofeos, colocadas en lo alto de postes. Cuando deseaban firmar la paz con la tribu a la que pertenecían, les eran entregadas como señal de buena voluntad. A veces, los maorís no devoraban a todos los prisioneros. Dejaban vivir a algunos como esclavos y despectivamente les llamaban *toenga kainga,* o sea, «restos del festín», como significándoles: «¡No fuisteis buenos ni para comeros!».

Durante el segundo viaje de Cook, (1772-1775), su barco, el *HMS Resolution* se separó del de su compañero Tobias Furneaux, al mando del *HMS Adventure*. Furneaux fondeó en la ensenada de Charlotte Sound, en la Isla Sur, cerca de Grass Cove, y envió un bote con diez hombres a buscar provisiones. Nunca regresaron. Un grupo de rescate encontró lo que quedaba de ellos: varias cestas que contenían carne humana cocinada, manos y cabezas. Cuando, en su tercer viaje, Cook desembarcó en aquel lugar, dejó claro a los maorís que no había vuelto por venganza, pues sabía que el motivo del enfrentamiento había sido que los marineros habían disparado primero sin ningún motivo. El 12 de julio de 1772, el explorador francés Marion Du Fresne y 26 de sus hombres fueron devorados tras desoír las advertencias de los nativos de que estaban pescando en una bahía sobre la que pesaba un tabú.



La colección de cabezas momificadas maorís de Horatio Gordon Robley. Treinta de ellas se exponen actualmente en el Museo de Historia Natural de New York.

En agosto de 1830, William Stewart, capitán del bergantín mercante británico *Elizabeth*, llegó a un acuerdo con Te Rauparaha, jefe de la tribu Ngáti Toa, para transportar en su barco a unos 100 guerreros desde la isla Kapiti, en la Isla Norte, a la Península de Bank, en la costa este de la Isla Sur, a cambio de un cargamento de lino. El jefe pensaba atacar por sorpresa a la tribu Ngái Tahu como venganza por la derrota sufrida en 1828 en Kaiapoi (Isla Sur). En dicha ocasión, varios jefes Ngáti Toa fueron muertos y comidos, incluyendo a Te Pehi Kupi, que sufrió el mayor insulto ya que sus huesos se utilizaron para fabricar anzuelos. Stewart convenció al jefe de los Ngái Tahu, Te Maiharanui, su mujer y su hija para subir a bordo y, una vez allí, los encadenó.

Después, los guerreros desembarcaron y arrasaron el poblado Takapuneke. Los enemigos muertos fueron descuartizados y cocinados en la playa:

Cavaron un hoyo de unos sesenta centímetros de profundidad donde colocaron piedras redondas que calentaron con leña seca. Luego sacaron las piedras del hoyo dejando solo algunas, y a su vez echaron varias capas de hojas y carne hasta conseguir formar un montón sobre la tierra en una medida igual a la profundidad del hoyo. Enseguida lo regaron con dos cuartas de agua, y con tierra y viejas esteras impidieron tan perfectamente que el vapor escapara que la carne estuvo al punto al cabo de veinte minutos.

Después la carne se subió a bordo en 100 grandes cestas, cada una de las cuales contenía el equivalente a un cuerpo humano.

Durante el viaje de regreso, en un descuido de sus captores, Te Maiharanui estranguló a su hija y la arrojó por la borda para ahorrarle mayores sufrimientos. El banquete tuvo lugar en la aldea Ngáti Toa:

Los prisioneros, con la excepción de un anciano y un muchacho que fueron condenados a muerte, fueron repartidos entre los guerreros para que les sirvieran de esclavos. Se montaron las mesas. Cerca de un centenar de cestas de patatas, numerosos vegetales verdes y una gran cantidad de carne de ballena y carne humana constituían el espantoso menú. El anciano, de cuyo

cuello colgaba la cabeza de su hijo, mientras que su cuerpo formaba parte del festín caníbal, fue torturado por las mujeres.

El banquete concluyó, y aunque los participantes no mostraron ningún disgusto en absoluto, resultó extremadamente horrible a los espectadores por el hecho de que debido a la calurosa estación en que tuvo lugar y a la precipitada e incompleta forma en que se cocinó la carne en los hornos, la carne se había podrido hasta convertirse en la más repugnante de las sustancias antes de que fuera servida.

El jefe Te Maiharanui y su mujer fueron torturados y asesinados por las viudas de los guerreros muertos en la batalla de Kaiapoi. Cuando este hecho fue conocido por los misioneros, lo notificaron a las autoridades, y el capitán Stewart fue juzgado en Sidney por complicidad en asesinato. Sin embargo, los Ngái Tahu fueron considerados como «salvajes», y por lo tanto su testimonio no podía tener validez legal, así que Stewart fue absuelto.

La injerencia de los europeos en las ancestrales contiendas tribales de los maorís tuvo unas consecuencias catastróficas.

Hongi Hika, jefe guerrero de los Ngapuhi, viajó a Londres en 1820 y recibió numerosos regalos del rey Jorge IV, que le agradeció de esta forma su supuesto apoyo a la causa de los misioneros.

A la vuelta, hizo una parada en Sidney, donde cambió los regalos por mosquetes. Encabezando un numeroso ejército, llevó a cabo sangrientas incursiones en la Isla Norte, especialmente contra sus ancestrales enemigos, los Ngati Whatua. En 1822, después de la captura de Te Totara, en el río Thames, 300 enemigos fueron devorados. Pronto, todas las tribus estuvieron deseando poseer armas de fuego, tanto para defenderse como para vengar a sus muertos, y descubrieron que podían adquirir mosquetes a los europeos a cambio de las cabezas tatuadas momificadas de sus enemigos, que después eran vendidas en Sidney a los coleccionistas. Tal tráfico dio un nuevo incentivo a la guerra, y las contiendas tribales alcanzaron unas cotas nunca vistas anteriormente. Se calcula que las llamadas *Guerras de los mosquetes* se cobraron, al menos, 20.000 víctimas hasta que en 1831 el gobierno de Nueva Gales del Sur tipificó como delito la posesión de cabezas humanas. La caótica situación (provocada por los europeos) fue utilizada por los ingleses como pretexto para hacer firmar a los jefes maorís en 1840 el infame Tratado de Waitangi, por el que aceptaban a los colonos y el gobierno de la Corona a cambio de que se respetara su soberanía como nación. En la práctica, supuso un violento proceso de expropiación de sus tierras. Además, los colonos adquirieron el derecho al usufructo de la pesca, privando a los aborígenes de una de sus actividades clave. Para los maorís, la dominación británica fue el comienzo de su exterminio cultural, debido a la implantación por la fuerza del lenguaje, la religión y las costumbres europeas.

El último caso conocido de canibalismo en Nueva Zelanda, recogido en un informe oficial, ocurrió en 1843. La versión oficial es que la predicación de los misioneros consiguió acabar con la hostilidad tribal. Pero, sin duda, la causa principal fue la disminución de la población nativa, diezmada por las enfermedades importadas, el alcohol, y los ataques de colonos ansiosos de sus tierras. Las Guerras Maorís, (1860-1865), que enfrentaron a nativos y europeos fueron, en esencia, guerras de soberanía y defensa de sus tierras y

de un ancestral modo de vida. Hoy los maorís son una pequeña minoría marginada en su propia tierra. De los 27 millones de hectáreas que poseían en 1840, hoy les queda poco más de un millón.

Cuando A. Reischek abandonó Nueva Zelanda en 1889, tras dos años de estancia, sentenció con amargura: «Lo que el canibalismo no había conseguido aniquilar durante siglos, lo consiguió la civilización europea casi en el tiempo medio de vida de un hombre».

La isla de Nueva Guinea se encuentra al norte de Australia, muy próxima al ecuador, por lo que sus tierras bajas están ocupadas por la selva tropical cálida, pero en su escarpado interior alternan las crestas y valles que culminan en montañas de casi 5.000 metros de altitud. Lo abrupto de su orografía confinó a los exploradores europeos en las costas y ríos de las tierras bajas durante cuatro siglos, periodo en el cual se suponía que el interior estaba deshabitado. Los hua de las Eastern Highlands de Papúa Nueva Guinea no tuvieron contacto con europeos hasta 1954, año en que se estableció cerca de ellos un puesto gubernamental de vigilancia, y los yali (pigmeos caníbales del valle Baliem, en las Tierras Altas de Irian Jaya), no fueron descubiertos hasta 1976). La falta de comunicación con otras culturas fue la causa de que los nativos no abandonaran sus ancestrales prácticas caníbales hasta hace pocos años (ya hemos visto el caso de los fore), e incluso es probable que, en algunas zonas, se siga practicando. Por lo menos así lo afirman cada cierto tiempo las revistas y periódicos sensacionalistas. Se dice que, en la Era de Internet, los asmat, los korowais, los komvais y los gururumbas de las selvas costeras meridionales y algunas tribus del valle del Araro siguen siendo feroces caníbales.

La mayor parte de las modalidades de canibalismo han estado presentes en esta región del planeta, aunque el deseo de venganza probablemente fuera el motivo dominante. A esta exigencia parece ser que se asoció al simple gusto por la carne humana, y que la venganza solo sirvió de pretexto para satisfacer este apetito antinatural.

Un gran estudioso del tema fue el etnólogo Charles Gabriel Seligman (1873-1940). En *The Melanesians of British New Guinea* (1910) escribió: «En la inmensa mayoría de los casos de canibalismo en las provincias del sudeste, comer carne humana era parte del solemne acto de la venganza, que era obligación de cada comunidad llevar a cabo en nombre de sus propios miembros asesinados y comidos por otras comunidades con las que estaban enemistados». Las víctimas recibían el nombre de *Maia* o *Maiha*. Describe, entre otras, una ocasión en que los wagawaga capturaron a un enemigo de la tribu maivara:



Un jefe guerrero de Nueva Guinea muestra su macabra colección de cráneos, clavados sobre estacas, símbolo del valor y proezas de la tribu.

(…) La viuda del hombre que reclamaba venganza debía cegar al Maiha. Lo hizo clavándole palos afilados en los ojos, burlándose de él en estos términos: «¡Con tus ojos viste asesinar a mi marido; ahora ya no te servirán de nada!» Luego, los niños de la hermana del hombre muerto le clavaron lanzas hasta que murió, y después, fue descuartizado por los hombres. En otras ocasiones, la víctima era arrastrada al círculo de piedras de la tribu que estaba especialmente reservado para el banquete caníbal. Allí era envuelto en hojas de cocotero secas y atado a un árbol, generalmente también un cocotero, que siempre se erigía en el centro del círculo. Las hojas eran prendidas fuego, y la víctima moría inexorablemente.

Cuando dos prisioneros eran llevados al poblado a la vez, la práctica era asesinar y asar a uno de ellos ante los ojos del otro para que pudiera contemplar la horrible agonía que le aguardaba.

Los asmat eran cazadores de cabezas que devoraban los cerebros de sus enemigos mezclados con gusanos del sago y dormían sobre sus cráneos. Se dice que los miembros de esta tribu asesinaron y devoraron en 1961 a Michael Clark Rockefeller, hijo del gobernador de Nueva York y antiguo vicepresidente Nelson Aldrich Rockefeller, heredero de la multimillonaria familia. El joven, de 33 años, y el antropólogo holandés René Wassing naufragaron cerca de la costa cuando iban a rodar un documental sobre esta tribu. Rockefeller alcanzó la costa a nado, y nunca más se supo de él. Wassing fue rescatado al día siguiente. A pesar de una búsqueda exhaustiva, no pudo encontrarse el cadáver de Michael, por lo que fue declarado oficialmente muerto en 1964. Parece ser que varios líderes del poblado de Otsjanep (adonde habría llegado el joven) habían sido asesinados por una patrulla holandesa en 1958, así que es posible que Michael sufriera su venganza.

Los korowai y los kombai, de la cuenca del río Brazza, en las impenetrables junglas del sudoeste, a los pies de la montaña Jayawijaya, construyen sus casas en lo alto de los árboles. Hasta hace pocos años, arreglaban sus ancestrales diferencias comiéndose unos a otros. Se piensa

que, incluso hoy en día, los korowai siguen practicando el canibalismo ritual. Cuando se produce una muerte inexplicable en la tribu, la achacan a los *khakhuas*, brujos que toman la forma de hombres. Los khakhuas se presentan por la noche disfrazados de parientes o amigos de su futura víctima para devorarle las entrañas durante el sueño y cambiarlas por cenizas, hasta que finalmente la matan disparándole una flecha mágica al corazón. Habitualmente, el moribundo pronuncia antes de morir el nombre del khakhua, que puede ser un habitante de su casa-árbol o de otra distinta. El denunciado es asesinado y devorado por hombres y mujeres, que comen todo menos los huesos, los dientes, el pelo, las uñas y el pene. Cuando el antropólogo Paul Raffaele preguntó a uno de ellos el motivo por el cual eran caníbales, este le respondió, extrañado: «Nosotros no comemos humanos. Solo khakhuas».

Para los yali, habitantes de las montañas centrales, las continuas disputas entre los diferentes clanes por tierras de labranza, territorios de caza, rapto de mujeres y robo de cerdos o de alimentos de los huertos, solían acabar con la muerte del enemigo y su consumo. Para esta tribu, comerse a su enemigo suponía un acto supremo de venganza. El último acto conocido de canibalismo de los yali tuvo lugar en 1976, cuando los habitantes de la aldea de Nipson asesinaron y devoraron a un misionero y a sus 12 ayudantes después de que los europeos quemaran sus ídolos.

En Nueva Guinea la carne humana era generalmente hervida, aunque en ocasiones también era asada en hornos. Algunos miembros de las tribus la preferían cruda. El pene, que era especialmente estimado, era asado sobre cenizas calientes. Las piezas más apreciadas eran la lengua, las manos, los pies y los senos; los cerebros, extraídos a través del agujero de la base del cráneo hervido, eran considerados una *delicatessen*. Los intestinos, las vísceras sólidas, los testículos y la vulva también eran devorados.

Seligman añade que en algunas ocasiones, el canibalismo se practicaba por pura glotonería. Algunos antropólogos lo achacan a una falta de proteínas, ya que los cultivos tradicionales de taro y patatas dulces son pobres en proteínas comparados con el trigo y las legumbres, y los únicos animales disponibles eran ratones, arañas y ranas. Sin embargo, otros argumentan que en la isla abundaban los marsupiales de mediano tamaño, que eran cazados por los nativos, y que los cerdos fueron introducidos varios miles de años antes del contacto con los europeos.

Los nativos decían que el sabor de la carne humana recordaba a la del cerdo, pero que era más delicada y que no producía saciedad ni vómitos aunque se comiera demasiada. Las autoridades de las naciones que se repartieron Nueva Guinea se esforzaron en convencer a los indígenas de que comer carne humana era un delito. J. H. P. Murray, delegado del gobierno y oficial superior de justicia de la isla a principios del siglo XX escribía en 1912 en *Papua, or British New Guinea:* «A ciertas tribus les gusta comer carne humana, y no comprenden por qué no deben comerla. De hecho, yo mismo nunca he sido capaz de dar a un nativo una respuesta convincente si me pregunta: ¿Por qué no debo comer carne humana?». También cita la respuesta de un testigo por un proceso de canibalismo:

Cocemos los cadáveres. Los despedazamos y los cocemos en una olla. Cocemos niños también. Los descuartizamos como a un cerdo. Los comemos

fríos o calientes. Primero comemos las piernas. Las comemos porque son como peces. Tenemos peces en los arroyos y canguros en los prados, pero los hombres son nuestro alimento real.

Los dobodura procuraban herir levemente a sus enemigos, no matarlos. Los transportaban a su poblado y los encerraban en chozas. Cuando un dobodura deseaba un trozo de carne humana, se dirigía al «almacén» y les cortaba algún pedazo. Haciendo alarde de una gran precisión, estos refinados *gourmets* conseguían evitar que las víctimas se desangraran antes de tiempo, conservando sus reservas de carne durante varias semanas.

El antropólogo Francis Edgar Williams fue a Papúa en 1922 y permaneció allí 19 años, cinco de ellos viviendo entre los nativos.

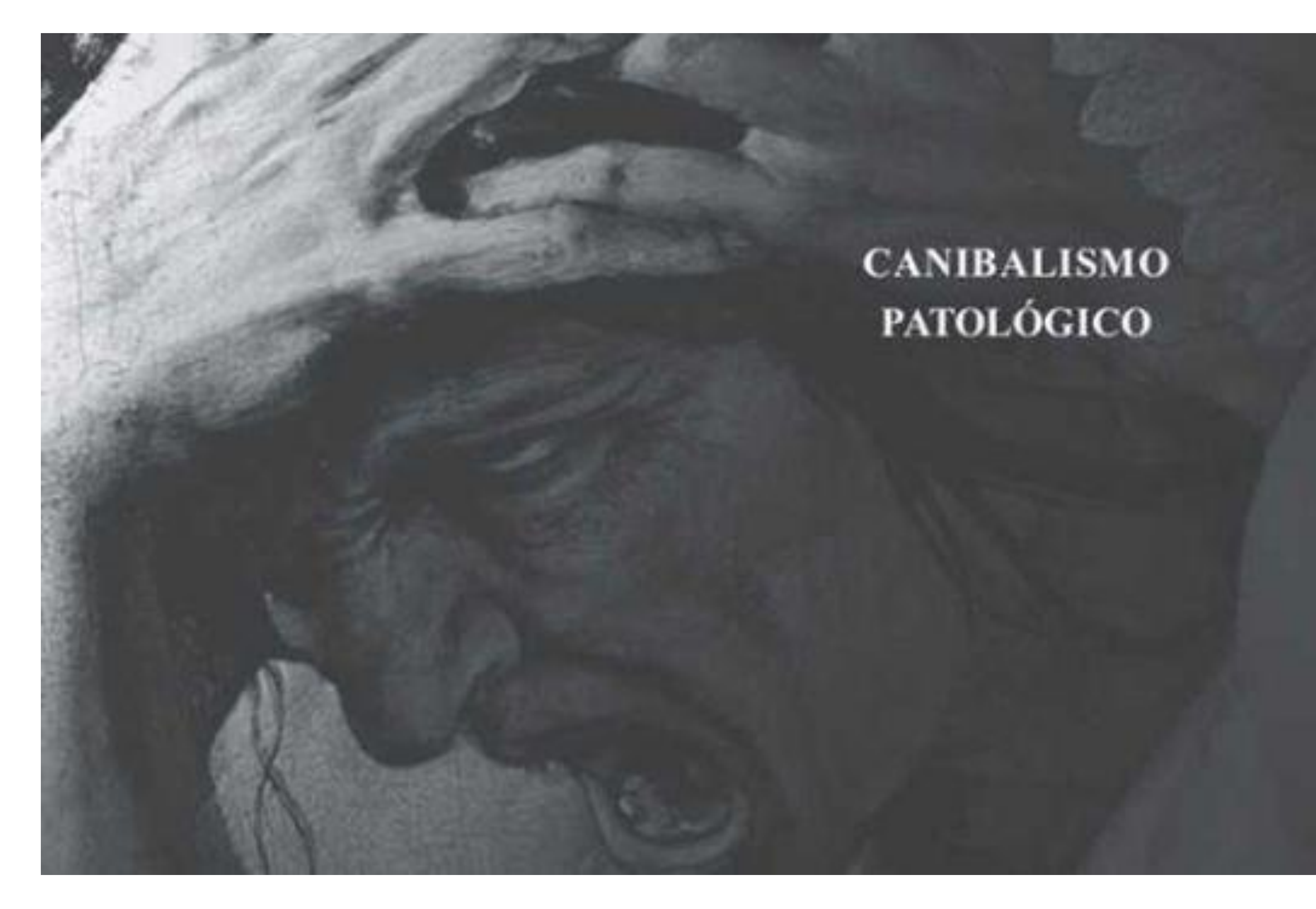
Recopiló sus estudios en *Orokaiwa Society* (1939), donde dice:

La razón para el canibalismo ha sido dada por estos nativos como un simple deseo por carne humana. Antropológicamente hablando, el hecho de que nosotros poseamos un supersticioso, o al menos sentimental, prejuicio contra la carne humana es más desconcertante que el orokaiva, un cazador nato, se sienta entusiasmado cuando consigue buena carne.



Un cráneo colocado a la entrada de la senda que conducía a una de las aldeas del lago Murray como advertencia para los intrusos.

Esta macabra advertencia me viene muy bien para prevenirle sobre nuestro próximo capítulo. Si es usted de estómago débil, ¡no siga leyendo! Porque después de este viaje alrededor del Mundo Caníbal, le invito a acompañarme a nuestro último destino; a la más tenebrosa de las junglas, la más oscura de las regiones, el más desconocido de los territorios, el lugar donde acechan los peores monstruos jamás conocidos por el hombre: la mente humana.



En este capítulo no vamos a hablar de pueblos primitivos que devoran a sus enemigos para satisfacer su sed de venganza, ni de caníbales que se comen a sus muertos como prueba de amor, ni de hambrientos desesperados cuya única posibilidad de subsistir es recurrir a la antropofagia. Todos tuvieron sus motivos, aunque desde nuestro punto de vista, algunos puedan resultar difíciles de comprender. Vamos a hablar del peor de los caníbales; de seres humanos (si se les puede llamar así) que asesinan y devoran a sus semejantes sobre un dudoso altar llamado civilización sin ningún otro fin más que el de satisfacer sus deseos.

Hoy en día se llaman *psychokillers* (asesinos psicópatas) o *serial killers* (asesinos en serie), término acuñado a mediados de los años setenta del siglo pasado por Robert Ressler, experto en la elaboración de perfiles de estos asesinos, tarea a la que dedicó 16

años en la Unidad de Ciencias de la Conducta del FBI. A partir de entonces se llamaría de este modo a todo asesino que cometiera homicidio al menos tres veces, y con un espacio de tiempo entre uno y otro crimen. Esto lo diferencia del asesino en masa, que mata a varias personas de una sola vez:

es el hombre que se sube a un tejado con un fusil o el adolescente que mata a sus compañeros de instituto. Además, los asesinos en serie evitan las armas de fuego siempre que pueden, porque las consideran una forma muy impersonal de matar.

En otros tiempos los *psychokillers* fueron identificados con criaturas folclóricas y sobrenaturales y se les llamó hombres-lobo, vampiros, ogros, brujos o posesos. No hace falta viajar a remotos parajes para encontrarlos. Viven entre nosotros, y ni la sociedad ni las religiones del amor han conseguido acabar con ellos. Más bien son un producto genuino de nuestra *civilizada* sociedad. Son reservados, ordenados, meticulosos, pulcros, agradables, solitarios, de buenos modales, inteligentes y tienen trabajos normales.

Pueden ser nuestro compañero de oficina, el profesor de nuestros hijos o ese amable vecino del quinto que siempre nos abre la puerta del ascensor y se ofrece a llevarnos la cesta de la compra.

Bajo su aspecto normal y corriente, ocultan un monstruo mucho más temible que el más tatuado de los guerreros maorís.

Un rasgo característico de los psicópatas es que se sirven de los demás sin escrúpulos porque no les frena la moral ni el miedo a ser castigados ni cualquier sentimiento hacia sus víctimas. Un psicópata carece de sentimientos, tal como entendemos este concepto. No tiene capacidad de empatía con los demás, no tiene complejo de culpa y no son capaces de amar. Los sentimientos son abstracciones faltas de contenido. En su mente, la palabra «amor» carece de todo contenido emocional. Desconoce por completo el significado moral y social del bien y el mal: el bien es el suyo propio, la satisfacción a toda costa de sus deseos, y el mal, la incapacidad de lograr esa satisfacción, ser detenido o muerto.

John Wayne Gacy, *El Payaso asesino*, era un ciudadano ejemplar, un brillante hombre de negocios honesto, agradable, bajo y obeso que entretenía a niños hospitalizados o huérfanos encarnando al payaso *Pogo*. Entre 1972 y 1978 cometió 33 asesinatos, después de torturar y sodomizar a sus víctimas, todas varones. Enterraba los cuerpos en su jardín y en el sótano de su casa. Su filosofía de la vida era la siguiente:

—¿Qué está permitido hacer?

—Todo lo que pueda sin ser pillado.

—¿Qué es bueno?

—Todo lo que es bueno para mí.

El *psychokiller* no es un psicótico, un paranoico o un esquizofrénico con una visión absolutamente desordenada de la realidad que, presa de una de sus crisis, mata llevado por sus obsesiones o alucinaciones y que, siendo consciente de la atrocidad que ha cometido, se entrega voluntariamente a la policía en un momento de lucidez o deja pistas voluntariamente que posibiliten su detención.

Edward Theodore Gein, conocido como Ed Gein, nació el 27 de agosto de 1906 en La Crosse, Wisconsin. Su padre, un alcohólico, peleaba constantemente con su madre, Augusta, una fanática religiosa. En este enrarecido ambiente crecieron Ed y su hermano Henry (siete años mayor), aislados en una granja de Plainfield, Wisconsin. Augusta consideraba a las mujeres como fuente de todos los pecados, exigía a sus hijos reprimir sus

deseos sexuales para evitar arder en el infierno y les obligaba a leer la Biblia varias horas al día. Su padre murió en 1940. Su hermano, en 1944 en extrañas circunstancias (se dijo que lo mató Ed, aprovechando la confusión creada por un incendio en la granja) y finalmente, su madre lo hizo el 29 de diciembre de 1945. Ed se quedó solo y aterrorizado, sin la única persona por la que sentía amor y admiración. En un intento de mantenerla a su lado, tapió con tablones la habitación de Augusta, dejándola tal y como ella la tenía en vida. Pero su madre no desapareció del todo. Gein confesó más tarde que, aun después de muerta, ella le seguía hablando y que, por las noches, le arropaba en su cama…

Entonces, Gein cayó en la locura. Comenzó a frecuentar el cementerio y a llevarse a casa partes de cadáveres, siempre de mujeres que le recordaban a su madre. No mantenía sexo con ellas, pero observaba durante mucho tiempo cómo se descomponían. Finalmente, decidió experimentar con *material* de mejor calidad.

El 8 de diciembre de 1954, un granjero descubrió un reguero de sangre en la taberna de Mary Hogan. Ella nunca más volvió a ser vista. El 16 de noviembre de 1957, desapareció la dueña de la ferretería, Bernice Worden. En esta ocasión había una pista:

Bernice había anotado en el libro de contabilidad el nombre de su último cliente: Ed Gein.

Un siniestro día de invierno de 1957, inspeccionando el cober tizo de Gein, el sheriff encontró el cadáver de la señora Worden colgando de un gancho cabeza debajo, decapitado y abierto en canal como si fuera una res.

Cuando entró en la casa, el agente no pudo dar crédito al espectáculo que se mostraba ante sus ojos: trozos de cuerpos humanos utilizados como mobiliario, un cuenco para sopa hecho con un cráneo y otros cráneos intactos adornando los postes de la cama, cabezas disecadas decorando los muebles, prendas de vestir y máscaras confeccionadas con piel de cadáveres, un collar con pezones enhebrados y una colección de vaginas disecadas. Como dice Paul A. Woods en *Ed Gein: Psycho!*: «Ed Gein extraía los deseos más primitivos de las partes más oscuras de su psique y los materializaba. Su propia casa estaba atestada de sórdidas fantasías de su subconsciente materializadas en objetos de pesadilla».

La verdadera pasión de Gein era el travestismo, para lo cual se cubría con prendas hechas con la piel de los cadáveres de las mujeres. Ataviado de esta guisa, solía bailar bajo la luz de la luna tañendo un tambor hecho con piel y huesos humanos.



Ed Gein, *El Carnicero de Plainfield*.

Gein confesó que había matado a la señora Worden y a Mary Hogan, y que los demás restos humanos los traía del cementerio.

También se le acusó de canibalismo (se encontró un corazón humano en una cafetera sobre el horno y, en ocasiones, solía agasajar a sus vecinos con carne de *venado*), pero Gein lo negó.

Durante el juicio, quedó suficientemente demostrado que Ed Gein no era un psicópata, sino un psicótico que sufría alucinaciones y crisis de demencia. Fue internado en el Instituto de Salud Mental de Mendota, donde murió en 1984 tras haber sido un prisionero modelo, destacando como carpintero y albañil.

Aunque como asesino en serie Gein no fue, ni con mucho, de los más prolíficos, los detalles macabros y perversos del caso le convirtieron en un icono de la cultura popular y fuente de inspiración para muchos escritores y cineastas. Basándose en el caso Gein, Robert Bloch publicó en 1959 su novela *Psycho* (Psicosis), que fue llevada al cine por Alfred Hitchcock en 1960, convirtiéndose en el film de horror más rentable hasta entonces. También el Buffalo Bill de *El silencio de los inocentes* (1988), de Thomas Harris, comparte los deseos de Gein de travestirse usando la piel de las mujeres asesinadas para ello. Leatherface, de *La matanza de Texas (1974)*, dirigida por Tobe

Hooper, colecciona trofeos de sus víctimas y la madre de *Carrie*, de Stephen King (publicada en 1974 y llevada al cine en 1976 por Brian de Palma), recuerda demasiado a Augusta.

Ottis Driftwood, líder de la familia asesina de*La casa de los 1.000 cadáveres* (2003), de Rob Zombie*,* tomaba prestadas las *inclinaciones artísticas* de *El Carnicero de Plainfield.*

Lo interesante de la repercusión del caso de Gein en la cultura popular es que, hasta entonces, el monstruo venía siempre de fuera; de Transilvania, de Egipto, de remotas junglas o del espacio exterior. A partir de Gein, el monstruo podía ser el chico de la puerta de al lado. El horror sobrenatural dejó paso al horror psicológico.



El cadáver de la señora Worden.



Uno de los macabros trofeos de Gein.

Entre diciembre de 1977 y finales de enero de 1978, Richard Trenton Chase, *El Vampiro de Sacramento*, asesinó a seis personas, entre ellas un bebé de 20 meses. Bebió la sangre de dos de ellas y se comió al bebé en su casa. Chase era un paranoico esquizofrénico con psicosis tóxica inducida por drogas. En una entrevista con un psiquiatra declaró: «Si devoré a esas personas fue porque tenía hambre y me estaba muriendo. Mi sangre está envenenada y un ácido me corroe el hígado. Era absolutamente necesario que bebiera sangre fresca». En su juicio declaró que oía voces de extraterrestres que le instaban a matar. Se suicidó en su celda el 23 de diciembre de 1980.

Lo mismo podría decirse de los hombres-lobo tradicionales. La licantropía es definida por la moderna psiquiatría como una manifestación de esquizofrenia, síndrome orgánico cerebral con psicosis, reacción depresiva psicótica, neurosis histérica de tipo disociativo, psicosis maníaco-depresiva o epilepsia psicomotora.

Durante la Caza de Brujas llevada a cabo en Europa entre los siglos XV y XVIII, la Iglesia integró en su concepto acumulativo de la brujería una creencia presente en muchas sociedades desde los tiempos históricos más antiguos: la de que los seres humanos podían convertirse físicamente en animales. La Inquisición utilizó los crímenes aislados de psicóticos para hacer creer al pueblo que los responsables eran hechiceros que habían hecho un pacto con el Demonio. A cambio, este les había proporcionado ciertos ungüentos o cinturones de piel de lobo que les convertían en la bestia no solo ante su propio pensamiento, sino también ante la vista de los otros, comportándose como tales y atacando, matando y devorando a sus semejantes.

El miedo y la opinión general actuaron de tal modo en las mentes de esquizofrénicos y parafrénicos que realmente algunos llegaron a creer que eran auténticos hombres-lobo. Comportándose como tales, corrían por los campos de noche, desnudos e incluso cubiertos por una piel de lobo, matando, violando y devorando a sus víctimas. La creencia en los hombres-lobo creó más hombres-lobo, al igual que la creencia en brujas generó a las brujas. Como en *Las cuitas de Werther,* donde en primer lugar existe un Werther en la vida real, que los poetas hacen célebre, y finalmente la nación se ve plagada

de Werthers. Sería difícil determinar qué fue primero, la leyenda del hombre-lobo o la psicosis licantrópica.

Solo en Francia entre 1520 y 1630 se celebraron más de 30.000 juicios contra supuestos hombres-lobo. Los casos más famosos fueron los de Pierre Burgot, Michel Verdun y Philibert Mentot, conocidos como Los Hombres-Lobo de Poligny (Francia), quemados en 1521; Gilles Garnier, arrojado a las llamas en 1573 en Dòle, en el mismo país; Petter Stubbe, ejecutado en Colonia (Alemania) en 1589 y Jacques Roulet, un vagabundo de Caude, en los alrededores de Angers (Francia), juzgado en 1598. Su comportamiento en la celda demostró que era un débil mental y epiléptico, por lo que el acusado escapó a la pena de muerte. Lo mismo ocurrió con Jean Grenier, el niño licántropo, juzgado en la corte del Parlamento de Burdeos (Francia), el 6 de septiembre de 1603. En este caso la corte tuvo en cuenta la edad y el retraso mental del muchacho, por lo que le condenó a ser encerrado de por vida en un monasterio. Nuestro hombre-lobo particular fue Manuel Blanco Romasanta, que se creía capaz de transformarse en lobo por culpa de una maldición que le habían echado en su juventud. Confesó haber asesinado y devorado a 13 personas en los bosques de Galicia, Asturias y Cantabria entre 1846 y 1852.



Un hombre lobo perpetra una atroz carnicería humana.

La licantropía asume entre los indios ojibwa de la región de los Grandes

Lagos de Canadá la forma de *psicosis Windigo*. Según la leyenda, las personas pueden ser poseídas por el espíritu del monstruoso Windigo, un gigante sobrehumano, comedor de hombres, que posee un corazón de hielo. Algunos, creyendo como ciertas estas leyendas, sienten un deseo incontrolable de comer carne humana, llegando a matar incluso a sus propios familiares, y devorar su carne sin con ello conseguir apaciguar o saciar su apetito, por lo que siguen buscando nuevas presas, tanto más ávidamente cuanto más comen.

Nada que ver con el tema que nos ocupa. Un verdadero *psychokiller*, si pudiera, sentiría pena de estos pobres diablos. Hannibal Lecter jamás compartiría su mesa con el pusilánime Norman Bates. El *psychokiller* mata por puro placer. Es inteligente, astuto y precavido. Se considera a sí mismo una especie superior. El *Homi ni lupus*. Contempla a sus semejantes como un depredador con templaría a una res.

Hasta la fecha, se desconocen los motivos por los que un ser humano se convierte en un asesino caníbal. Por ello, es imposible prevenir su gestación hasta que el *mister* Hyde que lleva dentro aflora a la superficie. Solo las tres médiums de *Minority Report* serían capaces de detectar a un asesino en serie antes de que cometa su primer crimen. Se han involucrado factores personales (abusos sexuales en la infancia, sucesos traumáticos, etc.), alteraciones genéticas, desequilibrios bioquímicos, lesiones cerebrales y factores socioculturales, pero todo son conjeturas.

El hecho de que el asesino psicópata mate, viole y devore la carne de sus víctimas está íntimamente ligado con sus fantasías de sometimiento y control total sobre ellas. Su deseo es «cosificarlas», despojarlas de todas las características humanas que les son propias, vejarlas sexualmente, torturarlas, mutilarlas, usar partes de sus cuerpos como elementos decorativos y comer su carne como el cazador que consigue una presa. De esta forma se siente superior a ellas y a sus perseguidores.

Por eso continúa matando, porque el ritual que supone su agresión nunca consigue satisfacer su fantasía, por lo que siempre busca acercarse un poco más a ella. Una vez que empieza a matar, ya nunca puede detenerse. Su cadena de crímenes es imparable a no ser que sea detenido, lo cual no es tarea fácil. Debido a su personalidad y modo de vida, no suelen ser tenidos en cuenta como sospechosos. «Empiezan matando con miedo, cautelosamente; luego, pasan a ser arrogantes, despreocupados: se convierten en máquinas de matar», afirma Ressler. Generalmente, los ase sinos en serie son detenidos por esa falta de precauciones. Ted Bundy, que violó y asesinó a 35 jóvenes dijo: «La primera vez tienes cuidado, pero después ya no te acuerdas de dónde has puesto el trozo de carne». Suelen conservar trofeos, partes de los cuerpos, como recuerdo para prolongar el placer vivido o para cocinarlos tranquilamente en su casa. Se interesan por sus propios crímenes e incluso llaman a la policía o a familiares de sus víctimas para aportar datos de forma anónima.

Esto fue lo que ocurrió en el caso de Albert Fish, *El Ogro de Nueva York*.

En junio de 1928, en Nueva York, la humilde familia Budd puso un anuncio en el periódico solicitando trabajo para su hijo mayor, Edward. Al día siguiente, un hombre de cerca de 60 años que se identificó como Frank Howard se presentó en su domicilio.

Les contó que poseía una granja en Farmingdale, Long Island, que tenía seis hijos y necesitaba ayuda. Le vendría bien contar con el joven Edward. Le pagó un buen adelanto y entonces se fijó en la hija pequeña, Grace. Preguntó a sus padres si podía invitarla a una fiesta de cumpleaños en casa de su hermana. Les dio las señas y les prometió que la llevaría de vuelta antes del anochecer. Los Budd nunca volvieron a ver a su pequeña.

Casi diez años más tarde, el 11 de noviembre de 1934, Delia Budd, la madre de Grace, recibió por correo la siguiente carta:

Estimada señora Budd:

En 1894, un amigo mío servía como marinero de puente en el buque Tacoma con el capitán John Davis. Salieron de San Francisco con destino a Hong Kong. Una vez llegados a puerto, él y dos compañeros bajaron a tierra a emborracharse. A su regreso, el buque había salido ya sin ellos. En esa época, el hambre reinaba en la China. Cualquier clase de carne se vendía entre uno y tres dólares la libra. Los más pobres sufrían tanto que vendían a los carniceros a sus hijos de menos de doce años para que los despedazaran y revendieran. En cualquier carnicería se podían obtener, así, bistecs, costillas y filetes. A la vista del comprador, los cortaban del cuerpo desnudo de una niña o un niño. Las nalgas, que es la parte más tierna, se vendían como ternera y eran el pedazo más caro.

John se quedó tanto tiempo en Hong Kong que se aficionó a la carne humana. A su regreso a Nueva York, secuestró a dos niños, de siete y once años, que llevó a su casa. Los desnudó, los ató dentro de un armario y quemó sus trajes. Muchas veces, de día y de noche, los apaleaba y torturaba para hacer más tierna su carne. Mató primero al mayor, pues su culo era el más carnoso. Coció y devoró cada parte de su cuerpo excepto la cabeza, los huesos y los intestinos. El niño fue asado en el horno (su culo), cocido, hervido, frito y guisado. El niño menor pasó a su vez por lo mismo. En esa época, yo vivía en el 409 de la calle 100 Este, cerca del lado derecho. John me hablaba tan a menudo de la delicadeza de la carne humana que me decidí a probarla. El domingo 3 de junio de 1928 fui a casa de usted, en el 406 de la calle 15 Oeste. Llevé queso y frutas. Comimos juntos. Grace se sentó sobre mis rodillas para darme un abrazo. Decidí comérmela. Me inventé un cumpleaños y ustedes le dieron permiso para que me acompañara. La llevé a una casa abandonada de Westchester en la que me había fijado. Al llegar, le dije que se quedara fuera. Cogió flores silvestres. En el primer piso, me desvestí completamente para evitar las manchas de sangre. Cuando lo tuve todo listo me acerqué a la ventana para decirle a Grace que subiera.

Me oculté en un armario hasta que llegó. Cuando me vio desnudo se echó a llorar y quiso huir. La alcancé y me amenazó con decírselo todo a su mamá. La desnudé. Se defendió mucho, me mordió y me hizo algunos rasguños. La estrangulé antes de cortarla en pedacitos para llevarme a casa su carne, cocinarla y comérmela. No pueden imaginar cuán tierno y sabroso estaba su culito asado. Tardé nueve días en comérmela por completo. No me la tiré, aunque hubiese podido hacerlo, de haberlo querido. Murió virgen.

No sé a ustedes, pero a mí, esta carta me horroriza mucho más que cualquiera de los coloridos relatos de los misioneros…

El inspector William King nunca había dado por perdido el caso. El

espectrógrafo descubrió una marca en la carta, un pequeño membrete correspondiente a la Sociedad de Socorros Mutuos de Chóferes de Nueva York. Visitó la aseguradora y dio con un posible sospechoso. Era un conductor llamado Lee Siscoski. Pero tras interrogarlo, King averiguó que su único delito había sido robar material de escritorio de la aseguradora.

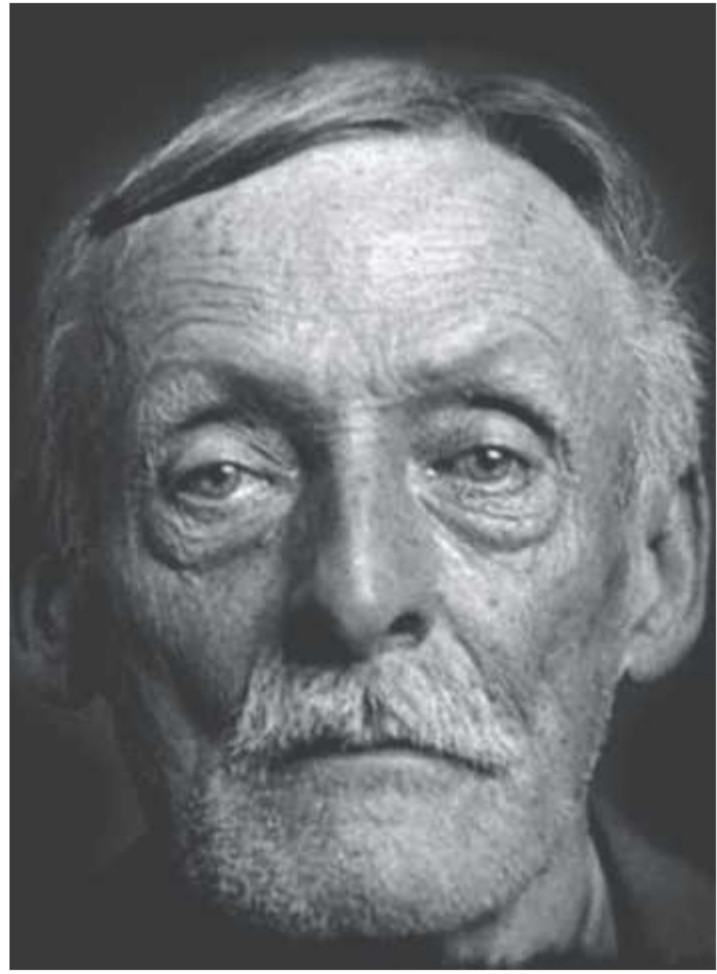
Había vendido buena parte de este material en una pensión del 200 Este de la calle 52. El detective se dirigió a la pensión y tras revisar el libro de registros, comprobó con enorme satisfacción que la caligrafía de uno de los huéspedes se correspondía con la de la carta. El nombre del huésped era Albert Fish. Tras registrar su habitación, King encontró en un baúl un abultado paquete de recortes de periódicos que recogían noticias relacionadas con atrocidades cometidas por otros asesinos en serie. La mayor parte correspondían a Fritz Haarmann, *El Carnicero de Hannover*, ejecutado el 15 de abril de 1926 en esta ciudad, tras ser declarado culpable de asesinar y violar a 24 jóvenes (en realidad, se sospecha que el número de víctimas pudo ser de 50). Después, ayudado por su amante, Hans Grans, vendía su carne en el mercado negro de la hambrienta Alemania del final de la Primera Guerra Mundial. Durante su juicio, Haarmann declaró que sus crímenes «no eran para sacar beneficio con la venta de carne humana, sino que estaban motivados por un momento de frenesí erótico que me conducía a matar para satisfacer mis irrefrenables deseos».

Fish fue detenido. Tras ser interrogado, el horror se adueñó del alma de los psiquiatras y criminólogos. Bajo aquel aspecto de venerable anciano se escondía uno de los más grandes monstruos humanos de todos los tiempos. Entre sus aficiones estaban el asesinato, el sadismo, el masoquismo, el canibalismo, la coprofagia, la pedofilia y la automutilación. De hecho, el examen médico reveló que tenía unas 27 agujas introducidas en el escroto y la base del pene, algunas cerca del colon, el recto y la vejiga y varias ya oxidadas.

Fue imposible saber con exactitud el número de víctimas. La policía llegó a barajar la cifra de 400 en 25 estados diferentes, fundamentalmente niños afroamericanos o de clase social baja.

Entre otras atrocidades, Fish confesó con todo lujo de detalles el asesinato de un niño de cuatro años que flageló hasta que la sangre resbaló por sus piernas y pudo beberla:

Lo desnudé y até sus manos y pies y lo amordacé con un trapo sucio que tomé de la basura (…). Corté uno de mis cinturones por la mitad e hice seis tiras de esas mitades. Con ellas le golpeé el trasero hasta que la sangre corrió. Le corté las orejas y la nariz y le rajé la boca de oreja a oreja. Le saqué los ojos. Entonces se murió. Le clavé un cuchillo en la barriga y puse mi boca en su cuerpo y me bebí su sangre (…). Corté una parte de su trasero y me fui a casa con mi comida. Lo que más me gustó fue la parte de su vientre. El culito lo tenía para hacerlo al horno. Hice un guisado con las orejas, la nariz, trozos de la cara y el vientre… estaba delicioso.



Albert Fish, *El Ogro de Nueva York*.

Solo se le pudieron imputar 15 crímenes, pues eran los que recordaba con más detalle, por los que fue condenado a morir en la silla eléctrica de la prisión de Sing Sing el 16 de enero de 1936.

Cuando conoció la sentencia exclamó alborozado: «¡Qué alegría morir en la silla eléctrica! Será el último escalofrío, uno de los pocos que todavía no he probado». Murió después de una segunda descarga eléctrica, ya que al aplicarle la primera, el metal de las numerosas agujas que tenía introducidas en el cuerpo produjo un cortocircuito.

Andrei Romanovich Chikatilo, *El Carnicero de Rostov,* nació el 16 de octubre de 1936. Chikatilo fue un niño introvertido, marcado por la desaparición de su hermano, que fue secuestrado y devorado por un grupo de campesinos durante una hambruna que azotó la región. Probablemente, Thomas Harris conocía este hecho. Para explicar los motivos que convirtieron a Hannibal Lecter en un asesino caníbal utilizó un argumento similar. Hannibal, niño, contempla durante la Segunda Guerra Mundial cómo un grupo de soldados hambrientos y aislados por la nieve en la cabaña familiar devora a su hermana pequeña.

Durante toda su vida, Chikatilo tuvo problemas de impotencia, a pesar

de cual se casó en 1963 con Fayina, con la que tuvo dos hijos. Graduado en la Universidad de Rostov en 1971, en mayo de 1973 comenzó a trabajar como maestro en Novoshakhtinsk, pero los niños se reían de él e incluso llegaron a agredirle físicamente. El 22 de diciembre de 1978 *algo* se puso en marcha en su torturado cerebro. Abordó por la calle a la niña Lena Zakotnova, de nueve años, y la llevó a una cabaña de las afueras. Mientras intentaba desnudarla, la arañó y la visión de la sangre le produjo una erección. Apuñaló violentamente en el estómago a la niña hasta que eyaculó. Un ciudadano inocente, Aleksandr Kravchenko, fue acusado del crimen y ejecutado en 1984. Tres años después, se trasladó con su familia a Shakhti, donde comenzó a trabajar como maes tro en la Escuela Técnica Nº 33. Allí convenció a la joven Larisa Tkachenko, de 17 años, para que le acompañara a un bosque con la intención de mantener relaciones sexuales. Cuando ella vio que Chikatilo no era capaz de mantener una erección, se rió de él. Presa de la rabia, él la estranguló y eyaculó sobre el cadáver. Le mordió la garganta, le cortó los pechos y se comió sus pezones.

Chikatilo siguió matando durante 12 años. La mayoría de sus víctimas fueron mujeres y niños, a los que apuñalaba salvajemente entre 30 y 50 veces. Les seccionaba los pechos o los pezones con un cuchillo o con los dientes y les extirpaba los úteros. Después les arrancaba los ojos, lo que se convirtió en su firma. Como confesó posteriormente: «No podía soportar sus miradas». Comía las partes blandas de sus víctimas y le producía un placer animal morder o tragar pezones y testículos. Para disimular su impotencia, colocaba su semen dentro de las vaginas con una rama.

Cuando se descubrió el cadáver número 30, las autoridades soviéticas debieron admitir que en un estado tan controlado policialmente y tan organizado como el suyo existía un asesino en serie, algo que hasta entonces se consideraba un producto típico del sistema capitalista. Tampoco la Inglaterra victoriana (una de las épocas más reprimidas y puritanas desde una perspectiva moral de la historia de este país) aceptó fácilmente que una sociedad tan pura como la suya albergara un monstruo como *Jack el Destripador*. Para la mayor parte de los londinenses, era inadmisible que alguien que asesinaba con tal brutalidad y que después se divertía removiendo los órganos internos de sus víctimas fuera uno de ellos, un ciudadano de la que era entonces, sin duda, una de las naciones más civilizadas del mundo.



Andrei Romanovich Chikatilo, *El Carnicero de Rostov.*

Finalmente, las autoridades rusas se rindieron a la evidencia y el Instituto Serbsky de Moscú elaboró un perfil del asesino. Debía tratarse de una persona normal, probablemente casado y con un trabajo regular y, por el esperma encontrado en algunas víctimas, su grupo sanguíneo era el AB. La policía detuvo a Chikatilo en septiembre de 1984, pero no pudieron retenerle pues su grupo sanguíneo era el A. Sin embargo, en 1988, científicos japoneses demostraron que en rarísimas ocasiones, el esperma y la sangre de una persona no corresponden al mismo grupo. Chikatilo era uno de estos casos.

Con 700 hombres buscando al asesino caníbal, en noviembre de 1990, un detective vio salir de un bosque a un hombre con la cara manchada de sangre y le pidió sus datos. Cuando una semana después se encontró un cadáver en el mismo lugar, Chikatilo fue detenido.

Acusado de 36 asesinatos, él mismo confesó otros 19. El 15 de octubre de 1992 fue condenado a muerte en medio de los aplau sos de los espectadores y ejecutado el 16 de febrero de 1994 de un tiro en la nuca.

En realidad, Chikatilo no ha sido el único asesino caníbal de la antigua Unión Soviética. Su caso fue conocido por Occidente porque su captura tuvo lugar durante los años de la *perestroika,* mientras que las «hazañas» de otros que compartieron sus horribles aficiones como Ilshat Kusikov, Alexei Sukletin y

su amante Madina Shakirova o Alexander Spetitsev, permanecieron ocultas tras el Telón de Acero, sumidas en el secretismo policial. Andrei Tkachenko, director del Instituto Serbsky de Moscú, admitió durante una entrevista divulgada en 2000 por el canal privado ruso NTV que desde 1979 el hospital atendió a por lo menos unas 100 personas clasificadas como asesinos en serie. De hecho, en el macabro Salón de la Fama de los asesinos caníbales, Chikatilo es superado por un compatriota: Nikolai Sergei Dzhurmongaliev, conocido como *Colmillos de metal* por tener un diente de plata. La policía calculó que entre 1980 y 1991 asesinó a 100 mujeres, y que sirvió a sus amigos a unas 47 de sus víctimas cocinadas como platos típicos de la República de Kazajistán, donde vivía. Cuando fue detenido, confesó con orgullo que el ingrediente secreto de sus raviolis era una rubia de ojos azules, y que dos mujeres le proporcionaban suficiente carne para mantenerse durante una semana. Fue recluido en el asilo para enfermos mentales de Tashkent, pero mientras era transportado a un aeropuerto de otra ciudad en 1989 consiguió escapar. A los dos años fue capturado de nuevo y enviado a un hospital psiquiátrico, donde se encuentra todavía.

«Solo quería conocer el sabor de la carne de una chica joven y atractiva. Cuando uno se enamora de una mujer, lo normal es querer besarla. Para mí es lo mismo, solo quería probarla. Soy un caníbal. Es una obsesión». Son palabras de Issei Sagawa, un japonés de 1,50 metros de estatura y aspecto inofensivo. Hijo de Akira Sagawa, presidente de Kurita Water Industries, Issei se encontraba en París desde 1977, estudiando literatura moderna en el Censier Institute de la Sorbona. Allí conoció a una joven holandesa de 25 años, alta, rubia y bonita, llamada Renée Hartevelt. Issei estaba obsesionado con las mujeres altas de rasgos occidentales, así que empezó a cortejarla. Le escribió cartas de amor, la llevó a conciertos y a exposiciones de arte. El 11 de julio de 1981 la invitó a cenar a su casa y le declaró su amor, pero la joven le rechazó y le explicó que solo podía ser su amiga. Sagawa se retiró, desconcertado, y volvió a la habitación con un rifle que había comprado para su protección al llegar a París. Se acercó a Renée por detrás y le disparó en la nuca. Desnudó el cadáver y le cortó con un cuchillo el pezón izquierdo y un pedazo de nariz para comerlos. Después, con un cuchillo eléctrico cortó en filetes y comió parte de sus caderas, sus glúteos, sus pechos, sus muslos y sus labios. Cortó su lengua y se contempló en un espejo mientras la masticaba. «Su sabor es el de un rico pescado crudo, similar al sushi, no he comido nada más delicioso», declaró después.

Guardó trozos escogidos en su nevera. Tomó fotografías del cadáver mutilado y tuvo relaciones sexuales con lo que quedaba de Renée. Después, llevó el cadáver a la cama y durmió con él.

A la mañana siguiente, siguió comiendo. Devoró su brazo, e intentó comer su ano después de recortarlo, pero el fuerte olor le hizo escupirlo. Intentó comerlo frito, pero eso no disminuyó su olor, así que se dio por vencido y lo volvió a poner en el cadáver.

Cuando varias moscas empezaron a revolotear alrededor, pensó que había perdido definitivamente a su amada y decidió deshacerse del cuerpo. Con un hacha, la descuartizó y metió los trozos en dos maletas.

A medianoche, llamó un taxi y se dirigió al frondoso Bois de Boulogne,

donde abandonó las maletas tras unos setos. Una pareja de novios le vio, y cuando se acercaron al lugar, comprobaron que las maletas estaban manchadas de sangre. A la policía no le fue difícil localizar al taxista que había transportado hasta el bosque a un joven oriental cargado con dos pesadas maletas. Cuando entraron en su apartamento encontraron restos de la joven en el refrigerador, envueltos en bolsitas de plástico. Sagawa fue internado en la prisión de La Santé, en espera de juicio, y allí empezó a escribir. También mantuvo una correspondencia con el escritor Juro Kara, que después utilizó las cartas para escribir la novela *Letters from Sagawa-Kun*, que ganó el premio Akutagawa, uno de de los más prestigiosos de Japón.

Los jueces consideraron que Sagawa había cometido su crimen en un estado de locura temporal, por lo que fue condenado a ser recluido por un periodo indefinido de tiempo en el asilo Henri Colin, de Villejuif, donde siguió escribiendo. En mayo de 1985, su poderoso padre consiguió que fuera transferido al hospital psiquiátrico Matsuzawa de Japón. Para entonces, Sagawa ya había publicado su primera novela, *In the Fog* (1983), donde describía con todo lujo de detalles el crimen y sus motivaciones. *In the Fog* se convirtió en un *best seller*, del que se vendieron más de 200.000 ejemplares.



Issei Sagawa, el caníbal japonés.

Después, la realidad supera a la ficción. Sagawa salió en libertad después de tan solo 15 meses, en agosto de 1985, y se convirtió en un fenómeno mediático. Los medios de comunicación le nombraron «padrino del canibalismo», concedió numerosas entrevistas, apareció en la portada de una revista de gastronomía, escribió una columna semanal en un periódico, editó una antología de relatos de caníbales, probó suerte en el mundo del cómic manga e incluso en el cine porno. Siguió publicando novelas, muy apreciadas por la crítica y el público, con títulos tan sugerentes como *Excuse me for living* (1990), *Saint* (1991), *Mirage* (1993) y *The people I want to kill. The message from a man with multiple personalities* (1998). Los Rolling Stones le dedicaron la canción *Too Much Blood*, incluida en el álbum *Undercover* (1983) y los Stranglers, su tema *La Folie* (1981). Cada vez que hay un crimen relacionado con el canibalismo, Sagawa es consultado por la prensa y televisión como experto en el tema, y en su página web exhibe sus pinturas y esculturas con

las nalgas carnosas de mujeres blancas.

Jesús Palacios en su *Psychokillers. Anatomía del asesino en serie*, opina que los *psychokillers* resultan atractivos porque encarnan todo aquello que, formando parte íntima de nuestro yo, se nos obliga a negar y enterrar como si nunca hubiera existido.

Alicia Misrahi, en *El libro de los asesinos,* escribe: «En la época moderna y en occidente, el asesino fascina porque transgrede toda moralidad, ética y normas de convivencia humana y porque es capaz de realizar actos que repugnan a los mortales "equilibrados" y, en ocasiones, porque estas mismas personas desearían secretamente poder acabar con alguien o incluso fantasean con el asesinato». John Wayne Gacy, *El Payaso asesino,* se dedicó a pintar cuadros en la cárcel. Considerados objetos de culto, algunos llegaron a venderse por 7.000 dólares. Charles Manson, que sigue cumpliendo condena en prisión por los asesinatos Tate-La Bianca es una estrella mundialmente conocida cuya imagen aparece en pósters y camisetas y cuyas mediocres canciones *folk* han sido interpretadas por grupos como Guns'n'Roses y Marilyn Manson.

Yo pienso que esta atracción forma parte de la fascinación que siente el ser humano por todo lo diferente, lo extraño y lo que se aparta de la norma, innata al género humano y que por lo tanto ha de durar tanto como nuestra propia especie. Por eso usted ha comprado este libro. Por eso yo lo he escrito. Por eso aminoramos la marcha para contemplar los accidentes de carretera. No hay ninguna diferencia entre los espectadores de los *freakshows* del siglo XIX y quien va al cine a ver la última película de Hannibal Lecter. No hay nada malo en ello. Pero en el caso de los *psychokillers* reales, su mitificación es muy inquietante. En nuestra cultura, extraemos muchas de nuestras ideas sobre el mundo de lo que leemos o vemos en los medios de comunicación, y no debemos olvidar que muchos *psychokillers* en ciernes coleccionaban noticias sobre asesinos ya «consagrados». Puede producirse (salvando las distancias), lo que podría llamarse *el síndrome de Leslie Verdon,* en homenaje a la magnífica película *Behind the Mask* (2006), de Scott Glosserman, en la que el joven Leslie se «entrena» para ser un asesino en serie a la altura de los grandes psicópatas del cine de terror, tomando como modelos a Jason o Freddy Krueger. En Estados Unidos, donde existe un verdadero culto a estos asesinos, se estima que hay en la actualidad entre 35 y 50 *psychokillers* en activo, y que el número de sus víctimas está entre 3.500 y 5.000 al año. ¿Simple casualidad? Mientras no conozcamos los motivos por los que un ser humano se convierte en un asesino caníbal, creo que debería evitarse *glamourizar* y glorificar en los medios de comunicación a los *psychokillers*, y sobre todo, evitar la amnesia selectiva con respecto a sus víctimas. Si alguien merece ser recordado son las víctimas, no los asesinos. Como dice Elliott Leyton en *Cazadores de humanos*: «Por su traición a la humanidad, no merecen una suerte mejor que quedar permanentemente excluidos del orden social. Su único valor es ser objeto de estudio».

Entre 1987 y 1991 Jeffrey Dahmer mató y descuartizó a 17 jóvenes. Doce de sus crímenes los cometió en tan solo 15 meses en el apartamento 213 del número 924 de la calle 25 Norte de la ciudad de Milwaukee, lo que le valió el sobrenombre de *El Carnicero de Milwaukee*. La mayoría fueron negros o

pertenecientes a minorías étnicas. Dahmer siempre usaba el mismo *modus operandi*: buscaba a sus víctimas en bares o clubes de homosexuales, les ofrecía dinero a cambio de tomarles fotografías o les invitaba a su apartamento a tomar una copa y ver vídeos. Después, los drogaba, los estrangulaba y los descuartizaba. Mantenía relaciones sexuales con ellos antes y después de matarlos, y en varias ocasiones guisó y comió parte de los cuerpos. Guardaba otras partes en el refrigerador y conservaba los cráneos como trofeos después de barnizarlos. Se deshacía de las partes que no le interesaban sumergiéndolas en un enorme barril de plástico lleno de ácido o, simplemente, tirándolas por el retrete.

Dahmer intentó crear zombis, destruyendo el intelecto de sus víctimas pero conservando sus cuerpos vivos y obedientes para utilizarlos como objetos sexuales. Para ello practicó a varios de ellos un orificio en el cráneo con un taladro, a través del cual les inyectó un ácido suave con una jeringa. Uno de estos jóvenes, un oriental de catorce años llamado Konerak Sinthasomphone despertó mientras Dahmer había salido a tomar una cerveza, y salió a la calle desnudo. Dos muchachas lo vieron y llamaron a la policía. Cuando Dahmer volvía a su apartamento, encontró al joven sentado en la acera, en estado de *shock*, tratando de explicarse en su lengua, que los policías desconocían. Dahmer consiguió convencer a los agentes de que todo se trataba de una pelea de enamorados e incluso consiguió que los policías subieran al joven al apartamento. Cuando se fueron, Dahmer le mató. Más suerte tuvo Tracy Edwards. El 23 de julio de 1991 logró escapar del apartamento después de que Dahmer le esposara y le amenazara con matarle y comer su corazón. Edwards paró un coche de policía, y cuando los agentes registraron el apartamento encontraron un auténtico Museo de los Horrores: restos de, al menos, once cuerpos distintos, cuatro cabezas y siete cráneos, además de una colección de *polaroids* mostrando cuerpos en distintas fases de mutilación y descuartizamiento.

Dahmer fue condenado a 15 cadenas perpetuas en el Columbia Correctional Institute en Portage, ya que en Wisconsin no existe la pena de muerte. A finales de noviembre de 1994 fue apaleado hasta la muerte en el baño por Cristopher J. Scarver, un preso de color que también cumplía condena por asesinato.

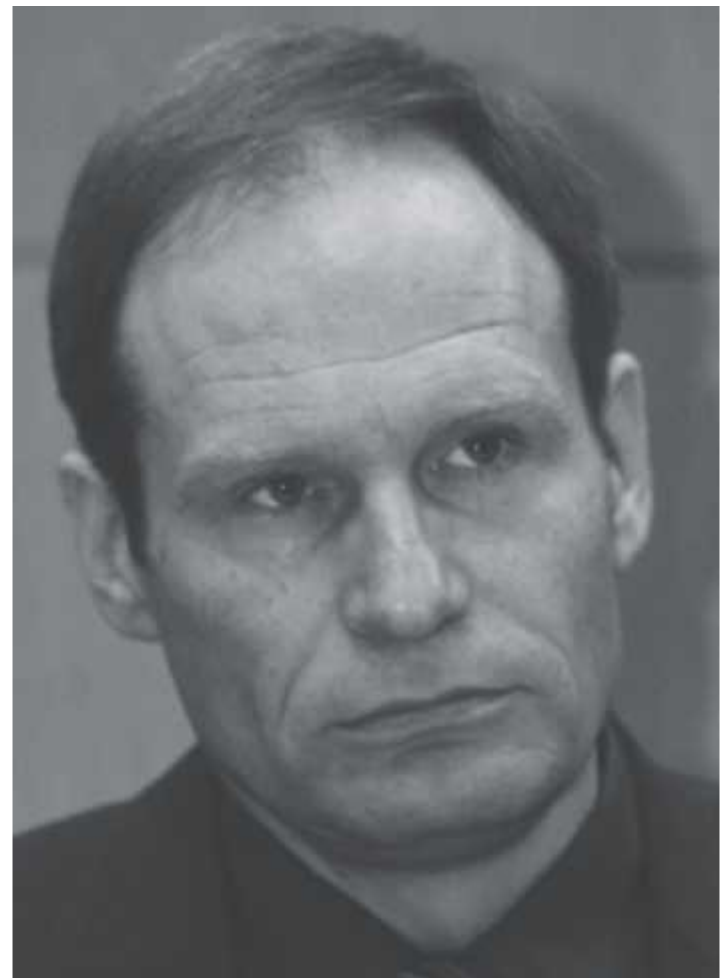


Jeffrey Dahmer, *El Carnicero de Milwaukee*.

En la edición de 2006 del Festival Internacional de Cinema de Catalunya la película alemana *Grimm Love Story (Historia de Amor Siniestra),* del director Martin Weisz, consiguió tres galardones. *Grimm Love Story* está basada en el caso real del informático Armin Meiwes, llamado *El Caníbal de Rotemburgo*, que en marzo de 2001 asesinó y devoró al berlinés Bernd Jürgen Brandes, después de que este accediera voluntariamente a convertirse en su cena. *Grimm Love Story* ha sido prohibida por orden judicial en Alemania para evitar dar mayor protagonismo al caso, convirtiéndose en la primera película censurada en este país desde la Segunda Guerra Mundial.

Con la evolución de la sociedad, los caníbales han recurrido a nuevos métodos para conseguir sus víctimas. Ya no acechan en oscuros bosques ni lúgubres estaciones. Obsesionado por probar la carne humana, Meiwes puso en 2001 un anuncio en Internet solicitando un joven entre 18 y 30 años, bien formado, que accediera voluntariamente a ser devorado. Más de 200 personas se ofrecieron. Escogió al berlinés Bernd Jürgen, al que citó en su casa de Rotemburgo el 9 de marzo. En primer lugar, Meiwes amputó el pene a Jürgen, lo asó y, aderezado con pimienta, sal y ajo, lo comieron entre los dos. Después lo mató con un cuchillo de cocina, descuartizó su cadáver y guardó algunas

partes en el congelador. Todo el proceso fue grabado en vídeo. Durante los meses siguientes llegó a comer unos 23 kilos de su carne. Dispuesto a encontrar una nueva víctima, volvió a poner su anuncio. En esta ocasión fue denunciado por un estudiante austríaco y detenido por la policía en diciembre de 2002. La justicia tuvo serios problemas para condenarle, pues la víctima había accedido voluntariamente y el canibalismo no se considera un delito en Alemania. «Yo quería comerle, pero no quería matarle», se defendió Meiwes. Finalmente fue considerado culpable de homicidio y condenado a ocho años y medio de cárcel. La fiscalía apeló el veredicto y el 9 de mayo de 2006 fue sentenciado por un tribunal de Frankfurt a cadena perpetua por asesinato y por perturbar la paz de los muertos.



Armin Meiwes, *El Caníbal de Rotemburgo.*

El grupo de rock industrial alemán Rammstein se inspiró en la historia de Meiwes para componer su tema *Mein Teil* («mi parte» o «mi pene», en jerga alemana), incluido en su álbum *Reise, Reise* (2004). En el vídeo (censurado en varios países), se ve cómo un ángel practica sexo oral con el cantante, que posteriormente lo mata y se come sus alas. Meiwes denunció al grupo.

Kevin Ray Underwood, de Purcell, Oklahoma, fue detenido el 17 de abril

de 2006 acusado de secuestrar a la niña Jamie Rose Bolin, de diez años, con la intención de comérsela. Después de golpearle la cabeza y asfixiarla, intentó decapitarla con un serrucho, pero no lo consiguió. El FBI sospechó de él tras interceptarlo en un control de carretera. Cuando la policía entró en su apartamento encontró cuchillos afilados, una sierra de carnicero, salsa para ablandar carne, varillas para asar en la barbacoa y el cuerpo de la niña dentro de un gran contenedor de plástico. Underwood se describía en su *blog* como «soltero, aburrido y solitario, pero aparte de eso, feliz», y había bromeado sobre el canibalismo: «Si usted fuera caníbal, ¿qué llevaría puesto para la cena? La piel del plato fuerte de la noche anterior».

El último caso (conocido) de asesino caníbal es el del llamado Caníbal de la Guerrero.

Desde el 5 de octubre pasado, la policía mexicana investigaba la desaparición de Alejandra Galeana Garavito, de 32 años. Alertados por las denuncias de los vecinos del inmueble situado en el número 198 de la calle Mosqueta, en la céntrica Colonia Guerrero de México D.F, de que del apartamento 17, en el cuarto piso, emanaba un olor nauseabundo, varios agentes irrumpieron en su interior la noche del 8 de octubre. Cuando el agente Omar Barrera franqueó la puerta, no vio a nadie; solo una ventana abierta. Al verse sorprendido, su ocupante, José Luis Calva Zepeda, había intentado huir arrojándose al vacío. En la cocina, una olla bullía sobre el fuego. Cuando el agente se acercó a apagarlo, por curiosidad, tomó un cazo y removió en el interior del espeso caldo. Del fondo sacó un trozo de brazo humano. En un plato, sobre una mesa, se encontraba un trozo de limón y un tenedor con restos de carne frita, que más tarde los forenses determinaron que correspondía a un antebrazo humano. Inspeccionando el apartamento, los agentes encontraron el torso de Alejandra en un armario, una pierna, una mano y la piel de un brazo en el frigorífico y los huesos de su antebrazo, con señales de haber sido cocinados, dentro de una caja de cereales en el cubo de la basura.

En la calle, Calva era atendido por la Cruz Roja de las lesiones producidas tras la caída. Se había fracturado el cráneo y presentaba un esguince cervical, por lo que fue trasladado al Hospital de Xoco, donde permaneció custodiado por miembros de la policía hasta que el 24 de octubre fue dado de alta y trasladado a prisión.

En sus primeras declaraciones, Calva, de 38 años, dijo haber matado accidentalmente a Alejandra durante una fuerte discusión, y haberla descuartizado y cocinado partes de su cuerpo.

Pero negó habérsela comido, pese a que las pruebas apuntan lo contrario. También se declaró admirador de Hannibal Lecter y del marqués de Sade. Calva seducía a mujeres vulnerables y madres solteras, a las que se presentaba como escritor y autor de más de 800 poesías, diez novelas y ocho obras de teatro. En su apartamento se encontraron varios textos de terror escritos de su puño y letra y el borrador de una novela que estaba escribiendo que llevaba por título *Instintos caníbales o 12 días,* que versa sobre la antropofagia, el sexo y el sadomasoquismo. En la portada aparecía una foto suya distorsionada luciendo una máscara como la de Hannibal.

La policía localizó a su más reciente pareja, que reveló que Calva

Zepeda era adicto al alcohol y a las drogas y practicante de la brujería, y que subsistía vendiendo por las calles ejemplares de sus obras.

Por las características de las amputaciones, los investigadores también vincularon al Caníbal de la Guerrero con otros dos asesinatos: el de Verónica Consuelo Martínez, cuyo cadáver apareció en de 2004 en el municipio de Chimalhuacán y con la que mantuvo una relación sentimental, y el de una prostituta conocida como La Jarocha, hallada en la Unidad Habitacional Tlatelolco de la capital mexicana en abril de 2007. Ambas mujeres aparecieron descuartizadas y les faltaban varias partes del cuerpo, por lo que no puede descartarse que Calva Zepeda también se las comiera. Sin embargo, su perfil hace sospechar que no solo cometiera tres asesinatos. Ya fue investigado en 1996 por abuso de mujeres, y la policía investigó su posible relación con una serie de asesinatos ocurridos en la zona este de la capital mexicana, donde entre 2005 y 2006 fueron encontradas estranguladas media docena de mujeres.

El 11 de diciembre de 2007, el Caníbal de la Guerrero fue encontrado ahorcado con un cinturón en su celda. Fuentes penitenciarias no descartaron que hubiera sido asesinado por otros internos.

Me he limitado a comentar los casos más conocidos de asesinos caníbales, pero hay más, muchos más… Arthur Shawcross, Edmund Kemper, Nathaniel Bar-Jonah, Karl Denke, Joachim Kroll, Gary Michael Heidnik, Dorangel Vargas, Richard Markham, David Halker, Peter Byran, Marc Suppingpon, Henry Heepe, George Hasselberg, Gumaro de Dios Arias, Roberto Martínez Vásquez… la lista es interminable.

No deja de resultar irónico que después de siglos de esfuerzos (supuestamente desinteresados) destinados por la civilización occidental a acabar con los empedernidos saboreadores de carne humana de lugares remotos, exagerando los horrores del canibalismo para realzar el mérito de conquistadores y misioneros, el peor de los caníbales haya sido originado por esta misma sociedad. El psychokiller o el asesino caníbal es un heredero directo de *Jack el Destripador,* un producto de la Inglaterra victoriana, unos años en los que Alan Moore (el genial guionista de *From Hell*) cifra la quintaesencia simbólica de lo que sería el ya cercano siglo XX. Jack llegó a enviar por correo a George Akin Lusk, director del Comité de Vigilancia de Whitechapel, parte de un riñón de su cuarta víctima, Kate Eddowes, afirmando que había frito y devorado la otra parte.

Como dijo Oscar Wilde, «la vida imita al arte». Aquella caricatura colonialista del salvaje asesino que mataba por el mero gusto de deleitarse con la carne humana ha acabado tomando forma. Está ahora aquí, en el sótano de nuestro confortable hogar, esperando agazapado, eligiendo cuidadosamente su nueva víctima. El caníbal, tan temido, tan odiado durante siglos, no es otro que ese que todos llevamos dentro. Esta vez será muy difícil acabar con él.

Tenga mucho cuidado cuando le inviten a una cena íntima. Usted puede ser el primer plato…



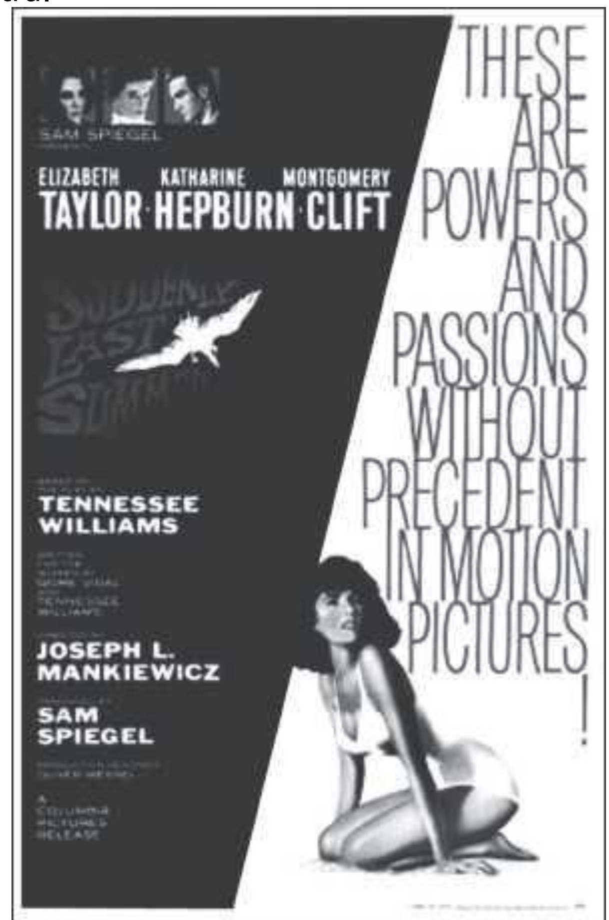
Y para los que se hayan quedado con hambre y gusten de cenar viendo una buen largometraje, aquí tienen una selección de las mejores películas de caníbales cuidadosamente seleccionadas por nuestro *chef*. Con su conocido buen criterio, ha dejado fuera los numerosísimos filmes de vampiros, hombres-lobo, zombis y mutantes varios, dado que estos seres no pueden encuadrarse dentro de lo que entendemos por «seres humanos». *¡Bon appétit!*

DE REPENTE, EL ÚLTIMO VERANO

(SUDDENLY, LAST SUMMER, JOSEPH L. MANKIEWICZ, 1959)

Basada en la obra del teatro del mismo nombre de Tennesse Williams. En Nueva Orleans, en 1937, la joven Catherine Holly (Elizabeth Taylor) es internada en un psiquiátrico por su adinerada tía, la viuda Violet Venable (Katherine Hepburn). *Miss* Venable, que ha perdido a su hijo, Sebastian, cuando estaba en compañía de Catherine, defiende que su hijo murió de un ataque al corazón y su intachable castidad y quiere lobotomizar a Catherine

para ocultar la verdad. El hospital en el que trabaja el doctor Cukrowicz (Montgomery Clift), un neurocirujano experto en esta técnica, recibe una cuantiosa oferta de *miss* Venable para lobotomizar a Catherine. El doctor, que no cree necesaria la intervención, intenta ayudar a Catherine para que expulse sus miedos, originados por los verdaderos motivos de la desaparición de Sebastian. Un filme duro, casi brutal, con un desenlace inesperado. Una absoluta obra maestra.



Afiche publicitario de *Suddenly Last Summer.*

BLOOD FEAST
(HERSCHELL GORDON LEWIS, 1963)

Agotado velozmente el filón de las películas *nudie* (películas cuyo único objetivo era mostrar unos cuantos desnudos), Lewis y el productor David Friedman se propusieron deleitar al espectador con algo totalmente nuevo, algo que satisficiera su ansia morbosa y *voyeur*. Así nació *Blood feast*.

La señora Dorothy Freemont contrata los servicios del cocinero Fuad Ramses. Quiere que elabore un gran manjar que no se cocina desde hace 5.000 años para celebrar el cumpleaños de su hija Suzette, una estudiante de

egiptología. En realidad, Ramses es un psicópata que realiza sacrificios humanos a la diosa «egipcia» Ishtar (que en realidad era una deidad babilonia) y que utiliza los órganos internos de sus víctimas para confeccionar su receta.

Su coste no sobrepasó los 30.000 dólares, de los cuales la mayoría se usaron en sustancias cosméticas empleadas para simular la sangre. *Blood feast* no es una buena película. Está mal dirigida, los efectos especiales son toscos, los diálogos apresurados y los actores, pésimos (entre ellos, Connie Mason, reclutada de las páginas de *Playboy* y Astrid Olsen, procedente de un local nocturno de *striptease* de Miami). Lo que la ha convertido en una película de culto es que fue la primera del género *gore* (en inglés, «sangre coagulada»), un término acuñado por el propio Lewis.



Afiche publicitario de *Blood feast.*

El *gore* se caracteriza por mostrar explícitamente desmembramientos, vísceras y mutilaciones varias, todo ello aliñado con litros y litros de sangre. En palabras del crítico John McCary en *Splatter Movies. Breaking the Last Taboo on the Screen* (1984), en este género, «la mutilación es el mensaje». Su expresión definitiva la logró el hoy oscarizado Peter Jackson con *Braindead. Tu madre se ha comido a mi perro* (*Braindead,* 1992), el catálogo sanguinolento más excesivo de la historia del cine.

Después del sorprendente éxito que obtuvo con *Blood feast,* Lewis decidió rodar una película más elaborada y con un presupuesto mayor. Para ello se inspiró en el musical *Brigadoon* (estrenado en Broadway en 1947), que cuenta la historia de un mis terioso pueblo escocés que aparece durante un único día cada 100 años.

Dos turistas americanos llegan al pueblo justo cuando va a celebrarse una boda, lo que tendrá serias implicaciones para todos los habitantes del pueblo.

En *2000 Maníacos* (*2000 Maniacs,* 1964), los habitantes de Pleasant Valley, Georgia, desvían la carretera para hacer llegar a su pueblo a dos coches con matrículas del norte. Una vez allí, los seis ocupantes son recibidos con todo tipo de honores por los lugareños. Al parecer, el pueblo está en fiestas, con pancartas, banderines con la bandera sureña y música *hillbilly* en la calle. El alcalde en persona les invita a quedarse un par de días como invitados de honor. Les informa de que no deberán pagar nada, y que les invitarán a una barbacoa especial que solo se celebra una vez cada 100 años. Lo que no les dice es que, en realidad, lo que se celebra es el centenario de la batalla de Pleasant Valley, uno de los últimos enfrentamientos de la Guerra de Secesión, en el que el pueblo quedó totalmente arrasado por las tropas de la Unión, que mataron a todos sus habitantes. La celebración que organizan sus fantasmas es una sangrienta venganza contra los yanquis, en la que los «invitados de honor» van a participar en la barbacoa, pero no precisamente como comensales.



Afiche publicitario de *2000 Maníacos* que fue estrenada en 1964.

Sangre, desmembramientos, sadismo y mucho, mucho humor negro. La película perfecta para un rato de aburrimiento vespertino con pocas ambiciones cinematográficas, unas cervezas y unos cuantos amigos. La diversión está garantizada.

SPIDER BABY (TAMBIÉN LLAMADA CANNIBAL ORGY OR THE MADDEST STORY EVER TOLD Y THE LIVER EATERS, JACK HILL, 1964)

La película arranca con un narrador que nos informa de «el Síndrome Merrye», una rara enfermedad que produce una regresión mental progresiva, de tal forma que a partir de determinada edad, la mente de quien la padece comienza a regresar a la infancia y más allá, hasta hacerle degenerar en una criatura salvaje y caníbal. Afortunadamente, la enfermedad se ha erradicado, pues solo afectaba a los miembros de la desaparecida familia Merrye.

En *flashback* se nos presenta a esta familia, que consta de las jóvenes Virginia y Elizabeth y el niño Ralph, el más afectado por el síndrome, que lo ha reducido a poco más que un animal. Viven en una lúgubre casona en mitad del campo al cuidado de Bruno, el mayordomo, que hizo al padre de los niños la promesa de mantenerlos seguros y aislados del mundo exterior. Sin embargo, todo cambia cuando unos primos lejanos llegan al lugar, acompañados de un abogado y su secretaria, ansiosos de tomar posesión de la casona y de su valioso contenido. A pesar de las advertencias de Bruno, deciden pasar la noche allí para iniciar los trámites al día siguiente. Lo que no saben es que, además de los niños, aún hay otros parientes ocultos en la casona…

A destacar la magnífica labor de los actores. Lon Chaney *Jr.,* que interpreta a Bruno, se entusiasmó tanto con el guión que recortó sus honorarios, no bebió durante todo el rodaje e incluso se atrevió a cantar la canción que abre la película. Chaney consiguió entregar una actuación emotiva y llena de convicción.

También es memorable la actuación de Sid Haig (conocido hoy en día por encarnar al Capitán Spaulding de La casa de los 1.000 *cadáveres* y *Los renegados del diablo,* ambas dirigidas por Rob Zombie), en el papel de Ralph. Sus giros de cabeza, babeos, torsión de manos y andares simiescos constituyen un verdadero *tour-de-force* físico. Particularmente efectiva es la actuación de Jill Banner en el papel de *La Niña Araña*, contrastando su angelical apariencia con el salvajismo con que comete sus asesinatos. El hecho de que su hermana pequeña, Elizabeth, (interpretada por Beverly Washburn), le recrimine sus *travesuras*, ilustra magníficamente los diferentes estadios de la regresión mental de la familia. La excelente banda sonora contribuye a diluir la atmósfera amarga y oscura y a realzar el sentido del humor del que (a su manera), hace gala *Spider Baby,* que viene a ser un episodio de *La Familia Addams* llevado a un nivel extremo de demencia.

Aunque se terminó de rodar en 1964, *Spider Baby* no fue exhibida hasta

cuatro años más tarde, al quedar retenida por los tribunales debido a la bancarrota de su productora. Cuando finalmente fue proyectada, Hill se encontró con que los espectadores solo querían ver películas en color (*Spider Baby* es en blanco y negro), así que fue un fracaso. Al igual que otras muchas películas que hoy son aclamadas por la crítica y el público amante de este género, no fue hasta mediados de los ochenta que fue re-descubierta y colocada en el lugar que le corresponde entre los filmes de culto.

En definitiva, una película de difícil clasificación, cuyo encanto reside en la combinación de suspense, humor y horror. Los buenos cocineros suelen hacer mezclas insólitas. Eso es hacer arte. *Spider Baby* es un plato deliciosamente exótico y peligrosamente adictivo.

THE UNDERTAKER AND HIS PALS
(T. L. P. SWICEGOOD, 1966)

Mort, *El Enterrador,* es dueño de la funeraria Shady Rest Funeral Parlour. Junto a los cocineros Spike y Doc, se dedica a *fabricar* clientes para su negocio, cobrando a sus familiares unas cantidades exorbitadas por sus funerales. Por su parte, Spike y Doc usan restos de las víctimas para preparar *platos especiales* en su restaurante, The Greasy Spoon Café. La desaparición de la secretaria del detective Harry Glass hace que se decida a investigar el caso. Destaca una escena donde vemos una pierna de mujer aderezada como si de cordero a la menta se tratara (de hecho, la propietaria de la pierna se llamaba Sally Lamb).

LA LÍNEA DE LA MUERTE
(DEATHLINE, GARY SHERMAN, 1972)

El filme toma elementos de la leyenda de Sawney Bean, probablemente elaborada en Escocia a principios del siglo XVIII.

Muchos defienden su autenticidad, a pesar de no existir ningún documento histórico que lo demuestre. La leyenda cuenta que Bean nació a finales del siglo XVI en un pequeño pueblo del condado de East Lothian, cerca de Edimburgo, en Escocia. Bean era un hombre depravado que decidió trasladarse a una zona deshabitada de la región en compañía de una mujer de inclinaciones tan perversas como las suyas. La pareja se instaló en una cueva cerca de la playa del litoral del condado de Galloway. Allí vivieron durante 25 años, durante los cuales tuvieron un gran número de hijos y nietos, fruto de relaciones incestuosas. Se mantenían robando y asesinando a los incautos viajeros. Después trasladaban los cadáveres a la cueva, donde los descuartizaban y se los comían. Este era su único alimento; y a pesar de que el clan llegó a contar con 46 miembros, siempre tenían exceso de tan repugnante comida, de modo que solían arrojar al mar brazos y piernas de sus víctimas, que cuando eran devueltos a las playas de diferentes zonas de la región, causaban asombro y terror entre los que los descubrían. Las desapariciones se hicieron tan frecuentes que provocaron un clamor general en

la región. Se enviaron hombres armados a la zona; pero la mayoría no regresaron, y los que lo hicieron no pudieron dar con los autores de tan macabros sucesos. La cueva de la familia Bean tenía casi dos kilómetros de longitud y, al subir la marea, el agua penetraba en una extensión de 200 metros, por lo que nadie podía imaginar que ningún ser humano pudiera vivir en semejante lugar de perpetuo horror y oscuridad.

En cierta ocasión, los caníbales asaltaron a una pareja que regresaba de la feria montada en un caballo. La mujer fue arrebatada de la montura, y ante los ojos horrorizados de su marido, fue degollada, eviscerada y su sangre bebida con avidez por los asaltantes. Sin embargo, el joven se defendió con uñas y dientes hasta que la aparición de un numeroso grupo de hombres que también volvían de la feria hizo huir a los caníbales. Todos quedaron estupefactos y horrorizados, y pusieron el asunto en manos de los magistrados de Glasgow, los cuales informaron al rey.

Siguiendo las indicaciones del joven, un ejército de 400 hombres, dirigidos por el mismísimo rey Jacobo VI, salió para el lugar, llevando con ellos un gran número de sabuesos. Después de registrar el terreno palmo a palmo, los perros consiguieron dar con la cueva, atraídos por el intenso hedor que de ella emanaba.

Los soldados entraron, y a la luz de las antorchas, presenciaron un espectáculo que ninguno de ellos olvidaría mientras viviera: cuerpos humanos troceados, colgados como si se tratara de reses, huesos, cráneos, excrementos y los miembros de la familia Bean reducidos al más primitivo de los estadios; semidesnudos, vestidos con harapos, algunos alimentándose de los restos humanos…

Todos fueron conducidos a Edimburgo. Se consideró innecesario juzgar a quienes se habían mostrado enemigos declarados del género humano. Los hombres fueron descuartizados; les amputaron brazos y piernas y les dejaron desangrarse. Las mujeres y niños fueron quemados en tres hogueras distintas. Todos murieron, profiriendo las más horribles maldiciones y blasfemias.

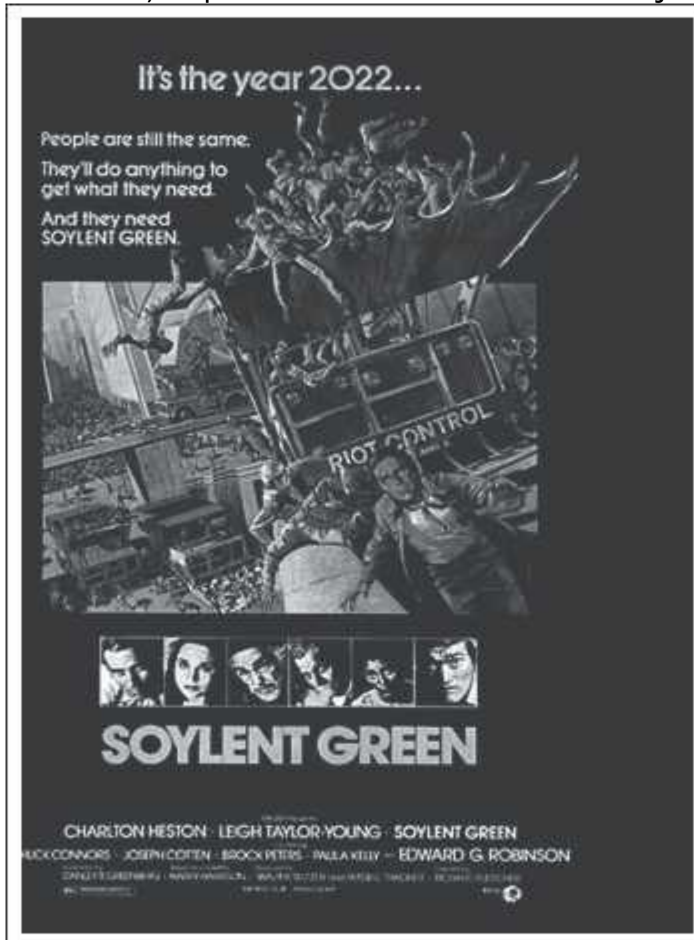
En *Deathline,* un grupo de hombres y mujeres quedan atrapados durante las excavaciones de un túnel de metro londinense a finales del siglo XIX. Sus descendientes han sobrevivido durante años practicando el canibalismo. Desde su guarida en la estación Museo (entre Museo Británico y Holborn, aunque en una línea separada e incompleta), el cabeza de familia busca comida por las cercanas estaciones de Russell Square y Holborn. Cuando el caníbal secuestra y mata a un importante político, es perseguido por un detective y un estudiante norteamericano y su novia, que fueron los últimos en ver a la víctima.

Interesante propuesta británica que, además de presentar una historia escalofriante, sirve como parábola de la realidad social de la Inglaterra de aquel momento.

CUANDO EL DESTINO NOS ALCANCE (SOYLENT GREEN, DE RICHARD FLEISCHER, 1973)

Basada en la novela de Harry Harrison *¡Hagan sitio! ¡Hagan sitio!*

(1966). Ubicada en el año 2022, en un mundo que ha agotado sus recursos. La ciudad de Nueva York cuenta con más de 40 millones de habitantes y está separada físicamente entre una minoría que vive cómodamente y una mayoría hacinada en edificios donde malvive con agua en garrafas y un producto comestible llamado *Soylent Red* o *Soylent Yellow*. Solo los privilegiados pueden disponer de algunas verduras o trozos de carne. Robert Thorn (Charlton Heston) vive con su amigo Sol Roth (Edward G. Robinson), que solo habla de cuando el mundo era habitable. Thorn es policía y debe encargarse del asesinato de uno de los accionistas de *Soylent,* que ha muerto golpeado en su casa. La empresa ha anunciado el lanzamiento de su nuevo producto alimenticio, *Soylent Green,* supuestamente elaborado con soja asiática.



Afiche publicitario de *Soylent Green*, pelìcula que nos traslada al 2022 cuando el mundo ya ha agotado sus recursos.

Thorn encuentra muy difícil seguir las pistas y el ambiente se va espesando a medida que avanza la trama hasta hacerse realmente asfixiante.

Roth decide su propia eutanasia en un lugar llamado *La Casa,* que recrea su época de juventud. Mientras muere, le dice a Thorn que siga su cuerpo como pista…

En *Soylent Green*, Fleischer tuvo la casi pionera intuición de mezclar una trama de *film noir* con una distopía de futuro posible, un futuro sin espacio

para el hombre, condenado a devorarse a sí mismo y a su planeta por culpa de una economía de mercado regida por empresas ferozmente competitivas y protegidas por un estado corrompido. Un destino que, tal vez, ya nos ha alcanzado. Fleischer se adelantó así casi una década a la mismísima *Blade Runner* (Ridley Scott, 1982).

Soylent Green es, por derecho propio, una de las mejores producciones de la ciencia ficción de los 70.

LA MATANZA DE TEXAS
(THE TEXAS CHAINSAW MASSACRE, TOBE HOOPER, 1974)

Una película seminal, la primera de una larga serie basada en un nuevo horror: la familia de caníbales habitantes de regiones aisladas, dentro del mundo civilizado, que se dedican a torturar, asesinar y devorar a incautos viajeros. Un horror muy cercano, muy posible, que tal vez haya ocurrido o esté ocurriendo mientras visionamos la película. De hecho, *La matanza de Texas* arranca con un prólogo en el que se nos informa de que los hechos ocurrieron realmente. No fue así, pero *podría haber sido así,* lo que es igual de inquietante.

La matanza de Texas muestra a una familia similar a la de Sawney Bean, formada por caníbales, fetichistas y sádicos que viven del asesinato de desprevenidos viajeros. Uno de ellos se convirtió en un icono del cine de terror. *Cara de Cuero (Leatherface),* es un gigante que lleva la piel del rostro de una mujer como máscara. Es el encargado de suministrar alimentos a la familia, para lo cual mata y descuartiza a sus víctimas con la ayuda de una sierra mecánica. En esta ocasión, los desdichados son cinco jóvenes que viajan hasta el cementerio de un pueblo perdido de Texas para reparar los daños realizados a la tumba del abuelo de Sally Hardesty, la protagonista. Hooper reconoció que, para caracterizar a este personaje, se había basado en Ed Gein. También la estética del comedor familiar, con huesos como objetos decorativos, está claramente inspirada en las macabras aficiones de *El Carnicero de Plainfield.*

Rodada con un presupuesto de tan solo 83.532 dólares, con una cámara de 16 mm y en mes y medio, Hooper creó la película más salvaje y turbadora de la historia del cine de terror. Dio origen a un género que fue continuado por *Las colinas tienen ojos* (*The Hills Have Eyes*, Wes Craven, 1977) y que hoy en día sigue gozando de buena salud con títulos como *Km 666. Desvío al infierno* (*Wrong Turn*, Rob Schmidt, 2003), *Hell's Highway* (Steve Taylor, 2003) o *La casa de los 1.000 cadáveres* (*House of 1.000 Corpses*, Rob Zombie, 2003).

Si todavía no la ha visto, no sé a qué está esperando.



***La matanza de Texas* fue rodada con un presupuesto de tan solo 83.532 dólares, con una cámara de 16 mm y en mes y medio.**

HOLOCAUSTO CANÍBAL
(CANNIBAL HOLOCAUST, RUGGERO DEODATO, 1980)

Una película de culto. Solo con las leyendas, rumores y hechos reales que generó podrían escribirse varios libros. *Holocausto Caníbal* es la culminación de un género: el del cine italiano de caníbales habitantes de remotas junglas que ansían devorar a todo explorador o reportero que ose adentrarse en sus tierras. Un género heredero de las pesadillas reales reflejadas en las películas *mondo* de los años 70, llamadas así por iniciarse con *Este perro mundo* (*Mondo Cane;* Gualtiero Jacopetti, Paolo Cavara y Franco Prosperi, 1962). Este subgénero pretendía vender como documentales toda clase de imágenes truculentas que pudieran impactar al espectador: costumbres de distintas sociedades exóticas, ejecuciones, accidentes de tráfico, autopsias, descuartizamientos de animales, asesinatos y crímenes de guerra en países tercermundistas o un restaurante en el que los comensales matan a golpes a un chimpancé para devorarle los sesos. Mucho de lo

expuesto en estas películas eran efectos especiales, pero con el paso de los años, los *mondo* fueron dando lugar a films cada vez más horribles y aparentemente reales. El periodista italiano Carlo Gregoretti llegó a publicar en el diario *L'Expresso* una acusación contra los directores y el equipo de *África adiós* (*África Addio,* Franco Prosperi y Gualterio Jacopetti, 1966), afirmando que estos habían participado en la ejecución de tres muchachos negros. Dada la dificultad que entrañaba comprobar la veracidad de las acusaciones del periodista, nunca se presentaron cargos. Con el *mondo* nació también la leyenda de las *snuff movies,* aquellas películas en las que, supuestamente, se cometen asesinatos reales delante de la cámara.

El género italiano de los salvajes caníbales fue inaugurado en 1972 por Umberto Lenzi con *Deep River Savages (Il paese del sesso selvaggio),* a la que siguieron *Emmanuelle y los últimos caníbales* (*Emmanuelle e gli ultimi cannibali,* Joe D'Amato, 1977) *y La Montaña del dios caníbal* (*La Montagna del Dio Cannibale,* Sergio Martino, 1978), con Ursula Andress convertida en diosa de los caníbales. El propio Deodato ya lo había abordado en 1976 con *¡Mundo caníbal, Mundo salvaje! (Ultimo Mondo Cannibale).*



Cartel anunciador del *Holocausto Caníbal*, mostrando una de las más crudas escenas del filme.



***Holocausto Caníbal* puede decirse que inauguró a su vez un nuevo género del cine: el de los *mockumentary* o falsos documentales.**

De *Holocausto Caníbal* también puede decirse que inauguró a su vez un nuevo género: el de los *mockumentary* o falsos documentales, como *Zelig* (1983), de Woody Allen; *This Is Spinal Tap* (1984), de Rob Reiner; *El proyecto de la bruja de Blair* (1999), de Eduardo Sánchez y Daniel Myric; *Confederated States of America (2004), de Kevin Willmott* o *Incident at Loch Ness* (2004), de Zak Penn.

En la primera parte de la película seguimos los pasos del prestigioso antropólogo profesor Monroe, que es financiado por un importante canal de televisión para dirigir un equipo que encuentre a un grupo de jóvenes periodistas, tres hombres y una mujer, dados por desaparecidos en la jungla amazónica mientras rodaban un documental sobre las tribus caníbales. El profesor encuentra en poder de la tribu de la Gente de los Árboles los restos putrefactos de los periodistas junto a sus cámaras y rollos de película. La segunda parte pretende mostrar las grabaciones *reales* de los desaparecidos, mientras son visionadas por el profesor. Seremos testigos de los abusos y depravación de los periodistas sin escrúpulos que se convierten en los

verdaderos salvajes, dando rienda suelta a sus más bajos instintos con tal de conseguir un buen documental. Más tarde serán los nativos quienes se venguen salvajemente, quedando estos crímenes igualmente registrados en el celuloide.

La campaña publicitaria ideada por Deodato se basó en la afirmación de que el documental era real. Mientras que la primera parte está rodada en 35 mm con una perfecta edición, el material supuestamente filmado por los periodistas está en 16 mm, con una técnica de cámara en mano, apresurada y errática, fruto del apuro de los periodistas por captar la imagen en el momento que sucede, sin arreglos ni edición. Incluso Deodato arruinó adrede parte del material para darle mayor credibilidad. La revista española *Interviú,* el diario inglés *The Sun* y el francés *Photo* publicaron artículos en los que corroboraban sus palabras. Para dar mayor credibilidad a su historia, Deodato pidió a los actores que interpretaban a los periodistas que desaparecieran por un año. Cuando se estrenó en Colombia, un miembro del equipo de filmación de este país declaró a todos los medios de comunicación que Deodato había matado realmente a personas y animales para rodar las escenas.



La brutalidad extrema y el realismo de las escenas de *Holocausto canibal* generan un terror fascinante, único y mórbido, magníficamente acompañado por la banda sonora de Riz Ortolani.

Cuando los rumores llegaron a Italia, la película fue retirada de exhibición y Deodato fue juzgado por un tribunal de Milán. Los supuestos *devorados* tuvieron que comparecer para demostrar que los crímenes solo eran efectos especiales muy realistas. Sin embargo, lo que nadie podía negar era que una rata almizclera era abierta por la mitad; un cerdito, fusilado; una víbora muerta a machetazos; una tortuga gigante descuartizada y comida por los periodistas y un mono trepanado para que los nativos devoraran su cerebro. El director fue condenado a cuatro meses de prisión y a pagar una multa por matar a estos animales. Deodato apeló y finalmente, *Holocausto Caníbal* pudo reestrenarse tres años después.

Aún hoy en día continúan los rumores de la «escena del cebo de la piraña», en la cual un nativo es atado a un tronco y sumergido en un río, donde es devorado vivo por las pirañas. Esta escena no fue incluida en la

película, y Deodato llegó a negar que la hubiera filmado. Sin embargo, es citada en varias guías serias e incluso viejas fotos publicitarias la muestran. Se ha llegado a decir que la escena era real, y que Deodato la eliminó después del escándalo. Lo cierto es que ninguna edición en vídeo o DVD la contiene.

La brutalidad extrema y el realismo de las escenas de esta película de horror absoluto generan un efecto fascinante, único y mórbido, magníficamente arropado por la excelente banda sonora de Riz Ortolani. Imprescindible.

En Japón, hoy en día, *Holocausto Caníbal* se mantiene en el segundo puesto de las películas más vistas, solo por debajo de *E.T.* La polémica desatada y la recaudación conseguida por *Holocausto caníbal* hicieron que muchos oportunistas siguieran sus pasos. De la multitud de filmes surgidos a su sombra únicamente cabe destacar *Caníbal feroz (Cannibal Ferox, 1981),* de Umberto Lenzi, que llega a superar en violencia a su predecesora.

GOMIA. TERROR EN EL MAR EGEO
(ANTROPOPHAGUS, JOE D'AMATO, 1980)

Con el éxito de *Holocausto Caníbal* todavía reciente, Aristide Massaccesi (alias Joe D'Amato), decidió dar una vuelta de tuerca al género trasladando al caníbal desde remotas junglas a nuestra propia jungla urbana. Klaus Borgman se ve obligado a devorar a su mujer y a su hijo para sobrevivir después de quedar a la deriva en un bote. La experiencia le vuelve loco y le hace desarrollar una irrefrenable pasión por seguir consumiendo carne humana. Un grupo de turistas de vacaciones en Grecia tiene la desgracia de cruzarse en su camino…

Anthropophagus está construida a base de planos desencuadrados, exhibe una enorme torpeza narrativa, el guión brilla por su ausencia, la banda sonora es tan ruidosa como insoportable y durante 50 minutos es desesperadamente aburrida. Si es objeto de culto entre los seguidores del *gore* es porque en sus últimos 20 minutos contiene algunas de las escenas más salvajes de este género, como la del caníbal extrayendo y devorando el feto de una mujer todavía viva ante la mirada horrorizada de su marido o el momento final en el que Klaus devora sus propios intestinos tras ser apuñalado en el vientre por uno de los turistas. Además, el filme se benefició del escándalo provocado por el hecho de que la escena del feto fue presentada en los telediarios británicos como «un clip de una snuff movie». En realidad, el feto era un conejo despellejado. Solo para amantes de las emociones fuertes.

MOTEL HELL
(KEVIN CONNOR, 1980)

Los hermanos Vincent e Ida Smith regentan el Motel Hello (la O parpadea y leemos Hell), famoso por ofrecer la mejor carne ahumada en muchas millas a la redonda. El secreto de su éxito es que la elaboran a partir de despistados viajeros a los que cortan las cuerdas vocales y entierran en el

jardín hasta que están en su punto. Una comedia de humor negro, delirante a más no poder. Tanto que en algunos momentos no sabemos si reímos porque esa es su intención o porque el resultado es pésimo.



La famosa escena del feto de *Antropophagus*, en la cual el caníbal extrae y devora el feto de una mujer todavía viva ante la mirada horrorizada de su marido.



Afiche publicitario de la comedia de humor negro *Motel Hell* estrenada en 1980.

EN BUSCA DEL FUEGO
(QUEST FOR FIRE, JEAN-JACQUES ANNAUD, 1981)

Un magnífico retrato de la vida de nuestros antepasados, incluyendo sus costumbres antropófagas. Después de un ataque de los salvajes neandertales wagabu, la fuente de fuego de la tribu cromagnon ulam es destruida. Tres guerreros marchan en busca del fuego, teniendo que enfrentarse a numerosos peligros. En el territorio de los caníbales kzamm, observan cómo los neandertales devoran el brazo de un cromagnon al que mantienen vivo y atado a un árbol, como si fuera una pieza de caza. Allí salvan a la joven Ika, de la tribu ivaka, de convertirse en su próximo almuerzo.

Este espectacular y totalmente original film tiene no solo unos arrebatadores exteriores, sino que está lleno, casi sin diálogos, de humor y emoción. El film logró un Oscar al mejor maquillaje.

EL COCINERO, EL LADRÓN, SU MUJER Y SU AMANTE

(THE COOK, THE THIEF, HIS WIFE & HER LOVER, PETER GREENAWAY, 1989)

Albert Spica es un gánster violento y sádico que disfruta humillando a cuantos le rodean, incluida su bella esposa, Georgina. Es copropietario de un restaurante llamado Le Hollandais. Allí, Georgina conoce a Michael, con el que inicia una relación con la complicidad del jefe de cocina, Richard. Cuando Albert los descubre, se refugian en el almacén de libros donde Michael vive. Pero, mientras Georgina está fuera, Albert ordena asesinar a su amante, asfixiándole con páginas de sus libros. Georgina le lleva su cadáver a Richard y le pide que lo cocine: «En memoria de los dos haciendo el amor en tu cocina… cocina a Michael para mí», le suplica una desgarrada Georgina al cocinero… Michael se niega porque cree que Georgina quiere comérselo para que estén siempre juntos e intenta hacerle entender que eso no aliviará su duelo. Pero Georgina tiene otros planes…

Con una deslumbrante puesta en escena, Greenaway firmó una inclasificable, interesante y excesiva película en torno a la comida, el amor y el erotismo. La música de Michael Nyman, minimalista y repetitiva consiguió impregnar al film de unas sensaciones que potencian la magnífica ambientación y decoración. *El cocinero, el ladrón, su mujer y su amante* es una película brutal desde la primera escena, un estallido de bombas visuales, una sucesión de imágenes hipnóticas y de sacudidas iconoclastas que fascinará a unos espectadores y provocará el disgusto de otros. No apta para estómagos delicados.

EL SILENCIO DE LOS CORDEROS
(THE SILENCE OF THE LAMBS, JONATHAN DEMME, 1991)

El erudito doctor Hannibal Lecter, psiquiatra, psicópata, caníbal y amante de la ópera y el buen vino, fue creado por Thomas Harris para su novela *El Dragón Rojo* (1981), a la que siguieron *El silencio de los inocentes* (1988), *Hannibal* (1999) y *Hannibal Rising* (2006). Lecter es exquisito, brillante, conoce la mente humana y posee una enorme inteligencia; pero también es violento, vicioso, vengativo y perverso; desprecia a sus víctimas, a las normas y al sistema. Y sin embargo, resulta fascinante hasta el punto de que el American Film Institute le ha declarado recientemente «el villano número uno de toda la historia del cine».

Aunque *El Dragón Rojo* ya fue llevado a la gran pantalla en 1986 por Michael Mann con el título de *Manhunter,* la fama mundial de Lecter le llegó con la versión cinematográfica de 1991 de *El silencio de los inocentes*, rebautizada como *El silencio de los corderos*. Su personaje fue interpretado por un grandioso Anthony Hopkins. La trama es bien conocida. Mientras está confinado en el hospital de Baltimore, Lecter es consultado por la estudiante de la academia del FBI, Clarice Starling, interpretada por Jodie Foster.



Afiche publicitario de *El silencio de los corderos*, estrenada en 1991.

La joven le solicita que elabore el perfil psicológico del *psychokiller* apodado Buffalo Bill, que utiliza la piel de sus víctimas para confeccionarse un traje a medida, fruto de su obsesión por convertirse en mujer (la sombra de Gein es alargada).

El silencio de los corderos constituye para la agente del FBI un viaje dantesco hacia el infierno de los miedos y los terrores más ocultos del ser humano, donde reina Su Satánica Majestad, encarnada en el doctor Lecter. El perverso psicoanálisis que Hannibal realiza a la agente, filmado a través de primerísimos planos, es una de las principales bazas de la película, y una muestra del talento del director y de los dos actores. La soberbia combinación de la música, los efectos sonoros (utilizados astutamente para incrementar la aridez de algunas secuencias macabras) y los silencios consiguió dar al filme un suspense y un ritmo trepidantes, capaz de hacer acurrucarse en su butaca, aguantando la respiración, al más curtido de los espectadores. Lo más inquietante es que incluso un director tan liberal y positivo como Jonatahan Demme pareció caer también en las redes de Lecter, identificándose con él e incitando al espectador a sentir desprecio y no compasión por sus víctimas. Al

acabar el sugestivo e hipnótico flujo de imágenes, el espectador descubre, para su asombro, que ha sentido una más que notable atracción e incluso fascinación por el asesino caníbal.

La película no solo fue uno de los títulos más taquilleros del año, sino que a pesar de situarse a medio camino entre el *thriller* psicológico y el cine de terror (un género pocas veces apreciado por la Academia), se convirtió en la tercera película de la historia en recibir los cinco grandes Oscar: mejor película, mejor actor, mejor actriz, mejor director y mejor guión adaptado. Por todo ello, *El silencio de los corderos* sacó definitivamente a los asesinos psicópatas del *ghetto slasher* y del cine de culto y se convirtió en la principal referencia de una oleada de películas que constituyeron la era dorada del género del *thriller* de asesinos en serie, de las que la más exitosa fue *Seven* (David Fincher, 1995). Incluso su cartel anunciador, con una mariposa mostrando una calavera hecha de ocho mujeres desnudas superpuesta al rostro del doctor se convirtió en un icono cinematográfico de los 90.



Sobrecogedora imagen de Hannibal Lecter, interpretado por Anthony Hopkins.



Impactante escena que corresponde al *Silencio de los corderos*, y que muestra como huye Hannnibal Lecter de su cautiverio.

La saga continuó con *Hannibal* (Ridley Scott, 2001). En esta ocasión, la agente Starling fue interpretada por Julianne Moore, que cumplió con la difícil misión de hacer a los espectadores olvidar a Jodie Foster. *Hannibal* es menos cautivadora que la deliciosamente angustiosa *El silencio de los corderos,* y se echan en falta los fascinantes diálogos de Clarice y el doctor, y aunque Scott consiguió garantizar la calidad y la estética visual que las expectativas requerían, no fue suficiente para salvar la película. Mientras que en la primera entrega, Lecter era una presencia constante que mantenía al espectador literalmente pegado a su butaca, aquí se busca su complicidad con el doctor, que de encarnación del Mal pasa a ser un héroe que acaba rescatando a Starling. Curiosamente, los finales de la novela de Harris y la película difieren significativamente. Le recomiendo leer la novela.

Para la siguiente entrega, en 2002 se volvió sobre la primera obra en que apareció Lecter. *El Dragón Rojo* fue dirigida por Brett Ratner y protagonizada por Hopkins y Edward Norton. El antiguo agente del FBI, Will Graham, que capturó a Lecter, le solicita su ayuda para atrapar al asesino en

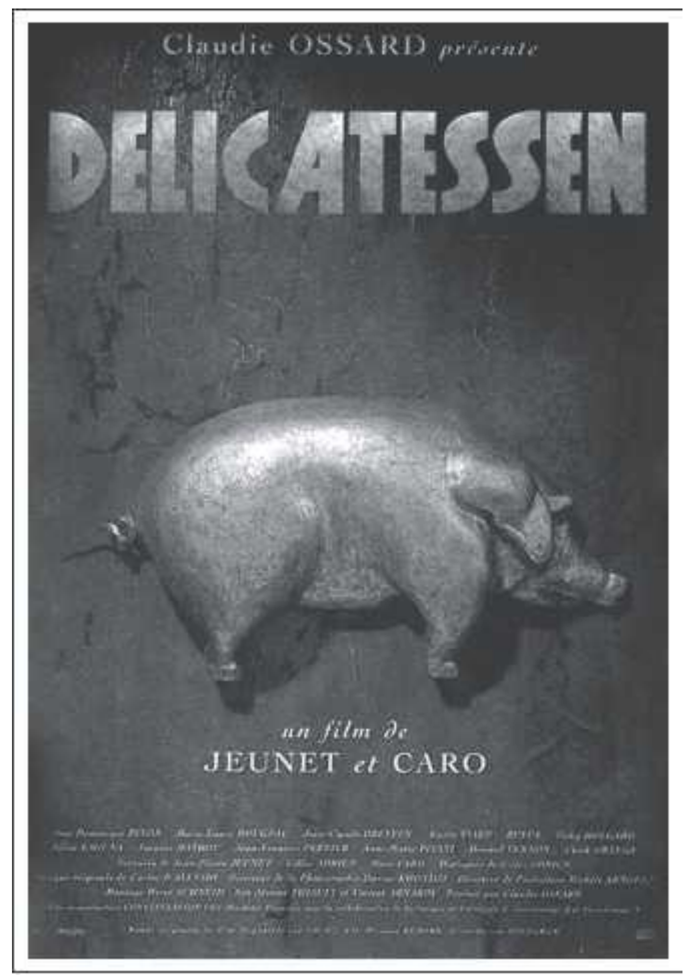
serie conocido como *El Hada de los Dientes*, que mata a familias enteras en sus propias casas. Es entretenida y cuenta con una trama interesante cuyos giros argumentales, tal vez no muy originales, cumplen el objetivo de confundir al espectador y mantener su atención. El reparto otorga al film la moderada brillantez que en ocasiones exhibe. Tuvo una aceptable acogida, aunque bastante inferior a la de *El silencio de los corderos*. En *Hannibal Rising* (Peter Webber, 2007) se cuenta la *excusa legitimadora* de Lecter, los motivos que forjaron su personalidad asesina y caníbal; un horrible hecho del pasado que no puede perdonar ni olvidar. Lecter pertenecía a una familia aristocrática de Lituania. Durante la Segunda Guerra Mundial, sus padres mueren debido al fuego cruzado, y él y su hermana pequeña, Mischa, se ocultan en una cabaña de la familia. Allí son encontrados por unos *hiwis* (lituanos traidores que ayudaban a los nazis). Al quedarse bloqueados por la nieve y no disponer de alimentos, los soldados matan y devoran a Mischa. Desde aquel día, a Lecter «no le inquietó ninguna consideración divina, salvo reconocer que sus modestas depredaciones palidecían al lado de las de Dios, que no tiene rival en ironía y supera toda medida en maldad y sadismo». El joven Lecter (Gaspar Ulliel) es internado en un orfanato, de donde huye para encontrarse en París con la viuda japonesa de su tío, *lady* Murasaki, que le instruye en las artes mar ciales y el código del honor samurai. Tras ingresar en la Facultad de Medicina, Lecter da con un método para encontrar a los asesinos de su hermana y comienza su venganza, despertando al asesino en serie que lleva en su interior.

Una película correcta, aunque totalmente innecesaria.

DELICATESSEN
(JEAN-PIERRE JEUNET Y MARC CARO, 1991)

La historia transcurre en un tiempo no especificado y en un lugar con el aspecto de una versión apocalíptica de la Francia de los años 50. Los alimentos escasean, el grano es usado como moneda y los animales han sido cazados hasta casi su extinción.

Un abigarrado grupo de personajes vive en un edificio de apartamentos situado sobre una carnicería, a cuyo propietario pagan una cuota semanal a cambio de comida y alojamiento. Sin embargo, lo que el carnicero les ofrece es carne humana, ya que asesina y descuartiza regularmente a quienes contrata para realizar extraños trabajos.



Afiche publicitario de *Delicatessen*, película estrenada en 1991.

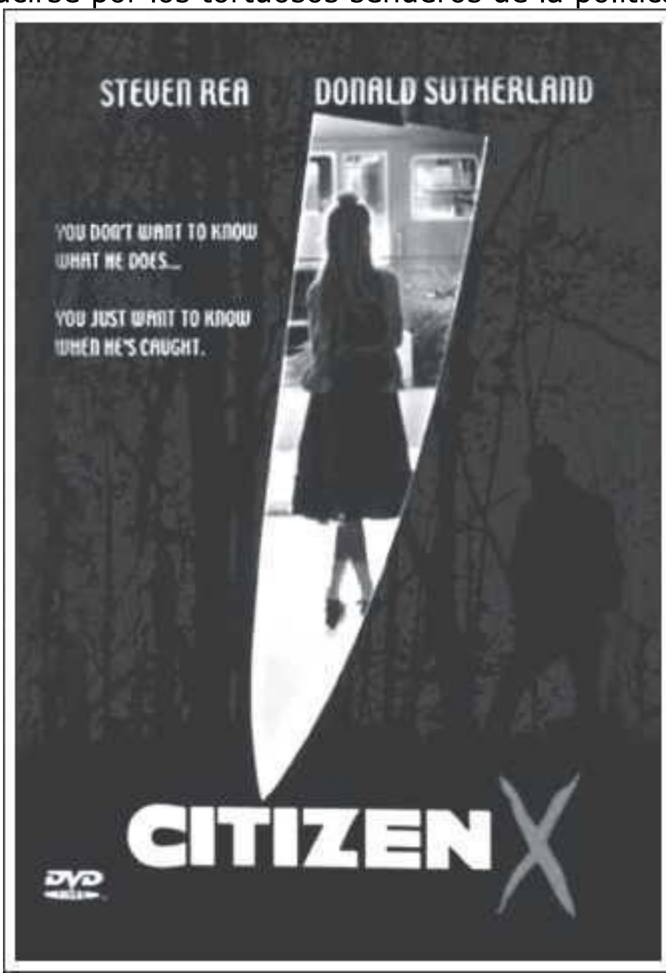
El último en ser contratado es Louison, un payaso en paro, que se enamora de la hija del carnicero mientras intenta sobrevivir en medio de constantes intentos de acabar con su vida. Una buena comedia negra.

¡VIVEN!
(ALIVE, FRANK MARSHALL, 1993)

La historia de los supervivientes de los Andes, inspirada en la novela del mismo título de Piers Paul Read. A pesar de ser una de las películas más duras que se han rodado sobre un hecho real, no se recrea en los aspectos morbosos, sino que se centra en las relaciones entre los supervivientes, cada uno con sus virtudes y debilidades, pero capaces de convivir en una situación límite y de sacrificarse por sus compañeros. El filme está correctamente narrado, con un ritmo adecuado, bien interpretado y con una fotografía y una música muy bien escogidas. Un canto a la solidaridad y a la esperanza.

CIUDADANO X
(CITIZEN X, CHRIS GEROLMO, 1994)

Telefilme donde se reconstruye la investigación de los crímenes de Chikatilo. Entre 1982 y 1990, Viktor Burakov, médico forense ruso, investiga una serie de muertes de jóvenes de ambos sexos que parecen ser obra de la misma persona. Para descubrir al asesino, debe enfrentarse a las dificultades que le pone un burócrata comité de hombres del Partido Comunista, que no está dispuesto a admitir que en su país pueda estar actuando un *psychokiller* por tratarse de un mal «inherente al capitalismo». A pesar de los obstáculos, y gracias a su tenacidad, el forense se ganará el respeto de sus subalternos, y hasta del FBI, además del apoyo del coronel Mikhail Fetisov, un hombre que ha aprendido a conducirse por los tortuosos senderos de la política comunista.

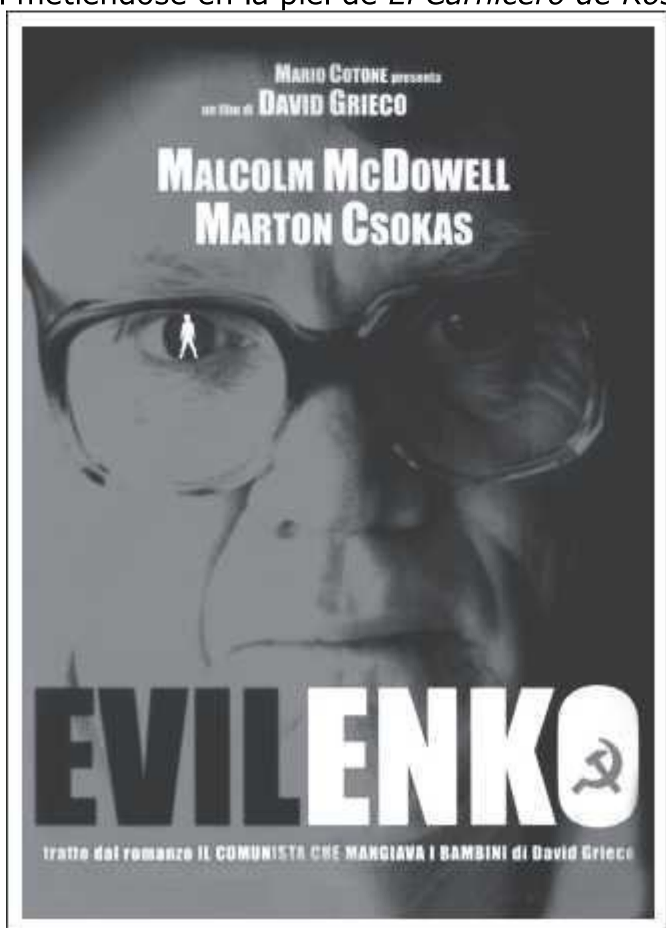


Cubierta del DVD del telefilme *Citizen X*, protagonizado por Steven Rea y Donald Sutherland.

Se trata de una trama policíaca de interés, en la que se muestra con detalle la investigación del caso sin obviar los aspectos escabrosos, que se narran con crudeza pero sin estridencias. La película estaba destinada a la televisión por cable, pero su calidad le dio la oportunidad de ser estrenada en

los cines. Es considerada como una de las mejores historias de asesinos en serie llevadas a la pantalla, compartiendo dicho honor con *Henry. Retrato de un asesino en serie* (John McNaughton, 1986) y *Ted Bundy* (Matthew Beright, 2002). En España ganó los premios de mejor director, actor y mejor película en el Festival de Sitges de 2005. Actuaciones brillantes de Stephen Rea en el papel del forense y de Donald Sutherland como el militar.

La otra película inspirada en los crímenes de Chikatilo es *Evilenko* (David Grieco, 2004), adaptación de la novela *El comunista que se comía a los niños,* del propio director. En esta ocasión se utiliza a Chikatilo como metáfora del desmoronamiento de la Unión Soviética. Andrej Romanovic Evilenko, comunista convencido, sufre una crisis de identidad al mismo tiempo que Gorbachov pone en marcha la *perestroika*. La dirección es correcta y la producción estimable, pero su principal fallo es que se centra demasiado en la caída del comunismo, como si la justificación de tan brutales asesinatos fuera el declive del régimen. La película se salva gracias a la excelente actuación de Malcolm McDowell metiéndose en la piel de *El Carnicero de Rostov*.



Afiche de *Evilenko*, película basada en la novela *El comunista que se comía a los niños* escrita por el mismo director David Grieco.

COMO ERA GOSTOSO O MEU FRANCES, NELSON PEREIRA DOS SANTOS, 1971) Y HANS STADEN (LÁ VEM NOSSA COMIDA PULANDO,

LUIZ ALBERTO PEREIRA, 1999)

Dos adaptaciones de las aventuras de Staden entre los tupinamba. La mayoría de los diálogos de la segunda son en lengua tupi, y todos los protagonistas aparecen desnudos, lo que proporciona verosimilitud al filme. La primera aborda la historia desde un punto de vista anti-colonialista, y el final de Staden es diferente. ¿Adivina cómo acaba el alemán?

RAVENOUS (ANTONIA BIRD, 1999)

Toma elementos tanto de la leyenda del Windigo como de los casos reales de la Caravana Donner y Alferd Packer. El capitán John Boyrd, veterano de la Guerra de México, es acusado de cobardía y destinado a una tranquila estación de paso de los pioneros que se dirigen hacia el Oeste americano. Un día de invierno aparece en el puesto un hombre que dice llamarse Colqhoun, que cuenta una macabra historia: al quedar bloqueados por la nieve y tras agotarse los víveres, él y sus compañeros acabaron comiéndose los unos a los otros. Colqhoun no es lo que parece, y la historia se repite. La supervivencia se convierte en una obsesión: todos los habitantes del puesto tendrán que luchar por comer o ser comidos. En el filme se sugiere que comer carne humana aumenta el vigor y tiene propiedades curativas. Una frase memorable de *Ravenous* es esta: «Ser un caníbal es solitario. Cuesta hacer amigos». Muy entretenida.



Afiche de la película *Ravenous* para su estreno en España.

THREE… EXTREMES
(TAKASHI MIIKE, FRUIT CHAN Y PARK CHAN-WOOK, 2004)

Tres historias independientes dirigidas por tres especialistas asiáticos del cine fantástico y de terror psicológico. En *Box,* se narra la historia de una escritora que vive aislada del mundo en una pequeña cabaña en medio de la nieve. La joven guarda un terrible secreto de su pasado, representado bajo la forma de una misteriosa caja que no se atreve a abrir. Takashi Miike firma un episodio de gran belleza visual que supone otra muestra del buen hacer de este ecléctico cineasta japonés *(Audition, Ichi the Killer, Llamada perdida.). Cut* está dirigida por Park Chan-Wook, el aclamado director de *Old Boy*, *Simpathy for Mr. Vengeance* y *Simpathy for Lady Vengeance,* y trata de su particular obsesión: la venganza. Un hombre decide destruir precisamente a quien no le ha hecho nada; un hombre bueno, noble y bendecido con fama, fortuna y una mujer hermosa. Toda una prueba incluso para los espectadores curtidos en situaciones violentas y asfixiantes. El mejor de los episodios es el

que, además, merece nuestra atención. *Dumplings,* de Fruit Chan, habla de la vanidad y de los extremos a los que el ser humano es capaz de llegar con tal de satisfacerla. Una mujer casada con un hombre muy rico se ha dado cuenta de que, con el paso del tiempo, ha comenzado a perder su belleza. Temerosa de perder a su esposo, decide recurrir a una curandera para que le prepare unos bollos de pasta rellenos de carne que poseen unas extraordinaria capacidad de rejuvenecer a quien los coma. Sin embargo, el ingrediente secreto de la fórmula plantea un grave dilema moral…

A pesar de que en *Dumplings* los elementos terroríficos brillan por su ausencia, el episodio muestra la monstruosidad en un grado extremo, constituyendo no solo un magnífico retrato de la vanidad, sino un alegato contra la subyugación de la mujer oriental y las prácticas de control de la natalidad que se llevan a cabo en China.



Afiche promocional de *Three… Extremes.*



Fruit Chan adaptó la historia de *Dumplings* al formato largometraje, titulándolo de la misma manera. Atención: el final es completamente distinto al del mediometraje. Déjese sorprender.

En definitiva, un menú degustación de los terrores llegados de Oriente, la principal fuente de inspiración de los realizadores occidentales del nuevo milenio. Los tres episodios de Three… *Extremes* resultan tan contundentes que la cinta no tiene desperdicio.

SIN CITY
(FRANK MILLER, ROBERT RODRÍGUEZ Y QUENTIN TARANTINO, 2005)

Adaptación cinematográfica de los comics de Frank Miller *Una dura despedida*, *La gran masacre* y *Ese cobarde bastardo,* una serie premiada y alabada por la crítica no solo por su argumento y calidad, sino por su estilo único, que bebe de los clásicos del cine negro y de las novelas de Chandler o Spillane, pero logra ostentar una personalidad propia y arrolladora.

Sin City es la más fiel y asombrosa traslación de un comic a la gran pantalla. Los directores llegaron a usar las viñetas como *storyboards* de tal

forma que su fuerza y vigor (debidos en gran medida al sensacional dominio del blanco y negro por parte de Miller) se mantienen en buena medida tras su paso al celuloide.

Por las calles de Sin City, una ciudad ajena al concepto del Bien, que atrae a gente solitaria o corrupta, se cruzan varias historias. La de Hartigan, un policía condenado a la jubilación anticipada por culpa de una angina de pecho. O la de Dwight, un investigador privado acosado por sus problemas que decide proteger a sus amigas cuando muere un policía. O la de Marv, un matón callejero que después de hacer el amor con una mujer llamada Goldie, por la mañana la encuentra muerta. Marv jura encontrar a sus asesinos.



Afiche promocional de *Sin City*, brillante película basada en el cómic de Frank Miller.

Una serie de pistas le conducen hasta una granja en las afueras, donde deberá enfrentarse a alguien muy especial: *Kevin el Caníbal*.

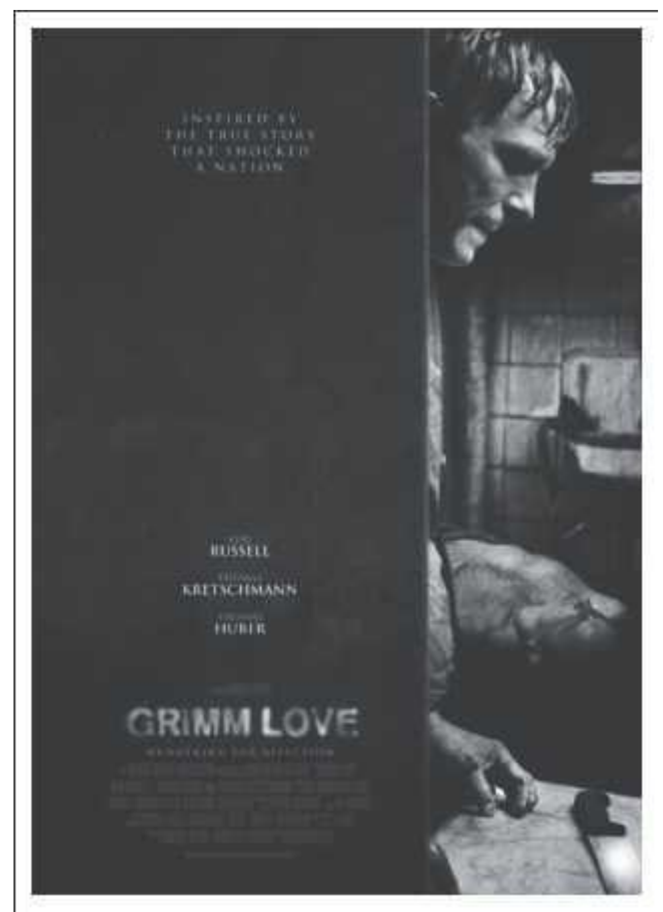
Sin City es una de las cumbres del cine *noir*. Es negra, muy negra, salvaje, dedivprimente, ansiosa y terrible. Pero grandiosa. Un ejercicio naturalista que desciende de forma abrupta a los aspectos más oscuros de la naturaleza humana: el sexo, el crimen, la venganza, la traición, la corrupción y la absoluta decadencia. Y no solo por su contenido, sino por su misma

estructura narrativa, por un estilo y una realización enorme, innovadora y profundamente violenta que desborda a la pantalla. Enérgica y estimulante.

GRIMM LOVE STORY
(ROHTENBURG. GRIMM LOVE STORY, MARTIN WEISZ, 2006)

Basada en el caso de Armin Meiwes. Una estudiante norteamericana que estudia psicología criminal en Alemania decide investigar el caso del caníbal como tema de su tesis doctoral. Se convirtió en la primera película prohibida por orden judicial en Alemania desde la Segunda Guerra Mundial, alegándose que daría más protagonismo al caníbal. Se trata de una película fría y oscura, desprovista de juicios morales, que llega a presentar el crimen de Meiwes como el mayor acto de amor. Actuaciones muy matizadas y dirección casi imperceptible y cercana a los personajes. Elegantemente rodada, sin truculencias, consigue llegar a las entrañas del espectador. Muy recomendable para pasar un mal rato.

También se inspiró en este caso la aburridísima *Diary of a Cannibal* (Ulli Lommel, 2006). Noelle conoce a Adam a través de Internet. Él está buscando la prueba de amor definitiva: quiere ser comido por su amante para que los dos se conviertan en uno. Intente vivir sin ver esta película. Lo conseguirá sin ningún esfuerzo.



***Rohtenburg. Grimm Love Story*, basada en el caso de Armin**

Meiwes. Se convirtió en la primera película prohibida por orden judicial en Alemania desde la Segunda Guerra Mundial, alegándose que otorgaría más protagonismo al caníbal.

Bibliografía

ARENS, W. *The man-eating myth*. Oxford: Oxford University Press, 1979.

ARMSTRONG, K. *Breve historia del mito*. Barcelona: Publicaciones y Ediciones Salamandra,2005.

ARRÁNZ, L. «Cristóbal Colón». *Historia 16* (1987).

ARSUAGA, J.L. *El collar del neandertal. En busca de los primeros pensadores.* Barcelona: Plaza & Janés, 2002.

ARSUAGA J.L., MARTÍNEZ I. «*La especie elegida. La larga marcha de la evolución humana». Temas de Hoy*. Madrid: 1998.

ASKENASY, H. *Cannibalism. From sacrifice to survival*. Nueva York: Prometheus Books, 1994.

BADDELEY, G. *Cultura Gótica. Una guía para la cultura oscura.* Barcelona: Ediciones Robinbook, 2007.

BARING-GOULD, S. *El libro de los hombres lobo. Información sobre una superstición terrible.* Madrid: Editorial Valdemar, 2004.

BERMÚDEZ DE CASTRO, J.M. *El chico de la Gran Dolina. En los orígenes de lo humano.* Barcelona: Editorial Crítica, 2002.

CALVERA, C. *El naufragio de La Medusa*. Barcelona: Ediciones Abraxas, 2005.

CARDIN, A. *Dialéctica y canibalismo.* Barcelona: Editorial Anagrama, 1994.

CEBRIÁN, J.A. *Psicokillers, asesinos sin alma.* Madrid: Ediciones Nowtilus, 2007.

CHAGNON, N.A.*Yanomanö. La última gran tribu.* Barcelona: Alba Editorial, 2006.

CLOTTES, J.; LEWIS-WILLIAMS, D. *Los chamanes de la prehistoria.* Barcelona: Editorial Ariel, 2001.

COLON, C., VARELA, C. (ed). *Los cuatro viajes. Testamento,* Madrid: Alianza Editorial, 2004.

CONKLIN, B.A. *Consuming grief: Compassionate cannibalism in amazonian society.* Austin: University of Texas Press, 2001.

CONRAD, J. *El corazón de las tinieblas.* Barcelona: Edicomunicación, 1994.

COOPER, G. *Ciudades muertas, pueblos desaparecidos.* Barcelona: Aymá Editores, 1955.

CUMMINS, JS (ed). *Cannibals. Shocking true tales of the last taboo on land and at sea.* Guilford: The Globe Pequot Press, 2001.

DAVIES, N. *Sacrificios humanos.* Barcelona: Ediciones Grijalbo, 1983.

—. *Los aztecas.* Barcelona: Ediciones Destino, 1977.

DELORME, R. *Los grandes crímenes sexuales.* Barcelona: Sagitario, 1970.

DE FEZ, D. *Películas clave del cine de terror moderno.* Barcelona: Ediciones Robinbook, 2007.

DE MONTAIGNE, M. *Ensayos*. Madrid: Editorial Cátedra, 1992.

DE SAHAGÚN, F.B. *Historia general de las cosas de Nueva España.*

México: Editorial Porrúa, 1979.
DIAMOND, J. *Colapso.* Barcelona: Random House Mondadori, 2007.
DÍAZ DEL CASTILLO, B. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España.* Barcelona: Círculo de Lectores, 1971.
DURÁN, F.D. *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de la Tierra Firme* (2 vols.).México: Porrúa, 1967.
ESCALANTE, JM. *Satanismo erótico.* Madrid: Ediciones Casset, 1992.
FORBATH, P. *El río Congo. Descubrimiento, exploración y explotación del río más dramático de la tierra.* Madrid: Turner Publicaciones, 2002.
FRAZER, J.G. *La rama dorada.* México: Fondo de Cultura Económica, 2005.
GALAVIZ, J.M. «Mito y realidad de Quetzalcoatl». *Historia 16* 29 (1978): 73-86.
GILMORE, D.D. *Monsters. Evil Beings, Mythical Beasts, and All Manner of Imaginary Terrors.* Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 2003.
GIRARD, R. *La violencia y lo sagrado.* Barcelona: Editorial Anagrama, 2005.
—. *El chivo expiatorio.* Barcelona: Editorial Anagrama, 1986.
GONZÁLEZ, A.M. *Vida y costumbres en la prehistoria.* Madrid: Edimat Libros, 2006.
GONZALEZ-FIERRO, J.M.; GONZALEZ-FIERRO, F,J. *Simpatía por el diablo. Serial killers de cine.* Madrid: Arkadin Ediciones, 2005.
GUEST, K. (ed). *Eating their words. Cannibalism and the boundaries of cultural identity.* Albany: State University of New York Press, 2001.
HANSON, N. *The custom of the sea.* Nueva York: John Wiley & Sons, 2000.
HARNER, M.J.: «Bases ecológicas del canibalismo azteca», *Historia 16* 45 (1980): 94-105.
HARRIS, M. *Bueno para comer.* Madrid: Alianza Editorial, 2005.
—. *Caníbales y reyes.* Madrid: Alianza Editorial, 2006.
HERNÁNDEZ, E. «El universo concentracionario nazi». *Historia 16* 227 (1995): 12-22.
HOGG, G. *Cannibalism and human sacrifice.* Londres: Pan Books, 1973.
HONORE, P. *La leyenda de los dioses blancos.* Barcelona: Ediciones Destino, 1984.
HURLEY, F. *Perlas y salvajes. Mis aventuras entre los caníbales y cazadores de cabezas de Nueva Guinea.* Barcelona: Ediciones y Publicaciones Iberia, 1931.
HUYSMANS, J.K. *Allá lejos (Là Bas).* Barcelona: Editorial Iberia, 1974.
KRAMER, H., SPRENGER, J. *Malleus Maleficarum.* Barcelona: Círculo Latino Editorial, 2005.
LAFUEZA, C. *Cuando éramos caníbales.* La Coruña: Editorial La Voz de Galicia, 2006.
LEVACK, B.P. *La caza de brujas en la Europa Moderna.* Madrid: Alianza Editorial, 1995.
LEYTON, E. *Cazadores de humanos. El auge del asesino múltiple moderno.* Barcelona: Alba Editorial, 2005.
LÓPEZ DE GOMARA, F. *Historia general de las Indias.* Madrid: Editorial

Orbis, 1985.
LLAUGE, F. *Sacrificios y rituales.* Barcelona: Editorial Bruguera, 1975.
—. *Los horripilantes secretos del aquelarre.* Barcelona: Ediciones Picazo, 1975.
McGLASHAN, C.R. *Hystory of the Donner Party.* Stanford: Stanford University Press, 1947.
MAGASICH, J., DE BEER, J.M. *América mágica. Mitos y creencias en tiempos del descubrimiento del nuevo mundo.* Santiago de Chile: Lom Ediciones, 2001.
MANNIX, D.P., COWLEY, M. *Historia de la trata de negros.* Madrid: Alianza Editorial, 1968.
MARTIN, J. *Cannibal. The Most Sickening Consumer Guide Ever!* Cornwall: Stray Cat Publishing Ltd.
MARTINGALE, M. *Cannibal killers.* Nueva York: St. Martin's Press, 1995.
MASTERS REL., LEA, E. *Sexualidad criminal en la historia.* Barcelona: Ediciones Picazo, 1970.
MATOS, E. *Muerte a filo de obsidiana.* México: Fondo de Cultura Económica, 1996.
MELVILLE, H. *Taipi (un Edén caníbal).* Madrid: Editorial Valdemar, 2000.
MISRAHI, A. *El libro de los asesinos.* Madrid: T&B Editores, 2006.
MONTAGU, A. *La naturaleza de la agresividad humana.* Madrid: Alianza editorial, 1990.
MOROS, M. *Seres extraordinarios.* Madrid: Editorial Edaf, 2004.
MORRIS, D. *El mono desnudo.* Barcelona: Círculo de Lectores, 1969.
PALACIOS, J. *Psychokillers. Anatomía del asesino en serie.* Madrid: Ediciones Temas de Hoy, 1999.
—. *Los ricos también matan*. *Realidad y mito.* Madrid: Ediciones Temas de Hoy, 2000.
PAYÁN, M.J; PAYÁN, J.J. *Diccionario ilustrado del cine deterror.* Madrid: Ediciones Jardín, 2006.
PÉREZ, J. *Mitos y tópicos de la historia de España y América,* Madrid: Algaba Ediciones, 2006.
PESCE, A.B. *Asesinos seriales. Las crónicas del horror.* Barcelona: Círculo Latino Editorial, 2003.
PETOIA, E. *Vampiros y hombres lobo. Orígenes y leyendas desde la Antigüedad hasta nuestros días.* Barcelona: Círculo de Lectores, 1995.
PETRINOVICH, L. *The cannibal within.* Nueva York: Aldine de Gruyter, 2000.
PHILBRICK, N. *In the heart of the sea.* Nueva York: Penguin Books, 2001.
POE, E.A. *Las aventuras de Arthur Gordon Pym.* Madrid: Editorial Alba, 2000.
READ, P.P. *¡Viven! La tragedia de los Andes.* Barcelona: Editorial Noguer, 1974.
REICHHOLF, J.H. *La aparición del hombre.* Barcelona: Crítica, 1996.
RESSLER, R.K. *Dentro del monstruo. Un intento de comprender a los asesinos en serie.* Barcelona: Alba editorial, 2005.
SALISBURY, H.E. *The 900 days: The siege of Leningrad.* Nueva York: Avon Books, 1970.

SAGAN, E. *Cannibalism: Human agression and cultural form.* Nueva York: Harper and Row, 1974.

SANDAY, P.R. *El canibalismo como sistema cultural.* Barcelona: Editorial Lerna, 1986.

SEJOURNE, L. *Pensamiento y religión en el México antiguo.* México: Fondo de Cultura Económica, 2003.

SIMPSON, AWB. *Cannibalism and the common law.* Chicago: University of Chicago Press, 1984.

SLATER, J. *Eaten alive! Italian Cannibal and Zombi Movies.* Londres: Plexus Publishing Limited, 2006.

SPIEL, C. *El mundo de los caníbales.* Barcelona: Ediciones Grijalbo, 1973.

STADEN, H. *Verdadera historia y descripción de un país de salvajes desnudos.* Barcelona: Editorial Argos Vergara, 1983.

STEVENSON, R.L. *En los Mares del Sur.* Barcelona: Ediciones Forum, 1984.

STEWART, G.R. *Ordeal by hunger.* Boston: Houghton Mifflin, 1960.

STORR, A. *La agresividad humana.* Madrid: Alianza Editorial, 1970.

TAKADA, S. *Canibalismo ocasional.* Madrid: Ediciones Desnivel, 1999.

TANNAHILL, R. *Flesh and blood: A history of the Cannibal Complex.* Nueva York: Stein and Day, 1975.

TURNER, C.G II, TURNER J.A. *Man Corn: Cannibalism and violence in the prehistoric American southwest.* Salt Lake City: University of Utah Press, 1999.

URRA, J.; COMPADRE, A.; ROMERO, C. *Jauría humana: Cine y psicología.* Barcelona: Editorial Gedisa, 2004.

VALENCIA, M., GUILLOT, E. *Sangre, sudor y vísceras. Historia del cine gore.* Valencia: Editorial la Máscara, 1996.

VILLENEUVE, R. *El canibalismo.* Barcelona: Ediciones Aura, 1974.

WENDT, H. *Empezó en Babel.* Barcelona: Editorial Noguer, 1961.

WHITE, T.D. *Prehistoric cannibalism at Mancos 5MTUMR2346.* Princeton: Princeton University Press, 1992.